OBRAS

DE VÍCTOR BALAGUER

LOS JUEGOS FLORALES EN ESPAÑA

MEMORIAS Y DISCURSOS ACADÉMICOS

Tomo XXXII de la colección y Único de esta obra

VÍCTOR BALAGUER

De las Reales Academias Española y de la Historia

LOS JUEGOS FLORALES EN ESPAÑA

MEMORIAS Y DISCURSOS

Tomo XXXII de la colección
y único de esta obra

BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO
ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23
1895

NOTA DEL EDITOR

Agotado ya totalmente el tomo VII de esta colección, que fué el destinado á publicar las Memorias y Discursos académicos del autor, y siendo muchas las demandas que se reciben, se ha decidido hacer una nueva edición, pero aumentándola con trabajos escritos posteriormente y dando á éstos mejor ordenamiento para que puedan formar, como si fuesen nuevo volumen, el tomo XXXII de esta colección.

PARTE PRIMERA

LOS JUEGOS FLORALES EN ESPAÑA

NOTICIA HISTÓRICA

DE LOS

JUEGOS FLORALES (1)

La poesía provenzal, esa libertad de la prensa de los tiempos feudales, según feliz y afortunada frase de Villemain, lanzaba sus últimos resplandores á tiempo que se extinguía el siglo XIII, tan pródigo en sucesos como fatal en desastres para la comarca que tenía por nombre Provenza y que es hoy Mediodía de Francia.

Tres causas supremas, sucediéndose inmediatamente una á otra y siendo una de otra consecuencia, determinaron la muerte de la poesía provenzal:

La cruzada con los albigenses, que predicó la Iglesia y capitaneó Simón de Monfort;

(1) Escribió el autor este trabajo en 1878, cuando se abrió en Madrid certamen de Juegos Florales para celebrar el enlace de S. M. el rey D. Alfonso XII con su Alteza Real D.ª María de las Mercedes de Orleans.

El jurado de mantenedores en estos Juegos Florales lo formaban: por la Real Academia Española, los señores marqués de Valmar, que fué el presidente, D. Manuel Cañete, D. Antonio Arnao, D. Gaspar Núñez de Arce, que fué el secretario, y por la Real Academia de la Historia, D. Víctor Balaguer, don Pedro de Madrazo y D. Cayetano Rosell.—*(Nota del editor.)*

La institución del Santo Tribunal de la Inquisición, que con las obras y manuscritos de los trovadores encendía las hogueras destinadas á concluir con todos aquellos que, defensores de las libertades del país y de su patria independencia, más que herejes y contrarios á la fe, eran valla insuperable á los propósitos del invasor extranjero;

La absorción de los condados independientes del Mediodía por la corona de Francia, á la cual se prestó Jaime *el Conquistador*, contra lo que era de esperar atendida la histórica y tradicional política de la casa de Aragón.

Desaparecieron, pues, la poesía y las letras provenzales entre aquellas terribles escenas de sangre y de exterminio, y los trovadores, fieles á la causa de la patria, que lograron hurtar su vida á la matanza, hubieron de refugiarse en Cataluña, Aragón ó Castilla, donde acogidos fueron y hospedados por altísimos monarcas que se llamaban Don Pedro III de Aragón *el Grande*, ó Don Alfonso X de Castilla *el Sabio*.

Si no mienten memorias y noticias que, registrando empolvados manuscritos y libros poco comunes, tuvo la buena suerte de encontrar un día el autor de estas líneas, Don Alfonso *el Sabio* llegó á conceder hospitalidad en una villa franca y libre á los poetas que, extrañados de su patria vendida al extranjero, pudieron al menos, gracias á esa hidalga concesión del monarca castellano, tener en Castilla suelo propio donde levantar la morada del fugitivo, tierra patria donde abrir la tumba del proscrito.

Abandonaron los barones sus castillos de Provenza, corte un día de poetas y centro de ilustración, de gentileza y de cultura; los buitres del Norte cayeron sobre aquellas moradas solitarias, y bruscamente acabó, con la independencia patria, el doble papel político y social representado hasta en-

tonces por los trovadores del Mediodía; que nunca grana el canto del poeta en tierra no conreada por la libertad. Quedaron aún juglares y músicos, pero no hubo ya trovadores, es decir, espíritus educados y almas templadas para ser libres.

Sin embargo, la tradición poética continuó viva en aquellos países, en los cuales, para gloria de las letras, viva se conserva todavía; y es fama que los últimos trovadores de Tolosa, al comenzar el siglo xiv, se reunían secretamente en un apartado jardín de aquella ciudad, donde, al oído, y á escama de las leyes, como si se tratara de una conspiración ó de un crimen, se recitaban unos á otros los cantos y serventesios de los grandes maestros, conservando así el fuego sacro y con él el amor y el culto de aquella lengua y de aquella poesía proscritas entonces por los nuevos dominadores de la Provenza, sin recordar que con ellas se había despertado á la Europa del letargo en que estaba sumida por el secular ilotismo de los tiempos bárbaros.

Siguiendo la costumbre de aquellos poetas que se reunían en un jardín y al pie de un laurel para recitar sus composiciones, y con su mismo propósito de conservar la lengua y la poesía, resolvieron algunos ciudadanos de Tolosa promover un concurso público de poesía el primer día del mes de Mayo de todos los años. Así nació la institución de los Juegos Florales.

Pero se trataba de no despertar el recelo del gobierno extranjero, que entonces, con el apoyo de la Inquisición, estaba organizando la enseñanza oficial, institución nueva en Provenza, y dióse á los Juegos Florales un carácter religioso al par que poético, ofreciendo sólo un premio al que mejor cantara los loores de la Virgen.

Así, pues, en 1323, al objeto de llevar á cabo este propósito, la llamada *Sobregaya compañía de los siete trovadores de Tolosa* envió á todos los países

en que se hablaba la lengua de *Oc* una convocatoria en verso que comenzaba de esta manera:

> «Als honorables e als pros
> senhors, amics e companhós,
> als quals es donat lo sabers
> don creis als bos gaug e placers...»

Tuvo efectivamente lugar el primer concurso público en 1324, celebrándose á presencia de los magistrados de la ciudad y de toda la nobleza del país, y se adjudicó el premio ofrecido, que era una violeta de oro fino, al poeta Arnaldo Vidal, de Castelnaudary, por una composición á la Virgen, que se juzgó ser la mejor entre las presentadas.

La nueva institución de los Juegos Florales fué recibida con entusiasmo en todos los países de la lengua de *Oc*, debido tal vez á que el sentimiento de la patria, vencido en la tierra, corría á refugiarse en la lengua, amurallándose tras ella como en su último baluarte; sobre todo en la lengua poética que es, aun hoy mismo, donde late, vive y respira la individualidad de aquel pueblo, para quien fueron siempre gratas las ideas de una nacionalidad meridional.

Obedeciendo quizás á este mismo sentimiento, y haciéndose eco del público aplauso, el Capitolio, es decir el Municipio de Tolosa, tomó bajo su protectorado la naciente institución de aquellos poéticos certámenes, acordando que la flor de oro ofrecida como premio fuese costeada por la ciudad, y encargando á Guillermo Molinier, canciller de la compañía de los siete mantenedores, la redacción de unas reglas ó arte de trovar. Esta obra, conocida por *Leyes de amor* (que entre los trovadores eran sinónimos amor y poesía, como eran sinónimos entre los aragoneses libertad y patria), quedó terminada en 1356 y de ella se enviaron copias á varios puntos.

En este mismo año se pasó una nueva circular, por medio de la cual, además de la violeta de oro reservada para las composiciones más nobles (*canción, verso y descort*), se ofrecía un jazmín para las *pastorelas* y una caléndula para las *danzas*. En el sello adoptado aquel año, los siete jueces del certamen se llamaban *mantenedores de la violeta de Tolosa*, y la sociedad ó compañía se titulaba *Consistorio del Gay Saber*.

Los siete mantenedores, por medio de su circular á todas las villas y ciudades del Languedoc, trataban de justificar con un texto de la Sagrada Escritura la denominación de *Gay Saber* dada á su compañía, advirtiendo que cuantas poesías optaran al premio debían ser precisamente escritas en lengua romance. Y así fué hasta el siglo XVI, en que esta lengua fué desterrada de la Academia de Tolosa para ser sustituída por la francesa, que hoy continúa siendo la oficial en los Juegos Florales de la ciudad paladiana.

A esta institución va unido el nombre de una dama, de una poetisa célebre á quien se da como fundadora, ó restauradora, mejor, de los Juegos Florales de Tolosa. Se trata de Clemencia Isaura, cuya existencia ha sido puesta en duda por unos y negada paladinamente por otros, no faltando quien ve sólo en el nombre de *Clemencia* un sencillo vocablo bajo el cual los trovadores invocaban á la Virgen María, patrona de los Juegos Florales.

Ni tienen razón los que esto dicen, ni la tienen tampoco los que, por el contrario, para dar forma de realidad á Clemencia Isaura y realzarla á los ojos de la multitud, inventan una extraña genealogía, haciéndola descender de los condes de Tolosa.

Ni lo uno ni lo otro. Los que han negado la existencia de esta dama, se apoyan en no haber hallado noticia alguna de ella ni en los años de 1324, cuando se instituyó la Academia del *Gay Saber*, ni

en los años posteriores durante todo el siglo XIV; y el fundamento es exacto; como que Clemencia no vivió en el siglo XIV, sino á últimos del XV.

Clemencia Isaura, hija de Ludovico Isaura, nació en el año 1464 en un *mas*, masía ó casa de campo de las cercanías de Tolosa, y sólo contaba la tierna edad de cinco años cuando su padre, arrastrado por sus deberes á extranjeras guerras, la abandonó á los cuidados de una madre devota y fanática. Clemencia vivió en la soledad y el aislamiento, educada según parece para entrar en un monasterio, hasta que un día quiso su buena suerte que tropezara con un joven poeta llamado Renato, hijo natural de un noble tolosano.

Veíanse á menudo los dos jóvenes, jurándose un amor eterno; pero hubieron de interrumpirse sus relaciones cuando Renato se vió obligado á seguir á su padre, que marchó con el ejército francés en auxilio de la provincia de Artois, invadida por el emperador Maximiliano. Padre é hijo perdieron la vida en la jornada de Guinegaste, y al recibir Clemencia la triste nueva, repitió al pie de los altares el voto de ser siempre fiel á la memoria del que había logrado cautivar su alma.

Murió también en esto su madre, y la joven quedó libre y heredera única de una regular fortuna.

Hacía ya algún tiempo que no se celebraba en Tolosa la fiesta poética instituída en 1324 por la compañía de los siete trovadores, y como Clemencia había adquirido de su amante el gusto de las letras y la afición á la poesía, quiso restablecerla bajo el nombre de Juegos Florales, consagrando por los años de 1495 toda su fortuna á dotar magníficamente la institución destinada á perpetuar en su tierra patria el amor á la poesía provenzal, que le había inspirado Renato.

Clemencia Isaura acabó su vida en un monaste-

rio, y se le atribuyeron las siguientes bellísimas estrofas, que aparecen dirigidas *á la primavera*, y que así dicen, traducidas del provenzal:

«Hermosa estación, juventud del año, con vos vuelven los dulces goces de la poesía, y para honrar al fiel trovador os presentáis con la frente ceñida de flores.

»Cantemos la amorosa piedad de la humilde Virgen reina de los ángeles, cuando, oprimida por el llanto y cediendo al dolor, vió al príncipe de los cielos morir en una cruz.

»Ciudad de mis abuelos, bella Tolosa, ofrece al poeta experto el premio de sus talentos, y sé digna de sus alabanzas, siempre noble y poderosa.»

La Academia de los Juegos Florales de Tolosa es la institución literaria de más antigüedad que se conoce en Francia.

Se sabe que continuó, sin interrupción sensible, durante todo el siglo XIV. El doctor Noulet, en sus *Pesquisas sobre el estado de las lenguas romances en el Mediodía de Francia durante el siglo* XIV, nos da una lista de los poetas meridionales que á la sazón florecían, á uno de los cuales, Pedro Durán, de Limoges, se le ve alcanzar joya el año 1373 en los Juegos Florales de Tolosa. Noulet publica en su misma obra una colección de poesías en lengua romance, inéditas, pertenecientes al mismo siglo XIV, que están realmente escritas en la lengua de los trovadores y con sujeción á las reglas por ellos usadas.

Los certámenes continuaron hasta mediados del siglo XV, en cuya época se interrumpieron para ser luego restaurados por Clemencia Isaura, según queda dicho, y siguieron hasta 1791, sin más interrupción que la natural en las épocas afligidas por grandes calamidades públicas.

En 1791, la revolución obligó á la Academia á cesar en sus tareas; pero en 1808, siete de los antiguos mantenedores se reunieron para reconstituirla.

Algunas veces dejó de darse la flor de oro á la mejor poesía presentada al certamen, para adjudicarla, previo acuerdo de la Academia, al poeta más célebre entre los contemporáneos. En 1554, por ejemplo, el *Colegio de los Juegos Florales* (que era como entonces se llamaba, antes de tomar el nombre de *Academia*, lo cual no fué hasta 1694) decidió mandar la flor al famoso poeta francés Ronsard; en 1586 se ejecutó el mismo acuerdo con respecto á Baif por su traducción en verso de los Salmos de David; y en 1638, por deliberación igual, se envió una flor de oro al poeta Maynard.

Entre los poetas coronados por la Academia en el espacio de cinco siglos, muchos son célebres, no sólo en Francia sino en Europa. Alcanzaron entre otros el título honroso de *Maestro de Juegos Florales*, que se adjudica al que gana tres veces la joya, Marmontel, La Harpe, Fabre, Millevoie, Alejandro Soumet y el vizconde de Chateaubriand.

Voltaire pidió á la Academia el título de maestro en Juegos Florales, que le fué concedido por aclamación.

Víctor Hugo nació como poeta en los certámenes de Tolosa. En 1819, cuando sólo contaba diez y siete años, ganó el premio de un lirio de oro por su oda *A la estatua de Enrique IV*, un amaranto de oro por su poesía *Las Vírgenes de Verdún*, y una mención honorífica por su poema *Los últimos bardos*. En 1820, por una nueva poesía, á los diez y ocho años, fué proclamado *maestro en Juegos Florales* ó en *Gay Saber*.

Hoy los Juegos Florales se celebran con gran pompa en Tolosa todos los años el día 3 de mayo, leyéndose las poesías premiadas y pronunciando el elogio de Clemencia Isaura uno de los cuarenta mantenedores de que se compone la Academia.

Aun cuando hoy en los certámenes de Tolosa no se admiten más que composiciones en francés, se

celebran otros concursos de esta clase en diversas comarcas de Provenza, donde sólo es admitido el provenzal. Desde el siglo XIII, con el cual murieron los últimos trovadores, hasta nuestros tiempos, ya en Tolosa, ya en las otras ciudades de la lengua de *Oc*, en Provenza, en Gascuña, en el Bearn, en el Limousin, la musa provenzal no ha dejado nunca de cantar, sirviéndose de los numerosos dialectos usados en aquellos países; y así han venido sucediéndose las generaciones, cautivadas por los acentos de la lengua patria de Goudelin, Fabre, Saboly y Jasmín, hasta llegar á la resurrección completa de la poesía provenzal con esa cohorte de sobresalientes talentos agrupados en torno de la esplendorosa trinidad de poetas modernos que se llaman Federico Mistral, José Roumanille y Teodoro Aubanel, quienes, por el carácter especial de sus obras y de sus estudios, parecen haberse repartido las tres cuerdas de oro, *patria, fe* y *amor*, que brillaban en la lira de los antiguos trovadores.

No había terminado aún el siglo XIV, cuando la restauración de la poesía provenzal iniciada en Tolosa, hallaba eco simpático en Barcelona.

Se ha dicho, con referencia al *Arte de trovar* de Don Enrique, marqués de Villena, que Don Juan I de Aragón, *el amador de la gentileza*, envió una solemne embajada al rey de Francia solicitando su permiso para que dos de los mantenedores de la Academia de Tolosa viniesen á fundar en Barcelona un Consistorio de la gaya ciencia, á imitación del establecido en aquella ciudad desde 1324. Sin embargo, ningún documento se cita en apoyo de este hecho. Al contrario, en los tres que se citan relativos á la creación y mayor incremento del Consistorio poético de Barcelona, extendidos por

orden de los reyes Don Juan *el amador de la gentileza*, Don Martín *el Humano* y Don Fernando *el de Antequera*, no se menciona lo de la embajada, que da por tan cierto el marqués de Villena. La sana crítica debe, pues, poner en duda la aserción de este personaje, ínterin no se descubra otro documento de más fe, ya que los hasta ahora conocidos, si no parecen contradecirla, guardan silencio al menos.

El primer título referente á Juegos Florales en España que nos proporcionan nuestras memorias literarias, es un diploma dado por Don Juan I de Aragón á Don Luis de Aversó y á Don Jaime March, poetas entrambos, para fundar en Barcelona una academia ó escuela de poesía ó de *ciencia gaya*, «con autorización de hacer cuanto acostum»braban ó podían hacer los maestros de dicha »ciencia en París, en Tolosa y en otras ciudades».

Protegido, pues, por Don Juan I, establecióse en Barcelona, el año 1393, el Consistorio de los Juegos Florales ó de la gaya ciencia, al que dispensó también su protección Don Martín, quien en 1398 señaló una pensión anual de cuarenta florines de oro de Aragón para compra de las joyas que debían darse como premio á los poetas laureados, pensión y cantidad que reprodujo en 1413 Don Fernando *el de Antequera*, exaltado al trono de la corona de Aragón por sentencia del famoso Parlamento de Caspe.

Los grandes y trascendentales acontecimientos de que Cataluña hubo de ser teatro á la muerte de Don Martín *el Humano*, interrumpieron los certámenes poéticos de los Juegos Florales en Barcelona, y sólo se reanudó la tradición de ellos al subir al trono Don Fernando, que dictó la disposición citada, sin duda alguna por buen consejo de su pariente Don Enrique, el marqués de Villena, sabio profundo y poeta, gran amador de la poesía

provenzal, que acompañó al rey á Barcelona cuando éste fué á prestar en ella homenaje y juramento á las leyes del país.

Que fué Don Enrique de Villena el mantenedor de los Juegos Florales de Barcelona en su primera restauración histórica, no cabe duda alguna. Presidía él mismo los certámenes, era juez en el concurso, entregaba por su mano la joya á los laureados, siendo también él quien se ha encargado de darnos á conocer aquella época de Juegos Florales, por medio de los siguientes curiosos pasajes de su tratado de la gaya ciencia ó sea *Arte de trovar*.

Dice así el libro del marqués de Villena:

«El rey don Juan de Aragon, primero de este nombre, fijo del rey don Pedro II, fizo solemne embajada al rey de Francia pidiendole mandase al colegio de trovadores que viniese á plantar en su reino el estudio de la gaya sciencia, e obtovolo, e fundaron estudio della en la cibdad de Barcelona dos mantenedores que vinieron de Tolosa para esto, ordenandolo desta manera: Que oviese en el estudio ó consistorio desta sciencia en Barcelona cuatro mantenedores: el uno cavallero, el otro maestro de teologia, el otro de leyes, el otro honrado cibdadano; e cuando alguno destos falleciese, fuese otro de su condicion elegido por el colegio de los trovadores, e confirmado por el rey.

»En tiempo del rey Don Martin, su hermano, fueron mas privilegiados e acrescentadas las rentas del consistorio para las despensas facederas, asi en la reparacion de los libros del arte e vergas de plata de los vergueros que van delante de los mantenedores e sellos del consistorio, como en las joyas que se dan cada mes, e para celebrar las fiestas generales, e ficieronse en este tiempo muy señaladas obras, que fueron dignas de corona.

»Despues de muerto el rey Don Martin, por los debates que fueron en el reino de Aragon sobre la sucesion, ovieron de partir algunos de los mantenedores e los principales del consistorio para Tolosa, e cesó lo del colegio de Barcelona.

»Las materias que se proponian en Barcelona estando alli don Enrique (habla de sí mismo), eran algunas veces loores de Sancta Maria, otras de amores ó de buenas costumbres. E llegado el dia prefijado congregavanse los mantenedores e tro-

vadores en el palacio donde yo estaba, e dalli partiamos ordenadamente con los vergueros delante, e los libros del arte que traian, e el registro de los mantenedores: e llegados al dicho Capitol, que ya estaba aparejado e emparamentado de paños de pared al derredor, e fecho un asiento de frente con gradas en donde estaba Don Enrique en medio, e los mantenedores de cada parte, e á nuestros pies los escribanos del consistorio, e los vergueros mas baxo, e el suelo cobierto de tapiceria, e fechos dos circuitos de asientos donde estaban los trovadores e en medio un bastimento cuadrado tan alto como un altar cobierto de paños de oro, e encima puestos los libros del arte e la joya; e á la man derecha estaba la silla alta para el rey, que las veces era presente, e otra mucha gente que se ende allegaba; e fecho silencio, levantabase el maestro en teologia, que era uno de los mantenedores, e facia una presuposicion con su tema e sus alegaciones e loores de la gaya sciencia e de aquella materia de que se habia de tratar en aquel consistorio, e tornabase á sentar. E luego uno de los vergueros decia que los trovadores allí congregados espandiesen e publicasen las obras que tenian fechas de la materia á ellos asinada; e luego levantabase cada un e leia la obra que tenia fecha, en voz inteligible, e traianlas escriptas en papeles damasquinos de diversos colores, con letras de oro e de plata, e iluminaduras fermosas, lo mejor que cada uno podia; e desque todas eran publicadas, cada uno la presentaba al escribano del consistorio.

»Tenianse despues dos consistorios, uno secreto y otro público. En el secreto facian todos juramento de juzgar derechamente sin parcialidad alguna, segun las reglas del arte, cual era mejor de las obras allí esaminadas e leidas puntualmente por el escribano. Cada uno de ellos apuntaba los vicios en ellas contenidos, e señalabanse en las márgenes de fuera. E todas así requeridas, á la que era hallada sin vicio, ó á la que tenia menos, era juzgada la joya por votos del consistorio.

»En el publico congregabanse los mantenedores e trovadores en el palacio, e don Enrique partia dende con ellos como está dicho para el capitulo de los frailes predicadores; e colocados e fecho silencio, yo les facia una presuposicion loando las obras que ellos havian fecho, e declarando en especial cual de ellas merecia la joya, e aquella la traia ya el escribano del consistorio en pergamino bien iluminada e encima puesta la corona de oro, e firmabalo don Enrique al pie, e luego los mantenedores, e sellabala el escribano con el sello pendiente del consistorio, e traia la joya ante don Enrique, e llamado al que fizo aquella obra, entregabale la joya e la obra coronada por memoria, la cual era asentada en el registro del consisto-

rio, dando autoridad e licencia para que se pudiese cantar e en público decir.

»E acabado esto, tornabamos dalli á palacio en ordenanza, e iba entre dos mantenedores el que ganó la joya, e llevabale un mozo delante la joya con ministriles e trompetas, e llegados á palacio haciales dar confites e vino; e luego partian dende los mantenedores e trovadores con los ministriles e joya acompañando al que la ganó fasta su posada; e mostrabase aquel aventaje que Dios y natura ficieron entre los claros ingenios e los obscuros.»

De estas academias poéticas de Barcelona hace también mención en su *Aganipe*, manuscrito, el doctor Andrés, por medio de estos versos:

Y cuando D. Enrique de Villena
con D. Fernando vino
á la insigne Barcino,
el apolíneo gremio
de su fecunda y elegante vena
ilustró con aplausos y con premio,
donde el rey presidía
en trono para honor de la poesía:
escribió su elocuencia
mostrando la erudita
copia de sus noticias y primores,
donde cifró las flores
en el sutil tratado
del Arte de trovar intitulado
(que á instancia lo escribió del señor de Hija,
de D. Íñigo López de Mendoza,
de quien Castilla laureles muchos goza),
en trágicas y dulces cantilenas
del príncipe D. Cárlos las cadenas,
y su temprano y triste acabamiento
cantaron sus dulcísimas Camenas.

Ya después de la época á que se refiere la anterior relación, sólo se tienen leves noticias de la existencia y continuación del consistorio de la gaya ciencia en Barcelona. Sin embargo, en los cancioneros de poetas catalanes que existen en las bibliotecas de París y Zaragoza, se copian varias poesías con mención especial de haber ganado joya, por lo

cual se comprende que hubieron de continuar las justas poéticas. Algunas de estas anotaciones citan la fecha y el lugar en que el premio fué ganado por el poeta, y así es como el autor de estas líneas, registrando el cancionero que existe en Zaragoza, pudo venir en conocimiento de haberse celebrado Juegos Florales en el convento de San Francisco de Barcelona el día 24 de abril de 1457, y en el de Valldoncella de la misma ciudad el 23 de mayo de 1458, siendo premiados en estos dos certámenes los poetas Valmaña y Sors.

Despertada por los Juegos Florales; que restauró el de Villena, comenzó una nueva época de gloria para la poesía catalana. Tema es éste para otro lugar y otro estudio; pero importa consignar que al estímulo de la floral Academia barcelonesa, nació una abundante galería de obras poéticas, enriqueciéndose la historia de la literatura catalana en la Edad media con nombres tan justamente reputados como los de Jordi de San Jordi, Rocaberti, Febrer, Roig, Corella, Masdovellas, Vilarasa, Gralla, Torroella, Gazul, Valmaña, Sors, Miquel, Rocafort, Requesens, Vía, y muchos y muchos otros, sobresaliendo entre todos el del laureado Ausias March, á quien no en vano se apellidó el Petiarca valentino.

Rota la tradición de los Juegos Florales en Cataluña por espacio de mucho tiempo, á causa quizá de las grandes alteraciones que sus anales nos recuerdan, no por esto enmudeció la lira de los poetas. Nunca el habla materna fué olvidada, y á medida que los tiempos se sucedieron, Pedro Serafí, Vicente García, Fontanella, Puig Blanch y muchos otros, dejaron oir en su idioma nativo sus inspirados cantos, hasta llegar al moderno Aribau y á la restauración de los Juegos Florales de Barcelona en 1859; restauración que, con el histórico lema de *Patria, Fides, Amor*, y rebasando quizá la meta

por sus propios restauradores hincada, dió vida y alma á toda esa pléyade de líricos y pensadores poetas que se extienden hoy por las costas mediterráneas, legítimamente efervorizados por haber sabido conquistarse una tribuna para ser oídos, un puesto para ser honrados, y un nombre para tener derecho á futuros recuerdos de una posteridad justiciera.

También en los Juegos Florales de Barcelona, como en los de Tolosa, el que alcanza tres premios ó joyas es proclamado maestro en Gay Saber; también en los que todos los años al llegar el primer domingo de mayo celebra la capital de Cataluña, como la villa paladiana, el municipio es el patrono y mantenedor de la fiesta, según honradas consuetudes y prácticas loables; y también en la ciudad á cuyas plantas ruedan sumisas las olas del Mediterráneo, el mar de las leyendas, como en aquella que se alza á orillas del Garona, el río de los recuerdos, también es una dama la que preside la fiesta de la poesía y de las flores. Pero los barceloneses no tenían una Clemencia Isaura cuyo recuerdo conmemorar y á cuya égida repararse, y han creado por lo mismo una reina del amor y de la poesía. En cada certamen, el poeta laureado con la joya del *Amor*, recibe una sencilla flor natural, en vez de ser de oro ó de plata, como las de *Patria* y de *Fe*, y entrega el premio á una de las damas presentes, la cual, por solo este acto, queda elegida reina de los Juegos Florales, siendo la que por su mano distribuye aquel año las joyas á los poetas vencedores.

En Gerona y en Lérida se celebran asimismo Juegos Florales todos los años; sólo que los de Lérida tienen un carácter religioso, admitiéndose poesías únicamente á la Virgen.

A usanza de los de Barcelona, se han creado en Murcia unos certámenes que vienen sucediéndose

desde 1873 todos los años, el primer domingo de mayo, gracias principalmente á la constancia y esfuerzos de su fundador y mantenedor el Sr. D. Javier Fuentes y Paules. También en las fiestas de Murcia presiden las damas, siendo ellas las que premian al poeta laureado.

En otras ciudades del reino se han celebrado Juegos Florales durante estos últimos años, pero sólo en ocasiones dadas y sin carácter periódico.

Si al autor de estas líneas no le mienten sus recuerdos, Granada es la primera ciudad española que en este siglo ha tenido Juegos Florales, siguiendo luego Valencia, que los ha celebrado en varias épocas, y después Málaga, Sevilla, Coruña, Córdoba, Oviedo, Tarragona y Reus.

Madrid, centro y á la par alma y voz de la poesía castellana, no podía permanecer extraño á este movimiento restaurador, y he aquí por qué su noble Municipio, aprovechando un momento solemne, ha instituído una fiesta que, correspondiendo á los deseos del presente, pudiera ser ejemplo y práctica para lo futuro.

Sea así: vea el Municipio de Madrid realizado su hidalgo propósito, y la lírica castellana, hoy de estímulo tan desvalida, recobrará la gallarda florescencia de sus grandes tiempos, pagando en gloria lo que recibirá en cultivo.

Nota del Editor

La restauración de los Juegos Florales en Barcelona tuvo lugar en 1859, iniciada y realizada por siete distinguidos escritores, los Sres. D. Manuel Milá y Fontanals, D. Joaquín Rubió y Ors, D. Víctor Balaguer, D. Juan Cortada, D. Miguel Victoriano Amer, D. José Luis Pons y Gallarza y D. Antonio de Bofarull, quienes se dirigieron en solicitud al Excelentísi-

mo Ayuntamiento Constitucional de Barcelona, pidiendo la restauración de los antiguos certámenes bajo el amparo y apoyo del municipio barcelonés. Accedió el Ayuntamiento, y los siete firmantes de la instancia pasaron á formar el jurado de los siete primeros mantenedores que tuvieron los Juegos Florales.

Los Sres. Balaguer y Bofarull fueron el alma de esta restauración. El primero había sido el precursor y el verdadero iniciador, durante algunos meses, en un periódico literario por él dirigido, con el título de *La violeta de oro,* que se fundó únicamente para pedir la restauración de los Juegos Florales. Bofarull aceptó con entusiasmo la idea que Balaguer sostenía y que popularizó y propagó con su periódico entre la juventud entusiasta, y fué el verdadero organizador y el que, salvando con firme entereza y decidida voluntad todos los obstáculos, no cejando en sus propósitos á pesar de las contrariedades, acabó por llevar á feliz término y afortunada realización su empresa. Los reglamentos y estatutos, lo propio que la organización dada al consistorio, obra fueron y redacción de los Sres. Bofarull y Balaguer, quienes por esto fueron elegidos el primero para secretario y el segundo para llevar la voz del consistorio en el discurso de gracias el día de la fiesta. La presidencia del jurado fué adjudicada á D. Manuel Milá y Fontanals, á quien nadie podía entonces disputar el mejor derecho para aquel puesto.

Creada esta institución de Juegos Florales en 1859, ha continuado hasta ahora, sin interrupción, todos los años, y lleva ya, por lo mismo, más de treinta y cinco de existencia.

En su presidencia han figurado y se han ido sucediendo los más altos y más conspicuos representantes de las letras catalanas, como son: los Sres. D. Manuel Milá y Fontanals, el ex-ministro D. Francisco Permanyer, D. Juan Illas y Vidal, D. Luis G. de Pons y de Fuster, D. Braulio Foz, D. Juan Cortada, D. Antonio de Bofarull, D. Pablo Valls, D. Mariano Aguiló, el ex-ministro D. Víctor Balaguer, D. Adolfo Blanch, D. José Luis Pons y Gallarza, D. Estanislao Reynals, D. José de Letamendi, D. Jerónimo Roselló, D. Alberto de Quintana, D. Francisco Pelayo Briz, D. Luis Cutchet, el general D. Antonio Ros de Olano, D. Gonzalo Serraclara, D. Teodoro Llorente, Mosén Jacinto Verdaguer, D. Federico Soler (Pitarra), D. Manuel Durán y Bas, D. Vicente Wenceslao Querol, don Valentín Almirall, el canónigo D. Jaime Collell, D. Angel Guimerá, D. Joaquín Rubió y Ors, D. Juan Permanyer, don Ramón Picó y Campamar, el obispo de Vich D. José Morgades y D. José Balari y Jovany.

Entre las reinas de la fiesta, elegidas cada año por el autor premiado con la flor natural, han figurado S. M. la Reina Re-

gente D.ª María Cristina, la Serenísima Señora Infanta Duquesa de Montpensier y las poetisas D.ª María Mendoza de Vives, D.ª María Josefa Massanés de González, D.ª Victoria Penya de Amer, y muchas nobles damas de la más alta sociedad barcelonesa.

Los poetas que han recibido el glorioso título de maestros en Gay Saber por haber ganado los tres primeros premios de reglamento, son, proclamados por este orden: en 1861 don Víctor Balaguer, en 1862 D. Jerónimo Roselló, en 1863 don Joaquín Rubió y Ors, en 1866 D. Mariano Aguiló, en 1867 D. José Luis Pons y Gallarza, en 1868 D. Adolfo Blanch, en 1869 D. Francisco Pelayo Briz, en 1871 D. Jaime Collell, en 1873 D. Tomás Forteza, en 1874 D. Francisco Ubach y Vinyeta, en 1875 D. Federico Soler, en 1877 D. Angel Guimerá; en 1878 D. Dámaso Calvet, en 1880 D. Jacinto Verdaguer, en 1883 D. José Franquesa, en 1885 D. Ramón Picó y Campamar, en 1887 D. Terencio Thos y Codina, en 1890 D. Joaquín Riera y Bertrán y D. Jacinto Torres y Reyetó, en 1892 D. José Martí y Folguera y en 1893 D. Fernando Agulló.

FRATERNIDAD LITERARIA

FRAGMENTOS DEL DISCURSO

QUE PRONUNCIÓ EL AUTOR COMO PRESIDENTE DEL CONSISTORIO DE LOS JUEGOS FLORALES DE 1868, EN EL ACTO DE CELEBRARSE EN BARCELONA EL CERTAMEN POÉTICO DE AQUEL AÑO, CON ASISTENCIA DE TODOS LOS POETAS CATALANES, DE LOS CASTELLANOS, REPRESENTADOS POR D. JOSÉ ZORRILLA, D. VENTURA RUIZ AGUILERA Y D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE, Y DE LOS PROVENZALES, REPRESENTADOS POR FEDERICO MISTRAL, EL PRÍNCIPE BONAPARTE-WYSE Y LUIS ROUMIEUX.

(Traducción del catalán.)

Quien no ama á su provincia, no ama á su nación.

Excmo. Señor:

Dentro de pocos años hará cinco siglos que se instituyeron los *Juegos Florales* en Barcelona.

Se ve, pues, que hace ya tiempo que nuestros poetas aprendieron á cantar entre el ruido de las artes mecánicas y de los talleres, y ejemplo bastante es éste para demostrar que en Barcelona supieron siempre unirse en fraternal consorcio la poesía y la industria, las letras y las artes; es decir, el espíritu de la inteligencia, que es la llama del progreso moral, y el espíritu del trabajo, que es la luz del progreso material.

Los *Juegos Florales* fueron instituídos bajo la protección del señor rey D. Juan I, *el amador de la gentileza*, por los discretos y honorables caballeros Luis de Aversó y Jaime March, que, hallando las raíces de la institución en Provenza,—tierra que desde luengas edades viene siendo espejo de caballeros y cuna de poetas,—supieron inspirarse en el Consistorio de Tolosa y trasplantaron á tierra catalana la flor de la gaya ciencia que ufanosa crecía en tierra provenzal.

La semilla que trajeron debía producir frutos deliciosos, abonanzada aquí por el cultivo.

De Provenza, pues, nos llegó el primer hálito de la poesía en alas de los vientos de la fraternidad. Provenza fué el Oriente de la literatura catalana, y siempre del Oriente vino la luz.

Algunos años más tarde, la institución de la Gaya Ciencia parecía decrecer y desmayar, á causa principalmente de los sacudimientos políticos que tuvieron lugar en estas tierras, promovidos por los sucesos que precedieron y siguieron al eternamente memorable Parlamento de Caspe. Entonces fué cuando un hombre de genio poderoso y de miras superiores á su siglo vino á robustecerla, á protegerla y ampararla, á darle nuevo vigor y nueva vida.

Aquel hombre, aunque originario de este país y conocedor de él, era un castellano y llamábanle don Enrique de Villena.

Vino D. Enrique de Villena á Barcelona, tomó bajo su amparo y protección los *Juegos Florales* y por él nació esta institución á nueva vida.

En un palacio de Barcelona, quizá en el mismo en que hoy estamos reunidos, se congregaron entonces en amante fraternidad dos literaturas, la castellana y la catalana.

La literatura castellana venía, y es preciso consignarlo, no para hacer sombra á la catalana, no para disputarle los laureles del triunfo y los premios de la victoria: venía con D. Enrique de Villena y con los demás nobles literatos que le acompañaban, para revivir el aliento de la musa catalana, para recordarle que estaba llamada á grandes destinos, para aplaudirla y darle fuerza con sus plácemes; venía á inspirarse con ella y de ella; venía á reconocerla como literatura maestra; venía, no en nombre de la rivalidad, á crearle obstáculos, sino noble, hidalgamente, en nombre de la santa fraternidad, á darle el ósculo de paz y á facilitarle el camino por el cual, sin entorpecimientos, pudiera marchar directamente al alto fin que se proponía.

Así, pues, los *Juegos Florales* de Barcelona, en su primera restauración histórica, son hijos de la fraternidad de las literaturas castellana y catalana.

Algún día los poetas catalanes, para pagar la deuda que con sus hermanos los castellanos habían contraído, hicieron con Castilla lo que ellos hicieran con Cataluña.

Los castellanos nos habían enviado á D. Enrique de Villena: nosotros les enviábamos á Juan Boscán y á Gil Polo, que daban, á su vez, nuevo vigor y nueva vida á las letras castellanas, así como, algo más tarde, el gran Lope de Vega echaba en Valencia las raíces del teatro castellano con el concurso y el auxilio de poetas de estas comarcas.

He aquí, pues, señores, los que me dispensáis la honra de escucharme; he aquí cómo nuestra historia nos demuestra que los *Juegos Florales* de Barcelona, si por su origen deben la vida á Provenza, por su protección deben franca simpatía y leal compañerismo á Castilla.

Por esto hoy la institución de los *Juegos Florales*, desaparecida después de una larga serie de años; por esto hoy, sintiéndose ya de nuevo con suficiente vida y suficiente fuerza, ha querido reunir á provenzales y á castellanos, nuestros amigos los primeros, nuestros hermanos y compatriotas los segundos, convidándoles á la fiesta de la poesía catalana que, si es hija de Provenza, es ahijada de Castilla.

Por esta razón, poetas de Castilla y poetas de Provenza, hermanos de aquí y de allí, por esta razón os hemos invitado hoy. Queríamos sellar con el sello de vuestra fraternidad, queríamos timbrar con el timbre de oro de vuestra presencia la fiesta anual de la institución á que, cinco siglos hace, dieron vida vuestros pasados.

¡Bien venidos á la tierra catalana! Las sombras

ilustres de los trovadores que invisibles vagan tal vez por el ancho espacio de este histórico salón, sin duda se estremecen de alegría al ver cómo hoy, en santa paz y buena fraternidad, nos damos las manos, los brazos y el corazón aquí, en este salón de Ciento, que es el lugar consagrado por los recuerdos y también hoy por las esperanzas; aquí, en esta casa, que es la casa solariega de las glorias populares.

Algunos espíritus mal aconsejados, algunos caracteres susceptibles y recelosos, que nunca faltan por cierto, han querido levantar bandera contra la restauración de los *Juegos Florales* y el renacimiento de la literatura catalana, sin comprender todo lo que este renacimiento tenía de patriótico y de noble, sin hacerse cargo ni darse cuenta de la idea capital que tuvieron al pedir su restauración los siete mantenedores del año 1859, entre los cuales se hallaba el que en este instante tiene la honra de dirigir la palabra á tan noble concurso.

Lo más triste es que se ha visto á algunos catalanes mismos alzar su voz contra nosotros.

Empero, esos obcecados hermanos nuestros, á quienes quizá pudo mover un celo exagerado, sólo consiguieron que la institución echase más hondas raíces y resplandeciera con más clara luz. Para hacer resaltar lo blanco, no hay como ponerle un fondo negro.

Es condición indispensable que para toda institución, y más aún, para toda restauración, haya de haber lucha. Es natural y es consiguiente. Ni el pedernal ni el fósforo dan luz si no se les hiere.

Se empezó primeramente por negar la existencia de los poetas catalanes. Se les criticó después sin compasión y con verdadera saña. Se les ridiculizó, se les hizo centro y objeto de sátiras, de insultos y de vilipendios. También esto es natural, y fué lo que

debía ser. Así son siempre acogidas las novedades, aunque no sean más que renuevos de griegos, de romanos ó de la Edad media; y los trovadores modernos tuvieron que comenzar por sufrir toda la crudeza de la ingratitud local.

Dejando pasar la tempestad sin abatirse, y siguiendo el proverbio de los marinos que dicen: *A mal tiempo, buena cara,* los poetas siguieron con constancia su obra de regeneración y restauración, sin darse aires de mártires ni presentarse como víctimas.

Seguros estaban de ir por camino recto, y podían hacerlo con tranquila conciencia, con firme corazón, alta la frente y fija en el porvenir la mirada, que si tenían su cruz y su calvario, símbolos son que aquí nos dejó el Dios-Hombre. Todos tienen en este mundo su vía dolorosa, y siempre todo apostolado tuvo su martirio.

Dos cargos se han hecho á la institución de los *Juegos Florales* y al renacimiento de la literatura catalana, y hora es ya de que sean contestados desde este sitio.

Se nos acusa primeramente de no escribirlo todo, y siempre, en castellano, que es, dicen, la lengua nacional. La lengua oficial debieran decir, que no hay por qué desbautizar á la catalana, nacional y española como aquélla.

Nunca el castellano será para nosotros de tan franca naturaleza como es el catalán; que la lengua castellana es sólo la de nuestros labios, mientras que la catalana es la de nuestro corazón. Nos enseñan aquélla los maestros, nos enseñan ésta las madres.

¿Por qué, pudiendo ser los primeros en Cataluña, nos quieren hacer segundos ó terceros en Castilla?

Los que así nos atacan creerán que nosotros no

somos españoles. Lo somos de corazón, lo somos de veras, lo somos de raza. Pues qué, ¿sólo en lengua castellana se puede gritar: *¡Viva España!*?

España es una gran nación compuesta de varias nacionalidades, y en el escudo general de sus armas cada antigua nación está representada en su cuartel respectivo por su blasón propio.

¿Por qué, pues, en la literatura general no ha de estar cada provincia representada por su lengua? Si se le concede á cada una el uso legítimo de su blasón, ¿por qué negarle el uso natural de su idioma?

Pero muchos dicen que no es por la lengua por lo que nos combaten, sino para destruir el provincialismo... ¡Oh! vosotros los que tenéis aún sentimiento y conciencia, no atentéis, no atentéis al provincialismo, que es una de las nobles cosas que todavía quedan en España, si queréis guardar la fe y la santidad de ciertas cosas.

El provincialismo es el patriotismo de provincia, como el patriotismo es el provincialismo de nación. Por ventura, el provincialismo de provincia, ¿no es patriotismo de patria?

Dejadnos cultivar nuestra lengua, que es una obra patriótica; dejadnos cultivar nuestra literatura, que es una obra regeneradora, y todo ha de ser para mayor esplendor y gloria de España, que asi como es más rica una familia que tiene dos patrimonios, así ha de ser más rica una nación que tiene dos literaturas.

¿Por ventura no son hermanas dos rosas nacidas en un mismo tallo?

Que los *Juegos Florales* pueden tener una idea política, nos dicen otros.

Hay que protestar, y protestar decidida y enérgicamente, contra esa especie lanzada con malévolos fines.

No tienen ni pueden tener los *Juegos Florales* la idea criminal que se les supone; no tienen ni pueden tener la idea de un partido político determinado, como gratuitamente se ha pretendido; pero tienen, sí, la idea política de un partido patriótico español y nacional. Son el arca que guarda los recuerdos de la patria y que todos los partidos políticos están interesados en conservar: son el templo donde se juntan, y confunden, y fraternizan los hombres de toda idea y de todo partido. Fuera de aquí podrá haber política de partido: aquí sólo hay política de patria.

Los *Juegos Florales*, dígase lo que se quiera en contra, son los que han dado vida á la moderna literatura catalana. Sin ellos, el movimiento literario que hoy fija la atención de la Europa ilustrada, no habría de seguro existido.

Muchos son los poetas que vienen aquí á luchar para conseguir los premios y el título de maestro, y cada año aumentan en proporción considerable las composiciones presentadas al certamen.

Hoy existen poetas catalanes, prensa periódica catalana, prosistas catalanes. Hoy se escriben en nuestra lengua historias, y poesías, y novelas, y dramas, y comedias, y artículos, y periódicos. Hoy existe teatro catalán, un teatro completo, que ha nacido después de la institución de los Juegos Florales, un teatro que atrae un público escogido y numeroso, que tiene desde el drama histórico á la comedia ligera y á la pieza de circunstancias; un teatro que no lo tienen naciones como Bélgica, Portugal y Suiza. Y esto es obra sólo de diez años.

Hoy podemos decir á los que un día nos motejaron: ya no somos unos pocos, somos muchos; ya no somos un grupo, somos un ejército; ya no somos una secta, somos una religión; ya no somos

una tribu, somos un pueblo; ya no somos una mera escuela, somos toda una literatura.

Hoy, á los que nos censuran, podemos decirles: censuradnos, pero oídnos.

Por algo será que tan altas inteligencias y tan nobles corazones se hayan congregado hoy para escuchar las cítaras de nuestros poetas, para asistir á los señalados festivales de la poesía de esta tierra, para venir á ver cómo cada año aparece en el cielo de la literatura catalana esa vía láctea de flores y de glorias, que se extiende y dura de un año al otro.

Por algo será que hayan hoy venido nobles magnates de Inglaterra, maestros y poetas de Provenza, sabios de París y Rosellón, poderosas inteligencias de Castilla, eminentes literatos de Mallorca y de Valencia; por algo será que tan distinguidos personajes hayan venido á dar con su presencia más realce y esplendor á la fiesta anual de la poesía catalana.

Algo verán, sin duda, en esa literatura que se despierta, en ese pueblo que se agita, en esa lengua que vibra, en esa cítara que suena, en esa voz que se escucha, en esa llama que nace repentinamente del fuego que se atiza, en esa música de palabras sonorosas que aguijonea las inteligencias, en esa expresión de las ideas populares que admite una forma para manifestarse, en esa reunión de corazones y de espíritus que se unen, no para el mal, sino para el bien, en ese zumbido de toda una colmena de trabajadoras abejas, en esa paloma mensajera que sale del arca llevando en su pico la rama de olivo, en esa aspiración á resucitar una lengua que se juzgaba muerta, una literatura que estaba olvidada, una patria que se creía desaparecida.

Verán lo que verse debe siempre en todo movi-

miento intelectual, lo que ha de verse en toda literatura: la expresión de una idea, la forma de una civilización, el espíritu de un pueblo, el sentimiento de una patria.

Esto verán, esto hallarán en nuestra literatura los que quieran tomarse la molestia de fijarse en ella y estudiarla.

. . . .

. . . .

. . . .

Magistrados de Barcelona, honorables y dignos sucesores de aquellos prohombres de las rojas gramallas, no estaréis ciertamente descontentos de vuestra obra, que cada año ha ido creciendo en importancia para cada año ir creciendo en gloria. Comprendisteis perfectamente la idea que guiaba á los restauradores de los *Juegos Florales,* y al continuar anualmente esta fiesta, siempre con más esplendor y más constancia, habéis comprendido que honrando la lengua honrábais al pueblo que la habla.

Y, ahora, permitidme que os dirija algunas palabras á vosotros, poetas los de Castilla y Provenza, los de Inglaterra y Francia, los de Valencia, Rosellón y Mallorca, los españoles nuestros compatriotas, los extranjeros nuestros amigos.

Salud y fraternidad á todos y á cada uno de vosotros, los que sois hoy nuestros huéspedes queridos. El Consistorio de los *Juegos Florales* os saluda cariñosamente á todos en nombre de la tierra catalana.

Salud y fraternidad á vosotros los de Castilla, con quienes nos une el lazo de la sangre y de la patria, los que lleváis aún en vuestro pendón y continuaréis llevando siempre, si á Dios place, los dos colores, rojo y amarillo, colores de la bandera antigua catalana en los buenos tiempos de nuestra

patria, que en prenda de unión eterna os dieron nuestros padres; á vosotros, José Zorrilla, el trovador del pasado; Ventura Ruiz Aguilera, el cantor nacional; Gaspar Núñez de Arce, el poeta dramático; insignes y nobilísimos escritores, que sois aquí la representación viva de nuestra hermana Castilla.

Salud y fraternidad á vosotros los de Provenza, que en vuestro honroso blasón de provincia lleváis aún y llevaréis siempre, si á Dios place también, las rojas barras catalanas, que en tiempos de gratos recuerdos os dieron en prenda de cariño nuestros abuelos; á vosotros, los que os agrupáis en torno del apóstol que el mundo literario llama *el Virgilio de Maillane*, de Federico Mistral, personificación encarnada de Provenza.

Que os sea grata á todos la hospitalidad de la tierra catalana, y plegue á Dios que al volver á vuestras casas llevéis de nosotros un recuerdo tan grato como el que de vosotros ha de quedar grabado en nuestros pechos.

Como huéspedes vinisteis. Partid como hermanos.

En recuerdo de este día, que con vuestra presencia habéis hecho día de mayor gloria, en cambio de nuestra hospitalidad, que si no es fastuosa es fraternal al menos, sólo una cosa os pedimos: que al regresar á la paz de vuestros hogares os llevéis, como simiente de amistad para sembrar en vuestras comarcas, como fresco ramo de flores para ofrecer á vuestras familias, como dulce prenda de amor para injertar en vuestros hogares, el recuerdo de nuestra gaya fiesta del mes de Mayo, el recuerdo de los poetas hermanos vuestros, el recuerdo de la tierra catalana.

LA POESÍA LEMOSINA

DISCURSO

LEÍDO EN LA VELADA LITERARIA CON QUE LAS SOCIEDADES DEL ATENEO Y RAT-PENAT, DE VALENCIA, OBSEQUIARON AL AUTOR EN LA NOCHE DEL 26 DE JULIO DE 1880 CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DE LOS JUEGOS FLORALES EN AQUELLA CIUDAD.

Señores:

Llego, por benevolencia vuestra y con honra inmerecida, á ocupar la silla que la muerte implacable dejó vacía al arrebatarnos á Vicente Boix, y faltaría, por lo tanto, al más sagrado de mis deberes, si lo primero de todo, antes que todo y sobre todo, no me apresurase á consagrar un tributo de honor á quien tanto amasteis vosotros, á quien yo tanto amé, á quien Valencia toda recuerda como á uno de sus hijos más ilustres y preclaros.

Yo sé bien, por lo demás, que al cumplir con este deber, para mí sagrado, vengo también á satisfacer uno de vuestros más caros deseos y á corresponder á uno de vuestros más íntimos sentimientos. La mejor manera de demostraros mi gratitud por la honra que me dispensáis y por la hospitalidad fraternal y simpática que me ofrecéis, es la de recordar á Valencia, uno de sus varones ilustres; á esa juventud entusiasta que se agrupa junto á la bandera del *Rat-Penat*, uno de sus maestros; á la literatura lemosina, una de sus glorias; á la patria ibérica, uno de sus hombres.

De esta manera, también, evito las frases de cumplido y de estudiada modestia, que vienen á ser tema obligado al comenzar discursos de esta índole, frases que, por lo mismo que son impuestas, no son espontáneas, resultando con esto una situación difícil: para el que habla, porque la costumbre le obliga, mal que le pese, á ser modesto;

para el que contesta ú oye, porque la urbanidad, mal que le pese también, le obliga á ser cortés. A fin de evitar, pues, este momento, si difícil para vosotros, delicado para mí, ¿qué mejor frase para comenzar, ni qué otro medio más propio á cautivar vuestra atención, mover vuestros sentimientos y arrebatar vuestro ánimo, que el de deciros: «Tan obligado os estoy, que, á fuer de agradecido, voy, lo primero de todo, á hablaros de Vicente Boix?...»

¡Vicente Boix! ¡Ah! Vosotros no sabéis, no podéis saber la impresión que me causa su nombre. Le conocí por vez primera allá por los años de 1845, ¡hace un siglo!, cuando muchos de vosotros no habíais aún nacido. Acababa yo de llegar á la ciudad del Turia, que es decir á la ciudad de la poesía y de las flores, y llegaba joven, poco menos que errante y vagabundo, poco menos que enfermo, poco menos que visionario, con más caudal de ilusiones ciertamente que de realidades, y con horizontes ante mí que sólo podían dejar de ser obscuros y borrascosos á fuerza de empeñarme en verlos despejados y risueños.

A nadie conocía yo en Valencia ni pude llegarme á imaginar jamás que nadie me conociera á mí. Considérese la sorpresa que debía causarme el recibir unos versos de Vicente Boix, los primeros que en mi vida se me dirigieron, y que desde entonces, como reliquia santa y como recuerdo sagrado, conservé entre los documentos de familia, á través de todos los azares y vicisitudes de mi agitada vida. Todavía suenan en mis oídos aquellos armoniosos versos:

Muy bien venido á la ciudad hermosa
que reclinada del ameno Turia
en la margen feliz, levanta al cielo
su frente de oro, celestial y pura.
Báñanla en torno las suaves brisas

de jardines sin fin, y entre la bruma
del mar tranquilo que sus plantas besa,
diosa de Hesperia el mundo la saluda.

. . . .

Si el pálido fulgor de luengo llanto
que allá bañaba tu modesta cuna,
viene á bañar también tu joven frente
en la antigua ciudad que riega el Turia,
recuerda al menos que su cielo es bello,
sencilla su amistad sin sombra alguna,
y que si flores hoy á ti te ofrece,
si en su nombre otro bardo te saluda,
es que Valencia, por antiguos lazos
unida en otra edad á Cataluña,
de recuerdos y glorias es el templo,
de la amistad y del amor la cuna.

Estos versos nos hicieron hermanos. Comenzó pues, nuestra amistad, por donde las demás concluyen, y nunca, nunca nuestro cariño fraternal se vió empañado por la más ligera nube. Confundidos en el mismo pensamiento y en las mismas aspiraciones, obedecíamos á la misma idea, éramos apóstoles de la misma religión y soldados de la misma causa. Se confundían hasta nuestros nombres; que Dios nos había dado las mismas iniciales, y á causa de esto, alguna vez, ¡honra grande para mí!, equivocaron con las suyas mis pobres poesías.

Y al nombre de Boix va en mi recuerdo unido otro para las letras no menos ilustre, para la patria común no menos estimado, para mí no menos querido: el de Jerónimo Borao. Era Borao aragonés, como Boix valenciano, como yo catalán, es decir, con un amor profundo á su país, y quiso Dios también que los tres fuésemos cronistas de la Corona de Aragón: Boix el de Valencia, Borao el de Zaragoza, y yo el de Barcelona.

Un día, en circunstancias críticas para nuestra patria, nos encontramos juntos, conspirando al mismo objeto, teniendo el mismo ideal, en el mis-

mo campo y al pie de la bandera misma que las tres ciudades hermanas se disponían á enarbolar, siguiendo el movimiento político iniciado en Vicálvaro y Manzanares. Un ilustre y venerable patricio, honra y gloria de nuestra España, nos había sentado á su modesta mesa. Al terminar aquel frugal banquete, y cuando íbamos á salir para nuestros respectivos destinos, recibidas ya las instrucciones de labios de aquel patriarca de las libertades patrias, Boix improvisó unos versos que, borroneados con lápiz, me llevé en mi cartera, y que recuerdan un momento solemne, el más solemne quizá de nuestra vida:

Pobre Edetano, ni á invocar me atrevo
la gloria que aparece en este instante;
la fiera Cataluña está delante;
la eternidad sus aras le guardó.
Hacia los cuatro vientos desplegadas
sus bélicas banderas se lanzaron;
los pueblos sus girones veneraron
y sus Barras aquí el poder rompió.
¡Silencio! ¡No cantéis!... Id á las tumbas,
y allí podréis llorar... Hoy, peregrino,
os hallo por mi bien en el camino,
y os diré en voz muy baja: *¡Amor y unión!*
Envueltos en las sombras que nos cercan
al alma libertad evocaremos,
y en plena luz mañana arbolaremos
cruz contra cruz, pendón contra pendón.

Cada uno de nosotros fué á ocupar su puesto. Tuvo lugar el movimiento que se esperaba, y, para ayudar á este movimiento, fundé en Barcelona *La Corona de Aragón*, en la cual escribían Boix desde Valencia y Borao desde Zaragoza. Fundóse aquel periódico, de común acuerdo entre los tres, con la idea que nos habíamos propuesto y á la cual jamás faltó: la Corona de Aragón como recuerdo, modelo y ejemplo de patrias libertades; España

constitucional y regenerada como patria común; la Unión Ibérica como ideal y aspiración suprema.

Ninguno de los tres abandonamos un solo momento nuestra idea. Fieles fueron á ella hasta su muerte Boix y Borao. Fiel á ella he de ser yo mientras Dios no apague la luz de mi pensamiento, que es la vida.

Aun no había yo comenzado á escribir entonces en catalán. Creo que tampoco Boix, pero ¡qué importaba! Escribíamos en castellano y pensábamos en catalán, y unimos nuestras fuerzas para iniciar el movimiento que más tarde se llamó *catalanista*. A más, no había necesidad de escribir precisamente en catalán para ser catalanista. Uno de los que más hizo en favor del *catalanismo*, Cambouliu, no escribió en catalán ni en castellano. Era catalán de la lengua *d'oc*, y sin embargo escribió en francés su *Ensayo sobre la literatura catalana*. Escribiendo Boix en castellano hizo á favor del catalanismo tanto como el que más.

En buen hora que, por haber comenzado á escribir más tarde que otros en catalán, á él y á mí mismo tal vez, ¿por qué no he de decirlo?, se nos niegue en documentos y en historias el puesto de honor que reclaman otros para sí; en buen hora sea. No he de disputar para mí, ni para Boix siquiera, la prioridad y primacía. A los ojos de aquellos que con imparcialidad estudien un día el movimiento literario actual, cada uno ocupará el puesto que le corresponda, y puede muy bien suceder que la Providencia, siempre justa, dé un lugar distinguido, por razón de prioridad y cronología, á los que acaso no pudieran obtenerlo por razón de ingenio.

A más, al hablar de *catalanismo*, no entiendo en manera alguna lo que pertenece sólo á Cataluña. Cataluña, Valencia, las Baleares, son una en el renacimiento literario. Yo no sé, yo no quiero saber,

en este instante y para este caso, si el renacimiento comenzó en Valencia con los versos y cantos patrióticos en nativa lengua de la primera época constitucional, ó en Cataluña con la bellísima poesía de Aribau, ó en Ciudadela de Menorca, donde años antes que Aribau y antes de triunfar el sistema constitucional, un pobre desterrado, de nombre desconocido, escribía:

  Desde 'l fondo de mon pit,
ab lo cos y 'l cor migrat,
jo te dich tot entristit:
Catalunya, Deu te guart.
  Si la llengua de tos avis
no parla ningú ni sent,
jo la vull en los meus llavis
ab lo meu darrer accent.

¿Qué importa, repito, dónde comenzó el renacimiento, ni qué importa tampoco quién fué el primero en iniciarlo? Cuestión puede ser ésta de localidad, de vecindario ó de amor propio, nada interesante para quien á más alto vuelo empuja su pensamiento. Acaso se inició por algún desconocido que duerme hoy tranquilo en su ignorada tumba, como un oscuro soldado, héroe sin nombre, gana á veces la batalla que ha de dar á otros el lauro, la inmortalidad y la gloria.

El hecho existe. El renacimiento es un hecho, y es común á Cataluña, á Valencia, á las Baleares, al mismo Rosellón, á la misma Provenza, y cada una puede reclamar la parte que le corresponda. ¿Qué importa quién hizo el sol, si el sol es para todos?

Lo propio sucede con la lengua. Aparte la variedad natural de acento y color, de pronunciación é inflexión, de religión, localidad ó territorio, la lengua es una. Llámenla en buen hora *romana*, como suele acontecer entre sabios, y como es indudable que era llamada por antiguos trovadores;

provenzal, como es costumbre en las Academias y como la apellidó Dante; *catalana*, como pretendemos los hijos del Llobregat, no tal vez con justicia; *romanizada*, como escribía Piferrer; *lemosina*, como dijeron Arnaldo Vidal, el marqués de Santillana, Aribau y con ellos los hijos del Turia; *mallorquina*, como no ha faltado también quien pretendiera; *occitánica* (es decir, de Occitania, país de la lengua de Occidente, de *oc* y de *citara*), como sienta la crítica moderna. ¿Por ventura no es la misma lengua? Me es igual el nombre. Acaso el más propio y ajustado sería el de lengua romana; acaso el más armónico y dulce el de lengua lemosina. ¡Qué importa! Dadme el espíritu, yo os doy el nombre. Dadme la savia, el vigor, la frescura, la originalidad, la lozanía de esa renaciente literatura, y llamadla como queráis. Pero estoy en Valencia, la ciudad hospitalaria, la ciudad de la armonía, de las flores y de la belleza, y, aparte aún la justicia que pueda haber en ello, fuera en mí descortesía no llamarla como aquí se llama. La llamaré, pues, lemosina.

Mucho se ha hablado y mucho se hablará aún del renacimiento de la literatura lemosina. Falta decir sobre ello la última palabra y tardará en decirse todavía; pero no hay que darle vueltas, ni hay que torcer las corrientes, como no hay que desvirtuar el espíritu de las cosas. El renacimiento lemosín sólo ha tenido razón de ser, y sólo ha sido, cuando el sol de la libertad ha brillado en los horizontes, cuando la idea de la libertad ha renacido entre nosotros. Y entiéndase, para que no se confunda, para que no se desvirtúe mi pensamiento, que no hablo aquí de la libertad-partido, sino de la libertad-doctrina, como siempre que hablo de la lengua, no hablo de ella en su manifestación, pues sé bien que jamás dejó de manifestarse, y por consiguiente de existir, sino en su espíritu y en su genio.

Hay que reconocer á la literatura lemosina un origen y un ideal que otras literaturas no tienen. No reconoce como fuente y como madre á Grecia y Roma; no ha comenzado imitando los clásicos griegos y latinos; no tiene su arte poética basada sobre los preceptos de Horacio; no sigue su lírica los caminos que trazaron Tirteo, Anacreonte, Ovidio ó Píndaro; no están cortados sus poemas sobre el patrón de los de Homero y de Virgilio.

No, no es éste nuestro origen. Nuestra madre es Provenza; nuestra fuente, la poesía de los trovadores; nuestra Roma, Tolosa; nuestra arte poética, el código de leyes de los maestros del Gay Saber. Todo lo que sea apartarnos de Beltrán de Born, de Aymerich de Peguilhá, de Pedro Cardinal, de Bernardo de Ventadorn, en una palabra, todo lo que sea salir del ciclo de los trovadores, es desnaturalizar nuestro origen, renegar de nuestro pasado y desmentir nuestro linaje.

Los trovadores tuvieron una literatura esencialmente original y característica, de ninguna imitada y á ninguna parecida. Desconocieron total y absolutamente los clásicos griegos, y se duda de que llegaran ni siquiera á conocer los latinos, excepción hecha únicamente de Ovidio, de quien se encuentra alguna que otra cita y alguna que otra ligerísima reminiscencia. La poesía de los trovadores no tiene ningún sabor clásico, en el sentido que damos á esta palabra. Lleva, por el contrario, el sello romántico. La literatura de los latinos no ejerció influencia ninguna en el nacimiento, progreso y desarrollo de la lírica lemosina, y ésta brotó fuerte y vigorosa, debiéndoselo todo á sí misma, sin más precedentes ni modelos que algunos himnos de iglesia y algunos cantos populares, y desarrollándose, creciendo y vigorizándose en medio de su independencia y de su individualismo.

Tal es, pues, nuestro origen, y si nuestro origen

es éste, nuestro genio, nuestro espíritu, nuestro ideal es la libertad.

La poesía de los trovadores y la libertad de los trovadores, he aquí la base y fundamento de nuestra literatura lemosina. El que esto ignore ó desconozca, desconoce é ignora la esencia, la idea, el génesis de nuestra literatura.

En los siglos XII, XIII y XIV brilló con todo su esplendor la poesía de los trovadores, en cuyo fondo se hallan dos sentimientos supremos, absorbentes, dominantes: el amor, pero entendiéndose por amor la virtud, la fuente de todo lo bueno y de todo lo bello; la independencia, pero entendiéndose por independencia la libertad del arte, la libertad de la conciencia, la libertad del pensamiento, y todo sin traba ni obstáculo de ninguna clase ni de ninguna especie.

Aquella literatura, que iba marchando y abriendo su camino, hubiera acaso cumplido su misión y terminado su obra, á no estallar sangrienta y exterminadora la Cruzada contra los albigenses.

La Cruzada acabó con los hombres y con la raza, pero esto no bastaba. Se había de acabar también con otra cosa superior á la raza y á los hombres: se había de acabar con la idea y con el pensamiento. De lo primero se encargó la Cruzada, que destruia la familia y el hogar; de lo segundo la Inquisición, que desenterraba los cadáveres. Contentábase la Cruzada con matar al hombre é incendiar el pueblo. La Inquisición desenterraba el cadáver para quemar sus cenizas y aventarlas, y aun hacía más, aun hacía algo peor, algo más horrible que todo esto, quemaba el libro, es decir, intentaba extinguir el pensamiento.

Fué la Inquisición el enemigo mayor que tuvo el espíritu de los trovadores. Nacida en aquellas tristísimas circunstancias, parece que su destino y misión fueron por de pronto los de matar la litera-

tura lemosina. ¡Qué literatura no había de ser aquélla que necesitó para desaparecer una institución tan poderosa como la del Santo Tribunal de la Fe!

¡La Inquisición! ¡Ah! Yo la conozco. Largas horas, largos días he pasado recientemente en el archivo de Alcalá de Henares hojeando causas y papeles de las Inquisiciones de Toledo y de Valencia, de Valencia especialmente.

Muchas horas hube de pasar en aquella vastísima sala llamada de la Inquisición, donde están amontonados á centenares y á millares los procesos, revolviéndolo todo, escudriñándolo todo, hojeando aquellos voluminosos legajos, que al abrirse despedían olor á tumba, viviendo entre inquisidores, asistiendo á sus consejos y á sus conciliábulos, viendo funcionar su horrible tormento, oyendo los ayes y lamentos de sus víctimas, concurriendo á su tribunal, enterándome de sus cábalas y manejos, sorprendiendo sus secretos, pasando los días enteros con ellos, soñando con ellos todas las noches.

Así he visto pasar por ante mis ojos todos los horrores de la Inquisición de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII.

He leído el proceso de un sabio y virtuoso médico denunciado por secreto de confesión y condenado porque consultaba libros árabes y usaba recetas de médicos árabes para curar á sus enfermos; el de un poeta valenciano, que hubiera llegado á ser ilustre, de seguro, y que acaso hubiera dado nombre á su siglo, acusado de escribir versos amatorios del género de Ovidio, siendo por esto condenados sus manuscritos á las llamas y él á enmudecimiento perpetuo y á severas penitencias; el de un honrado anticuario de Valencia castigado por ser poseedor de una biblioteca de libros raros y de un museo de antigüedades donde figuraban ídolos romanos y vasos sepulcrales, el de una pobre mu-

jer sometida al tormento por haberse negado á comer carne de cerdo, lo cual la hizo delatar como judía, y he visto reproducidos casi taquigráficamente sus ayes y lamentos, y me he estremecido al oir aquella su sublime expresión de *Sáquenme de aquí y díganme lo que he de decir, que yo diré lo que quieran que diga*, frase arrancada al dolor, y que es toda la historia y toda la filosofía del tormento; he leído también los procesos de muchas víctimas sacrificadas sólo porque alguna mujer en secreto de confesión las acusara de herejes ó de iluminados; el de... Pero ¿qué más? ¿Qué más he de decir de todos aquellos procesos que pasaron ante mis ojos, llenos de horrores y de infamias, testimonios vivos de la persecución encarnizada en nombre de Dios, á lo que Dios ha dado de más noble al hombre, la inteligencia y el genio? Yo no recuerdo ya todo lo que leí, espantado, en aquella mar de procesos, y me pesa aún recordar lo que recuerdo. Sólo tengo bien presente que, después de aquella lectura, hube de exclamar: «Bendita sea mil veces y mil veces santificada la libertad, que aun cuando solamente nos hubiese dado por único bien el de concluir con la Inquisición, bastara esto solo para hacerla santa y bendita á través de las generaciones y por los siglos de los siglos!»

Sí, la Inquisición persiguió de muerte el pensamiento de la literatura lemosina. En vano fué, por el pronto, que este pensamiento se encarnara, más allá de los montes, en Dante y en Petrarca, los grandes imitadores de los poetas provenzales; más acá de los montes, en Ramón Lull y Arnaldo de Vilanova, los grandes continuadores de los filósofos lemosines. La Inquisición acabó por extinguirlo todo, por hacer olvidar hasta la existencia, hasta la memoria y el nombre de aquella literatura.

Hubo, durante los siglos que transcurrieron después de aquella horrible matanza que se llama cru-

zada contra los albigenses, hubo varias épocas en que se intentó el renacimiento de la literatura lemosina. Consiguióse en parte y en deteminados períodos, aunque sólo en los intervalos en que florecían las libertades populares; pero únicamente pudo alcanzarse de una manera completa y satisfactoria por lo tocante á aquella parte de la literatura que es más hija del pensamiento que del corazón. No fueron, en efecto, tan felices los esfuerzos que se hicieron para el renacimiento de la poesía.

Hubo el de Ausias March, primero, que llegó á lo que llegan pocos, á fundar escuela; el de Pedro Serafí, después, con otros varios; el de Vicente García, por fin; pero todo fué inútil, la poesía iba marchando visiblemente en decadencia. ¿Y por qué? Porque, exceptuando á Ausias March y á alguno de su escuela, que parecieron heredar el espíritu de los trovadores, los demás se apartaron del camino, de la huella, de la doctrina. Cantaban el amor, pero no era ya aquel amor-virtud de los trovadores, sino un amor convencional y artificioso; cantaban la fe, pero ya no era la fe del corazón, sino la del fanatismo; y dejaban de cantar la patria, fuente, esencia, espíritu y símbolo de todo amor y de toda fe. Eran unos poetas incompletos. Les faltaba el espíritu de los trovadores, su libre pensamiento, su libre criterio, su misma salvaje independencia, su individualismo; y la poesía, después de esfuerzos impotentes, después de empujes atrevidos que, si alguna vez pasaban el límite, tropezaban con la Inquisición pronta á pararles, volvía á caer en su marasmo, en su indiferencia, en sus lugares comunes, arrastrándose haraposa y miserable, sin ideal y sin pensamiento.

Así hubo de ser hasta que despertó la libertad á comienzos de este siglo. Con la aurora de la libertad vino la del renacimiento lemosín. Entonces fué

cuando, sin darse cuenta tal vez de lo que hacían, sin conciencia quizá del acto, obedeciendo á un sentimiento hasta entonces desconocido, inspiradas quizá por el espíritu de los trovadores, que vagaba errante por los espacios, comenzaron á resonar en distintos puntos, y en nativa lengua, voces aisladas y dispersas: unas, en la emigración, como la de Puig Blanch; otras, en el fondo de una cárcel, como la del anónimo de Menorca; otras, en los campos de Castilla, donde el amor de la lengua y de la patria ausentes inspiraban á Aribau estos versos destinados á no morir nunca:

En llemosí soná lo meu primer vagit
quan del mugró matern la dolsa llet bebía:
en llemosí al Senyor pregaba cada día
y cántichs llemosins somiaba cada nit.

Poco á poco, paso á paso, empujada por los sucesos, fué despertando la poesía lemosina hasta llegar al punto en que hoy se encuentra, floreciente y rica, gloria de naturales y asombro de extraños.

Efectivamente, próspera y en el apogeo de su esplendor y de su belleza se halla esta literatura: con sus líricos, que han sobrepujado á los antiguos, y de los cuales se hacen ya colecciones que sin extrañeza se pueden llamar *el libro de oro;* con sus prosistas, que no han de rehuir la comparación de Muntaner y Desclot; con su teatro, que ni en calidad ni en número debe temer la competencia; con sus historiadores, sus filósofos, sus sabios, sus literatos en todos los géneros y en todos los campos; pero, por lo mismo que esta literatura ha llegado á su cima, yo he de decirlo, yo he de decir la verdad—¿qué nos queda á los viejos si no decimos la verdad?;—por lo mismo, repito, que esta literatura ha llegado á su cima, corre el peligro que se corre en las alturas: el de la caída estrepitosa, precipitada, mortal.

A la altura á que ha llegado la literatura lemosina, no cabe ya más que un medio. No puede volver atrás; ya no hay camino para la vuelta. No puede permanecer estacionaria; el vértigo la arrojaría al abismo. Sólo un medio, sólo un medio único le queda: el del vuelo.

O está perdida, ó tiene que lanzarse por los espacios rompiendo sus gastados moldes (es decir, aquellos moldes que jamás fueron conocidos de los trovadores), inspirándose en nuevas tendencias, preocupándose de los ideales que han de guiarnos en el porvenir, abandonando la inocencia primitiva de sus recreos pueriles y de sus pasatiempos cándidos, emprendiendo, como el águila, el camino hacia las alturas donde brilla la luz. Esta literatura debe hacerse propagandista, y extender, ensanchar sus horizontes, como cuenta el poeta que se ensanchaba Castilla ante el caballo del Cid:

Por necesidad batallo,
y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo.

La literatura lemosina puede ya abandonar sin miedo el limitado espacio en que hoy campea. Le son, empero, indispensables dos circunstancias especiales: alma y fondo; porque, no hay que olvidarse de esto, nuestra literatura necesita ser traducida, y en la traducción perece lo que no tiene fondo. Y que debe ser traducida es indudable, sino quiere desaparecer y morir. Falta á la literatura lemosina lo que ha tenido la pintura catalana; un Fortuny. No basta que tenga en Valencia, en Cataluña y en Mallorca hombres ilustres y verdaderamente superiores; le falta aún, ya lo tendrá, pero le falta todavía, un Fortuny que la haga española, para luego hacerla europea; que le dé carta de naturalización en España primero, en todas partes después.

Fuerza es también que no abandone su carácter especial y su sello típico: la sobriedad de la frase y la síntesis del fondo; que tal es la índole de la literatura lemosina y lo que le imprime carácter. Nuestra poesía no puede vivir solamente, como otras, del consonante y de la música de la rima. Todo lo que sea olvidar esto, es confundirse con otras literaturas y perder su carácter. Ni la ampulosidad y el orientalismo son nuestro género, ni armonizan tampoco con nuestra lengua.

A más, la sobriedad y la síntesis, propias de nuestro pueblo lemosín y de nuestra raza, están hoy conformes con la época en que vivimos y el siglo que hemos alcanzado, porque es preciso desengañarse, y el que no lo ve está ciego. Acabó ya en la literatura la época de los pasatiempos inocentes, como ha terminado en política la época de los discreteos parlamentarios, como terminó en la prensa la de los artículos doctrinales. Concluyó el reinado de la palabra, como han concluído todos aquellos reinados que se fundan en la pompa, la imposición ó la soberbia. A los antiguos kilométricos artículos de fondo, han sucedido en la prensa los sueltos y los interlíneas. A las novelas interminables, á las poesías de exuberante lirismo, á las disertaciones indigestas, á las soñolientas crónicas, han sucedido en la prosa y en el verso, en la ciencia y en la historia, el folleto, el extracto, el resumen, la filosofía, la síntesis. A las arengas ciceronianas y á los aparatosos discursos, sustituirán en el Parlamento la acción, la declaración, el acto.

Nuestra época es esencialmente práctica y hay que amoldarse á ella. No en vano es la época en que el hombre es conducido por el fuego y la palabra por el rayo.

Es preciso también abandonar toda idea de exclusivismo, siguiendo aquella antigua misión de los trovadores, nuestros padres y maestros. ¿Se ence-

rraron ellos, por ventura, en su localidad? No. Hacían como el ave: al sentirse con alas, abandonaban el nido y emprendían el vuelo. Iban de castillo en castillo, de corte en corte, de pueblo en pueblo, llevando á todas partes con sus inspiradas canciones, con sus sentidas elegías y belicosos serventesios, la idea del amor, según ellos la entendían, fuente de todo lo bello y de todo lo bueno; la idea de la patria, según ellos la expresaban, sentimiento de todo lo elevado y de todo lo caballeresco: la idea de la libertad, según ellos la practicaban, horror á toda vejación y á toda tiranía, odio á todo vicio y á todo monopolio, amor á todo lo puro, á todo lo justo y á todo lo noble.

Propagandistas se hicieron de esta idea, y así fueron á Italia, á Francia, á Portugal, á Castilla, á la misma corte de los árabes, con objeto de levantar en todas partes el espíritu, sembrar en todas la semilla y en todas despertar sentimientos de honor y de nobleza.

Pues bien: lo que ellos hacían con la lectura y con el canto, hoy puede y debe hacerse con la prensa.

La literatura lemosina debe ser propagandista como fué en su origen y en su cuna: remontar su vuelo, arrojándose suelta, independiente y libre á devorar distancias y á salvar espacios, propagando los ideales del siglo, como fué por todas partes á propagar los del suyo la lírica de los trovadores. La literatura que no tiene una misión, no tiene razón de ser. Lo que no va con el siglo va contra el siglo, y languidece, y cae, y muere.

Es necesario que esto haga la literatura lemosina si quiere ser conocida, si quiere ser creadora, si no quiere morir obscura y abandonada en sus soledades, buena sólo y útil para honesto pasatiempo de la familia y del vecindario. Y más debe hacer aún. Tiene que conservar su originalidad antigua, su

fisonomía propia, acomodándose todo lo posible, según las exigencias del siglo se lo permitan, al carácter y espíritu de los trovadores, porque esta es la manera mejor de reclamar un puesto entre las demás literaturas peninsulares, á las cuales no debe imitar ni asemejarse.

Como literatura peninsular, marchando de concierto con las demás literaturas peninsulares, tiene la lemosina una elevada misión que cumplir. Sola, aislada, exclusivista, se pierde y se suicida.

Aquella entre las literaturas peninsulares que mejor cumpla su misión, será la que más popular sea y más gloria alcance, y á esto debe aspirar principalmente la lemosina, sin olvidar nunca que es fecunda rama del tronco patrio y que de su savia se alimenta; sin olvidar nunca, nunca, nunca, que en el seno de nuestra madre España, en medio de nuestras discordias políticas y entre los hombres de todos los partidos, hay un lazo común á todos: el amor de la patria española, la integridad de la patria española, el sentimiento y el interés de la patria española, y flotando sobre todo esto, un ideal supremo, la esperanza sublime de la patria ibérica; que este es el federalismo, el único federalismo que ha de predicar y propagar la literatura lemosina: el federalismo del amor, de la unión, de la fraternidad, de la concordia, de la alteza y del engrandecimiento de la patria.

SALUDO Á VALENCIA

DISCURSO

PRONUNCIADO LA NOCHE DEL 29 DE JULIO DE 1880,
PRESIDIENDO
LOS JUEGOS FLORALES DE AQUELLA CIUDAD.

Señores:

No es la elocuencia, no, como os ha dicho don Teodoro Llorente, lo que vais á oir. No por cierto: Teodoro Llorente es un gran poeta, orgullo y prez del renacimiento lemosín cuando canta en la lengua de Ausias March, cuyos secretos y dulzura pocos como él conocen y poseen, gloria legítima de la patria española cuando escribe en el sonoro idioma de Fr. Luis de León y de Cervantes, cuya clásica estructura pocos como él dominan. Teodoro Llorente es un poeta, y, como tal, propenso al entusiasmo; pero es también mi amigo, mi amigo y hermano de corazón, y, como tal, propenso á la benevolencia. No le creáis, pues, y vais de ello á convenceros.

No es la elocuencia, como él os dijo, lo que vais á oir. Lo que vais á oir en mí es el corazón; el corazón que hierve, que se agita, que se rejuvenece ante el espectáculo solemne que á mi vista se presenta, y que no sabe cómo comenzar, ni qué ideas emitir para expresar con fidelidad los sentimientos que en este instante le mueven.

Grandioso espectáculo, repito, el que á mis ojos se ofrece. Aquí está Valencia; Valencia, representada por su noble Municipio, sucesor y heredero de aquellos antiguos beneméritos prohombres que tan alto puesto ocupan en la historia de las libertades populares; Valencia, representada por sus ciudadanos y hombres de paraje, hijos de aquellos

con quienes departían amigablemente y á cuya mesa se sentaban los grandes reyes de la Corona de Aragón; Valencia, representada por sus hombres de ciencias, de letras y de artes, que con su talento se han conquistado honrosa nombradía; Valencia, finalmente, representada en su bello sexo por esa corte de hermosas y elegantes damas que si ahora fuesen vistas, aquí, juntas todas y reunidas, por un árabe de nuestros tiempos, maldeciría la hora fatal en que sus padres se vieron obligados á abandonar el suelo donde nacen las mujeres más hermosas de la tierra.

Ante esta concurrencia y ante este espectáculo, me siento asombrado, y orgulloso al propio tiempo de llevar la voz en nombre de la sociedad del *Rat-Penat*. Podrá contar esta asociación un año solo de vida, como se ha dicho; podrá ser, por consiguiente, muy joven, pero no lo parece; de tal manera se presenta ya robusta y fuerte, nutrida y poderosa. Le ha bastado sólo nacer para alcanzar gloria. Ha nacido, como nació de repente y ya formada la antigua Valencia en tiempo de D. Jaime: gloriosa, potente y libre, Minerva del Cristianismo.

De esta sociedad forman parte jóvenes de glorioso porvenir, cuyo corazón rebosa en entusiasmo; hombres de edad madura, cuya inteligencia ha dado ya ópimos frutos; todos unidos con la idea de ofrecer una gloria más á Valencia, la del renacimiento de su literatura lemosina. ¡Bien haya esta asociación creada para vida y esplendor de lo que el hombre tiene de más selecto, la inteligencia! ¡Bien haya esta asociación que, como la de los Juegos Florales de Barcelona, reune en un campo neutral, oasis risueño y deleitoso de la vida, á los hombres de todas las ideas y de todos los partidos, para que todos aúnen sus fuerzas y contribuyan á la glorificación del lema que es ya expresión y divisa de todoslos Juegos Florales, la *patria*, la *fe* y

el *amor*, trilogia sublime y santa á la que responden el sentimiento, la vida y el corazón de todos!

¡Que por luengos años de paz y de ventura se puedan renovar estos Juegos Florales, para gloria de Valencia y honra y orgullo de la patria común!

Y al expresar este voto, recuerdo que precisamente en estos días mismos, quizás hoy mismo y á esta hora, nuestros hermanos los poetas de Galicia celebran sus Juegos Florales en Pontevedra.

Señores, no tendrá tal vez nada de extraño lo que voy á deciros, pero á mí me parece hallar en ello algo de singular y providencial.

Dos hombres, unidos por el doble lazo de una verdadera amistad y de un mismo partido político, llevando los dos en su pecho la honrosa medalla de una misma Academia española, salimos de Madrid en los mismos días, dirigiéndonos cada uno á un extremo de la Península, y entrambos con idéntico objeto é igual idea. Uno de ellos, que figura dignamente entre los primeros pensadores y los primeros oradores parlamentarios de la España moderna, D. Antonio Romero Ortiz, ha ido á prestar su concurso valioso á los Juegos Florales que en lenguas castellana y gallega se celebran no lejos del cabo de Finesterre, á orillas del Atlántico, y en las pintorescas comarcas de Galicia. El otro, más humilde ciertamente, ha venido aquí, á los Juegos Florales del *Rat-Penat*, que se celebran á orillas del Mediterráneo y en los encantados vergeles de Valencia, la Valencia aquella que los árabes llamaban el jardín de España, donde los días son espléndidos de sol y ricas las noches de perfumes, donde las flores tienen colores y aromas como pueden sólo tenerlos las flores de los soñados edenes del Profeta, donde la belleza y los ojos de las gallardas doncellas valencianas no tuvieron nunca más rivales que las estrellas de su cielo y los rayos de su sol.

Romero Ortiz y yo, ambos partimos con idéntica misión: él para presidir los Juegos Florales de la región gallega, que desde la antigua Pons Vetus, costeando el Océano, envían en lengua hermana un saludo de fraternidad y amor á nuestra querida Lisboa, á la cual, por otra parte, y al rendirle el tributo de sus aguas, lleva ya el Tajo la ola nacida en las sierras de Aragón, y perfumada, al atravesar Castilla, por los jardines de Aranjuez y de Toledo; yo, para presidir los Juegos Florales de la región lemosina, que, desde la ciudad del Cid y de D. Jaime, y también en lengua hermana, envían un saludo cordial y cariñoso á las Islas de Oro y á Marsella, en cuyas costas, al romperse las olas del Mediterráneo, parecen murmurar antiguos cantos provenzales.

¿No encontráis en esto, señores, algo de singular y de especial? ¿No encontráis que las Academias de Castilla, al enviar á uno de sus más ilustres miembros y más preclaros talentos, como el señor D. Manuel Cañete, á presidir el certamen de Montserrat, á Romero Ortiz á presidir el de Galicia, á mí á presidir el de Valencia, dan á entender que Castilla tiene amor para todas las literaturas peninsulares, y que á todas abre sus brazos, y que todas deben contribuir al engrandecimiento de la patria española y á la gloria de la patria ibérica?

¿Qué hay detrás de esas literaturas que se despiertan? ¿Qué, detrás de esas lenguas que se creían muertas, y que hoy viven y hablan? ¿Qué, detrás de esos renacimientos peninsulares que se mueven, y se agitan, y bullen, y marchan?

Yo no lo sé, yo no quiero saberlo. Respetemos los secretos del porvenir, pero contribuyamos todos á hermanar los hombres, las regiones y las lenguas; y cuando el porvenir llegue á fijar sus decretos y sus leyes, que halle en buen hora regiones distintas y hombres distintos y distintas hablas,

que así debe ser y así es forzoso que sea, según destinos inmutables, para la variedad indispensable dentro de la unidad necesaria; pero que nos halle á todos movidos por un mismo pensamiento y dentro de una misma inspiración de amor, de patria, de fraternidad y de paz.

Y voy á terminar, que impacientes habéis ya de estar todos por oir el nombre del primer poeta premiado á quien toca, gloria verdaderamente envidiable, el alto honor de elegir á la reina de la fiesta. Voy, pues, á terminar con un saludo y una expresión del alma.

Yo saludo al pueblo de Valencia en la persona del digno alcalde y en la noble corporación popular que nos preside.

Yo saludo á las ciencias, á las artes y las letras valentinas en la persona de Teodoro Llorente, que, merecidamente, justo título á sus servicios y talentos, preside hoy la sociedad del *Rat-Penat*.

Yo saludo, en fin, á las damas valencianas en la persona de la que, desconocida todavía, no tardará en dejar de serlo para venir á ocupar dentro de pocos instantes ese trono vacío destinado á la reina del amor y de la belleza.

Permitidme ahora terminar con una expresión, mejor dicho, con una explosión del alma. Catalán de corazón y de raza, concluyo siempre diciendo: ¡Viva Cataluña! Pero cuando digo viva Cataluña, pretendo decir: ¡Viva Valencia! Y al gritar viva Valencia y Cataluña, pretendo decir siempre: ¡Viva España!

LA IDEA LATINA

DISCURSO

PRONUNCIADO AL PRESIDIR LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS
EN LA VILLA DE GRANOLLERS
EL DÍA 4 DE SEPTIEMBRE DE 1884.

(Traducción del catalán, idioma en que fué pronunciado el discurso.)

Señores:

¡Hermosa fiesta la que hoy hemos venido á celebrar! ¡Hermosa fiesta de amores, de poesía, de gentileza y de flores la que hoy celebramos aquí en el corazón del Vallés, *hont tot hi es*, donde está todo, según dicen antiguos proverbios catalanes!

Y en verdad que es así. De todo hay en el Vallés: bosques espléndidos y magníficos de árboles seculares, algunos de los cuales aun recuerdan haber visto bajo sus ramas las tiendas de los romanos; ríos de plácida corriente y románticas cascadas; sitios amenos, casi de primavera eterna, donde durante todo el año cantan aves de toda condición y matices, y donde todo el año también se encuentran flores de gayos colores; comarcas de esplendor y de luz que son *gran tierra para corazones enamorados*, como cantan las antiguas canciones; villas y ciudades, que viven al sol de sus glorias y en la opulencia de sus recuerdos históricos, y son nidos de gallardas y hechiceras doncellas; selvas misteriosas donde en palacios encantados viven *las mujeres de agua* y donde existen tradiciones como mejores no las tiene ni más fantásticas el Rhin de plateadas olas; y todo esto con poblaciones industriosas, llenas de movimiento y vida del siglo, hijas del progreso y de la civilización, como Sabadell y Tarrasa; con castillos en ruina como el de Moncada, que guarda los recuerdos de una de las más altas y más nobles familias de la tierra catalana; con monasterios como el de San Cucufate, que con-

serva, dentro de las más puras fuentes del arte, las más puras tradiciones religiosas; con cuevas históricas, como la de Guanta, que dió refugio y salvamento al buen conde Borrell, arrollado por los árabes; con iglesias bizantinas como las de Egara, casa solariega y castillo inexpugnable de fieles cuando el árabe era señor y dueño de la tierra; con montañas negras como la de San Lorenzo de Munt, donde se encuentra la tenebrosa *Cueva Simaña*, explorada un día por aquel catalán de grato recuerdo y estimable poeta que en China prestó señalados servicios á su patria, el Sr. D. Sinibaldo de Mas; y por fin, con villas como esta de la que hoy somos huéspedes, la antiquísima Granollers, la capital del Vallés, la de los mercados y ferias, en cuyo seno vino á morir un día aquel malogrado D. Pedro, condestable de Portugal, el rey alzado por los catalanes libres, el noble caballero de la melancólica divisa *Peine pour joie*, que grabada vemos en muchas piedras de esta villa.

Sí, hermosa fiesta es la que hemos venido á celebrar aquí, en este Vallés de tan gloriosos recuerdos y de tan históricas gestas; hermosa fiesta para todos, y sobre todo para mí, pues Dios quiso darme el placer de venir, desde el fondo de Castilla, á presidir uno de estos certámenes de Juegos Florales, que, hace ya más de dos décadas, contribuí á instituir para gloria de las letras catalanas.

Ya un día lo dije, y no quisieron comprenderme, y, por haberlo dicho, me flageló con sus críticas crueles un literato á quien respeto y respetaré siempre, aun cuando haya sido en ciertas ocasiones adversario implacable para mí; como hoy también, dentro de otro orden de ideas fuera del terreno literario, por haber cometido el crimen de decir lo que pienso y lo que siento, caen sobre mí, flageladores inicuos y cínicos, todos aquellos mercaderes sin conciencia que quisieron hacer suyo el templo

de donde debe echárseles. Pero yo fío en Dios y en el tiempo que se me ha de hacer justicia, como se me hizo ya por lo que dije un día, cuando sostuve que de los Juegos Florales nacería la moderna literatura catalana.

Y ya lo veis, de ellos ha nacido. A ellos debe su vida. Ya sé, es verdad,—y los que este argumento me presentan nada nuevo me dicen,—ya sé que antes de restaurarse los Juegos Florales existían poetas catalanes, ó, mejor dicho, poetas españoles que escribían en catalán, ¿cómo ignorar esto? ¿Por ventura no me contaba yo mismo entre ellos aun cuando fuese en su última fila? Pero lo que yo mantengo y sostengo, es que ellos, es decir nosotros, no éramos ciertamente los destinados á dar vida y robustez al renacimiento catalán. Pudimos conrear la tierra, no quiero negarlo, pero los Juegos Florales han sido el génesis.

Veinticuatro años hace que se restablecieron los Juegos Florales. y con ellos tomó forma y por ellos se presenta hoy la literatura catalana llena de vida y de fuerza. Ya terminó para ella su infancia. Ya hoy puede extender su vuelo y campar por los espacios, libre, opulenta y robusta, como cualquiera otra literatura que en el mundo exista. Tiene una poesía lírica que es tal vez la mejor, más abundosa y rica de nuestra España de hoy; un teatro selecto con todos los géneros dramáticos y con autores de merecido renombre; novelas, historias, libros de filosofía y de moral, estudios de lenguas, de ciencias, de costumbres, de viajes, de arqueología. ¿Qué, pues, le falta para llegar á su meta? Todo lo tiene ya. Escritores ilustres, libros que se traducen á diversos idiomas, centros literarios y científicos, teatro, academias, periódicos de literatura, de artes y de política, y Juegos Florales que han sido la vida, la norma y el código de los demás de España.

Y así es como os lo digo, señores. La tradición puramente catalana de la Reina de los Juegos Florales, la costumbre catalana de las flores de oro y de plata, la divisa latina de nuestro consistorio, las consuetudes legisladas de nuestros certámenes, es lo que ha servido de ley á las fiestas literarias que en estos últimos años se han celebrado en diversas provincias españolas. En Madrid mismo, ¿no se han celebrado Juegos Florales conformes con nuestro reglamento, aceptando nuestras leyes y estatutos, siguiendo la tradición misma de nuestros certámenes? Y en Pontevedra, pocos días hace tan sólo, los Juegos Florales se han celebrado en todo y por todo según la usanza catalana. Y por cierto, ¡singular coincidencia!, el presidente ha sido el Sr. Moret y la reina proclamada la hermosa hija del Sr. Montero Ríos, dos grandes caudillos del libre cambio aceptando la protección literaria de Cataluña.

Las mismas Academias castellanas reconocen ya la virtud de las letras catalanas, ó, por mejor decir, prestan homenaje á las literaturas regionales de España. Dos años ha, mientras que un académico de la Historia, el Sr. Romero Ortiz, iba á presidir los certámenes de Galicia, otro académico de la Española, el Sr. Cañete, venía á presidir los certámenes de Montserrat, y hoy, mientras la Academia de la Historia abre un concurso para premiar un trabajo escrito en cualquiera de las lenguas que se hablan en España, la Academia Española recibe en su seno al que tiene el honor de dirigiros la palabra y que no pudo tener para aquella noble Academia otro mérito que el de ser un representante de las letras catalanas en la Corte.

Ya es hora, pues, de que nuestra literatura venga á ocupar una sede de honor y un sitio escogido en el teatro de las letras. Su importancia le da derecho á ello. Ya es hora de que, con sus hermanas





la castellana y la portuguesa, vaya á tomar parte en el concierto universal de los pueblos. De hoy más, las tres literaturas ibéricas, como ramas de un mismo tronco, como flores de una misma rama, como hijas de una misma madre, deben presentarse á reclamar el lugar que les pertenece, invocando cada una sus derechos arraigados en su lengua, su tradición y su gloria.

Los latinos se agitan y conmueven en estos momentos. Recordando su historia y sus tradiciones, reclaman los derechos que creen tener, y que en efecto tienen.

Pues bien, la literatura catalana es latina pura, y ya hoy se presenta noble, grandiosa, imponente, exuberante de juventud y de vida, al mismo tiempo que de honra y gloria. ¿Se le negará el derecho que tiene, que le pertenece, que merece, no tan sólo por lo que hoy es, sino también por ser heredera legítima de una familia de aquellos trovadores que, en el camino del progreso y de la libertad del pensamiento, se adelantaron cinco siglos á la revolución francesa?

No; no ha de tardar en venir el día en que las naciones latinas reconozcan á Cataluña como hermana, literariamente hablando. No ha de tardar este día. Vendrá, y vendrá pronto. Yo no soy ciertamente profeta, pero vivo un poco dentro del movimiento político y literario de la época, y nada aventuro al decir que tal vez dentro de muy poco, el año próximo, Dios queriendo y ayudando el tiempo, ha de tener lugar una gran fiesta de los pueblos latinos, promovida por la República francesa, donde la literatura catalana será llamada á ocupar oficialmente el puesto que le pertenece.

Y entre tanto, y mientras llega el momento del triunfo, ¡adelante! ¡adelante, poetas y escritores catalanes! No dejéis de ser latinos, y, en legión gloriosa, id á refugiaros bajo los pliegues

de la bandera de libertad y progreso que ondea al viento.

Cataluña, Valencia, las Baleares, unidas por su historia y por su lengua catalana ó lemosina (dígase como se quiera, que el nombre no hace la cosa), representan el Mediterráneo, la mar latina, y representan también las aspiraciones eminentemente democráticas de toda esta región mediterránea, que tenía ciudades libres gobernadas por consejos casi soberanos y príncipes augustos casi electivos, con una civilización creciente, cada vez más rica en artes, en ciencias y en industria.

En el concierto de las naciones latinas, Cataluña representa la región mediterránea, como Portugal la región atlántica, como Castilla la región de entre mares, y todas tres, hermanadas y unidas, la región ibérica, que títulos tiene bien merecidos y glorias bien altas para figurar, como señora y dueña, en toda asamblea y en toda alianza latinas.

Señores: no puedo ni debo concluir sin aprovechar la ocasión que se me ofrece de prestar aquí mi homenaje á la glorificación de la literatura catalana, que en estos momentos se levanta poderosa entre oleadas de luz eterna y con toda la excelsitud de su gloria, y enviar mi fraternal saludo á todos los escritores, mantenedores y apóstoles de esta nuestra tierra, á los unos porque recuerdan las buenas y antiguas gestas de nuestra gloriosa historia, á los otros porque cantan y cuentan las honestas costumbres de la tierra, á aquéllos porque trabajan sin descanso en el campo del arte y de la ciencia, á éstos porque purifican y cincelan la lengua, á todos porque, aceptando la divisa pirenaica de *Patria* y *Progreso*, siguen por el camino de la libertad y regeneración de los pueblos; y pues por esta senda van, Dios les dé gloria.

LAS BODAS DE PLATA

DISCURSO

EN LA FIESTA DE LOS JUEGOS FLORALES DE BARCELONA

(6 DE MAYO DE 1883)

(Traducción del catalán.)

SEÑORES:

¡Espléndido día el de hoy para las letras catalanas! ¡Espléndida y gaya fiesta la de este año, con la que los Juegos Florales celebran sus bodas de plata!

Veinticinco años ha que inauguramos el Mayo de los poetas, restableciendo la fiesta de los Juegos Florales que por mala ventura cayera en decadencia, después de instituída por el Marqués de Villena, uno de cuyos descendientes debía instituir también más tarde la Academia Española en Madrid, como si fuese honrosa misión de aquella noble familia salida del tronco de los reyes de Aragón, la de unir la gloria de su nombre á la de las letras patrias; como si fuera sello de alianza, y destino providencial de Cataluña y de Castilla, el deber á un prócer de la Casa de Aragón la primera y la más alta de sus instituciones literarias.

Veinticinco años pasaron ya. Hervía entonces la sangre en nuestras venas; chispeaban nuestros ojos, espejos del alma; enhiesta alzábamos la frente, en torno de la cual revoloteaban sueños de amor, de gloria, de poder y de fortuna; y era nuestro corazón el ara apoteósica donde ardía, viva siempre y siempre eterna, la llama de todos los grandes amores de la vida, el amor de la Patria y con él el de las libertades humanas, el amor de la Fe y con él el del trabajo y de la familia, y el Amor de los amores y con él el amor de la mujer, es decir el más

dulce y el más supremo de los amores; aquel que empieza con nuestra madre, la amada del corazón, para seguir con nuestra amiga, la amada de los ojos, y terminar con la compañera de nuestra vida, la amada del alma.

Pero ¡ay! las cosas cambiaron para nosotros. A las dulces atomilladas brisas del oloroso abril, suceden los nebulosos horizontes del otoño, cuando se marchan las golondrinas y llegan las melancólicas soledades del helado invierno, cuando las nieves se extienden por los campos y las tempestades por los aires. Por esto veis hoy ceñidas de cabellos blancos las frentes que se ornaron un día con los negros, y entristecidas las miradas que ardieron un día al contacto de la chispa eléctrica que despedían los encendidos ojos de seductoras beldades. Todo cambió en nosotros, todo, menos el corazón. Y no es ciertamente que no lo hayan roído con sus dientes de fiera los dolores y las tristezas; y no es ciertamente que no hayan querido despedazarlo con sus garras de buitre los desengaños y las miserias; y no es ciertamente, tampoco, que no haya llegado á herirlo con su envenenado aguijón la ingratitud, que es la miseria más miserable de la vida; es que el corazón es la única cosa que se mantiene firme y virgen cuando todo decae en nosotros; es que el corazón, quizás por ser lo que más se acerca á Dios, es lo único que no muere en el hombre hasta que el hombre muere.

¡Qué pocos ¡ay! qué pocos son ya los que nos quedan de aquellos amigos cariñosos, hermanos de letras, que con nosotros restauraron el gayo Consistorio! Fueron muchos á esperarnos allí, allí de donde no se vuelve, allí donde van los sueños cuando nos despertamos, los amores cuando huyen, la luz cuando se apaga.

Partieron ya, y partieron para nunca más volver, aquél que con su seudónimo de árabe, y árabe él

mismo también en pasiones y en grandeza, hizo por largo tiempo las delicias de la sociedad barcelonesa en las páginas de nuestro secular *Diario;* aquel otro que, magistrado integérrimo, vino desde el banco azul de los ministros y desde las empeñadas luchas del Parlamento á presidir las más tranquilas y dulces de los poetas catalanes; aquel á quien, además de sus propias obras, han de hacer inmortal los versos que le dedicó el poeta de la musa indisciplinada, el villanovés Cabanyes, que le apellidaba *Cintio* y le dedicaba sus clásicas epístolas, confiándole con ellas los secretos de su alma; aquél, letrado insigne que fué espejo en las aulas, y defensor del derecho y de la justicia en los estrados; aquél también, excelso profesor y filósofo eminente á quien tantos discípulos beneméritos recuerdan con orgullo y con gloria; aquel artista, excelso asimismo, á quien llorarán siempre las artes catalanas, mezclando sus lágrimas con las de su hermano el sabio presidente de esta fiesta; y, por fin, toda aquella multitud, toda aquella cohorte de ilustres poetas y literatos, cuyas amadas é invisibles sombras acaso vagan en estos momentos por los anchos espacios de estas góticas arcadas, y de entre las cuales veo destacarse las esfumadas siluetas de algunos que vienen, que se acercan, que me miran, que me abrazan, que me hablan: el malogrado poeta de las islas que nos contaba lo que decía la golondrina; la tierna poetisa que hoy duerme su sueño eterno bajo los pinos del Vallés y que nos narraba los amores de Clemencia Isaura; el que en tristísimos cantos nos refería todos los desconsuelos y todas las soledades de su viudez; el ático periodista que escribia el castellano como maestro, legando á la prensa madrileña el recuerdo de sus crónicas parlamentarias, hoy aún en ella espejo y ejemplo; el otro querido periodista, sobre cuyas cenizas todavía calientes llora la prensa catalana; el autor de

obras clásicas, á las que hoy ponen prólogo los académicos de la Lengua de Castilla; el indómito escritor de forma pagana, de valiente originalidad, de cruda desnudez y de flagelante palabra; y aquellos otros dos, nacido el uno en las odoríferas florestas del Turia y el otro en las abrasadas llanuras del Urgel; aquellos dos, mis amigos del alma, mis hermanos del corazón, el concienzudo historiador de la sarracena Játiva, y el dulce cantor de la romana Ilerda.

Perdonadme, señores, y sobre todo, vosotras las seductoras damas que llenáis esta sala; perdonadme el recuerdo que acabo de consagrar á los que fueron. No quise con él entristeceros, no quise con él... pero, no, no; no nos entristece el recuerdo de los pasados, aun cuando sea en un día de fiesta y de gala como el de hoy. La memoria de los muertos queridos é ilustres, lejos de entristecernos debe sernos grata, que la sangre latina, la sangre romana corre por nuestras venas, y los viejos romanos tenían sus mejores paseos en las vías al borde de las cuales se alzaban los panteones y mausoleos de sus familias. Así era como los viejos latinos se entregaban á sus ocios, diversiones y deportes ante las tumbas de sus padres, para tener siempre presentes sus virtudes y su memoria.

Pero, ya os lo dije, hoy es día de amor y de gala.

Salud, pues, gentiles y hermosas damas. Cada una de vosotras lleva consigo el lema de los Juegos Florales. ¿Por ventura no sois vosotras las que dais al artista la idea, la forma, la imagen? La *Patria* es la arrogante matrona de forma escultural y romano escorzo, que oprime con su pie las cadenas de los esclavos y con su mano derecha, aferrada á las crines del león, refrena su bravura, mientras que con su izquierda, la mano del corazón, tremola al aire la bandera de las libertades nacionales y de la patria independencia. La *Fe* es esa virgen

purísima que arrebozada en su casta túnica de ondeantes pliegues, fija sus ojos en el cielo, de donde recibe á borbotones la luz, la inspiración y la vida. El *Amor* es esa peregrina belleza, robadora de almas, Venus de Gnido que, engendrada en los mares por la espuma de las olas, se lanza á los espacios sin más vestimenta que las nubes que se amontonan para encubrirla, con objeto tal vez de hacerla más deseada.

En vosotras, pues, que sois el amor, que sois la fe, que sois la patria, que sois la poesía, en vosotras reside la inspiración. Infeliz de aquel que en sus horas de amargura no tiene á su lado una mujer, que es la mujer la única verdadera compañera del hombre, la que le mece en su cuna, la que le acompaña en su tálamo, la que llora sobre su tumba.

Y vosotros, jóvenes estudiosos que os acercáis al ara, inspiraos en la mujer, que es la perfección y la luz. En ella hallaréis todas las virtudes, todos los sentimientos que pueden enardeceros, todos los amores que conmoveros pueden.

Amad, porque sólo el que ama es amado, y permaneced siempre fieles á todos los deberes del honor y á todas las religiones de la juventud. Amad, y servid siempre, mientras os quede un soplo de vida solo, las únicas causas dignas de apasionar á los hombres de ingenio y de letras, y por consiguiente á los hombres de corazón: la belleza en literatura, la justicia en las leyes, la rectitud en el espíritu, la moralidad en las costumbres, la libertad en las almas.

Hay que elevar el alma y lanzarla por los espacios del ideal, con expansión y con grandeza de miras.

Catalanes, volvéis ya á tener literatura, como la tuvieron en épocas remotas vuestros padres; pero, tenedlo en cuenta, vuestra literatura necesita un ideal, como lo necesita el hombre que camina á la

gloria, como lo necesita el partido que lucha, la escuela que nace, la religión que se arraiga; un ideal que en sus alas os lleve á esas regiones superiores, indefinidas, de donde tornan transfigurados los que en ellas penetran, y en donde existe la fuente de luz que ilumina la humanidad entera.

No morirá ciertamente vuestra literatura si se ocupa y preocupa de aquellas grandes cuestiones que tienen el privilegio de agitar á las muchedumbres, y que son cuestiones capitales en la vida de los pueblos, á los que espolean conduciéndolos por el camino de los grandes progresos intelectuales.

En una de estas cuestiones se ocupa hoy precisamente la opinión pública, y de ella se han visto manifestaciones en la prensa, en el folleto, en el libro, en los concursos literarios, y hasta en asambleas internacionales.

Podrá ser un sueño, lo será de seguro, aquello de que nos habla el *Hachych*, libro erróneamente atribuído á Lamartine, donde se desarrolla la idea de una alianza de Francia, España, Portugal, Italia y Bélgica, con Marsella como capital y centro. Podrá ser un sueño, lo será, aquel imperio de luz, de paz, de fraternidad, de amor y de poesía, que con caballeresca desenvoltura tratan de imponer los felibres provenzales, apellidándolo el imperio del sol.

Pero no lo es, no puede, no debe serlo, no lo será, la realización más lejana ó más próxima de la idea latina, de la idea romana, en el sentido literario de la palabra. Llegará el día en que brille el arco iris, mejor dicho, en que se pronuncie el verbo de unión definitiva entre los pueblos de raza latina, enlazados ya por la comunidad de su origen, por la maternidad de su lengua y la semejanza de sus costumbres.

Semejante unión no podrá conseguirse, empero, sin afirmar por medio de la más estrecha unidad el poder de las naciones que han de concurrir á

ella: España, Francia é Italia, es decir las tres grandes representaciones de la idea latina que vienen á ser como el *Patria, Fides, Amor* de los Juegos Florales de Barcelona. España, una, indivisible, fuerte, con sus regiones formadas, viviendo la vida de la descentralización y del amor de la fraternidad, con todos sus antiguos reinos, con su aspiración ibérica realizada, con su unidad indiscutible, con sus provincias y colonias de Ultramar, á donde llevó un día la civilización á través de los tenebrosos mares, donde dejó impresa la huella de la raza latina y donde sigue hablándose, y siempre se hablará, nuestra hermosa lengua castellana, para cuyos dominios el sol no se ha puesto todavía; España, la que mejor representa en el mundo, por sus tradiciones y sus anales, la idea de la *Patria:* Francia, que hoy ya, mejor aconsejada, abandona el sueño de unitarismo que quiso imponer un día al mundo, convencida de que es vana empresa la de querer acabar con la descentralización, los municipios y los gremios, de raíz latina todo, y que hoy vuelven á renacer, y acabarán por arraigarse para siempre si quieren y saben atemperarse á la forma y á las necesidades imprescindibles de las modernas libertades; Francia, que por su constancia inquebrantable, por sus glorias imperecederas, por su esperanza en el porvenir, por la confianza en sus empresas, es la que mejor representa la *Fe*, dentro la raza: Italia, la dulce, la bella, la noble, la artística Italia, con sus tradiciones antiguas, con sus anales paganos y cristianos, con sus maestros del pincel, del cincel y de la lira, con sus flores que siempre se renuevan bajo cielos siempre espléndidos y siempre estrellados, con sus emprendedores capitanes y sus reyes caballeros, con sus mujeres que no tienen en el mundo más rivales que aquellas estatuas griegas que en ningún lugar del mundo los tienen; Italia, astro esplendente, con las glorias de

sus Rafaeles, las arpas de sus Petrarcas, las virtudes de sus Lucrecias y las pasiones de sus Julietas, con la fe de sus mártires, la grandeza de sus Césares, la majestad de sus Pontífices, la excelencia de sus artistas y la maestría de sus trovadores; Italia, donde la gloria es un culto, el amor una religión, la fe un templo, la poesía un canto, la belleza un cielo y el arte un mundo; Italia, que es, y será siempre en la tierra, la representación de los amores, porque es el santuario de éstos, al cual van en piadosa peregrinación todos los que aman lo bello, lo bueno, lo excelente, lo magnífico, todos los amantes y enamorados del arte, de la virtud, de la poesía y de la música.

No se han apurado, no, todavía los destinos de la raza latina. Aun vive, aún, la fe que ha de dar á esa raza nuevos días de vida, nuevos jubileos de gloria, como los mejores y más espléndidos de sus inmortales históricas jornadas.

Como llegue un día á realizarse la federación latina, lo deberá seguramente á la poesía. Y en verdad que no será la primera grande obra llevada á cabo por los poetas. Muchas otras se les deben, tan grandes y más aún.

Puede esta idea mirarse como un sueño; pueden algunos creerla una ilusión poética destinada á vivir sólo en certámenes literarios; pero es lo cierto que está patrocinada por ingenios sobresalientes y poderosos: Mistral y Tourtoulon en Provenza; Víctor Hugo en París; Bonaparte-Wyse en Inglaterra; Alexandri en Rumania; Castelar en Madrid.

¿Queréis un ideal?

Ahí lo tenéis, pues: la patria ibérica, la patria española, una, fuerte, poderosa, indisoluble, dentro de la alianza latina.

No abandonéis el ideal, éste ú otro; pero uno, uno siempre; uno de amor, no de odio; uno de unión, no de separación; uno que os abra grandes

y extensos horizontes, dominio eterno del genio, á donde no han llegado aún, ni nunca llegarán, aquellos que sólo se complacen en escenas de repugnante realismo.

Cruzados del ideal, marchad con él y por él. Os acompañan los grandes hombres que fueron, ya que por él bebió Sócrates la cicuta, por él escribió Virgilio la *Eneida*, á él consagró Dante su vida de político y su inspiración de poeta, por él dió vida al mármol Miguel Angel, Colón hizo salir por él un mundo de entre las olas, y por él nuestra España se hizo un día civilizadora, conquistadora y propagandista.

Poetas catalanes, Dios os dé gloria.

Grande empresa acometisteis, y vuestro es el lauro de la primera jornada. Vuestra literatura lleva apenas veinticinco años de restauración, y conseguisteis ya que en todo el mundo se hable de ella. Antes no se hablaba de la Cataluña literaria ni poco ni mucho, y las letras catalanas no tenían cédula de vecindad ni siquiera en España, en su propia patria. Hoy son familiares en Provenza, conocidas en las demás regiones francesas, estudiadas en Inglaterra, traducidas en Alemania, admiradas en Italia, aplaudidas en Suecia, y España se enorgullece de tenerlas y contarlas entre sus literaturas regionales, dando lugar la noble Castilla á su lengua y á sus representantes en los certámenes y en los sillones de sus más encumbradas Academias.

Pero por esto es mayor vuestra responsabilidad y más arriscada vuestra empresa. Vuestra literatura será respetada en cuanto más se haga respetar. Si decae, está perdida; si no mira hacia adelante, concluyó su tarea, que á los que miran hacia atrás Dios los convierte en estatuas de sal y en pedazos de mármol. Por esto todo lo que vive, marcha; por esto todo lo que marcha, luce, y todo lo que luce, brilla, mientras que, por el contrario,

todo lo que declina, cae; todo lo que se para, muere, y todo lo feo se oculta.

Puesto que hicisteis revivir la lengua y la literatura,—la lengua que os falta todavía pulir, perfeccionar y fijar, la literatura que habéis de elevar á la cima del arte y de la maestría,—es preciso, es necesario terminar la obra. Echados están ya los cimientos. Alzad el templo.

Inspiraos para eso en la propia gráfica divisa de nuestros Juegos Florales, la Patria, que es fuente de todos los sentimientos elevados y nobles, la Fe que lo es de todos los honrados y puros, y el Amor que lo es de todos los tiernos y dulces.

Adelante, pues, adelante ahora y siempre, cruzados de Cataluña, en nombre de la *Patria*, de la *Fe* y del *Amor*, la trinidad santa de los que creen, de los que esperan y de los que piensan, la santísima trinidad de todos aquellos que son de nuestra religión y de nuestro templo, de todos aquellos que desean que nuestra Cataluña vaya por todas partes con alta frente y firme corazón, propagadora incansable, predicando la cruzada santa de la atracción y del amor, de la unidad española y de la fraternidad latina.

LOS FELIBRES DE PROVENZA

DISCURSO

LEÍDO

AL PRESIDIR EL CERTAMEN LITERARIO

CELEBRADO POR LA SOCIEDAD DE JUEGOS FLORALES DE PONTEVEDRA

EL DÍA 12 DE AGOSTO DE 1884.

Señores:

Mi primera palabra debe ser de gratitud, que es honra superior á mis merecimientos la que me habéis dispensado elevándome á esta sede, á que sólo con temor profundo, y con respeto todavía más profundo, me acerco. Aun me parece, entre mis luctuosos recuerdos, ver alzarse aquí, misteriosa y gigante, llenando este espacio, la bendita y venerable sombra de aquel que por vez primera, en 1880, presidió estos certámenes, cuando desde este sitio envió un saludo cariñoso á los poetas catalanes que á la sazón celebrábamos en Valencia los Juegos Florales, agrupados junto al glorioso estandarte en el cual se lee el tradicional lema de nuestros certámenes; de aquel que en los consejos de los reyes y en las lides del parlamento, varón integérrimo y orador insigne, brillaba entre los primeros; de aquél, finalmente, recordado por Galicia como uno de sus hijos más ilustres y queridos, por España como una de sus glorias más legítimas y puras (1).

Y pagado este tributo de gratitud á los que me honrasteis trayéndome á este puesto, y el homenaje de admiración y respeto á aquel *que ya vivió*, pero que no morirá nunca en los anales de su patria, réstame aún, heraldo de paz y mensajero de ventura, transmitiros el cordial saludo que por mí

(1) D. Antonio Romero Ortiz.

os envía la cohorte de poetas que, al pie del legendario Montserrat y á orillas de los mares latinos, restauraron, por medio de la manifestación de los Juegos Florales, veintiséis años ha, las poéticas y amorosas lides de la *ciencia gaya*, durante largos siglos interrumpidas.

Señores y amigos míos: os traigo, pues, el ósculo de paz y el abrazo fraternal de aquellos hombres de honor y de aquellas tierras de libertad, que de seguro conservarán siempre la respetabilidad de su conciencia los unos y las otras la integridad de su gloria, mientras permanezca en pie un resto sólo, sólo un vestigio de aquellos antiguos monumentos destinados á hablar con la fonográfica voz del pasado á las presentes y futuras generaciones.

. . . .

. . . .

. . . .

Soy el enviado y el mensajero de aquellas nobles comarcas catalanas que, con las de Valencia, harem de seductoras mujeres, y las Baleares, canastillo de flores que surge de entre las olas del mar, forman el grupo donde florece la literatura levantina y se habla el lenguaje de los trovadores, que, recientemente y en un documento célebre, ha llamado Víctor Hugo «vivo y luminoso idioma» y que, ya en tiempos más remotos, llamó Cervantes «graciosa lengua, con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable (1).»

Allí vive una multitud entusiasta de poetas que fraternizan con los de Provenza, pues hace ya cerca de medio siglo que ambas vertientes de los Pirineos, oreadas por una misma brisa de amores y de poesía, como heridas por idéntico sentimiento y obedeciendo á una influencia parecida, se despier-

(1) Víctor Hugo en su carta á Bonaparte-Wyse.—Cervantes en su *Persiles y Segismunda*, lib. III, cap. XII.

tan rejuvenecidas al son de los cantos y trovas, á cuyo amor se entrega enfervorizada una juventud estimulosa y vidente. No parece sino que allí ha renacido la época de los trovadores, y aun este renacimiento es más singular, más característico, más conforme con lo antiguo, en las comarcas del lado de allende de los Pirineos. Por esto se me ocurre, como cosa propia del acto que celebramos, hablaros de aquellos poetas y de aquellas costumbres, ya que, por ser poco conocidos los unos y casi ignoradas las otras, pueden ofrecer á mi discurso, con más discreto tema literario, más aperitiva novedad y sabroso entretenimiento.

Los dos ilustres presidentes que en este puesto me precedieron, os hablaron ya, D. Antonio Romero Ortiz, de los Juegos Florales, sobre cuya historia y vicisitudes discurrió larga y elocuentemente, y D. Segismundo Moret, de los importantes problemas literarios que flotan en las corrientes del siglo y afectan á la república de las letras. Permitidme, pues, que, á mi vez, apartándome de campos trillados ya por mis antecesores, busque novedad al discurso que en solemnidades como éstas se pronuncia, aprovechando la propia y adecuada ocasión que se me ofrece para iniciaros en los secretos de aquella sociedad de *felibres* que vive á orillas del Ródano y pretende formar lo que con énfasis poético denomina «el imperio del sol.»

Y esto puede ser de tanto más interés para vosotros, poetas y literatos de Galicia, cuanto que, si desconocidos os son los actuales *felibres*, no lo fueron ciertamente, ni mucho menos, sus ascendientes para vuestros nobles abuelos.

Con aquellos peregrinos que iban al sepulcro del Apóstol guiados por la vía láctea á la que llamaban el *camino de Santiago*, vinieron no pocas veces poetas-trovadores de Provenza que aquí traían sus cantos, aprendidos por los naturales del

país, quienes se los transmitían unos á otros, guardándose de ellos tradición y memoria. En esta hermosa Galicia es donde, después de Provenza, aparecieron las letras del renacimiento aun antes que en Cataluña. Si todavía existieran antiguos documentos ya hoy destruídos y no se hubiesen perdido y alterado las tradiciones, aquí hallaríamos los orígenes de nuestra lireratura. Así cómo creo fuera de toda duda que la lengua gallega engendró la portuguesa, así creo que la literatura gallega, en cuya formación influyó la provenzal, fué el comienzo de la literatura castellana.

Aquí, y nada más que aquí, encontramos el origen de nuestra historia literaria, como aquí ó bien cerca de aquí, al menos, está el origen de nuestra historia política. Los cantos provenzales eran familiares para vuestros abuelos. Aquí se conocían, como en Provenza, las obras de Guillermo de Poitiers, nieto del que murió repentinamente en Santiago orando al pie del sepulcro del Apóstol; aquí resonaron los cantos de cruzada de Marcabrú, especie de *Marsellesa* de aquel tiempo; en gallego escribía trovas el provenzal Rimbaldo de Vaqueiras, y en provenzal componía cantos y *tensionaba* con los trovadores, el inmortal Alfonso X *el Sabio*. El monumento vivo de esta influencia lo tenéis en vuestras *pastorelas* y *vaqueiras*, dos géneros de lírica gallega comprendidos entre los géneros primitivos de la poética provenzal.

Voy, pues, á hablaros, en conferencia familiar é íntima, de esos poetas del Mediodía de Francia, *felibres* provenzales como hoy se llaman, descendientes de aquellos cuyos nombres figuran en los orígenes de la historia literaria de Galicia. Os hablaré de las fiestas líricas del *Felibrige* á orillas del Ródano y bajo los seculares olivos de Maillane; de las arrebatadas y alegres farandolas de Beaucaire y Fontsegugno; de los agapes literarios que en

Aviñón, la ciudad de los papas, y en Vaucluse, la fuente del Petrarca, celebran los hermanos de la cigarra de oro; de los Juegos Florales y certámenes literarios á que frecuentemente se convocan los poetas en Aix, en Arles, en Beziers, en Saint Remy, en cien villas históricas, para conservar viva la llama del fuego sagrado; y os hablaré, naturalmente, de ese solemne renacimiento lírico, iba á decir trovadoresco, á que asistí y en que tomé parte, con sus entusiasmos juveniles, sus resurrecciones de idiomas olvidados y sus expansiones simpáticas y fraternales que establecen entre los poetas una especie de francmasonería intelectual, donde no se exige más que un título para ser iniciado: el amor de la poesía, del ideal y del arte.

Los *felibres* son los poetas contemporáneos de Provenza. Son los modernos trovadores provenzales, á cuya cabeza, por sanción indiscutible, figura como presidente, y director, y jefe, Federico Mistral, el más popular de los poetas del Mediodía de Francia, que es como si dijéramos el gran maestre de la *felibrería* ó de la orden de los *felibres*.

En muchos periódicos se ha dicho, y en muchas obras se ha repetido después, que *felibre* viene de *fer libres*, hacer libros. No, no es cierto y la etimología es ridícula. Su verdadera significación es otra. En la antigua Provenza se llamaba *felibres* á los doctores encargados de comentar la ley y enseñarla al pueblo. He aquí la verdadera significación de esta palabra, y éste el motivo de haberla adoptado los modernos poetas provenzales, abandonando el antiguo nombre de trovador.

Formaron los *felibres* en sus comienzos una Academia compuesta de cincuenta miembros, dividida en secciones denominadas del *Gay Saber*, de *Historia*, de *Música*, de *Bellas Artes*, de *Ciencias*, y una que se titulaba *De los amigos*. El presidente de la Academia fué Federico Mistral, el secretario

José Roumanille y el tesorero Teodoro Aubanel, los tres poetas provenzales de más fama, siendo los tres nombramientos con carácter de perpetuidad.

He aquí los dos primeros artículos de los Estatutos, que son los que constituyen y forman la base y la idea de la Academia:

Art. 1.° Queda establecida la Felibrería para guardar y conservar á Provenza su lengua, su carácter, su libertad de acción, su honor nacional y su buen reinado de la inteligencia; porque, tal como ella es, la Provenza nos place. Se entiende por Provenza todo el Mediodía de Francia.

Art. 2.° La Felibrería es gaya, amiga, fraternal, llena de sencillez y franqueza. Su vino es la belleza, su pan la bondad, su camino la verdad. El sol es su alegría, su amor la ciencia y su esperanza Dios.

La residencia de la Academia es Aviñón, la famosa y antigua sede de los Papas. Son poquísimos los extranjeros que merecieron hasta ahora la distinción de académicos: uno es irlandés, nieto de Luciano Bonaparte, Mr. Guillermo Carlos Bonaparte-Wyse; otro es rumano, Basilio Alexandri; otro español, el que tiene la honra de dirigiros en este momento la palabra.

Tienen los *felibres* su Marsellesa, su himno patriótico y nacional que cantan á coro en sus banquetes y fiestas, produciendo un efecto mágico y encantador. Este himno, cuya letra es de Mistral, comienza con esta estrofa y estribillo:

Sian tout d' ami, sian tout di fraire,
sian li cantaire dou pais.
Tout enfantoùn amo sa maire,
tout auceloun amo soun nis:
noste ceu blu, noste terraire,
soun per nous autre un paradis.
Sian tout d' ami galoi e libre
que la Prouvenço nous fai gau:
Es nautre que sian li felibre,
li gai felibre provençau.

Es decir:

«Somos todos amigos, somos hermanos, somos los trovadores del país. Todo niño ama á su madre, todo pájaro su nido; nuestro cielo azul, nuestro territorio son un paraíso para nosotros.

»Somos todos amigos, galos y libres, y la Provenza nos place. Nosotros somos los felibres, los alegres felibres provenzales.»

Muchas veces, al acorde de este himno, de melodía tan sencilla como sentimental y expresiva, muchas veces, repito, vi terminar crueles discusiones y hondas diferencias que existían entre algunos poetas. A los ecos de este himno, los *felibres* se abrazan llorando lágrimas de gozo y desaparecen las frialdades, las rencillas, los desacuerdos y hasta los odios. Es un santo y seña de alianza, una bandera de unión y de fraternidad.

Conocida ya la institución de los *felibres*, voy á deciros algo de sus fiestas.

Éstas son espléndidas. Difícilmente puede hallarse en otra comarca más sencillez, más expansión ni más fraternidad. Permanecí en Provenza durante gran parte de los años 1866 y 1867. Pecados políticos, de que aun no estoy arrepentido, me arrojaron al otro lado de los Pirineos, donde los poetas provenzales me ofrecieron la hospitalidad que mi patria me negaba, y asistí á varias fiestas celebradas durante mi permanencia en aquellas rientes comarcas, que Dios bendiga.

Reúnense los *felibres* siempre que se ofrece ocasión propicia, ya sea con motivo de un acontecimiento fausto, ya para conmemorar el aniversario de una gesta patria ó literaria, ya para festejar al amigo ó al huésped recién llegado. Los banquetes de los felibres, á que se da el nombre de *felibrejadas*, son notables por su sencillez y modestia. Cuantos platos y guisados se sirven son de cocina provenzal, muy parecida á la española, y no se

acostumbra beber más vino que el de Chateauneuf, es decir, el de *Castel Nou* de los Papas, hermosa villa situada á corta distancia de Aviñón.

La armonía, el gozo, el compañerismo, la fraternidad, reinan en estas *felibrejadas*. Se habla de todo lo que es bueno y bello, de todo lo que atrae y cautiva la imaginación, de todo lo que priva y preocupa por el momento en la región de la inteligencia. A los postres comienzan los brindis, que raras veces consisten en discursos, como no sean muy cortos, y siempre en la declamación, lectura ó canto de poesías. El banquete se convierte entonces en una amenísima sesión literaria, que acostumbra á prolongarse por largas horas. Entre los cantos, muchos de los cuales son entonados á coro por los poetas, los hay bellísimos. Más de una vez, asistiendo á aquellas calurosas festividades, más de una vez me estremecí de gozo ó sentía asomar las lágrimas á mis ojos mientras se aplaudía con febril entusiasmo la *Magali*, el *Port-aigo*, la *Coumtesso* de Mistral, los candorosos *Noels* de Roumanille, las inspiradas trovas de Aubanel, los patrióticos cantares de Alfonso Michel, y, sobre todo, cierta encantadora *Canción de la copa*, de Mistral, destinada seguramente á alcanzar la inmortalidad.

Entre las *felibrejadas* á que tuve ocasión de asistir, fué una de las más espléndidas la que el príncipe-poeta William Bonaparte-Wyse ofreció á todos los poetas de la lengua de *Oc* en el romántico castillo de Fontsegugno.

De treinta á cuarenta fueron los que aceptaron el convite que á todos los del Mediodía de Francia, Cataluña, Valencia, Mallorca y Rosellón dirigió el príncipe por medio de una notable carta escrita en provenzal. Asistieron poetas de Aviñón, Saint Remy, Carpantrás, Eyguieres, y Beaucaire, y Aix, y Salón, y Tolón, y Marsella; acudieron de Barcelona, de Valencia y de Mallorca.

La fiesta duró tres días, comenzando el 30 de Mayo de 1867, y fuimos tratados los huéspedes con espléndida liberalidad por Bonaparte-Wyse. Se pasó el primer día en Fontsegugno, el segundo en la fuente de Vaucluse y el tercero en Aviñón, la ciudad yacente al pie del ciclópeo palacio de los Papas.

Hizo los honores del castillo de Fontsegugno la joven y agraciada esposa del príncipe, Lady Bonaparte. Terminado el suntuoso almuerzo, los poetas se reunieron en un bosque frondoso del parque, y allí comenzó la sesión literaria, que continuó hasta altas horas, á la luz de los faroles de colores y de las antorchas y hachas de cera con que se iluminó el parque, para el cual no bajaron aquella noche las tinieblas.

En Vaucluse, el banquete y la sesión literaria se celebraron en las ruinas de la casa que, según tradición, perteneció al Petrarca.

Leyéronse notables é inspiradas poesías, se cantaron deliciosas trovas, y no faltaron entusiastas, excéntricos y humorísticos discursos, de los cuales estaba proscrita la política. Por lo tocante á poesías, se leyeron, cantaron y declamaron en castellano, en catalán, en francés, en provenzal, en italiano. El himno de los felibres resonó varias veces, siendo recibido siempre con los grandes estrépitos de la alegría, de la algazara, de los aplausos y de los hurras por la multitud de jóvenes que, abrazándose fraternalmente, se daban el ósculo de paz, movidos todos por nobles y generosos sentimientos y expresándose cada uno en la lengua de su patria y de su madre.

Tales son las fiestas de los *felibres,* verdaderos agapes de los primeros tiempos del cristianismo, donde sólo reinan el amor y la fraternidad.

Por lo que respecta á los *felibres* considerados como poetas, han afirmado su existencia y su ta-

lento por medio de producciones literarias selladas con el timbre del genio.

Ahí está Federico Mistral, cuyas obras le dieron nombradía europea, la cual comenzó con la aparición de su poema *Mireio*, verdadero acontecimiento literario y magnífica coronación de la poesía provenzal llegada á su apogeo. *Mireio* se ha traducido á diversas lenguas, agotándose rápidamente sus varias ediciones. El célebre Lamartine consagró á su examen y elogio todo un cuaderno de sus *Conferencias literarias;* la Academia francesa premió el libro; el Gobierno de Francia condecoró á su autor con la cruz de la legión de honor; Gounod escribió una de sus más bellas óperas con el libreto que escogió asunto en el poema provenzal; y también el Gobierno español,—del que formaba parte, señores, vuestro ilustre compatricio el señor D. Eugenio Montero Ríos, de quien tendría yo que decir, y diría mucho en alabanza y justicia, si en estos momentos no me lo vedara el temor de que se atribuyese á lisonja por la hidalga hospitalidad que me ofrece en su encantadora residencia de Lourizán,—también el Gobierno español honró al vate de Maillane con la encomienda de Carlos III.

En torno de Mistral se agrupan poetas de mérito y hombres de talento: José Roumanille, patriarca de los provenzales, que fué el primero en abrir camino; Teodoro Aubanel, el autor de la *Miougrano entreduberto* (la granada entreabierta), que es un libro de oro; el barón de Tourtoulón, eximio autor de la *Historia de D. Jaime de Aragón;* Bonaparte-Wyse, egregio extranjero que se ha hecho provenzal de adopción, autor de *I parpaioun blu* y del *Piado de la princesso,* á quien Víctor Hugo acaba de escribir una carta diciéndole: «Sois mi hermano en la gran fraternidad del ideal»; Anselmo Mathieu, autor de *la Farandoulo;* Luis Roumieux, que lo es

de *la Rampelado;* Alberto Arnavielle, el de los *Cantos del alba;* Juan Bautista Gaut, el periodista; Alfonso Michel, Berluc Perussis, Gras, Bernard, Boissiere, Pablo Marieton, Langrade, Mir, y Juan Brunet, y Mario Bourelly, y Julio Canonje, y Gabriel Azais, y Tavan, y Desanat, Giera, Arene, Rousell, Girard, Vidal, Legré, Bringuier, y cien otros que son ornamento y gloria del moderno olimpo provenzal.

Como los antiguos paladines al presentarse en la arena del torneo, cada *felibre* tiene un blasón con su divisa, que ostenta en sus tarjetas, en la portada de sus libros y por membrete de sus cartas.

Así, por ejemplo, Mistral tiene por escudo una cigarra con las alas extendidas y la divisa: *el sol me hace cantar.*

Aubanel, una granada abierta con el lema: *cuando canto mi dolor encanto.*

Mathieu, un ramo de capullos de rosa y la leyenda: *Año de capullos año de besos.*

Roumieux, la torre romana de Nimes, de cuya ciudad es natural, con el mote: *Todo pájaro encuentra hermoso su nido.*

Bonaparte-Wyse, un lirio en flor con la leyenda: *Me coloco donde florece.*

Y así por el estilo los demás.

Tales son los poetas que á orillas del Ródano y del Durance cantan, como sus hermanos de Cataluña á orillas del Llobregat, el *amor*, la *fe* y la *patria.*

Al principio los poetas del renacimiento de las letras provenzales fueron criticados con dureza; pero dejaron pasar la tormenta sin abatirse, sin darse aires de mártires ni de víctimas, y prosiguieron con perseverancia y fe su obra restauradora.

Hoy la bondad y el mérito de los *felibres* están fuera de toda duda. Sus obras existen y se ven traducidas á diversos idiomas, reconociendo ya

todo el mundo que la literatura provenzal tiene una circunstancia característica: la de vivir de sí y para sí. Efectivamente, no busca modelos é inspiración en la literatura griega ni romana; no los escoge en la francesa ni la alemana; no va á ser mercenaria ni de la de Oriente ni de la de Indias: recibe su vida del país, cuya única bandera es el amor y el culto de la patria.

El renacimiento llevado á cabo por los *felibres* ha sido objeto de honda preocupación en círculos literarios y tema en ellos de grandes y empeñados debates; pero mayor ha sido aún la preocupación en nuestra España, y hasta hubo de hacerse eco de ella Romero Ortiz al inaugurar vuestros Juegos Florales, con motivo de la literatura catalana, que no cede ciertamente en importancia á la provenzal, podéis creerlo, y que en determinadas manifestaciones es todavía superior. Espíritus quisquillosamente suspicaces vieron nacer con recelo el movimiento catalán, augurando toda clase de males para el porvenir y previendo peligros hasta para la integridad de la patria.

No, no puede ser esto, y lo que no puede ser no es. Por esto no me detengo á rectificar este error siquiera. Es absurdo, y de lo absurdo no hay que ocuparse.

Precisamente resulta todo lo contrario del síntoma, ya definido, que ofrece la literatura provenzal, y del que se presenta como muy acentuado en el movimiento literario de los catalanes.

Ambos renacimientos, terminado ya su primer período de indecisión, que es siempre el de las temeridades seductoras y atrevidas, han entrado en su cauce natural y parecen estar de acuerdo en perseguir un ideal común, convencidos de que una literatura sólo tiene razón de ser, y sólo florece, caldeada por el sol de la vida, cuando abandona el terreno de las inocencias infantiles y de las cando-

rosas parvedades traducidas en esbozos primitivos, para ocuparse, y preocuparse, y vivir de las grandes cuestiones que tienen el privilegio de agitar á las muchedumbres y que son problemas capitales en la existencia de los pueblos, á quienes espolean y lanzan por el camino de los grandes progresos intelectuales.

Para este ideal, ya hoy común á las literaturas provenzal y catalana, es conveniente, es necesario, es indispensable y forzoso vuestro auxilio, poetas del Miño; y aprovechando esta ocasión solemne, vengo francamente á demandároslo. Contamos con vuestro apoyo, que no puede, no debe faltarnos. De nuestra propia sangre sois, de nuestra raza. La cruzada que predica la literatura levantina necesita veros asociados á ella, poetas y escritores de Galicia, que no en vano sois de alta progenie y de noble estirpe. Vuestro pasado os obliga. Sois, por la gloria, hijos de aquellos esforzados guerreros que, retirándose á su último baluarte del monte gallego de *Medulio,* prefirieron la muerte á la esclavitud, y dando el ejemplo de Sagunto y de Numancia, se atravesaron unos á otros con sus espadas ó bebieron el veneno extraído de las ramas del tejo, antes que ver hollada por el extranjero la tierra de sus padres. Sois, por la patria, oriundos de aquella Galicia que fué incorporada á la provincia Tarraconense, yendo á formar un solo pueblo latino con los catalanes. Sois, por la tradición, herederos de aquellos poetas provenzales que ayudaron y asistieron á vuestros orígenes literarios, de entre los cuales brota, esplendente de luces y rayos, la grandiosa figura del que bien puede llamarse vuestro Alfonso X *el Sabio,* cuyo nombre escrito con letras de oro y cuya efigie reproducida por el mármol, se lee hoy y figura en los frisos de los monumentos y en las aulas de las universidades catalanas.

Por esto, pues, porque contamos con vuestro

apoyo, porque estamos de él seguros, porque no puede faltarnos, por esto os dirijo hoy las mismas palabras que en un día, como éste jubiloso y fausto, y en una fiesta á ésta semejante, dirigí á los poetas catalanes, llamándoles á las huestes y á la cruzada del ideal latino.

. . . .

. . . .

. . . .

Este debe ser vuestro ideal, poetas del Miño y del Lérez, los que á orillas de incomparables rías, y á los acordes del arpa que vuestros abuelos dejaron colgada de los sauces, cantáis en esa dulce y cariñosa lengua de vuestra cuna y de vuestras madres, lengua engendradora de aquéllas en que escribieron sus obras inmortales Camoëns y Cervantes. Ahí tenéis vuestro ideal: la patria ibérica, la patria española, una, fuerte, poderosa, indisoluble, dentro de la patria y federación latinas.

Cruzados de este ideal, marchad con él y por él; y Dios os dé gloria, poetas de Galicia. Os acompañarán en vuestra empresa los poetas del Llobregat y del Turia, y también aquellos que viven en esas islas que circundan con plateada franja de espuma las olas de la mar latina; se os aparecerán, para mostraros el camino, las sombras de grandes hombres que fueron; y, con los aplausos y bendiciones de la patria, Dios os concederá las palmas de la gloria y los laureles de la inmortalidad que para sus escogidos reserva.

Y aquí diera ya por cumplido mi objeto y por agotado mi tema, si un deber sagrado no me obligara, de la manera ineludible con que obligan los deberes, á añadir algunas palabras que guardé de propósito y plena conciencia, siguiendo en este punto la usanza de los antiguos poetas provenzales, quienes conservaban la flor de sus conceptos, el voto más íntimo de su alma y, en una palabra,

lo mejor y más selecto de sus pensamientos para la *Endereza* ó dedicatoria de sus obras, que ponían siempre al final de sus composiciones, con mejor sentido práctico ciertamente de lo que es hoy costumbre.

Así, pues, oíd mi *Endereza*, señores y amigos míos.

Noble y bella Galicia, soberana tierra de quien soy en estos momentos el huésped amigo: Dios te dé gloria y ventura, reproducidas eternamente en tus hijos y en los hijos de tus hijos.

Galicia, poético abolengo es el tuyo, ya que, según cuentan las tradiciones, los héroes legendarios de Homero, proscritos de Troya, aportaron un día á tus playas para darte origen y nombre.

Galicia, tú eres aquella, la del monte sagrado cuyas entrañas eran de oro purísimo, monte al que estaba prohibido tocar con el hierro, pero donde frecuentemente caía el rayo dejando entonces á descubierto las riquezas que tus aborígenes recogían y aceptaban como don y presente de los dioses.

Tú eres aquella, la del *Lucus* ó selva sacra (1), á donde acudía gente de todas las comarcas para adorar á un Dios desconocido que por su grandeza no cabía en ningún templo fabricado por las manos de los hombres.

Tú la que comunicaste alientos y esfuerzos sobrehumanos á las mujeres de Bracara para derrotar las legiones de Roma, proporcionando de seguro, con este suceso, alguna de sus tintas á la *Mari Hernández la gallega* de nuestro inmortal Tirso.

Tú, la amiga de los fenicios, á quienes ofrecías lucrosas playas para sus colonias; la que diste renombre á Decio Junio Bruto, que tenía á orgullo llamarse *el galaico;* tú, la de las grandes catástrofe

(1) Hoy Lugo.

y hecatombe del Monte *Medulio*, enseñanza magna de la historia; tú, la que en combate singular, donde se renovó, con mayor heroicidad aun, el de los Horacios y Curiacios, fiaste á uno solo de tus guerreros la honra de tu tierra y le viste salir vencedor del combate con el vándalo, librando así de la invasión de bárbaros á la patria.

Galicia, noble, y bella, y heroica Galicia; tú eres la de las románticas leyendas y fantásticas tradiciones, la de los grandes y enteros varones como aquel mancebo de Villandrando que entregó su vida por su rey dando origen al privilegio de los condes de Rivadeo, ó como aquel mariscal Pardo de la Cela que defendió su castillo de Frouseyra contra todo el poder de los monarcas; tú la de aquel arsenal famoso del Ferrol, que de repente y de una sola vez arrojaba al mar escuadras enteras de navíos y fragatas; tú la de aquella Coruña apellidada por las crónicas *fuerza y guarda de Galicia*, teatro de grandezas en su jornada contra los ingleses y pedestal de gloria para María Pita la heroína; tú la de Vigo con su rada, que es la primera del mundo; tú la de Santiago, la ciudad de las aulas y del Santo Sepulcro del Apóstol, á donde iban en romería, desde todas las partes del universo mundo, reyes y vasallos, potentados y plebeyos, damas y villanas, caballeros y pajes, prelados y monjes, altos y bajos, todos revueltos y confundidos, todos iguales ante las gradas del santo sepulcro y bajo el burdo sayal del peregrino.

Tú eres, ¡oh Galicia!, aquella del trovador Juan Rodríguez del Padrón, á quien tristezas de amor arrojaron á un monasterio de Tierra Santa, donde se le aparecía la Virgen con el rostro de la dama de sus pensamientos; tú eres la de aquel otro trovador Macías el enamorado, herido de muerte por celosa y traidora lanza, que *nin se la dieron del muro nin la priso en batalla*, como dice la trova; tú

eres la tierra llamada por Tirso de Molina *paraíso de Galicia*, en la cual jamás se vió que tuviera *jurisdicción ni ayuda*

la malicia
de envidias y traiciones,
de lisonjas, engaños ni ambiciones (1);

tú eres, por fin, el país clásico que no fué nunca feudo de iniquidades ni gleba de tiranías, la Galicia seductora de las brisas oceánicas, de los verdes prados, de las amenas playas, de los campos de flores, de los cielos aborregados, de las encantadoras rías, de los montes y bosques sagrados y de esas gentiles y encantadoras mujeres que poseen el cuádruple don de ser ángeles para el hogar, heroínas para la patria, Lucrecias para sus esposos y Julietas para sus amantes,

Que Dios te bendiga, Galicia deleitosa, y dé siempre esplendor á tus cielos, fertilidad á tus campos, bonanza á tus mares, gloria á tus hijos y amores á tus mujeres. Dios permita que no falten nunca en tus hogares patriarcales la virtud del alma, la paz de la familia, y en su hospitalaria mesa el pan de bendición para compartirlo con el huésped afortunado que á visitarte llegue!

Y á ti, Pontevedra, ¿qué he de decirte?, ¿qué he de decirte más de lo que mi asombro y mi silencio digan?

Dos palabras sólo, que el sentimiento arranca al corazón en los momentos de abandonar tus amantes lares.

Quédate con Dios, y adiós, como dicen las rondallas aragonesas. Quédate con Dios, y adiós, Pontevedra, la romana *Pons Vetus*, la bella *Helenes*, indolentemente recostada cabe el poético Lé-

---

(1) Tirso de Molina: *Mari Hernández la gallega*, escenas V y VII, primer acto.

rez, cuyas orillas vieron correr la infancia de aquel Méndez Núñez que en nuestros tiempos, con su frase romana y su virtud cantábrica, resucitó la tradición de los héroes legendarios; cuna gloriosa de los audaces nautas Bartolomé de Nodal y su hermano Gonzalo, que descubrieron el cabo de Hornos; de Payo Gómez de Charino el almirante, de Sarmiento el anticuario y del escultor Hernández; patria también de los Montenegro, á cuya casa dió origen la misma bellísima leyenda que en mi tierra catalana se cuenta de un conde de Barcelona y una emperatriz de Alemania: Pontevedra, tierra de promisión, como la llamó Romero Ortiz en su discurso de Juegos Florales, que descuella entre todas las poblaciones de la región galaica y que parece haber reunido en su seno todos los encantos y bellezas de la privilegiada Galicia: Pontevedra, ciudad que estoy destinado á *añorar* mientras viva, y lo digo con el verbo catalán que algún día aceptará la Academia, porque con ser tan rica la lengua castellana, no tiene verbo para sustituirlo; Pontevedra, de la cual me veo obligado á partir con dolor y de la que, á ser posible, quisiera alejarme andando hacia atrás para dar á mis ojos más tiempo de gozarla y á mi corazón más espacio de sentirla.

LA TIERRA CATALANA

DISCURSO

LEÍDO DESDE LA PRESIDENCIA DE LOS JUEGOS FLORALES DE REUS.

(MARZO DE 1893.)

Señores:

Debido á mis canas, que no ciertamente á mis méritos, vine á ocupar este alto sitial y á presidir este noble jurado, compuesto de ilustres y dignos compañeros. Sólo esta circunstancia pudo ofrecerme la ocasión y la honra de dirigir hoy mi palabra á la selecta sociedad que llena este local y que viene á favorecernos con su asistencia, á premiar con sus aplausos la victoria de los que sobresalen en estas lides del talento y del ingenio y á conmemorar este día, que será para siempre célebre en lo venidero y en los anales de Reus, por ser aquel en que esta ciudad insigne levanta un monumento al caudillo de nuestras libertades, al general Prim, á quien pudiera llamarse *el Africano* como al caudillo de Roma, destinado por la grandeza de sus hechos á vivir en la historia, que es la patria de los muertos ilustres, y en la leyenda, que es la epopeya de los hombres extraordinarios.

Cada vez que, abandonando el vórtice de la corte y la fiebre de la política, vengo á respirar los aires de mi tierra natal, se ensancha mi corazón, mis pulmones se dilatan y la mente se encumbra con esos ambientes oxigenados de libertad y ante esos espacios refulgentes de nuestra esplenderosa Cataluña, noble y sagrada tierra española en que Dios me concedió la gloria de nacer y donde espero que me otorgue el consuelo de morir.

Aquí, ya otra vez lo dije en ocasión solemne y

ante literario concurso congregado á orillas del Lérez; aquí, en esta nuestra Cataluña, es donde existen aquellos hombres de honor y aquellas tierras de libertad que de seguro conservarán siempre la respetabilidad de su conciencia los unos y las otras la integridad de su gloria, mientras permanezca en pie un solo resto y sólo un vestigio de aquellos antiguos monumentos cuyo destino es el de hablar con la fonográfica voz del pasado á las presentes y futuras generaciones.

Todavía aquí, Adelantado de las tierras catalanas y frontero al Pirineo, alza su ennegrecida frente el castillo de Monzón, vigilando la villa que por espacio de siglos fué cátedra, y también catedral, de usanzas y libertades parlamentarias; desde cuyos muros se descolgaban un día, favorecidos por la noche y la fortuna, dos ilustres y gallardos mancebos, uno, el conde Berenguer, para ir á Provenza que le debió su libertad y su grandeza, otro, D. Jaime, llamado más tarde *el Conquistador*, para ir á sentarse en el trono de la Corona de Aragón, que con él y por él dió comienzo á la epopeya pasmosa de sus empresas y conquistas.

Aquí florecen, ricas en luz y en vida, doradas por el sol y favorecidas con el beso de las *marinadas* del Mediterráneo, las históricas comarcas que, obedeciendo á leyes de raza y de lengua, se extienden desde los Pirineos, donde es eterna la nieve, hasta los jardines de Valencia, constantemente embalsamados por el azahar, y hasta los africanos palmares de Elche y de Murcia. Aquí discurren por entre campos de flores y misteriosas umbrías, ya regando amorosamente valles amenos encerrados entre montes célebres, ya despeñándose en sonantes cascadas, ríos caudalosos de nombre latino, alguno de los cuales, como el Segre, tiene el triste privilegio de nacer en tierras donde aun existen las casas solariegas y las tumbas de nuestros padres,

tierras que, gracias á convenios poco meditados, son hoy extranjeras para los hijos de aquellos que con su esfuerzo las conquistaron y con su valor y sangre las mantuvieron. Aquí, finalmente, se levantan villas y ciudades, cada una con la historia de un reino, grandes por sus fastos consulares, por sus gestas heroicas, por sus libertades municipales, por sus varones de raza independiente y sus Concejos de rectitud inflexible y de romanas virtudes.

Aquí Lérida, sede de la primera Universidad del reino, la que después de haber dado sus hijos para arrancar á Valencia de manos de los árabes, dió sus hijas para repoblarla y hacerla cristiana. Aquí Manresa, la Covadonga catalana, cuna de los *homens de paratge*, que son los hidalgos de Castilla. Aquí el historial Montserrat, con sus almenadas crestas y sus peñas caprichosas, algunas de las cuales, por singular acaso, tienen la misma forma que la *barretina* catalana. Aquí Gerona, en cuyas murallas, hoy convertidas en monumento nacional, se distinguen aún las manchas de sangre con que los catalanes sellaron su amor á la unidad de España. Aquí Barcelona, á quien un príncipe de la sangre, llamado Pedro *el Épico*, apellidaba «señora de la mar y de los reyes», y un príncipe de las letras, á quien es inútil nombrar porque la creación de su *Ingenioso Hidalgo* hizo inmortal en todas las naciones y en todas las lenguas, llamaba «archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia de las finas amistades». Aquí también, dejando á un lado á Sabadell, y Tarrasa, y Villanueva, y Mataró, que dan á la industria moderna ejércitos de obreros, la latina Vich, que, acaso por ser la más latina de las ciudades, fué en la historia la más turbulenta de las villas, llegando hasta dar nombre un día al partido defensor de las libertades patrias. Aquí,

siguiendo la costa, después del riscoso Garraf, en cuyas entrañas nace el mármol, y más acá de la blanca Sitges, cuyas vides dan mieles en lugar de vinos, la monumental Tarragona, la de murallas megalíticas, la que dió su nombre á la mitad de España, y que, sólo en objetos romanos extraídos de su propio seno, tiene un museo tan superior como pueda tenerlo un reino con objetos recogidos en todo el universo latino. Y aquí, por fin y por último, la memorable Reus, la que es timbre de honor y de gloria en nuestros Anales, aquella que mereció ser llamada un día *la imperial* por su amor á la causa del archiduque de Austria representante de las libertades catalanas, y otro día *la esforzada* por su valor y firmeza en defender la libertad de España; la que tanto brilló en las artes industriales, llegando sólo con ello á conquistar un nombre; la que es cuna de Próspero Bofarull, el vindicador de nuestros condes-reyes; de Pedro Mata, el poeta, el sabio y el filósofo; de Mariano Fortuny, el pintor orientalista; de Juan Prim, el caudillo legendario: la que vive en medio de un campo de flores, contigua á Salou, de donde partió la flota de D. Jaime para la conquista de Mallorca; próxima á Montblanch, que fué sede de parlamentos catalanes; inmediata á las ruinas del castillo en que vió la primer luz Bernardo Calbó, el guerrero y el santo; frontera á las sierras de Prades, que fueron el postrer baluarte de los árabes; rival de Tarragona, que quiso ser en España la primada; teniendo en su comarca esos dos monumentales palacios del arte, de la leyenda y de la historia, que se llaman Poblet y Santas Creus, erigidos para tumba de héroes y de reyes; y reposando, tranquila y soñolienta, en el seno y á las plantas de su maravillosa Virgen de la Misericordia, en torno de cuyo cenobio cantan día y noche los ruiseñores, y á cuyos umbrales llegan, también para elevar sus

cantos, trovadores y poetas venidos de todos los ámbitos del reino.

Estas son las comarcas que, con Valencia, la patria afortunada de Ausias March, y con Mallorca, la gentil cautiva redimida por D. Jaime, envían cada año, con las primeras sonrisas de la primavera, sus amantes y gallardos trovadores á esos Juegos florales de Barcelona que con sus tres ramas y su trilogiada divisa de *Patria*, *Fides*, *Amor*, parecen responder á un sentimiento común, producto de maravillosa conjunción y providencial sincretismo, pues que unen y agrupan los tres antiguos reinos con las tres palabras de su simbólico mote: la *Patria*, representada por la ingente Cataluña; la *Fe*, por Mallorca la cristiana, y el *Amor*, por la sensual y amantísima Valencia.

Hoy viene la ciudad de Reus á dar nuevos esplendores á estas comarcas y á las lides del saber y del ingenio con este certamen, al que se presentan fraternalmente unidas, como es y así debe ser, las lenguas castellana y catalana: el castellano, que es la lengua de la unidad y de la patria común, la única en que se lee como se escribe y se escribe como se habla; la lengua de la prosa escultural, con su majestad, su pompa, su orientalismo, su magnificencia y su belleza, que la proclaman sin rival en el mundo; y la catalana, que es la lengua de nuestro hogar, la de nuestra familia, la de nuestros padres; que tiene su historia, su literatura y sus clásicos; que es de abolengo tan español y tan castizo como pueda ser el de la castellana; que, singularmente para el verso, tiene condiciones superiores á las que poseen, con ser muchas, sus hermanas la de Castilla y la del Lacio, y que ha sido apellidada por Víctor Hugo, «vivo y luminoso idioma», pero que, aun antes que Víctor Hugo, había ya llamado Cervantes «graciosa lengua con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable».

Deparóme Dios el placer de asistir á este certamen. Del fondo de mi corazón, señores, os doy gracias por haber honrado mis canas eligiéndome presidente de esta fiesta, á que con alma y vida asisto. Dios bendiga á los nobles hijos de mi país, que con tan singular constancia ofrecen un regocijo más á las letras españolas. Dios bendiga á los que aquí vienen á oir la lectura de las obras premiadas, para aplaudir y animar á sus autores, invitándoles así á seguir en sus levantados empeños. A todos rindo el modesto tributo de mi admiración y de mi cariño, y cuando Dios bondadoso, á quien invoco, llame al viejo poeta á gozar de una vida más duradera, moriré con el consuelo de haber visto nacer, y crecer, y desarrollarse, y fructificar la regenerante semilla que, con otros compañeros, allá sembré en mis años juveniles, y que es hoy árbol frondoso que en nuestra tierra bendita á todos nos cobija y á todos nos ampara.

Y aquí pudiera terminar, y nada más que añadir tendría, si no me creyera obligado á cumplir un deber ineludible.

No puedo concluir sin pediros á todos, á todos, un recuerdo en honor del general Prim y un tributo á su nombre y á su memoria, ya que en recuerdo suyo y en su honor y memoria se convocó y se ha realizado este certamen.

Y os pido este tributo á todos; á todos los que noblemente fuisteis sus amigos, á todos los que, noblemente también, pudisteis ser sus enemigos ó adversarios.

Fuí yo uno de sus amigos más adictos, uno de sus partidarios más fieles y constantes. Le tuve amor en vida, y, hoy, respeto y veneración en muerte. Pero ya en este último sentimiento nos encontramos unidos con los que fueron sus adversarios los que fuimos sus amigos.

La honrada memoria del general Prim pertenece

á la patria, y, por consiguiente, nos pertenece á todos, y juntos vamos á descubrirnos ante su estatua y juntos á visitar su tumba.

Siempre se reconocerá en él al caudillo, al valiente, al bravo entre los bravos que iba al combate como á una fiesta, con la sonrisa en los labios y las galas en el corazón y en el traje, pues que para él era un día de boda un día de batalla: siempre en él se hallará, junto al general y al guerrero, al político y al hombre sereno y hábil en las luchas del Parlamento, donde hay á veces contiendas más terribles que las del campo de batalla y en las cuales es preciso vencer con más prontitud, resolución y energía, y aun también con más valor; que es frecuente en aquellos combates jugarse la honra, más estimada ciertamente que la vida: siempre se verá al hombre de la revolución de Septiembre, que en momentos supremos y difíciles supo abrir grandes horizontes y trazar nuevos derroteros á la patria: siempre se recordará al que peleó como un bravo en la campaña de África, siendo el primero en avanzar y en salvar con su caballo las trincheras enemigas, y al que no quiso pelear en Méjico, ordenando la retirada, en lo cual manifestó más valor y más firmeza que los que necesitar pudiera para el avance; que más valor que para acometer necesitaba Prim para retirarse.

¿Pues qué? ¿no es él por ventura el hombre de Castillejos? Cuando las balas caían á granel en torno suyo y cuando le instaban á retirarse por temor de que pudiera ser herido y se perdiese la batalla al sucumbir el general, contestaba tranquilamente:—No, no hay cuidado. Siempre las balas traen sóbre, y ninguna lo trae para mí.

Y, sin embargo, ¡ay!, en Madrid y en su calle del Turco todas las balas llevaron sóbre para él.

Miserables asesinos, en cobarde emboscada y al revolver de una esquina, acabaron con el hombre

ilustre á quien las balas habían respetado en el combate, á quien la Providencia reservaba para el porvenir de España, en quien la patria esperaba con segura confianza, y cuya desastrosa muerte varió quizá por completo los destinos de la nación española.

Pero olvidemos esta tristísima página de nuestra historia contemporánea, como no sea para llorarla con sangre, no con llanto, y para tener en cuenta que puede servir en lo venidero de suprema lección y recordanza eterna.

Hoy es día de júbilo y de gala. Arden en fiesta las calles y en gozo las almas.

La patria que coronó á Prim en Madrid con los honores del Panteón, le corona hoy en Reus con los laureles del monumento. Grande enseñanza también para que todos aprendan á saber que quien en vida honró á su patria, honrado es por ella en muerte, dándole la vida eterna de la inmortalidad y de la gloria.

Quien tanto tuvo de soldado como de capitán, de guerrero como de político, de orador como de diplomático, de tribuno como de hombre de Estado, sobresaliendo en todo, es hoy encumbrado por su patria á las palmas del Capitolio; y allá le vemos, allá, vagar por los espacios, imagen querida y figura esplendente, que se ofrece á nuestros ojos, luminosa y fulgurante, como así aparecerá en las páginas de la historia, dentro de un nimbo de luz, con arreboles de gloria y con la sien ceñida por el laurel de España.

LAS GLORIAS DE ARAGÓN

DISCURSO

LEÍDO EN ZARAGOZA, COMO PRESIDENTE DE LOS PRIMEROS JUEGOS FLORALES QUE SE CELEBRARON EN DICHA CIUDAD, EL DÍA 10 DE OCTUBRE DE 1894.

Señores:

No me consideraría digno de ocupar esta sede, ni con autoridad para presidir este certamen, y creería también faltar á uno de mis deberes más sagrados, si, antes de inaugurar esta fiesta literaria con mi pobre palabra, no enviase un saludo de amor, de cariño, de honor y de respeto, concentración, más que expresión del alma, á la ciudad de Zaragoza, la siempre noble y la siempre heroica Zaragoza, que no es como otras ciudades la capital de una provincia, sino que es á un tiempo capital, cabeza, corazón y alma del pueblo aragonés.

Salud á Zaragoza la inmortal, la bien nacida, la nunca domada, la de opulenta historia, la que marchó siempre por el camino de la lealtad, del honor y del deber; la que tiene en ella sola tantas glorias como puede tener el reino más poderoso con todas sus ciudades y provincias; aquella que es augusta con los Césares, imperante con los Reyes, omnipotente con sus Cortes, grande con sus repúblicos, soberana con sus leyes, magna con sus Municipios, mártir con su Engracia, heroína con sus hijos, santa con su Virgen del Pilar; la que es crónica viva de enseñanzas, templo suntuoso de libertades, ara de virtudes, atalaya de glorias y archivo y monumento de cortesía y de honores.

¡Oh Zaragoza, aquella á quien el Ebro, después de dar nombre á España, viene á rendir el homenaje y el tributo de sus aguas, como si quisiera así

reconocerla por la ciudad más alta! Zaragoza de mis años juveniles y de mis azaradas mocedades, cuando yo venía aquí á buscar luz, calor y vida, y cuando hallaba aquí congregada aquella pléyade de claros ingenios y excelsos literatos, ya todos por malaventura desaparecidos, especie de hueste sagrada, falange aragonesa, respetable por sus alardes de combate, poderosa por la superioridad de su talento, irresistible por la fe que todos ellos tenían en los grandes ideales de amor, de progreso, de luz y de libertad para la patria.

Allí aparecía Manuel de Lasala, varón de convicciones profundas y firme voluntad, glorioso autor del *Examen histórico-foral de la Constitución aragonesa*, libro que pertenece al género de los que se leen con deleite y se estudian con provecho.

Allí Gil y Alcaide, el entusiasta, generoso hasta en sus derroches de ingenio, quien, al dirigir una carta en verso al duque de la Victoria, cuando éste se encontraba más combatido y maltratado, le decía con arrogante frase, que tuvo fortuna y metió ruido:

Venid, duque, á Zaragoza,
y seréis rey de Aragón.

Allí Sepúlveda, que ya daba entonces á conocer sus talentos administrativos; allí Angel Gallifa, cuyo recuerdo no deben olvidar los buenos patricios; allí Miguel Agustín Príncipe, á quien su primer drama abrió una carrera de triunfos; allí Huici, el inspirado poeta; allí Braulio Foz, el severo historiador y sabio catedrático, llamado por los catalanes, en el ocaso de su vida, á presidir los Juegos Florales de Barcelona, como en el ocaso de la mía he sido yo llamado por los aragoneses al alto honor de presidir los de Zaragoza.

Allí muchos otros, todos los que se agrupaban en torno de una revista literaria que, si mal no re-

cuerdo, se titulaba *La Aurora*, y de quienes he de hacer amplia mención algún día, si Dios prolonga mi vida; y allí, por fin, entre todos y sobre todos, Jerónimo Borao, el compañero de mi juventud, el hermano de mi alma; Jerónimo Borao, el patricio inquebrantable y el literato eximio; Jerónimo Borao, cuyo espíritu está aquí, y yo le veo, le veo, le veo salvar las nubes, cruzar los aires, rasgar las bóvedas para venir á darnos el ósculo de paz y fraternidad, y asistir invisible á esta fiesta de las letras que hoy celebra Zaragoza en honor de cuantos fueron, en recuerdo de cuantos la ilustraron, y en tributo y homenaje de amor á sus tradiciones y fastos literarios.

Salud, salud á Zaragoza, ciudad invicta, epopeya viviente, cuyo más preciado timbre es el de haber siempre cumplido con su deber, así su cumplimiento le haya costado cruentos sacrificios y lágrimas de sangre. Lo cumplió un día, cuando, sólo para garantir á un ciudadano, se levantó airada contra Felipe II, convocó sus fuerzas, gastó sus tesoros, vertió su sangre, arriscó el porvenir de sus venerandas instituciones, y hubo de ver cómo la cabeza de su gran Justicia rodaba por las gradas del cadalso. Lo cumplió también en más cercanos tiempos, cuando, frente á las huestes poderosas de Napoleón *el Grande*, supo demostrar con numantina entereza que es preferible morir por la patria á vivir sin ella.

Y lo ha cumplido ahora mismo, en esta nuestra época, ayer, cuando invadida por el azote del cólera, se alzó, admirable de abnegación, irradiante de amores y virtudes, heroína de la caridad, como antes lo había sido de la patria, como antes lo fué de las libertades públicas, añadiendo así nuevo timbre á su nombre y nuevo cuartel á su escudo, donde brillan ya las tres grandes cruces de la lealtad, de la patria y de la beneficencia, es decir, el

sacrificio, el martirio, la gloria, mereciendo así apellidarse *siempre benéfica*, la que fué *siempre leal* y *siempre heroica*.

¡Salud, salud, pues, y honor á Zaragoza!

*
* *

El origen de los Juegos Florales está en Provenza. Allí nacieron, y de allí los trajo un monarca aragonés, D. Juan *el amador de la gentileza*, quien les dió asiento en Barcelona, donde vivieron en *academia de gaya ciencia* hasta que, por turbaciones políticas, hubieron de suspenderse, viniendo más tarde otro aragonés, un prócer de estas tierras, el Marqués de Villena, á restaurarlos y darles nuevas auroras y nuevos alientos de vida.

También en esta segunda vez cayeron por sucesos políticos, y aquellas flores se marchitaron heladas por el viento del absolutismo,—que las letras se apagan cuando el espíritu no es libre dentro de una patria libre,—hasta que restablecidos fueron en este nuestro siglo, hace ya más de treinta años, por el Municipio barcelonés, cediendo á las instancias de siete escritores catalanes, jóvenes de buena voluntad y amantes del progreso patrio, entre los cuales se contaba como uno de los más entusiastas el que hoy dirige su voz á este noble concurso.

Hubo de ser idea feliz la de restaurar los Juegos Florales en Barcelona, pues que germinó, y en poco tiempo se difundió por toda España. Hombres eminentes, patricios ilustres, los más altos y preclaros oradores de nuestra tribuna parlamentaria fueron invitados por las regiones á presidir los certámenes que, á usanza de Cataluña, se establecieron en distintas localidades, allí donde había fastos que conmemorar, memorias sagradas que reverdecer, costumbres que introducir ó fiestas que cele-

brar. El mismo rey D. Alfonso XII presidió un día los Juegos Florales de Madrid, y otro día la Reina Regente fué á presidir los de Barcelona.

Estas fiestas literarias, despojándose gallardamente de todo carácter exclusivista, han encarnado ya en el pueblo español, revisten carácter nacional y han venido á ser en cada comarca una manifestación viva que responde á un sentimiento público.

Por esto, allá florecen hoy, lo mismo en la ingente Cataluña al pie del riscoso Montserrat, donde en su trono de peñas y en su nimbo de nubes y de estrellas aparece la *Morenita de las montañas*, patrona de los catalanes, que en la bella Valencia, donde todo es luz y amor, y encanto y gloria: lo mismo allá, en las regiones donde mora el valeroso astur, al pie de los sagrados y patrióticos recuerdos de Covadonga,—y también en la verde Galicia, donde la tradición afirma que aportaron un día los legendarios héroes de Homero, proscriptos de Troya, para darle origen y nombre,—que en los floridos verjeles de Andalucía, donde, envuelta en su blanco alquicel, las acoge la morisca Granada y les dan asilo y hospedaje Córdoba la sultana y la sin par Sevilla, que de seguro encuentran reflejados en las trovas lemosinas el carácter, el genio y el arte de los arábigos cantares: lo mismo en el corazón de la vieja y heroica Castilla, suelo afortunado, escogido por un monarca aragonés y una reina castellana para reconstituir la patria española,—y en los montes donde vive el éuskaro, custodio fiel de su lengua, sus tradiciones y sus fueros,—que aquí, al pie del historial Pirineo, en este monumental Aragón, majestad suprema y sagrario de recuerdos, donde precisamente acaba de celebrar la antigua Bílbilis, patria de Marcial, certámenes que han tenido gran resonancia, presididos por vuestro Faustino Sancho y Gil, uno de los próceres y primates de vuestras letras.

España toda, nuestra querida España, en estas dos últimas décadas, ha visto celebrar Juegos Florales en sus principales ciudades, junto á sus históricos ríos, al pie de sus abruptas sierras, orillas de esos dos grandes mares que tienden amorosamente sus brazos para estrecharla en ellos, y que, mientras el uno, el Mediterráneo, le trae con el murmullo de sus olas los ecos de los cantos provenzales y el recuerdo de las jornadas de Italia y de Turquía, de Nápoles y de Atenas; el otro, el Océano, es su vía láctea por las aguas, es decir, su camino de estrellas y de triunfos, el que conduce á ese nuevo mundo por ella descubierto: á la perla de las Antillas, á la flor de Borinquen, á las islas Filipinas, imperio vastísimo y prodigio del orbe, y también á todas esas otras lejanas regiones que, aun á pesar de su independencia, se llaman *Américas españolas*, y en las cuales viven, y vivirán, la tradición de nuestra raza, la lengua de nuestros mayores y el genio de nuestra madre España.

Los Juegos Florales responden, pues, á un sentimiento y obedecen á necesidades de vida espiritual y de exaltación de alma, que deben ser tomadas muy en cuenta por los gobiernos y por los hombres pensadores que desde el centro tienen obligación de saber, de oir y de sentir lo que ocurra en las provincias, sobre todo en un país como el nuestro, donde las provincias fueron reinos y naciones, y se acuerdan de ello. Para gobernar y dirigir desde el centro, países como España, se necesitan sensaciones de tacto, primores de vista y sutilezas de oído como no son necesarios en otros.

Los Juegos Florales obedecen, es verdad, á un movimiento de regionalismo, como ahora se llama; pero el regionalismo, entendido como debe ser y como no puede menos de ser,—porque de no ser así dejaría de ser regionalismo,—es, dentro de la

nación, el patriotismo de provincia, así como el patriotismo es el regionalismo de nación dentro del concurso de los pueblos y los reinos.

Obedecen, sí, á ese sentimiento de regionalismo natural y lógico en el hombre que ama su hogar y su familia dentro de su patria; pero obedecen, obedecen también muy principalmente á otras poderosísimas y naturales causas.

Obedecen á la necesidad que tienen los espíritus regionales de dar expansión al alma y alzar su voz en el gran concierto del pensamiento humano, cada uno desde su hogar, sin obligación de acudir al centro; que, para orar, no es preciso ciertamente que todos se convoquen y se reunan en un mismo templo.

Obedecen á ese sentido práctico de concentración y de defensa que nos mueve á combatir el absenteísmo, tan fatal para la vida de los pueblos, y que cobra tan alarmante desarrollo; y obedecen á ese sentido patriótico que nos obliga á resistir la atracción fascinadora del centro, que todo parece quererlo absorber, sin fijarse en que cuantas concesiones se hagan á la uniformidad, siempre peligrosa, otros tantos agravios se infieren á la unidad, siempre salvadora.

En buen hora que viva y aliente la política en el centro. Natural es que así sea, porque allí está su asiento, allí el jefe del Estado, allí los representantes de la nación convocados en Cortes, allí el el Gobierno y allí su manera de ser y de vivir. ¿Pero, la literatura? ¿Pero, la poesía?... ¿Quién ha dicho que la literatura y la poesía residen en el centro y sólo en él tiene su vida?

Precisamente en España, por las circunstancias excepcionales de este país, á los filósofos, á los historiadores, á los literatos, les place vivir al amor de su lumbre, en sus casas solariegas, junto á los recuerdos que han de evocar, cerca de los archivos

que han de ofrecerles materiales para sus estudios; y en cuanto á los poetas, ¡ah!, en cuanto á los poetas españoles, hay que desengañarse, por regla general son como los ruiseñores: sólo cantan cerca de su nido.

No es, pues, este movimiento de Juegos Florales un movimiento ficticio y pasajero, no. Obedece á éstas y todavía á más profundas causas, si bien se estudia. Este despertamiento literario de independencia intelectual que se extiende por toda España, no es, no, la luz serpenteadora del rayo que deslumbra y desaparece en seguida; no es el fuego fatuo que vaga en torno de los sepulcros, ni es tampoco una voz arcaica del pasado salida de en medio de abandonadas y solitarias ruinas, no por cierto. Es una cruzada moderna que marcha con tambor batiente y banderas desplegadas á la conquista del porvenir; es una falange literaria compuesta de escritores y poetas de sangre azul, entusiasta, patriótica, generosa, que avanza en nombre de la civilización y la fraternidad; es una religión que ha comenzado por levantar un templo y que envía por todas partes apóstoles á predicar la buena nueva.

Trovadores y poetas de una nueva era, estos cruzados de los Juegos Florales, al propio tiempo que se inspiran con recuerdos, se nutren de esperanzas; viven de la poderosa vida de las generaciones modernas; sienten tictactear en su cerebro las pulsaciones de vida de un pueblo libre, y si ahondan y escarban la tierra para descubrir los restos de varones de pasados siglos bajo las marmóreas losas donde yacen en paz eterna, no es ciertamente para vestir sus mohosas armaduras, sino para buscar ejemplos de prácticas enseñanzas en sus actos de patriotismo; para ofrecer nobles modelos de virtudes á las generaciones modernas; para honrar servicios prestados por los que fueron, lo cual es pedir nuevos servicios á los que son; para deman-

darles una centella de aquel entusiasmo caballeresco que les impulsaba á hacer del amor un culto, un rayo de aquella fe que les alentaba en las grandes tribulaciones del alma y en las rudas tempestades de la vida, y un hálito de aquel espíritu patriótico y de aquella rectitud de criterio que les hacía mantener el derecho, la ley y la patria contra cualquiera, fuese quien fuese, pequeño ó grande, que osara atentar á sus inmunidades sagradas.

Tales son la expresión, la idea, el sentimiento de los Juegos Florales. Así han de ser ellos al menos, ó no tienen razón de ser.

Por esto viene hoy Zaragoza á dar la nota final á ese gran concurso de fiestas florales que se ha extendido por nuestra España y ha encarnado en ella. Zaragoza tardó en aceptar este movimiento propagante. Y nada más natural que así fuera. Ciudad reflexiva, prudente, pensadora, está avezada á no dejarse llevar del primer impulso del entusiasmo. Medita y estudia antes de realizar un acto; pero en cuanto se penetra y se convence de su bondad, entonces lo ejecuta, inspirada en su deber y en su conciencia, y luego lo mantiene con varonil firmeza. Así lo demuestra con repetidos ejemplos de su historia. Cuando entró en ella la idea del convencimiento, fué cuando dió carácter oficial á la celebración de estas lides literarias.

Y por esto también, al instituir en su seno los Juegos Florales, reminiscencia de uno de sus monarcas, *el amador de la gentileza,* y de uno de sus magnates, el marqués de Villena, á quien en versos inmortales llamó el poeta Juan de Mena *claro padre y dulce fuente, honra de España y del siglo;* por esto también da mayor extensión á la idea, y la convierte en gran certámen histórico-literario, donde se une el verso á la prosa, el canto del trovador al trabajo del cronista, la leyenda á la historia, la literatura á la filosofía, la ciencia al derecho.

Y todo ello lo enlaza en meditado consorcio y completa su proyecto abriendo el concurso con ocasión de las fiestas que celebra y dedica á su Virgen del Pilar, la Santa Patrona de los aragoneses, la que *no quiso ser francesa*, *sino generala de la tropa aragonesa;* la que es fuente y origen de las glorias de Aragón, luz esplendente de su cielo y de su tierra.

*
* *

Magistrados de Zaragoza, honorables y dignos sucesores de aquellos que á tan alto elevaron el municipio zaragozano ilustrándolo con sus virtudes y merecimientos, comprendisteis perfectamente que estos certámenes de Juegos Florales y estas justas literarias respondían á una necesidad moral de este pueblo culto y á levantar y honrar la región que los celebra.

Magistrados de Zaragoza, sea vuestra la gloria; recoged el lauro. Honrasteis á vuestro país, y quien honra á su país, ¡honrado sea!

¡Dios y Aragón os premien!

¡Aragón! ¡Aragón! ¡Cataluña y Aragón!

Este fué el apellido de guerra de nuestros mayores, éste el grito de victoria de nuestros antepasados, éstos los dulces primeros nombres que, después del de Dios y el de mi madre, aprendieron á balbucear mis labios, como connaturales de quien mezclada lleva en sus venas á la sangre catalana la sangre aragonesa.

Santa tierra esta tierra de Aragón, tierra bendita de libertad y honor.

No creo que en la era moderna exista un pueblo que superior sea al de Aragón en méritos y en glorias.

Dos cosas hay en el mundo que arribaron á su mayor grado de perfección, y que nunca pudieron

llegar á más por haber alcanzado su meta: la escultura en Grecia y la libertad en Aragón.

Por esto hay un punto en que los aragoneses aventajan á todos los pueblos y á todas las gentes; el de sus instituciones, aquellas sus diuturnas y libérrimas instituciones, donde se asentaba que la libertad era riqueza, patrimonio y substancia del reino: aquel sistema político tan justo, tan prudente, tan sensato y liberal, que todas las naciones pugnaron por tener y en ninguna pudo arraigarse, sólo en Aragón, porque en esta tierra se tuvo siempre un perfecto sentimiento del derecho y un cabal convencimiento del deber: aquella cárcel, por feliz antítesis llamada *Cárcel de la libertad*, porque era para el ciudadano garantía de sus derechos y amparo de sus libertades, altísima jurisdicción con la que se impedía todo abuso de autoridad, siendo por ella invulnerable todo interés, inmune toda persona y sagrado todo domicilio de ciudadano: aquellas Cortes, freno para todo desapoderamiento, y valladar, no sólo para el despotismo regio, sino para el despotismo ministerial, más repugnante que el regio; Cortes que podían continuar deliberando hasta seis horas después de licenciadas, siendo válido cuanto en ellas se acordaba, único ejemplo que de esta clase existe en el mundo: aquella altísima y soberana institución del Justicia, que arrancaba de una ley de Sobrarbe, antes de existir reyes, en la cual se estatuía que para no sufrir menoscabo las leyes y libertades de Aragón debía constituirse un juez medio, al cual fuera justo y lícito apelar del rey en el caso que éste ofendiera á cualquier ciudadano ó infiriese agravio á la república: todas aquellas libertades públicas, en fin y sobre todo, las que más sólidamente afianzaban el ejercicio de las libertades individuales, como el derecho de *Manifestación*, por ejemplo, que vino Inglaterra á copiar, adoptándolo

para su *Habeas Corpus,* presidio político de tanta perfección que en el curso de los siglos y en el progreso incesante de las reformas jamás ha sido susceptible de mejoramiento.

Y como sus instituciones fueron sus glorias, aquellas sus áureas glorias no superadas por pueblo alguno, que hicieron á la Corona de Aragón dominadora y dueña del Mediterráneo, donde, según la gallarda frase de Roger de Lauria el Almirante, ni un pez podía asomar á flor de agua como no llevase grabadas en el lomo las Barras de Aragón; aquellas glorias que brillan en los cielos azules y serenos de la historia española, y que extendieron el dominio y el poder de la Corona de Aragón por las playas y tierras de Sicilia, de Cerdeña, de Córcega y Calabria, que entraron vencedoras en Nápoles, que sojuzgaron el Tauro, que humillaron á Grecia y á Turquía.

Y como sus glorias fueron sus repúblicos, que en virtudes y enterezas igualaron á los romanos, varones integérrimos que allí donde no alcanzaban con su voz llegaban con su voluntad, quienes sostenían y mantenían que allí no hay patria donde no hay libertad, y que *Aragón no consistía ni tenía su principal sér en las fuerzas del reino, sino en la libertad, siendo una la voluntad de todos que cuando ella se acabara feneciera el reino*, máxima de alta trascendencia política que ya quisiéramos profesar hoy los que tanto hablamos de libertad en estos tiempos, y tanto abusamos de ella, sin tener el sentido práctico y la conciencia exquisita que de ella y de su derecho tenían nuestros ascendientes aragoneses.

Y así como fueron sus repúblicos, fueron sus reyes, los reyes y monarcas de Aragón, emprendedores y ardidosos, todos de cuerpo entero y de una sola pieza, cuyos nombres ruedan con atronante estruendo por las páginas de nuestras histo-

rias españolas, y entre ellos, y sobre ellos, aquel D. Jaime *el Conquistador* que con su espada, como Alejandro, ganaba las batallas que debía narrar luego, como César, con su pluma, y aquel D. Pedro *el Grande*, debelador y libertador de Sicilia, propugnador del Pirineo, vengador de Provenza, desvelador de patrias libertades, á quien Boccacio hizo héroe de una de sus más peregrinas novelas, y de quien Dante, en su poema inmortal, resumiendo en un verso afortunado todas las grandezas, todas las glorias y todos los honores de aquel Monarca valeroso, dice que

d'ogni valor portó cinta la corda.

Y no vale decir que con esto recordamos cosas ya olvidadas, instituciones ya caducas, monumentos viejos y antiguos. Todavía viven y vivirán. Ejemplos provechosos y grandes enseñanzas pueden dar á los patricios y políticos modernos. El cedro, cuánto más secular, más savia tiene.

*
* *

Magistrados de la siempre heroica Zaragoza, representantes de las altas clases de Aragón aquí reunidos, pueblo aragonés aquí convocado, y vosotras, nobles y hermosas damas, las que con vuestros atractivos venís á dar calor y luz á este concurso; vosotras, las que sois inspiración del poeta, genio del artista, aliento del héroe, consuelo en el infortunio, esperanza en la empresa, astro en la prosperidad; vosotras en cuyo corazón reside el germen de toda virtud y el sentimiento de todo amor, así como en vuestros ojos brilla el rayo de toda luz y en vuestros encantos la luz de toda beleza; vosotras, herederas de las virtudes y gallardías de aquellas damas aragonesas que igualaron, si es que no superaron, á las matronas romanas;

vosotras las llamadas á influir en el ánimo de vuestros prometidos, de vuestros esposos y de vuestros hijos para guiarles siempre por la limpia senda del honor y del deber; vosotras, finalmente, estrellas fulgurantes en nuestro cielo, flores de colores gayos en nuestra tierra, aves de batientes alas en nuestra atmósfera, ángeles de amor y de paz en nuestros hogares; vosotras, de entre las cuales va á salir la todavía desconocida dama que, proclamada por el poeta vencedor, ha de ser hoy nuestra soberana, y á la que, como representación de todas vosotras, reina de amor, de belleza y de cortesía, veremos subir á ese trono precedida por los heraldos, escoltada por los maceros de la ciudad, rodeada por los pajes, aclamada por todos cuantos estamos aquí congregados, y cuya soberanía en absoluto aceptamos: vosotros, pues, magistrados ilustres de Zaragoza, representantes dignísimos de los que constituyen sus antiguos Brazos, y vosotras, bellas y garridas damas, no olvidéis nunca, jamás, las enseñanzas de nuestra historia, los ejemplos de nuestra raza, las virtudes de nuestros mayores, quienes practicaron en realidad de verdad el *Patria*, *Fides*, *Amor*, que como señera de alianza levantan hoy los modernos árcades de los Juegos Florales: el *amor*, como emanación exquisita del alma en el hogar, en la familia, en la vida, en la humanidad; la *fe*, como sentimiento levantado y fortaleza de la virtud y del ánimo; y la *patria*, la patria bendita, nido de todo amor y manantial de toda fe, aliento de toda esperanza, reparo de todo agravio y madre de todas las virtudes y de todos los honores.

Y por esto, al llegar, ya por fin y para ventura vuestra, al término de mi discurso, acúdeme de repente á la memoria y saltéame la tentación irresistible de concluir con unos versos que aprendí á murmurar en mis mocedades, cuando recorría las

riberas de vuestro Ebro en compaña de vuestro inolvidable Jerónimo Borao, y que así dicen:

Virgen del Pilar clemente,
Madre de Dios soberana,
oye el voto que, ferviente,
te eleva mi corazón.
Haz que siempre, siempre, siempre,
Aragón sea de España,
y yo siempre, siempre, siempre,
y yo siempre de Aragón.

NOTA DEL EDITOR

Para mayores noticias acerca de los Juegos Florales, de los trovadores provenzales y de los poetas catalanes, así antiguos como modernos, se pueden consultar otras obras del autor, principalmente la titulada Los Trovadores, *cuya primera edición (la más completa) se publicó en Madrid el año 1878 (editor Rivadeneyra, 6 tomos), y su segunda edición en 1882 (tomos III, IV, V y VI de las* Obras completas *del autor, 4 vol., Madrid, Imp. de Tello).*

En estos momentos, agotadas ya estas ediciones, se está preparando otra tercera.

PARTE SEGUNDA

MEMORIAS Y DISCURSOS ACADÉMICOS

DE LA LITERATURA CATALANA

DISCURSO DE RECEPCIÓN

EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

(30 DE OCTUBRE DE 1875)

Señores académicos:

Al presentarme hoy á ocupar un asiento en esta noble Academia, reconocer me importa, lo primero de todo, que á vuestra indulgencia lo debo; no ciertamente á mis méritos, por demás escasos. Pero si el conocimiento del deber, una de las primeras cualidades morales del hombre, me mueve á confesar mi franca gratitud, también el sentimiento de la verdad, una de las primeras condiciones del historiador, me obliga á reconocer que la honra señalada que hoy por esta Corporación se me dispensa, á mi noble país se dirige más bien que á mi pobre personalidad, liviana y olvidable entre las de tan estrenuos y expertos varones como fueron y son timbre y honor de esta Academia ilustre. Al fijar la atención en el despertamiento literario de Cataluña, como nunca varonil y poderoso de algunos años á esta parte, se comprende bien que la Academia haya querido premiar en mí (uno de los pocos representantes de aquella noble tierra que en Madrid residen) los esfuerzos, el talento y la gloria de los literatos insignes, de los historiadores eminentes y de los laureados poetas que á orillas del Mediterráneo constituyen y forman una literatura, que sólo debe el no ser bien estimada, á ser por lo general poco conocida.

Y con sólo consignar esto, acude ya, naturalmente, á la imaginación de todos el tema que he de escoger y á que ha de encaminarse mi discurso;

pero antes de llegar á ello, voluntad vuestra será, y es deber mío, que, cumpliendo con lo que honradas costumbres preceptúan y altos deberes exigen, consagre algunas palabras en honra y gloria del académico eminente que con su prematura muerte dejó vacante el puesto que me presento á ocupar.

Dos obras principalmente nos quedan, entre otros sabios é importantes escritos, de D. José Godoy Alcántara, suficientes á demostrarnos su claro talento y su alto criterio, bastantes á decirnos la pulcra escrupulosidad y la atención cuidadosa que aquel sabio escritor acostumbraba á poner en sus estudios: la *Historia crítica de los falsos cronicones* y el *Ensayo histórico, etimológico y filológico sobre los apellidos castellanos*. Premiadas fueron entrambas por las Academias, y viviente testimonio son de lo que á Godoy Alcántara deben las patrias letras y la patria historia. Representan estas dos obras la suma de muchos y vastos conocimientos, y la suma también de muchas horas consagradas al estudio y al trabajo, con esa insistencia laboriosa y esa tenacidad infatigable, más propias de las frías naturalezas del Norte que de los espíritus ardientes del Mediodía, y que sólo pueden apreciar en su verdadero valor aquellos que saben todo lo que para el sabio representan el hallazgo de una cita, la rectificación de una fecha ó el descubrimiento de un dato, tras largas y pacientes horas de concentración y de trabajo.

Vacíos como el que deja el Sr. Godoy Alcántara no son fáciles de llenar en una Academia; y si yo me atreví á tanto, es porque en mi buena voluntad y en vuestra indulgencia fío.

De antiguo, que no de ahora, viene la Academia de la Historia demostrando su amor á las letras catalanas y su deseo de que éstas sean conocidas y estimadas en lo que valen. Corría aún el primer

tercio de este siglo, cuando la Academia, sabedora de que D. Félix Torres Amat, obispo de Astorga, proyectaba publicar una *Biblioteca de escritores catalanes*, le impulsaba á seguir en este animoso pensamiento, y al aplaudir tan patriótica empresa, se manifestaba deseosa de que «la benemérita provincia de Cataluña, donde se habían refugiado y hallado generoso fomento algunos restos de la ilustración, que iba conocidamente á menos y amenazaba apagarse totalmente en otras de la Península, gozase de la gloria literaria debida á los sabios é ilustres hijos que en todos tiempos la ennoblecieron [1].» Explícita era la Academia en este acuerdo, y manifiesta su protección; pero aquel escritor eminente é ilustre prelado, en quien era la modestia timbre como es ornato en otros, hubo de arredrarse ante la magnitud de la empresa, que hubiera sin embargo realizado con la misma grandeza que supo concebirla, y se limitó á escribir unas *Memorias para ayudar á formar un diccionario crítico de los escritores catalanes y dar alguna idea de la antigua y moderna literatura de Cataluña.*

Aun así, aun en esta forma y con tan modesto título, el Sr. Torres Amat, como reconoció la Academia al aceptar la dedicatoria de su obra, prestó á las letras patrias un servicio señalado y que debe tenerse en cuenta para gloria eterna de aquel patricio insigne. Mayor, empero, lo hubiera prestado todavía si, vencida la timidez del sabio por el valor del literato y dejando de limitarse al Principado de Cataluña, hubiese abrazado en sus *Memorias* á todos los autores que han escrito en lengua romana, en lengua catalano-provenzal, así los de Cataluña, como los de Valencia, Baleares, Rosellón, Conflent, Vallespir y Provenza, que esto es lo que, en verdadera crítica literaria, debe entenderse por *patria catalana.*

Acaso llegue, de esperar es que así suceda, el día

en que se escriba la historia crítica de la literatura catalana con la misma extensión, detenimiento y elevada mira con que ha escrito la de la literatura castellana un miembro ilustre de esta Academia [2], y entonces caerán por su base los errores en que algunos han incurrido, y que hombres, eminentes, por otra parte, han propagado, suponiendo á Cataluña un reflejo sólo de Provenza y haciéndola vivir únicamente de la luz prestada por la literatura franco-provenzal [3].

Grave y profunda equivocación ha sido esta, por parte de algunos historiadores y literatos; grave y transcendental equivocación que han contribuído principalmente á extender los escritores franceses, induciendo á no pocos nuestros á caer en falta y á consentir, por hacerlos propios, en errores ajenos. Uno de los más vulgares es el que todos cometemos, ó muchos al menos hemos cometido, llamando á la literatura del Principado unas veces *lemosina* y otras *provenzal*, como si nos desdeñáramos de llamarla literatura catalana, que es el nombre propio, técnico, original, y sobre todo, el nombre de familia española, el de casa. Entre los autores extranjeros, sólo uno, que yo sepa, sólo Mr. Cambouliu, sabio profesor de la Universidad de Montpeller, ha tratado de reivindicar para Cataluña y para España toda, esta gloria. Cúmpleme desde este sitio y desde esta tribuna consignarlo así, que aun cuando en esto nos haya hecho justicia aquel catedrático ilustre, no andamos de ella tan sobrados para olvidar con quien la rinde deberes de gratitud [4].

Nuestro Torres Amat, vuestro dignísimo y antiguo consocio, señores, fué uno de los primeros en pretender esta gloria para España y en querer librarla de este feudado honor que al extranjero se rendía; por esto dió á nuestra literatura el nombre de *catalana* ó *catalano-provenzal*, que era ya el

mismo que en tiempos le diera Nostradamus, autor á quien se ha maltratado mucho, pero á quien la moderna crítica literaria comienza á hacer justicia. No poco también se ha maltratado por aquella causa á Torres Amat, del cual se ha dicho que tenía un patriotismo *de vista corta*, y á quien se ha achacado que escribía con un espíritu exageradamente español, como si los que esto dicen y afirman no escribieran con un espíritu exageradamente francés.

Para claridad de este trabajo hay que exponer algunos preliminares y decir lo que, en mi concepto, debe entenderse por lengua catalana y cuáles son las escuelas literarias que ha tenido. Antes que de la materia, hay que hablar del molde.

Establezcamos, lo primero de todo, que la lengua catalana, tomadas en cuenta las importantes diferencias y modificaciones de acento, territorio y provincia,—diferencias y modificaciones que, por no ser comprendidas, hicieron errar á muchos,—es hoy, ha sido antes y fué siempre una sola [5].

Se ha sentado por base y fundamento que el latín dió origen á toda una familia de lenguas, entre las que la más principal fué la llamada *romana* y también *romano-vulgar* y *romano-rústica*. Es cierto, pero no es enteramente verdad. El latín que con las armas de Roma había conquistado el mundo, tardó poco en alterarse con el contacto de diferentes nacionalidades, sujetas, pero no asimiladas, á la nación conquistadora. Son indudables los testimonios que tenemos para probar que en la Península ibérica, y especialmente en las comarcas de que nos ocupamos, jamás dejó de hablarse la lengua del país [6].

Con ésta, con la latina y con otras que por causa de nuevas invasiones, como las de godos y árabes, vinieron á influir también, se formó la lengua que ha sido conocida con diversos nombres, dando lugar por esta diversidad á confusión y á errores de

nota. Se la ha llamado *romana*, que es en buena crítica la denominación más ajustada y propia, *romano-provenzal*, *catalano-provenzal* ó *provenzal* simplemente, por haberse hecho el idioma general de la Provenza; *romanizada*, según la llamaba Pablo Piferrer; *lemosina*, por haber dicho uno de los antiguos trovadores que el lemosín era entre los dialectos del Mediodía el más propio para la poesía; y *lengua de oc*, con que dió nombre á una vasta comarca (Languedoc), para distinguirla de la *lengua de oil*, que era la usada en el Norte de Francia.

Siendo tantos los pueblos que hacían uso de esta lengua, pues que se hablaba principalmente en toda la cuenca pirenaica y siguiendo la orilla del Mediterráneo desde Alicante hasta Génova, estaba naturalmente dividida en diferentes dialectos; pero es para mí indudable que el *romano-vulgar* formaba una sola rama lingüística, como es indudable también que se equivocan los que no le han señalado más antigüedad que la de haberse formado en el siglo VIII con los restos del latín.

No puede ni debe, sin embargo, negarse que, aun siendo ella anterior, contribuyó á la formación de esta lengua, ó mejor á su perfeccionamiento, el soplo varonil y vivificante de Roma; pero es lo cierto que ya en el siglo IX florece con tanto vigor, con leyes tan propias, tan independientes y caracterizadas, que no queda en ella ningún rastro de los gramáticos, de los retóricos, de los didácticos de la Grecia y del Lacio. Es vigorosa, fuerte, original, con aire de familia y fisonomía propia, con abolengo y linaje, sin ya ninguna influencia extraña; y si por un lado tiene algo de rudo y de salvaje como las selvas de los Pirineos, donde se meció su cuna, por otro tiene armonías y musicales acentos como las brisas dulces del Mediterráneo, á cuyas orillas languidece de amor ó de esperanza [7].

Pero, al decir de hombres expertos y doctos, en-

cerraba dentro de sí, como flor dentro del cáliz, otro lengua que, de admitirse, bien puede llamarse *literaria:* la lengua de los trovadores, distinta del idioma del pueblo, es decir, una lengua convencional [8]. Arduo y difícil es este punto, y mucho pudiera sobre él decirse, si los límites que tengo trazados lo permitieran ó si sobre él versara tan sólo mi discurso, que es ella sola materia bastante para llenarlo por completo. Me limitaré, pues, á manifestar en este punto concreto mi opinión, hija sólo de alguna práctica adquirida en la lectura y en el estudio de los antiguos trovadores. Yo, señores académicos, me inclino á creer, con uno de los primeros y más sabios maestros de la literatura catalana [9], que en el habla culta y esmerada de los trovadores hay perfección, esmero grande y elección depurada de palabras, pero fundado todo en el lenguaje común. Algo sucedería entonces de lo mismo que pasa ahora. La moderna poesía catalana, como en general todas las poesías del mundo, usa conceptos, giros, frases y hasta palabras que no son familiares en el habla común, y que escoge sin embargo como medio de dar mayor elevación y cultura al pensamiento; pero de esto á separar el lenguaje poético del vulgar, hay notable diferencia.

Y ahora, vamos ya á las épocas de esta literatura, en mi juicio evidentes y claras, pero que por no haberse citado con la separación necesaria á establecer la claridad, se han confundido lastimosamente, apreciando en conjunto lo que por separado y en detalle debía considerarse.

Tres son, pues, según mi cuenta y apreciación, las grandes épocas de esta literatura. La *época provenzal*, que alcanza hasta fines del siglo XII y principios del siguiente, es decir, desde su origen y nacimiento hasta la guerra de los albigenses y consiguiente expulsión de los trovadores del Mediodía de Francia; la *época catalana*, que comienza en el

siglo XIII con don Jaime *el Conquistador;* y la *época valentina,* con la cual va á fundirse la catalana, y que empieza en el siglo XV con Ausias March, á quien con verdadera propiedad puede llamarse *el Petrarca valentino.*

De estas tres épocas hay que hacerse cargo por separado, desde el triple punto de vista histórico, político y social, para que se pueda tener una idea verdadera de la literatura catalana y pueda mejor apreciarse. De este modo, y por medio de esta clara distinción, hay que demostrar la vitalidad é influencia de la literatura-madre catalana, desvaneciendo los errores de aquellos que la han creído un eco degenerado de Provenza, de esa misma Provenza, á la que, sin embargo, llevaron los catalanes su savia fecunda y su creadora inventiva (ya que no su lengua) con los príncipes de su casa y de su raza.

En esta primera época, que es la de la escuela provenzal, y dentro de la cual comprendo los siglos IX, X, XI y XII, la lengua catalana no aparece formada todavía y está en su infancia; pero su formación puede irse siguiendo paso á paso en los documentos latinos, donde ya se encuentran su ortografía y muchas locuciones en el siglo IX, y frases enteras y hasta párrafos en el siglo X [10]. Los mismos progresos pueden notarse estudiando la poesía de los trovadores. Es para mí evidente, y el estudio me ha dado de ello el convencimiento, que estas poesías escritas en lengua romana van recibiendo la influencia del catalán y aceptándola á medida que adelantan los siglos. No tengo duda de que el catalán, introducido en Provenza por el conde Berenguer, entró por algo en la formación de la que se llama lengua literaria de los trovadores, contribuyendo á su adorno y pulimento. En los siglos X y XI hay poesías donde se encuentran locuciones, giros y frases enteras catalanas; en el XII

muchos fragmentos de trovadores son catalán puro, y existen obras de últimos de este siglo y principios del siguiente que cualquier catalán de hoy día, aun sin conocimientos literarios, puede leer y entender [11]. No es por cierto común esta idea; al contrario, es singular, y sé que con ella me aparto de opiniones respetables mantenidas por autores dignos de crédito. La aventuro, sin embargo, con datos, y me arriesgo á tanto, porque sé que quien primero pasa un vado lo enseña á los demás.

No seré yo quien hoy diga con Torres Amat que el catalán fué el primer idioma que se formó y fué llevado á Provenza por los barceloneses cuando el casamiento de su conde Ramón Berenguer III con Dulce, heredera de aquel país y de aquel condado, dando origen y nacimiento á la lengua de los trovadores; no, no llegaré hoy por cierto á decir esto, pues aparece claramente formada la lengua romana antes de este enlace, y existen composiciones en esta lengua antes de aquel suceso; pero sí me atrevo á decir que Ramón Berenguer III y los catalanes que con él fueron á Provenza, hubieron de ejercer gran influencia en la lengua, y que desde entonces comienzan á prevalecer en ella ciertos giros y ciertas locuciones propios de Cataluña, que ya jamás habían de borrarse y que debían verse confirmados más tarde por las leyes dictadas en el Consistorio de Tolosa [12].

De todos modos, es justo dar á la primera época de nuestra literatura el nombre de *provenzal*, que le doy, y es preciso, para comprenderla, abrazar de una ojeada, á vuelo de imaginación, esta época notable y creadora, lo propio que deberé hacer con las sucesivas, ya que mayor extensión no permite la necesidad de encerrar dentro de los límites estrechos de un discurso la historia de los tres grandes períodos de nuestras letras.

Pero antes, es también preciso desprenderse de

toda idea moderna sobre el actual estado geográfico de Europa, y reconstruir en la mente los países de que nos ocupamos, tal como eran y como existían.

En aquella época no hay Francia ni hay España. Los herederos de Carlo-Magno viven hacia el Norte del Loire, ocupando los ducados de Normandía y Bretaña y los condados de Champagne y de Anjou, é independientes de estos reyes, sin apenas ninguna relación con ellos, extranjeros á su historia, á su raza, á sus leyes y á sus costumbres, se extienden hacia el Mediodía el ducado de Aquitania y los condados de Auvernia, Rodez, Tolosa, Provenza, Viena y otros muchos que, por medio del lazo del condado de Rosellón y salvando los Pirineos, que no eran entonces barrera ni frontera para la lengua y la literatura, venían á darse la mano con el condado de Barcelona.

Todos esos estados eran independientes y libres, cada uno con sus condes hereditarios. Adalberto de Tayllerand, contestando á Hugo Capeto *¿Quién te hizo rey?*, no era más que el eco de todos aquellos príncipes independientes de aquende el Loire, bajo cuya autoridad, mucho más justiciera y benigna por cierto, los pueblos del Languedoc y de la antigua *Provintia* de los romanos disfrutaban mayores sumas de libertad y bienandanza.

Por lo que toca á España, los árabes ocupaban gran parte de su territorio, y sólo por un lado los reinos de Castilla, Navarra y Aragón, por otro el condado de Barcelona, y por el Noroeste el trozo del territorio ibérico que debía ser más tarde el reino de Portugal, iban creciendo y progresando vigorosamente, gracias al aliento de sus príncipes y al valor de sus pueblos y de sus barones.

La vasta extensión de territorio en que se hablaba la lengua *vulgar* ó *romana*, verdadera patria de la literatura romana, se extendía entonces desde

el Loire hasta el Ebro, comprendiendo la cuenca pirenaica, y por la costa del Mediterráneo desde Tortosa, frontera á la sazón de los árabes, hasta las mismas rientes campiñas de la italiana Génova.

Ninguna afinidad existía entre Tolosa y París, mientras que era íntima entre Tolosa y Barcelona. Un vecino de Tolosa tenía por bárbaro y no comprendía el lenguaje de un habitante de París, mientras que era hermano de un ciudadano barcelonés, cuya lengua hablaba, de cuya familia era, cuyas costumbres y cuyos hábitos conocía. Marsella y Barcelona se miraban como en un solo espejo en el mismo mar, las mismas brisas acariciaban sus frentes, al rayo del mismo sol se solazaban, tenían el mismo origen, la misma historia y la misma lengua; Barceloneta trepaba á una colina de los Alpes para mejor divisar desde allí y dirigir por encima de los Pirineos una mirada de cariño á su madre Barcelona; y cuando, como con bellísima frase ha dicho Mistral, había en Aix, en Marsella ó en Aviñón alguna beldad de gran renombre, se hablaba de ella como de una vecina en la capital de Cataluña[13]. Nadie en aquellas comarcas, que sin embargo debían ser Francia más tarde, nadie se acordaba de la monarquía franca del Norte, y todos miraban á los franceses como incultos y *bárbaros*, no siendo, pues, de extrañar que el ilustre Petrarca, á quien alguien ha llamado el último de los trovadores, recordando la ilustración de los provenzales, dijese de los franceses: «*Esos bárbaros nunca han entendido, no digo los versos, pero ni la lengua de Homero*»; como es de extrañar menos todavía que un trovador provenzal, á comienzos del siglo XIII, y antes de Petrarca por lo mismo, abarcando todo aquel territorio como país de catalanes, preguntase á los doctos, sabedor ya de la contestación que debían darle: *Decidme: ¿Quién vale más, un catalán ó un francés?*[14]. Fué entonces

cuando verdaderamente no hubo Pirineos. No cuando se pronunció esta frase, que nunca fueron tan altos.

En los primeros años del siglo XII, el conde de Barcelona Ramón Berenguer III *el Grande*, se enlazaba con Dulce, la heredera del condado oriental de Provenza, contribuyendo no poco á este enlace el sabio y virtuoso Olegario, venerado hoy como santo en los altares, que había llevado ya á las comarcas provenzales, siendo abad de San Rufo, la influencia catalana.

Comienza entonces la época de esplendor y gloria para la literatura *romana*, que en este período de la historia debemos llamar *provenzal*, ya que fué en el hermoso suelo de Provenza donde floreció y tuvo su corte.

La civilización de las provincias del Mediodía era entonces incomparablemente más adelantada que la del Norte, y no es de extrañar que la poesía, verdadera flor del sentimiento, se desarrollase en aquellos países llenos de luz y de colores, donde el cielo es siempre azul y transparente, donde los habitantes son sensibles á la armonía, amigos de las fiestas y de las danzas, y donde las mujeres tienen toda aquella belleza, toda aquella gracia, todos aquellos encantos que los artistas encuentran en la Venus provenzal, por ventura hallada en Arles entre las ruinas de su viejo coliseo.

La lira provenzal, como en otro tiempo la griega, cantó el himno de las victorias alcanzadas sobre la barbarie; se inspiró en la tenaz resistencia ofrecida por los pueblos del Mediodía á los reyes carlovingios y también en las luchas terribles con los árabes de España; y templando luego la energía varonil de su acento en sus cantos de guerra con las dulces modulaciones de su artificiosa rima en sus cantares de amores, fué de pueblo en pueblo, de fiesta en fiesta y de castillo en castillo,

embelleciéndolo todo con su contacto, como aquella hada misteriosa de las leyendas, que á cada paso que daba veía brotar flores de sus huellas. El arte del músico vino á dar fuerza al canto del trovador, músico también las más de las veces, y los juegos, momerías y danzas de los juglares que acompañaban á los más renombrados trovadores, servían, en cierta manera, como de aparato escénico á las *Canciones*, á los *Serventesios* y á las *Novas*. Los que han relatado aquel período de nuestra historia, no han podido menos de notar que esta estrecha unión de la poesía con la música contribuyó, tan esencialmente como la misma diversidad de asuntos, á la introducción de aquellas distintas formas tan ricas, tan sabias y tan animadas y brillantes, que hacen sobresalir y resaltar entre todas las poesías la poesía de los trovadores provenzales.

A Guillermo de Poitiers, á quien con poco acertada crítica se ha llamado el primero de los trovadores [15], sucede toda una serie y toda una vía láctea de poetas, á quienes dan manifiesta protección los condes Ramón Berenguer de Barcelona y Dulce de Provenza. Yo no diré si, como asientan unos, vinieron á Barcelona los poetas provenzales á implantar el gusto de la poesía entre los catalanes, ó si éstos fueron á Provenza con Ramón Berenguer á dar lengua y forma á la literatura provenzal, como ya hemos visto que afirman otros; pero lo que es de todo punto evidente, lo que no puede negarse, es que de entonces más se establecieron seguidas corrientes entre los condados de Barcelona y Provenza; que de entonces más fué peculiar á entrambas comarcas el cultivo de las letras, y que el movimiento literario se extendió, no desde el Loire á los Pirineos, como dicen en general los autores franceses, sino desde el Loire hasta el Ebro, hasta tropezar con la frontera de los árabes.

Fué aquélla la época del esplendor provenzal. Los príncipes de la casa de Barcelona llevan á Provenza una misión política y civilizadora, y sostienen, con su poderoso influjo y con su vencedora espada, la independencia y las libertades de aquel país privilegiado. Debe reservarse una plaza de honor en la historia de los progresos de la civilización y de la humanidad, por lo que corresponde á aquella época, á los condes de Barcelona. Con su administración, con su tolerancia, con su emprendedora iniciativa, con sus leyes, con sus Cartas á los pueblos, levantan el espíritu de aquel territorio, abren nuevos horizontes, fundan escuelas, protegen y desarrollan los intereses del país, es su época manantial fecundo de bienes para aquella su nueva patria, y en esta misión levantada y civilizadora les apoya con su inmensa influencia en las masas la poesía provenzal, á la que, por su atrevida tendencia á hacerse intérprete de la multitud, puede encontrarse no poca analogía con la prensa de ciertos países en ciertas y determinadas circunstancias [16].

Es ley general y eterna de la humanidad que los grandes acontecimientos políticos desarrollan el movimiento literario de los pueblos, al que abren nuevas esplendorosas vías de luz y armonía con el choque que reciben las imaginaciones aletargadas hasta aquel momento; con la actividad que desenvuelve en los espíritus la gloria, el éxito, la grandeza del acontecimiento, y con la conciencia que entonces adquiere el pueblo de sí mismo, de su valer, de su importancia y de sus propios destinos.

Esto sucedió á Provenza. Los príncipes de la casa de Barcelona fueron á comunicarle nuevo germen de vida y despertar en ella todo lo que en ella había de noble, generoso, caballeresco y patriótico. Las nuevas ideas de los condes barceloneses

fructifican con rapidez en la ardiente imaginación de aquellas poblaciones meridionales, hijas de griegos y romanos, y bien pronto un nuevo estado social, sin análogo en la historia, y una civilización toda nueva, nacen de su unión con los catalanes que, activos, comerciantes y emprendedores, allí llevan su actividad febril, su fuerza de voluntad, su rectitud de carácter, su sangre española y árabe, su inteligencia y su cultura, su acautelada prudencia en los consejos, su valor indomable en los combates.

Podrá decirse todo cuanto se quiera. Pasemos porque los provenzales nos dieran su literatura; pero nosotros les dimos la vida, y con ella la fuente eterna de la poesía. Barcelona era entonces el corazón de Provenza, y la vida reside en el corazón [17].

Con la casa de Barcelona,—y será en vano querer negar esta verdad que se descubre á través de las tinieblas que envuelven aún la historia de aquellos tiempos,—con la casa de Barcelona, Provenza renace á nueva vida, despierta como de un sueño, su organización feudal se modifica y modera, su constitución política y económica se desarrolla, su comercio empieza, su industria florece, su literatura irradia, sus ciudades libres son protegidas, los derechos y fueros de sus ciudadanos reconocidos, sus libertades antiguas confirmadas y aumentadas, y sus municipios se crecen y levantan al igual de esas grandes municipalidades catalanas que, llevando en sí el germen de la verdadera democracia, se hacen admirar por su tradicional respeto á los monarcas y por su ferviente amor á las públicas libertades.

Bajo la influencia de esta casa todo progresa en el Mediodía de Francia; y las amplias libertades que se otorgan á unos pueblos, que se reconocen en otros, que se respetan en todos, permiten á los

trovadores, esos grandes artistas y esos libres pensadores de aquellos tiempos, entregarse á todas las expansiones de su pensamiento, á todos los entusiasmos de su genio, y, lo que es más todavía, á todas las licencias de su arte.

Se ve entonces surgir y levantarse pujante una sociedad nueva, una civilización especial, una nacionalidad meridional que nada tiene de común ni de parecido siquiera con la sociedad, la civilización y las nacionalidades del Norte de Europa.

Mientras que allá, en el Norte, se eleva una valla insuperable entre el guerrero, que lo es todo, y el ciudadano, que no es nada, aquí, en el Mediodía, la fórmula cristiana de igualdad de todos los hombres viene á ser una ley y un principio, que no se consigna en ningún código y que ningún tribunal tiene obligación de hacer respetar, pero que todo el mundo obedece, que todo el mundo acata y á que nadie atenta en aquella sociedad acostumbrada á estimar al hombre por algo más que por la fuerza y la materia.

Entre los septentrionales, que no debían tardar en venir con el tan animoso como encrudelecido Simón de Monfort á destrozar la nacionalidad del Mediodía; entre los septentrionales, toda la calidad del hombre está en la espada, es decir, en la fuerza. En el Mediodía, al contrario, la fuerza, es decir, la espada, sólo es útil cuando hay lucha. El soldado no es el país. La industria, el comercio, las ciencias y las letras, dan posición social á los ciudadanos que se elevan por su propio valer, por sus méritos y por sus virtudes. El trovador, salido quizá de la ínfima clase del pueblo, es tratado de igual á igual por los nobles y los barones, es dignatario en la corte, consejero de los reyes, y se permite á veces ser rival en los amores del monarca disputándole el cariño de una dama [18]. El ciudadano recibe al rey en su casa y lo sienta á su

mesa; tiene entrada franca en los palacios y los castillos; es amigo de los magnates y les da participación en sus empresas mercantiles; que no sucede en el Mediodía lo que en el Norte, donde el comercio y la industria son viles oficios de ruines mercaderes, sino fuentes de intereses vitales para la sociedad y medio para que el *menestral* llegue por ellos á la riqueza, á la independencia social, y á veces también á las más altas dignidades de la Iglesia y del Estado.

Así es como se explica la popularidad de aquella nobleza meridional, el amor de aquellos pueblos á sus reyes y la fraternidad é igualdad de clases que existía en aquella sociedad singular de la Edad media, compuesta toda de hombres libres, con mutua estimación para sus cualidades respectivas, con respeto á las jerarquías sociales y con noción y conciencia, en todos, así de su deber como de su derecho.

Pero tiene también aquella época otra cualidad característica. Aquella sociedad, abundosa de pasión y de vida, mitad provenzal y mitad española, mitad romana y mitad árabe, necesitaba dar esparcimiento á su actividad y á sus sentidos. El campo de batalla, el claustro y el castillo, es decir, la gloria, la esperanza cristiana y el amor, vienen á ser para ella una especie de triple objetivo, y son el lema de los cantos de los trovadores, lema que no es otro por cierto que el *Patria*, *Fides*, *Amor*, que ha de ser más tarde la divisa de los Consistorios de Juegos florales.

La mujer, esclava en el Norte, es reina y soberana en el Mediodía. Es el imán de aquella sociedad de oro y de hierro, la luz de aquellas generaciones pensadoras. Preside las fiestas, es reina en los torneos y juez en las justas literarias. Por ella se baja á la arena, se emprenden lejanas y aventureras expediciones y se disputa el premio en los

certámenes; por ella se combate, se canta y se muere; por ella también se penetra en las celdas de aquellas solitarias abadías, grandes panteones de piedra, donde se encerraban á llorar, vivos en su propia tumba, los pobres enfermos del alma.

En torno de ella elevan los trovadores su coro de himnos inmortales que vivirán á través de las generaciones y de los siglos; por ella, al par que hazañosas acciones, se acometen y llevan á cabo empresas singulares y extraordinarias, en algunas de las cuales podría verse algo de demencia si no hubiese mucho de sublime. Pedro Vidal, por amor á Loba de Penautier, se hará un día llamar *el lobo*, y, vistiendo pieles de lobo, se hará cazar en las montañas de Cabaret por los pastores y por sus perros; Godofredo Rudel se enamorará perdidamente de la condesa de Trípoli, sin haberla nunca visto, sólo por las alabanzas que de ella hacen peregrinos y viajeros llegados de Antioquía, y, tomando la cruz, emprenderá penosos y dilatados viajes que han de acarrearle la muerte, satisfecho con ella porque ha de procurarle el placer de morir en brazos de su soñada dama desconocida; Guillermo de Tours se abrazará al cadáver de su amada, y, mandando construir un ataúd para dos cuerpos, se hará enterrar vivo con aquella que había sido el supremo amor de su vida y la suprema inspiración de sus cantos; Margarita de Rosellón ha de hallar tan sabroso el corazón de Guillermo de Cabestany, hecho servir á su mesa por su celoso marido como manjar delicado, que no volverá á probar jamás otro alimento que pueda quitarle á su paladar el sabor de aquel enamorado corazón muerto por ella; y mucho más tarde aún, andando los tiempos y siguiendo las costumbres trovadorescas, Dante, que irá á buscar el pensamiento de su obra divina en el ignorado poema de un pobre monje de Beziers, y Petrarca, que irá á beber la

inspiración en los cantos de los trovadores, harán de su Beatriz y de su Laura tipos inmortales y peregrinas imágenes para modelo y para mito de todos los poetas y de todos los pintores de todas las edades [19].

Pero llegará un día funesto, el enlutado día en que aquella nacionalidad meridional, sin embargo de no haberse impuesto por el hierro, será por el hierro llamada á desaparecer. Las bandas de septentrionales, á las órdenes de Simón de Monfort, y bajo una bandera que se llamará de paz y de fraternidad, pero que en realidad lo será de guerra y de exterminio, invadirán el Mediodía; y aun cuando á mantener esta nacionalidad acuda la casa de Barcelona, siempre pronta en auxilio de Provenza, la muerte del rey D. Pedro de Aragón en la infortunada rota de Muret, vendrá á entregar el Mediodía á los soldados de Monfort [20].

La literatura y las letras provenzales desaparecen entre aquellas terribles escenas de sangre y de exterminio. Los trovadores que han permanecido fieles á la musa de la patria y que han podido hurtar su vida á la matanza, se refugian en Aragón y en Cataluña, donde está llamada á florecer la literatura á la sombra y bajo la protección de los poderosos monarcas aragoneses.

Con la caída de la nacionalidad meridional concluye el primer período de la literatura que hemos llamado de *época provenzal*, y comienza el segundo período, que es el de la influencia y de la *época catalana*.

La muerte de D. Pedro en los campos de Muret, junto á Tolosa, había entregado el trono y la corona de Aragón y Cataluña á D. Jaime I, llamado más tarde, y con justicia, *el Conquistador*.

Se considera á D. Jaime como el fundador de la nacionalidad catalana y del poderío aragonés.

Razón hay para ello. La gran figura de D. Jaime descuella sobre todos los reyes de aquellos tiempos, como cuentan que su talla sobresalía sobre todas las de los hombres de su época.

Su vida llenó mucho más de medio siglo, y su nombre toda la tierra entonces conocida. Niño aun, viste la cota de malla y manda huestes; antes de los veinticinco años ha conquistado reinos; por él nacen á la luz y á la vida de la civilización cristiana las Baleares, Valencia y Murcia; gana reinos y dominios para otros, reforma é instituye sobre bases seculares aquel célebre y virtuoso *Consejo de Ciento*, senado barcelonés llamado por excelencia *el sabio*, con miras á tan alto, que sin tener facultad de dar coronas, alguna vez le sucedió probar que podía quitarlas; los príncipes cristianos le toman por árbitro y juez en sus contiendas; el Papa le da asiento en sus concilios y le llama á sus consejos; es el terror de los moros, á quienes, según la bella expresión de la crónica, ahuyenta con la cola de su corcel de batalla; el kan de Tartaria y el sultán de Babilonia le rinden homenaje; le sigue y le rodea una corte de sabios y de trovadores; funda estudios y universidades en Lérida, Montpeller, Perpiñán, Valencia y Palma; como César, es á un mismo tiempo soldado y escritor, que con su espada gana reinos y con su pluma narra sus campañas; intenta, aunque en vano, volver á levantar la nacionalidad del Mediodía, caída con su padre en la batalla de Muret, pero crea en cambio la nacionalidad catalana, y con ella una lengua que emplea en sus correspondencias, en sus leyes, en sus tratados y en sus obras literarias; es el más prudente en los consejos y el más arrojado en las batallas; se sienta á la mesa de los mercaderes catalanes y los asocia á sus planes de grandeza y de conquista; discute en los parlamentos con los diputados; los pueblos le llaman justo,

las damas galán, los caballeros dadivoso y las leyendas santo; y para que nada falte á la gloria del que es á un tiempo cronista, rey y soldado, es el primero entre los reyes como es el primero entre los legisladores, como es el primero entre los capitanes, como es el primero entre los literatos, que Dios parece haber dado en todo la primacía á aquel hombre extraordinario, llamado por altos destinos á ser el vencedor de todo, menos de sus pasiones, y que al morir dejaba escrita en su testamento esta admirable frase, que encierra toda la vida de aquel gran rey y toda la política de aquel gran reinado: *Dios ama á los reyes que á sus pueblos aman* [21].

Con este monarca la literatura catalana crece en brillo y en esplendor, y, como el águila, se lanza á las alturas á que no debía tardar en llegar con los reyes que suceden, siguiendo sus gloriosas tradiciones, al gran D. Jaime en el trono de Aragón.

Comienza, pues, la época brillante de la escuela catalana y se abre aquel largo y luminoso período de dos siglos (XIII y XIV) en que el gran rey publica su *Crónica* y su *Libre de la sabiesa*, si escrita la primera con sencillez encantadora y exacta inteligencia de las cosas y de los hombres, redactado el segundo con alto espíritu moral y profundo conocimiento del corazón humano; Desclot, su excelente historia, donde los acontecimientos contemporáneos están descritos con tal verdad, que no parece sino que el lector asiste á un espectáculo; Muntaner, su *Crónica* admirable, en la que, si no se halla siempre la fidelidad del historiador, se encuentra siempre al menos la portentosa imaginación del poeta y la gracia embelesadora del leyendista; y Pedro *el Ceremonioso*, Puigpardines, Marsilio y tantos otros, sus obras históricas, de consulta necesaria para los analistas, de estudio profundo para los filólogos, de modelo constante para los literatos.

Es aquélla también para Cataluña la época de los grandes filósofos y sabios, y allá van con ella, descollando como figuras superiores en su siglo, aquel Francisco Ximénez, autor de la original y enciclopédica obra *El Cristiano;* aquel Arnaldo de Vilanova, varón eminente, de fama europea y uno de los libres pensadores más atrevidos que hubo por los tiempos; y entre todos, y sobre todos, aquel que tanto dió que hablar á leyendas y á romances, á crónicas y á historias, poeta y peregrino, nigromántico y fraile, predicador de una cruzada como Pedro *el Ermitaño*, propagador del Evangelio en Túnez y en Bujía y de las ciencias cabalísticas en Europa, solitario de vida contemplativa en los desiertos del Montserrat y entremetido cabildante de intrigas palaciegas en la corte del rey D. Juan II, galanteador descreído y filósofo creyente, poeta místico y orientalista insigne, soldado y monje, alquimista y cortesano, hereje y santo, Raymundo Lulio, en fin, el profundo autor del *Ars magna*, aquel á quien, lo propio el vulgo que el libro, lo propio la credulidad que la ciencia, apellidaron un día, para que luego lo fuera por los siglos, *el doctor iluminado*.

Ni es menos excelente por sus obras de ingenio y de arte aquel período, que es de oro en realidad para las letras catalanas. Á él pertenece Pedro Juan Martorell, autor de ese *Tirante el Blanco,* según el inmortal Cervantes *tesoro de contento* y *mina de pasatiempos*, y á él también aquella estela de renombrados poetas, guardadores de la tradición trovadoresca, continuadores de la escuela provenzal, cuyos nombres merecen eterna loa: Ramón Vidal de Besalú, autor de la *Dreita manera de trovar*, que fué el código de los poetas hasta que tuvieron la obra didáctica de las *Leys d'amor*, aprobada por los siete mantenedores de Tolosa; Marfre Ermengaut, autor del *Breviari d'Amor*, en

que Dante Alighieri hubo de hallar la idea de su *Divina Comedia* [22]; Arnaldo Vidal de Castelnaudaury, el primer laureado en los Juegos florales de Tolosa, de quien es el poema-novela *Guillermo de la Barre* [23]; Jaime Febrer, citado por sus trovas; Jaime Arnaldo y Pedro March, de sangre y dinasnía de poetas; Domingo Mascó, á quien pudiera considerarse como iniciador ó fundador del teatro español [24]; y Luis de Aversó, que, con su compañero Jaime March, instituyó la Academia de Juegos florales en Barcelona, bajo los auspicios de Juan I, gran protector de los poetas y amante del gay saber, por lo cual le llama la historia *el amador de la gentileza* [25].

En esta segunda época de su historia, la literatura catalana toma el carácter y la fisonomía que le son propios, que le dan su razón de ser; carácter y fisonomía que ha de conservar siempre, que ya no ha de abandonar jamás. Los catalanes llevan al terreno de la práctica sus negocios mercantiles, lo propio que sus empresas aventureras. Así también, lo mismo en literatura que en política, el catalán es esencialmente práctico.

En esta su segunda época, la literatura catalana fija sus rasgos distintivos,

Sus trovadores y poetas, con arte quizá más profundo que el de los antiguos, destierran la afectación de sus cantos, y con expresión sencilla y recta, sin rebuscar palabras, dan claridad á su estilo y sobriedad de conceptos á sus versos. Escriben porque sienten, no porque aparenten sentir; y es en ellos más perceptible su instinto buscando la realidad de la vida, que su imaginación corriendo desalada por los espacios.

Sus historiadores seducen por una sencillez que casi pudiera llamarse primitiva, si en ella no se viese el talento práctico del narrador y el compromiso contraído con la propia conciencia de contar

las cosas como fueron y como pasaron, sin exagerar hechos, sin buscar causas sobrenaturales ó acontecimientos extraordinarios. Relatan con sinceridad y de buena fe lo que han visto ó lo que han oído contar, y existe en sus escritos, como marca de fábrica, un sello especial que señala su rectitud de conciencia al propio tiempo que su amor á la verdad y á la justicia.

Tal es en los catalanes, estudiando su historia, el genio de su literatura, como lo es el de su política; que todo está en ellos en armonía: lengua, historia, literatura, costumbres y carácter.

Esa rudeza, esa fiereza almogavar que se cree notar en ellos, no proviene de un orgullo de sangre y de raza, sino del sentimiento de la dignidad y de la conciencia de los derechos del hombre. El catalán admite iguales, pero no superiores; acepta monarcas y soberanos, pero no amos y dueños; es asequible al consejo, rebelde al látigo; amante escrupuloso de sus deberes, pero guardador nimio de sus derechos, siendo sólo la conciencia de este mismo deber la que á veces le obligó á cumplir el de rechazar con indignación todo ultraje y todo ataque, viniese de fuera ó de dentro, de arriba ó de abajo, á su independencia, á sus franquicias, á sus derechos, á sus libertades.

Con este carácter, el catalán es atrevido y arrojado en sus empresas y hasta en sus mismas aventuras, pero sólo cuando ve que puede alcanzar un resultado positivo. Todo en él revela sentido práctico: la poesía, cerniéndose en las nubes, pero bajando á rozar con sus alas la realidad de los objetos; la historia, desplegando su levantado espíritu, pero narrando los hechos con la minuciosidad de los detalles; la política, marchando á la realización de todos los derechos y de todas las libertades, pero aceptando los hechos consumados y combatiendo como puede, en el terreno que puede

y se le deja libre, sin que jamás, en ninguna de sus esperanzas ni en ninguna de sus aspiraciones, se vea al catalán ir á ninguna idealidad que no tenga, por lo menos, algo de práctico, así en el correr de su vida como en su poesía, despojada de todo orientalismo; como en su historia, circunscrita á narrar los hechos con fidelidad; como en su política, ceñida á progresar conservando y á ir siempre adelante, pero con lentitud, para no verse en la precisión de retroceder atropelladamente.

Tal es lo que se desprende, con respecto á los catalanes, de su historia, y tal lo que se marca ya en este segundo período de su esplendor nacional.

Hemos llegado al tercer período ó sea á la *Época valentina*, que tuvo su corte en Valencia, como el segundo período la había tenido en Barcelona y el primero en Provenza.

Acababa de morir en 1410 el rey D. Martín *el Humano*, que fué gentil orador catalán y cuyos discursos pueden servir de modelo. Con él terminó la línea varonil de los condes de Barcelona, y con él también, como si hubiese querido llevarse al sepulcro la tradición literaria de su casa, se extinguió la Academia de la Gaya Ciencia, fundada años antes por Luis de Aversó y por Jaime March.

Vinieron entonces las empeñadas luchas de aquel siglo, y con ellas aquel nunca bastante celebrado Parlamento de Caspe, donde nueve hombres civiles, representantes de la soberanía nacional, tuvieron poder para hacer un rey que debía sentarse en el solio con más seguridad y firmeza que si á él le hubiesen elevado los esfuerzos reunidos de las huestes de guerra que discurrían á la sazón por el país en demanda de la púrpura regia para sus caudillos.

Subió al trono de la Corona de Aragón D. Fernando de Antequera, que más quizá que á su derecho y al amor del país, lo debió al talento superior y al influjo poderoso de san Vicente Ferrer, uno de los miembros más eminentes del Parlamento de Caspe; y fué entonces cuando un hombre ilustre, cuyo apellido ha quedado como timbre de gloria en las letras castellanas, gran amante de los estudios provenzales y de las tradiciones trovadorescas, el noble marqués de Villena, fué á Barcelona á restaurar los Juegos florales y á levantar el espíritu de la Gaya Ciencia.

La institución no arraigó entonces, á pesar de la protección del rey. Era el comienzo de una dinastía á la cual no se mostraba favorable la opinión; la atmósfera estaba cargada de electricidad política; la preocupación era general, y el Consistorio de los Juegos florales arrastró una vida lánguida y artificiosa, que sólo tuvo animación y movimiento mientras duró la influencia del marqués de Villena.

Sucedió en el trono á Fernando *el de Antequera,* Alfonso V *el Magnánimo* y *el Sabio*, que llevó á cabo la expedición á Italia y la conquista de Nápoles, en cuya ciudad entró triunfante, rodeado de opulencia tal, y de tal solemnidad, que todavía las tradiciones populares de la antigua Parténope repiten el eco de aquella fastuosa ceremonia.

Alfonso pasó gran parte de su vida en Nápoles, y allí reunió una corte de sabios, literatos y poetas italianos, castellanos y catalanes, á quienes protegía, con quienes estudiaba, de quienes era amigo y compañero. Superiores talentos y floridos ingenios descollaron en aquella corte, brillando entre todos el mismo monarca, cuya afición á los estudios serios le hizo llegar á ser tan perfecto hablista como profundo literato. Allí, en aquel gimnasio de las ciencias y de las letras, al par que con los sabios

estudios del mismo rey, del Panormita, de Lorenzo Valla, de Fernando de Valencia, de Trebisonda, de Juan Ramón Ferrer y de tantos otros, resonaron los cantos inspirados de Jordi de Sant Jordi, poeta verdaderamente elegiaco; de Andrés Febrer, Leonardo de Sors y Fernando Farrer, autor del *Romance de los actos y cosas que la armada del gran Soldán hizo en Rodas;* de Pedro Torrellas ó Torroella, y de Estúñiga, y Quadros, y Sandoval, y Moncayo, y Valterra, y otros muchos que han dejado en el camino de las letras la imborrable huella de su paso.

Pero en los últimos años de la vida de D. Alfonso, el carácter de aquella corte comenzaba á tomar un color científico y escolástico, desdeñando la tradición puramente literaria de la casa aragonesa, y vióse entonces á la musa de la poesía catalana tender sus alas al viento, y, en brazos de las brisas mediterráneas, atravesar los mares, volver á su patria y escoger por morada á Valencia, donde todo le hablaba de amor y de deleite; aquella historia de hechos caballerescos, aquellas leyendas de tradiciones árabes, aquel cielo de estrellas, aquel suelo de flores, aquellas brisas del Turia saturadas de perfumes voluptuosos, y aquellas mujeres poseedoras de esa belleza que resiste á la luz del pleno día.

Entonces nació el genio poderoso de Ausias March, y con él la escuela valentina. Esta escuela, sin conseguirlo, intenta dejar á un lado el estilo de los trovadores, y parece buscar la inspiración en la musa italiana, como si aquellas brisas que trajeran la poesía á Valencia, algo hubiesen traído también de los recuerdos del Lacio. Á Jordi de Sant Jordi, que había imitado y casi traducido al Petrarca, sigue en este camino Ausias March, que es verdaderamente el Petrarca valentino. Nótase en él la imitación del amante de Laura, pero unida á cierto

sabor trovadoresco y á cierto gusto provenzal, que hacen en este gran poeta excelente maridaje. Su estro es levantado, su dicción robusta, su fondo original, su imaginación portentosa, y sus cantos de amor vivirán mientras viva en la humanidad el amor á la poesía y al sentimiento. Es Ausias March un poeta que marca época y funda escuela.

Andrés Febrer traduce en tercetos catalanes la obra admirable del Dante, y Hugo de Rocaberti, en su *Comedia de la Gloria de amor*, sigue paso á paso las huellas del altísimo poeta florentino [26]. Otros poetas de su época se lanzan por la misma senda, pero no tarda la poesía en recobrar su originalidad, y sobre todo esa naturalidad que es carácter distintivo de la musa catalana.

Es la época en que Jaime Roig escribe su célebre y original *Libre de les dones é de conçells*, en que Corella, Gazull, Valmanya, Fenollar, Vilarasa, Miquel, Requesens, Via y muchos otros, pues los poetas abundan en aquel período, se disputan el lauro del triunfo y ganan joya en Juegos florales de Valencia y Barcelona; y es la época también en que Valencia se engalana con el lauro de haber sido la primera ciudad que en España imprimió un libro, siendo éste de poesías para mayor galardón de su corona literaria [27].

Cerca de dos siglos prolongó su existencia la escuela valentina, y aun brillaba con luz esplendente y viva, cuando el barcelonés Boscá ó Boscán enriquecía la poesía castellana, no con el endecasílabo italiano, como se ha dicho y repetido, sino con el endecasílabo catalán, que existía ya en el primer período de la literatura provenzal, habiéndolo Dante introducido en Italia, como Boscán debía introducirlo en Castilla [28]. También era entonces cuando en Valencia, á cuyos Juegos florales concurrían y en los cuales eran coronados los poetas castellanos, se echaban los cimientos de nuestro gran

teatro español, cuyos orígenes, en mi entender, más que entonces y más que en aquellos tiempos de Rueda y de Timoneda, debieran buscarse en aquel Domingo Mascó, ya citado, que á últimos del siglo XIV hacía representar sus *tragedias* ante los reyes D. Juan, *el amador de la gentileza*, y Doña Violante de Aragón.

La escuela valentina fué decayendo hasta confundirse con la literatura castellana, y terminó con los movimientos políticos de que Valencia fué teatro, que siempre se ve á la poesía catalana sucumbir con la libertad; pero Barcelona, «corazón y cabeza de la nacionalidad catalana y de la monarquía aragonesa», como dice Cambouliu, prolonga su existencia política hasta 1714.

No es, pues, en Valencia donde sucumbe la literatura catalana, como se ha pretendido, sino en el mismo lugar de su nacimiento, en Cataluña propiamente dicha, donde aun siguió pujante y vigorosa hasta comienzos del siglo XVIII.

Mientras que en el siglo XV la poesía parece tomar carta de naturaleza y vecindad en Valencia, la prosa permanece en Cataluña, donde el movimiento literario sigue las corrientes abiertas por las crónicas de D. Jaime, de Desclot, de Muntaner y de Pedro *el Ceremonioso*.

Con el destierro del príncipe de Viana por don Juan II, y con la muerte luego de aquel infortunado mancebo, comienzan para Cataluña los periodos de agitación política, y entonces la ciencia, la historia y la política tienen descollantes figuras. Es la época más fácil de seguir y más fácil también de reseñar, por existir de ella abundantes datos, y es, sin embargo, la que no se ha historiado todavía.

Entre los grandes oradores é importantes hombres políticos de esta época, que alcanza desde comenzar el siglo XV hasta nacer el XVIII, figuran san

Vicente Ferrer, cuya elocuencia, que era asombro de las gentes, tanto influyó en el famoso Parlamento de Caspe; Guillermo de Vallseca, jurista eminente y otro de los compromisarios de Caspe; Cristóbal de Gualbes, panegirista del príncipe de Viana y celoso defensor de la soberanía nacional en tiempo de las turbaciones de Cataluña; Jaime de Cardona, orador preclaro, que fué obispo de Urgel y cardenal; Francisco Martí y Viladamor, uno de los cabezas y directores del movimiento del Principado contra Felipe IV, representante de Cataluña por los años de 1646 en las conferencias de Munster; Pablo Clarís, el gran tribuno popular del siglo XVII, aquel que con su voz levantó en armas á Cataluña; Gaspar Sala y Berart, autor de aquella famosa *Proclamación católica*, que fué el gran memorial de agravios contra el gobierno de Felipe IV, enarbolado como bandera por el Senado barcelonés; y Juan Pedro Fontanella y Juan Pablo Xammar, varones superiores y jurisconsultos célebres, á quienes los acontecimientos políticos lanzaron á opuestos bandos, pero para ser entrambos timbre y gloria de la patria.

Los historiadores están representados en el siglo XV por Pedro Tomich, Gabriel Turell y Jerónimo Pau; en el siglo XVI por Pedro Miguel Carbonell, Pedro Antonio Béuter, Dionisio Jorba, Viciana, Icar y Calza; en el siglo XVII por los ya citados Viladamor y Sala, y por Jerónimo Pujades, el autor de la *Crónica de Cataluña*, de todas la más popular y conocida; Diego de Monfar y Sors, que con esmerada crítica escribió la *Historia de los condes de Urgel;* Andrés Bosch, que con sus *Títulos de honor de Cataluña, Rosellón y Cerdaña*, nos ha dejado un libro de estudio y de consulta; Esteban Gabriel Bruniquer, cuya *Rúbrica* se conserva todavía inédita en el archivo de las Casas Consistoriales de Barcelona; Esteban Corbera, Gaspar

Roig y Jelpi, Manuel Marsilio, Juan Dameto, José Blanch, Jaime Ramón Vila y otros muchos, sin que nos sea posible dar al olvido aquel Francisco de Moncada que, escribiendo en castellano la *Expedición de catalanes y aragoneses á Oriente*, dió blasón de gloria á Cataluña y timbre de honor á España.

Este largo período, aunque todo él de gran esplendor para las letras en general, lo es de decadencia para la poesía catalana, á contar desde principios del siglo XVI en que la escuela valentina se adormeció en brazos de la musa castellana. Pocos son los poetas que figuran, y entre ellos sólo sobresalen, en el siglo XVI, Pedro Serafí, discípulo é imitador de Ausias March, poeta tierno y sentido, y Juan Pujol, que tiene pretensiones á la poesía épica con su *Batalla de Lepanto*, pero á quien no prestó sus alas el genio para lanzarse á tal altura. En el siglo XVII brillan el famoso rector de Vallfogona, Vicente García, amigo de Lope de Vega, en quien es verdaderamente de sentir que lo ruín y vulgar perjudique á lo serio y á lo sublime, y José Fontanellas y Martell, autor de una tragi-comedia catalana que es poco conocida; pero en la cual, si lo fuese, acaso se hallaría algo que no es común y algo que puede revelar en el poeta sentimientos y aun ideas superiores ciertamente al siglo en que vivía [29].

Llegó el 1714 y con él el sitio y la ruina de Barcelona, final de aquella guerra de sucesión tan profunda y tan devastadora, en que los catalanes lucharon por sus libertades, que juzgaban amenazadas, no, como los contendientes, en favor de una corona. Representa 1714 en la historia de la literatura catalana lo mismo que 1213. Fué la segunda jornada de Muret. La literatura catalana sucumbió entre las ruinas y los escombros de Barcelona humeante, desapareciendo con el ángel de las patrias libertades.

Hemos llegado ya al siglo XIX, y con él á la terminación de este discurso, que sólo á la benevolencia de los señores Académicos deberá el no haber parecido difuso y prolongado.

Por espacio de un siglo, desde 1714, apenas si se habló de la literatura catalana. Parecía, en efecto, haber caído en lo profundo de una tumba, sepultada para siempre en el olvido. Algunos pocos escritores intentaban recordarla y darle vida, pero sus voces se perdían en el vacío de la soledad que en torno de ella se formaba; y, como si se sintieran sobrecogidos por aquel sepulcral silencio, no atreviéndose á interrumpirlo con el vuelo de su pensamiento, se limitaban á escritos y á trabajos modestos, que no parecían destinados á más publicidad que á la del reducido horizonte de algún centro literario.

No se hablaba ya de Cataluña en el mundo. Sus grandes recuerdos de gloria; su marina, señora y reina del Mediterráneo, por cuyos mares, según la frase de Roger de Lauria, no pasaba un pez que en sus escamas no llevara las *Barras* de Aragón; sus condes-reyes y sus monarcas inmortales; sus instituciones políticas, sus leyes y constituciones que, siendo esencial y eminentemente monárquicas, venían á ser copiadas y escogidas como modelo por las repúblicas más avanzadas; su código marítimo, primero y único en el mundo; sus Cortes, célebres en la historia parlamentaria; sus municipios, renombrados en la historia de las libertades públicas; sus empresas ultramarinas, memoradas en crónicas marítimas y en historias militares, y su adelantada civilización, de imprescindible recuerdo en la historia de los progresos humanos; su literatura, aceptada por unos como madre y por todos como maestra;su lengua, llevada como vulgar por intrépidos nautas á los confines más remotos de la tierra y cultivada como literaria por los varones de

más alta ciencia; sus artes, sus oficios, su industria toda, su comercio en todos los mares con todas las naciones conocidas; sus institutos gremiales, modelo de ascciaciones; sus hombres ilustres, sus atrevidos navegantes; sus severos magistrados, custodios inflexibles de las leyes; sus grandes capitanes, todo había desaparecido, todo se había olvidado. Cataluña, como si ya la anestesia hubiera trascendido al corazón, estaba muerta para el mundo.

Entonces fué cuando un varón eminente, primero, y una Corporación ilustre, en seguida, tomaron á su cargo la noble empresa de romper aquel silencio de muerte con que parecía envolverse todo lo referente á Cataluña y que nadie osaba interrumpir, como si infundiera miedo despertar á aquel país de su letargo.

Fué el primero D. Antonio de Capmany y Montpalau, miembro de esta Academia, y la segunda esta misma Real Academia de la Historia, en cuyo seno hoy me hallo y á la cual en este momento me dirijo, ya sé que por benevolencia vuestra, pero no ciertamente sin asombro mio.

Con sus *Memorias Históricas*, obra de largos años y de profundos estudios, prestó Capmany á Cataluña un servicio que nunca Cataluña podrá pagarle, porque hay servicios de cuya verdadera importancia y trascendencia no se da cuenta á veces la colectividad que los recibe, aun en medio de los bienes que por ellos se procura.

Por su parte, y casi al mismo tiempo, anhelosa esta Academia de dar al país una *Biblioteca de escritores catalanes*, que pudiese hacer conocer aquella literatura, aplaudía la idea del obispo de Astorga; y como medio de impedir que la modestia del autor retrocediera ante la magnitud de la empresa, buscaba en la publicidad del acuerdo espuela al amor patrio de aquel insigne prelado, haciendo

público el elogio y público el compromiso, para que hubiese de ser ineludible el empeño.

Éstas fueron las primeras voces que resonaron para dar vida y aliento á la literatura catalana, y consignarse debe en su historia como tributo de gratitud.

Por aquel entonces también los acontecimientos políticos venían en apoyo de aquella restauración.

La literatura catalana había caído en 1714 con las libertades del país; pero tornó á levantarse cuando en el primer tercio de este siglo aparecieron, sustituyendo á las antiguas, las nociones del progreso moderno y de la libertad constitucional. Carlos Buenaventura Aribau, á quien todos vosotros, señores Académicos, conocisteis, y que vuestro amigo fué y vuestro compañero, publicaba en 1833 su admirable poesía de *Adeu siau, turons*, popular hoy en Cataluña; y á este grito de amor, la poesía catalana se incorporaba en la tumba donde todos la creían muerta, pero donde, como la hermosa doncella de Verona, sólo estaba narcotizada, esperando la voz amante que debía levantarla del sepulcro.

De entonces acá la literatura catalana, manifestándose muy principalmente en la poesía, ha recorrido una senda de honores y de triunfos. Compuesta de tres ramas, la Catalana propiamente dicha, la Valenciana y la Balear, con eminentes escritores en representación de cada una de ellas, forma hoy una literatura que avanza rápidamente á su apogeo, si es que no llegó á alcanzarlo, y que fija la atención del mundo literario [30]. Tiene poetas líricos de primer orden, que han sabido sobre todo hallar el secreto de la forma, nunca como hoy perfecta y brillante: literatos, historiadores, filósofos, novelistas, un teatro completo, una prensa literaria y política, y un Consistorio de Juegos florales, que parece el encargado de guardar siempre vivo el fuego sacro [31].

Yo sé bien que al ver hoy esta literatura tan completa, tan pujante, tan adulta, los espíritus serios y los hombres pensadores se preguntan cuáles pueden ser sus esperanzas para el porvenir. Yo sé también que algunos, aun cuando éstos ya pertenezcan á otra clase, observan esta literatura con recelo y con sobresalto, creyendo ver en ella un peligro, si no es un pasatiempo inútil.

Comprendo y me explico que puedan los primeros hacer esta pregunta, que más de una vez me hice yo también á mí propio, y que de nuevo me repito hoy en que vino la edad á encanecer mis cabellos. Lo que realmente no comprendo ni explicarme puedo, es lo que dicen los segundos.

Pasaron ya para mí, y ciertamente que para no volver, aquellos arranques de entusiasmo, cuando no de osadía, que me lanzaron un día al palenque de las luchas poéticas de mi país, donde aspiraba al lauro de los vencedores, combatiendo con los que miraba como iguales, sin embargo de que debiera haberlos respetado como maestros. No hay, pues, en mí las esperanzas de entonces, que me encuentro al declinar de la tarde de mi vida, viendo ya las sombras que á lo lejos se amontonan; pero aun así, sin entregarme á las seductoras ilusiones de otros tiempos, perdidas hoy para siempre, creo y espero en el porvenir de la literatura catalana. Lo que no creo, lo que no espero, lo que avenir no puede, es que llegue jamás á ser un peligro, ni sombra de él siquiera, para desmembraciones imposibles de la gran patria española.

Para creer esto, sería preciso haber olvidado lo que es ley fundamental de nuestro linaje, superior á todo criterio, á todo humano empeño; lo que es ley ineludible, porque emana de esas providenciales armonías que constituyen la base del social concierto. Es, en efecto, ley del universo, que todo tienda á la unidad y á la relación en los seres que

se asemejan, como lo es, al propio tiempo, que la belleza se obtenga por la variedad en la unidad.

En este mundo los semejantes se buscan para su goce en lo que tienen de igual, para su emulación en lo que tienen de diferente, y así ese goce, como esa lucha, son igualmente elementos de vida y de prosperidad, dentro de una órbita común. Sólo á los seres que tienen algo de semejante, y á la vez algo de distinto, es dado entablar relaciones tales de emulación y de amor, que de ellas resulte esa magna armonía del universo en que la variedad y la unidad, comprendida la una y la otra, son á un tiempo elementos de utilidad y de belleza.

Lo propio, precisamente, acontece con esas grandes colectividades que se llaman pueblos y naciones, á quienes enlaza una historia común de glorias y martirios; y lo propio también con esas razas á quienes un pasado común de fraternidad y familia une con vínculos que á ningún poder humano es dado quebrantar.

Las razas ibéricas, como todas, pero especialmente entre todas, tienden y tenderán siempre á unirse, aun cuando por un período más ó menos largo, que es sólo un momento en su historia, se hayan disgregado ó disgregarse puedan de su común é imanado centro de atracción; pero ya una vez en este centro, han de buscar forzosamente su otra natural tendencia á la vida en la expresión y manifestación de sus individualidades respectivas. De ahí el amor á su historia y á su país, la fidelidad á sus costumbres, el culto á su lengua, el cariño á su origen y á su pasado; de ahí el deseo, natural en el hombre, de vivir y de morir—dentro de su pueblo—en su casa solariega; de ahí, finalmente, la variedad libre dentro de la unidad íntegra é inviolable.

En nada perjudica esa diversidad á la unión íntima y sincera. Nunca la uniformidad fué la unidad,

que la monotonía es la parálisis del sentimiento, y todo lo que sea no sentir, es no vivir.

Así como es más rica una familia que tiene más de un patrimonio, así es forzosamente más rica una nación que tiene más de una literatura. En lugar, pues, de desdeñar la catalana, hoy fuerte y válida, hay que alentarla, que española es; como hay que alentar la gallega que nace, como habría que alentar cualquiera otra de otra raza ibérica, que viniese á girar un día en torno de su centro de atracción. Todo, al fin y al cabo, es español; todo es nacional.

La unidad debe subsistir íntegra, intensa y fuerte, dando, por lo mismo, natural expansión al genio en la diferencia y multiplicidad de sus manifestaciones; que sería atentar á la unidad todo lo que fuera atentar á la variedad, como todo lo que fuera pretender sofocar las manifestaciones varias del ingenio patrio, sería atentar á la patria. Por esto la unidad debe ser real y efectiva, y no artificial y falsa, liberal y no despótica; por esto la unidad de la uniformidad es absurda y estéril, mientras que la unidad de la variedad es fecunda y creadora. ¡Como que la una lleva á la muerte y la otra á la vida! [32].

Así se explica también cómo puede hallarse porvenir, en esta su nueva y esplendorosa época, para la literatura catalana, en camino creciente de progreso, aun al lado mismo de esa literatura castellana hoy tan elevada y valiosa, para la cual ya no existen imposibles y que afirma su existencia con obras superiores, que no desmerecen por cierto de aquellas que con Cervantes, y Calderón, y Lope, son y serán, entre propios y extraños, perpetuo monumento de gloria para España y modelo siempre y luz para futuras generaciones literarias.

En el estado actual de vida, de ilustración y de progreso que alcanza el mundo, la literatura cata-

lana tiene su razón de ser, y con ella el derecho natural á hablar y á escribir en el idioma que mejor convenga á su espíritu, á su tendencia y á sus intereses, y en este caso no hace mal en hablar al pueblo por el conducto de la única lengua que éste no tiene necesidad de estudiar para saber, si es que busca el medio de esta lengua como más natural y propio para iniciarle en los secretos de la inteligencia, elevando su espíritu y guiándole con ella por las anchas vías de los progresos humanos.

Demostrado, pues, que la literatura catalana tiene su razón de ser, y demostrado con su propia existencia su derecho á existir, sus esperanzas no pueden ser efímeras, su misión está señalada, su camino es fácil, su fin práctico y su porvenir evidente, siempre que, de par con la literatura castellana y todas las otras literaturas ibéricas, sus hermanas y familia, se inspire en el movimiento y en las ideas del siglo; siempre que viva de la poderosa vida de las generaciones modernas; siempre que sienta en el tictactear de su cerebro las pulsaciones de vida de la gran nacionalidad española, que por el renuevo de las generadoras ideas puede ser aún llamada á culminantes destinos; siempre que no sea una literatura ligera de mero pasatiempo; siempre que, por fin, se apoye en las glorias de su pasado para fijar, dentro de las corrientes del progreso actual, su derecho al porvenir.

Dejemos, pues, á esa literatura proseguir tranquilamente su camino, que si todos juntos, y ella con todos, dentro de la patria ibérica formamos la nacionalidad española, y á su encumbramiento aspiramos y contribuimos, no es razón que á ella le neguemos el derecho de constituir, dentro de la nacionalidad española, la familia catalana.

Nada debemos recelar de la existencia de esta literatura y de su marcha; nada que no sea noble y patriótico, nada que pueda ser ni sombra siquie-

ra de peligro para cosas sagradas. No hay, señores Académicos, no hay ningún escritor catalán que no diga con el autor de estas líneas: Dios me conceda morir en el suelo de mi país, oyendo las campanas de la iglesia que festejaron mi nacimiento y mis bodas, viendo los árboles que planté y á que dí sombra para que á su vez pudieran dármela; Dios me conceda morir en mi casa solariega, que es tumba de mis padres y cuna de mis hijos; pero Dios no permita que mis ojos puedan cerrarse á la luz sin ver flotar siempre sobre los campos de mi patria, radiante y libre, el pabellón de España.

HE DICHO. [1]

---

(1) Contestó á este discurso el que era á la sazón ilustre presidente de la Academia, Excmo. Sr. D. José Amador de los Ríos.

NOTAS

1 Son las palabras de la Academia, consignadas en actas, al darse cuenta del proyecto de Torres Amat. Véase el tomo VI de las *Memorias de la Real Academia de la Historia* en la pág. 49 de la *Noticia histórica de sus sesiones*.

2 D. José Amador de los Rios, autor de la *Historia crítica de la literatura española*.

3 F. R. Cambouliu, autor del *Essai sur l'histoire de la littérature catalane,* había allegado muchos materiales y reunido gran copia de documentos para rehacer su obra, bajo un nuevo y más vasto plan, de manera que pudiese ser una historia completa de la literatura catalana. La muerte, por desgracia, ha impedido que el sabio profesor de la Universidad de Montpeller pudiese dar cima á su trabajo. Hallo esta noticia en la notable *Necrologia de Cambouliu* publicada por el ilustrado escritor francés Aquiles Montel en el primer tomo de la *Revue des langues romanes*.

4 Cambouliu, al dar fin á su obra sobre la literatura catalana, dice: «En attendant, quelque incomplet que soit notre travail, il suffira, nous l'espérons, pour empêcher que dans l'histoire des littératures du midi de l'Europe, on ne se borne plus à l'avenir à traiter de la littérature catalane comme d'un simple appendice de la poésie provençale, et qu'on lui reconnaîtra désormais son originalité, ses caractères, son esprit particulier. — *Essai sur l'histoire de la littérature catalane,* pág. 85.

5 La misma lengua que antiguamente se hablaba en Cataluña se usaba en Provenza toda, salvo las diferencias y modificaciones de localidad. Hay de esto testimonios irrecusables en los archivos de Montpeller, de Tolosa, de Aix, de Marsella mismo, y un catalán, por poco versado que esté en las letras antiguas, puede leer perfectamente los documentos que en aquellos archivos existen. Hoy ya la lengua es distinta y sólo se conserva el catalán en el Rosellón, á cuyos habitantes los franceses llaman *catalanes de Francia;* pero aun habiendo variado la lengua de aquellas comarcas, cualquier catalán puede ir todavía desde Elche á Marsella por la costa, sin abandonar la cuenca mediterránea, hablando siempre en su lengua y ha-

ciéndose entender perfectamente. La lengua catalana vive todavía en la costa de Levante á lo largo del Mediterráneo, y hasta llegar á las cercanías de Génova se hallan vestigios de ella.

6 Cuando Julio César vino á España, hizo colonia á la ciudad de Ampurias, reduciendo á una sola las tres naciones de que se componía, griega, latina y catalana, ó mejor dicho, *ibérica*. Al mandar que estos tres pueblos formasen uno, sujetándolos á unas mismas leyes, obligó á los griegos, que nunca habían dejado su primitivo idioma, á usar en adelante la lengua latina y *la del país*. Con solo este hecho, que consta por una lápida descubierta en Ampurias, queda probado que en aquel tiempo existía una lengua del país, es decir, un idioma nacional. A más, sus crónicas antiguas asientan que las lenguas que en tiempo de los emperadores romanos se hablaban en la Península ibérica no bajaban de diez, la española antigua *(vetus hispanica)*, la cantábrica, la griega, la latina, la árabe, la caldea, la hebrea, la celtíbera, la valenciana ó valentina y la catalana. Entiéndase sin embargo que estas dos últimas son una misma. Pueden hallarse mayores datos para aclaración de este punto en la crónica de Cataluña de Jerónimo Pujades, en las obras de Antonio de Capmany y de Ambrosio de Morales, en la *Historia de la lengua y de la literatura catalana* de Magín Pers, en los *Orígenes de la lengua catalana* del mismo publicados en el tomo I de la *Revista de Cataluña* y en los datos allegados por el autor en el tomo I de su *Historia de Cataluña*.

7 D. Luis Cutchet, escritor eminente, que ha sido mi maestro en literatura é historia de Cataluña, tiene en su *Cataluña vindicada* páginas de mérito superior hablando de la lengua catalana.

8 El asunto es complicado. Para poderlo resolver con acierto, hay que estudiar á fondo autores que de ello tratan con gran lucidez y detenimiento, como son, entre otros, Nostradamus, Raynouard, Fauriel, Cambouliu, Paul Meyer, Baret, Bastero, Torres Amat, Milá y Fontanals, etc. Véase también los *Estudios sobre la lengua de los Trovadores* de Aquiles Montel en el tomo I de la excelente *Revue des langues romanes*.

9 D. Manuel Milá y Fontanals, catedrático de la Universidad de Barcelona, que es realmente autoridad en estas materias. Véase su obra *De los Trovadores en España*, páginas 14 y 15.

10 *Documentos sobre la lengua catalana*, por Alard, *Revue des langues romanes*, tomo III.—Milá y Fontanals: *De los Trovadores en España*, pág. 58 y siguientes.—Pers: *Historia de la lengua y de la literatura catalana*.

11 Por ejemplo: la *Historia de la guerra de los albigenses*, publicada primero en la gran obra de los Benedictinos del Lan-

guedoc, y reproducida en 1863 sobre el manuscrito de Tolosa, por *Un indigena;* y tambien la *Cansó de la cruzada contra els eretges d' Albegés*, publicada por Fauriel.

12 Véanse *Las flors del Gay Saber estier dichas Las leys d'amors*. Esta obra importantísima para la historia de la literatura catalana y de los Juegos florales, fué publicada sobre el manuscrito del siglo XIV por M. Gatien Arnoult en Tolosa el año 1841 bajo los auspicios de la Academia de Juegos florales y del Consejo municipal de aquella ciudad.

Por lo demás, y para mayor luz y claridad de lo que se sienta en el párrafo que da lugar á esta nota, debe tenerse en cuenta que las relaciones entre Provenza y Cataluña eran ya comunes é íntimas antes de 1112 en que se efectuó el enlace de Ramón Berenguer con Dulce. La casa de los condes de Barcelona era originaria del Rosellón, y los fundadores de esta casa contaban, entre los miembros y deudos de su familia, á altos barones de Provenza, á cuyo señorío se creían con derecho por los que de herencia y sucesión tenían en Carcasona, Narbona, Bearn, etc.; Oliva, que era abad de San Miguel de Cuxá en el Rosellón por los años de 1027 y luego fué obispo de Vich, vivió durante algún tiempo en Provenza, donde compuso alguno de los escritos que debían darle fama póstuma; los condes de Urgel extendieron sus dominios por aquel territorio, y los hijos de Armengol de Urgel llamado *el de Gerb*, heredaron los señoríos de Provenza desde el Ródano hasta el mar, que había adquirido su padre por enlace con Adelaida de Provenza (1080); y, por fin, san Olaguer ú Olegario, hijo de Barcelona, fué abad de San Rufo en Provenza antes de pasar al arzobispado de Tarragona, siendo de creer que contribuyó mucho al enlace de Ramón Berenguer con Dulce, acompañando á la cual fué á Barcelona.

13 Prouvènço e Catalougno, unido pèr l'amour,
mesclèron soun parlá, si coustumo e si mour;
e quand avian dins Magalouno,
quand avian dins Marsiho, á-z-Ais, en Avignoun,
quauco bèuta de grand renoum
n'en parlavias à Barcilouno.

Federico Mistral: I troubaire catalan.

14 Monjes, digats, segon vostre sciença
cal valon mais, Catalan ó Françes;
enver de sai Gascoigna é Provença,
é Limosin, Alvernha, e Vianes,
é de lai met la terra dels dos reys:
é car sabetz de tots lur captenença
voill que'm digatz en quals plus fis pretz es.

Albertet de Sisteron.

[15] Guillermo IX de Poitiers, guerrero turbulento y trovador célebre, vivió á últimos del siglo XI y principios del XII, pues es fama que murió en 1127. Se le cita como el primero de los trovadores, pero es un grave error; hubo algunos antes que él, sin contar con una poesía popular que circulaba entre el vulgo y en la cual hubieron de inspirarse seguramente los primeros trovadores, tomando pie de ella para sus cantos. Véase principalmente lo que sobre esto dice Pablo Meyer, que ha profundizado como pocos en el estudio de la literatura provenzal, en su *Curso de literatura provenzal.*

[16] Eugenio Baret: *Les trobadours et leur influence sur la littérature du midi de l'Europe.*

[17] No hay que perder de vista tampoco que la poesía provenzal pudo nacer de la misma fuente que la española toda, es decir, de la poesía árabe. En este caso, la influencia catalana sobre la literatura provenzal sería evidente y definitiva.

[18] Las *Vidas de los trovadores,* escritas en lengua romana por varios autores del siglo XIII y publicadas recientemente por el *Indígena* de Tolosa, demuestran claramente la verdad de lo que en este párrafo se afirma. El talento daba entrada en las Cortes y en los palacios á los trovadores de la clase más ínfima del pueblo. Atestiguan perfectamente la ausencia de todo privilegio de raza en la nobleza del Mediodía las biografías de Bernardo de Ventadorn, hijo de un fogonero del castillo de Ventadorn, que fué el amante de la dama de este castillo y luego el de la duquesa de Normandía, más tarde reina de Inglaterra, en cuyo palacio ocupó las más altas dignidades; de Elías de Barjols, hijo de un pobre buhonero de Perols, que llegó á ocupar un elevado puesto junto al conde Alfonso de Provenza, de quien era consejero y privado; de Elías Cairel, mancebo en una platería y criado de un armero, que hizo largos viajes siendo embajador de los más altos personajes de su época; de Folquet, de Marsella, hijo de un mercader de Génova, que fué primero comerciante, luego amigo del conde Barral de Marsella, y más tarde el favorito del rey Alfonso de Castilla, monje del Císter, abad de Torondet y obispo de Tolosa; de Marcabrús, el expósito; de Perdigón, el pescador; de Pedro Vidal, el hijo de un pellejero, etc.

Entre otros, los trovadores Beltrán de Born y Raimundo de Miraval fueron rivales en amores con los reyes Alfonso II y Pedro de Aragón. El primero disputó á Alfonso de Aragón, al conde de Tolosa y al príncipe de Inglaterra Godofredo de Bretaña, el amor de la bella Maenz de Montaignac, obteniendo la victoria sobre sus tres poderosos rivales; Raimundo de Miraval, al contrario, era el amante de Alazais de Boissaisson, cuyo amor le fué robado por Pedro *el Católico,* de Aragón, á quien

había loado mucho los amores de su dama y á quien leía las trovas que le dedicaba.

19 Para todo lo que de los trovadores se dice en este párrafo, véase las *Vidas de los trovadores* en las biografías de cada uno de ellos. Respecto á lo de haber tomado Dante la idea de su *Divina Comedia* de un trovador de Beziers, véase lo que se dice más adelante.

20 La cruzada que el Papa predicó contra los albigenses, protegidos por el conde de Tolosa, fué la causa de que los franceses, mandados por Monfort, invadieran el Mediodía. D. Pedro de Aragón acudió con sus catalanes y aragoneses á valer á su deudo el conde de Tolosa, pero ya era tarde. Sin embargo, D. Pedro cumplió como bueno muriendo con las armas en la mano en la jornada de Muret. Es posible que si D. Pedro no hubiese muerto en esta batalla, se hubiesen cambiado los destinos de la historia, llegando quizá entonces á formarse una nacionalidad catalana-aragonesa-provenzal.

21 Mucho se ha escrito sobre D. Jaime *el Conquistador*, pero entre todo descuella, á mi juicio, la historia que no sólo de aquel rey, sino de aquel reinado, ha escrito Carlos de Tourtoulon, literato y filólogo eminente de Montpeller.

22 El *Breviari d' amor* de Matfre Ermengaud se ha publicado hace pocos años en Beziers por la Sociedad arqueológica, científica y literaria de dicha ciudad, con una importante introducción y glosario de Gabriel Azaiz, erudito secretario de aquella Sociedad. Algo, y más que algo también, existe en este singular libro para dar á pensar que en él puede hallarse la idea que hizo concebir á Dante el plan de su obra inmortal. No es ésta ocasión para hacer un estudio comparativo de ambas obras. Alguien lo hará algún día sin duda, y entonces se hallará la exactitud de la opinión que me arriesgo á emitir. Ermengaud es el mismo poeta que D. Justo Pastor Fuster nos da como valenciano ó catalán, y á quien llama Matfres de Bezeys, pero á quien, con más crítica, aunque sin enmendar el nombre, supone del Mediodía de Francia D. Rafael Ferrer y Bigné en su *Estudio histórico y crítico sobre los poetas valencianos*.

23 *Guillermo de la Barre* es una obra notable cuya existencia se conoce gracias al detenido estudio que de ella hizo, para darla á conocer, Pablo Meyer, literato ilustre que se ha consagrado con singular empeño y gran solicitud al estudio de la lengua y literatura provenzales. El mismo Meyer ha publicado también, con abundante copia de datos y noticias, otro poema-novela, *Flamenca*, de autor desconocido, que pertenece á la época de que se habla en este lugar.

24 Se sabe que en 1394, á presencia de los reyes, y en el palacio real de Valencia, se representó una composición teatral,

que se llama tragedia, de este autor. Su título era *L' Home enamorat y la Fembra satisfeta,* y se cree que aludía á los amores adúlteros del Rey D. Juan I con Carroza de Vilaregut, dama de la reina su esposa, Violante de Aragón. Es la noticia más antigua que se posee respecto á representaciones teatrales.

[25] Luis de Aversó y Jaime March fueron nombrados por el rey D. Juan I para pasar á Tolosa y estudiar las bases de la Academia de Juegos florales, establecida en aquella ciudad desde 1324. Hecho el viaje, y reunidos los antecedentes, los dos poetas volvieron á Barcelona, donde establecieron en 1393 el Consistorio de los Juegos florales, al que dispensaron también su protección los reyes sucesores de D. Juan, pues consta que D. Martín *el Humano* señaló una pensión anual para comprar las joyas que debían darse como premio á los laureados.

[26] Cambouliu, en su ya citado *Ensayo,* publica un fragmento de la traducción catalana del Dante hecha por Febrer, y la *Comedia de la gloria de amor,* de Rocaberti. Habla también extensamente de esta obra D. José Amador de los Ríos en su magistral *Historia crítica de la literatura española* (V. el cap. VII de la parte II). El Sr. Amador de los Ríos ha profundizado en la historia de la literatura catalana, y merece leerse con estudio cuanto sobre ella dice en el capítulo citado, en el XIII de la misma parte II, donde trata detenidamente de Alfonso V y su corte literaria, y en la *Ilustración I,* del tomo VI, la cual consagra por completo á Ausias March, su vida y sus obras. Las muchas noticias que de este poeta eminente da el Sr. Amador de los Ríos pueden hoy completarse con los recientes descubrimientos llevados á cabo en Valencia, donde se han encontrado datos curiosos é importantes acerca de Ausias March. (V. el *Estudio histórico-crítico sobre los poetas valencianos de los siglos* XIII, XIV *y* XV, escrito por D. Rafael Ferrer y Bigné.)

[27] A 24 de Marzo de 1474, se celebró en Valencia un certamen literario, cuyas composiciones presentadas al mismo se imprimieron en seguida con el título de *Les obres ó trobes devall scrites, les quals tracten de la Sacratísima Vérge María,* etc. Es el primer libro impreso en Valencia y también en España, según todo induce á creer, aun cuando no faltan datos para afirmar que el primero fué impreso algunos años antes en Barcelona. (V. la polémica sostenida por D. A. de Bofarull.)

[28] Es evidente. Basta recordar el canto XXVI del *Purgatorio* en la *Divina Comedia.* Dante copia entre sus tercetos italianos los endecasílabos provenzales del trovador Arnaldo

Daniel, á quien hace hablar en su propio idioma y en sus propios versos. Dice Dante al final del citado canto:

Io mi feci al mostrato inanzi un poco,
e disi ch'al suo nome il mio desire
apparecchiava grazïoso loco.
Ei cominció liberalmente a dire:
Tam m'abellis vostre cortés deman
qu'ieu nom'puesch, ni vueil á vos cobrire:
Ieu soi Arnaut, que plor é vai chantan;
consirós vei la passada folor,
é vei jauzen lo jorn qu'esper denan.
Ara vus prech per aquella valor,
que vus guida al som de l'escalina,
sovenga vus atemprar ma dolor:
Poi s'ascose nel fuoco che gli affina.

Este mismo endecasílabo provenzal, y no el italiano, fué el que Juan Boscán introdujo en la poesía castellana.

29 Téngase en cuenta que, por lo tocante á esta época lo propio que á las otras, sólo cito algunos autores, y acaso no los más importantes, aunque sí de los más conocidos. Son en número infinitamente mayor los de cada período.

Torres Amat confunde al Fontanella de que aquí se habla, con un José Fontaner y Martell. La obra dramática que de este autor se cita ha sido traducida en verso castellano por D. Magín Pers y Romana, con el título de *El robo de Filis*. Su título catalán es *Amor, firmesa y porfia*.

30 Merecen consignarse los siguientes datos, que he reunido y recogido de revistas literarias, de periódicos bibliográficos, de obras recientemente publicadas y del discurso pronunciado este año en los Juegos florales por su presidente D. Francisco Pelayo Briz.

En Italia se están coleccionando, por orden de aquel Gobierno, los cantos populares de Cataluña; en Francia y en Suiza se está imprimiendo una colección de las más modernas obras catalanas; Storm, en Suecia, ha publicado un libro sobre el renacimiento de la literatura que nos ocupa, y se anuncia en aquel apartado país una colección de *Estudios biográficos de autores catalanes;* en Alemania, Rosenthal, Lorinzer, Muller y otros han traducido obras catalanas, y se ha publicado la traducción de poesías escogidas; en Viena, y en su biblioteca imperial, se está formando una sección exclusivamente catalana para estudio y consulta de literatos y aficionados; en Nueva-York se publica un periódico redactado sólo en catalán, en la Habana otro, y tres revistas literarias en Barcelona, aparte de los periódicos que en este último punto se publican en castellano; el ilustre irlandés, de la familia Napoleón, lord Gui-

llermo Bonaparte-Wyse, da á conocer en Inglaterra, por medio de importantes trabajos y selectas traducciones, esta rama de la moderna literatura española; en Avignon, con motivo del centenario del Petrarca, y en Montpeller, á causa de los certámenes instituídos por la Academia de Lenguas Romanas, han sido premiadas varias obras de autores catalanes; y finalmente, literatos extranjeros, tan distinguidos y eminentes como Pablo Meyer, Carlos de Tourtoulon, Aquiles Montel, Federico Mistral, José Roumanille, Teodoro Aubanel, Luis Roumieux, Gaut, Bourelly, Crouzillat, Mathieu, Brunet, Allard, Gastón Paris y muchos otros, han publicado estudios críticos y traducciones para dar á conocer la actual literatura catalana.

[31] Son mucho más de trescientos los autores que escriben en catalán. El número es respetable y merece tomarse en cuenta. Entre ellos hay algunos que rara vez han escrito en castellano, mientras que son fecundísimos en catalán. Hay otros también, que son conocidos y reputados como escritores castellanos; pero no con el carácter y fisonomía que tienen como catalanes. Carlos Buenaventura Aribau es sólo conocido en las letras castellanas como un excelente prosista, pero en Cataluña y en catalán alcanza, porque la tiene, fama de gran poeta, quizá el primero de este siglo en aquella provincia. Francisco Camprodón también, el autor de la *Flor de un día*, figura entre nuestros poetas líricos y dramáticos como uno de tantos; pero en catalán, como poeta lírico y también dramático, compite con todos aquellos que le dejan atrás en castellano.

Hé aquí la lista de los escritores catalanes que conozco, es decir, de aquellos de quienes tengo obras en mi biblioteca:

Amat, Anglasell, Altadill, Alcántara, Aymad, Alard, Arnau; —Angelón, Altet y Ruate, Armengol (Doña Inés), Anglés y Comas, Amer;—Aribau, Alsina y Clos, Alsius;—Anglora, Ambrós, Alohar;—Aguiló (Mariano), Aguiló (Tomás), Aulés, Arquer, Argullol, Aulestia, Aguilera y Solsona, Arús y Arderíu.

Blanch (Adolfo), Blanch (José), Blanch é Illa (Narciso), Balaguer (Andrés), Balaguer (Víctor), Barallat, Balader, Balmes, Barrera, Barberá, Bartrina de Ayxemús (Francisco y Joaquín), Bassols (Buenaventura), Bassols (Narciso), Bassols (Lorenzo), Blasco, Baró;—Bernat y Baldoví, Bres, Belloch (Doña María de), Bergnes, Bertrán;—Briz;—Bofarull (Antonio de), Boix, Boter de Dalmases, Botet y Sisó, Bodria, Brosca de Riera, Brosca y Reixach, Bosch;—Busquets (Modesto), Busquets (Marcial), Bruguera.

Camp y Fabrés, Carcasona, Capmany, Cabanyes (Lorenzo). Calvet, Clavé, Careta y Vidal, Candela y Plá, Clariana, Carboneres, Camprodón;—Creus;—Cirujeda y Ruiz;—Cortada,

Costa, Coca, Coll y Britapaja, Coll y Vehí, Collell, Comabella, Comerma y Bachs, Codonyer, Coroleu, Codolosa, Courtais (1);—Cutchet (Luis), Cuyás, Cusachs, Cuspinera.

Damón, Dimas.

Estrada, Escalante;—Estellés;—Escrig y Miguel, Escrig y González, Escrich, Espinal;—Estorch y Siqués;—Estruch, Escudé.

Farré y Carrió, Fantassio, Faubel, Franco;—Fernández, Freixa, Ferrer y Bigné, Ferrer (Rafael), Ferrer (Juan Bautista), Ferrá;—Fita, Figueras y Albert, Fiter é Inglés, Fillol, Felíu y Codina (José), Felíu y Codina (Antonio), Felíu y Codina (Juan);—Foz, Forns, Fontanals del Castillo, Forteza (Guillermo), Forteza (Tomás), Forteza (Jerónimo).

Gras, Galiana, Gatell, Garriga y Lliró, Graumartí;—Ghebardt, Gener, Genis;—Girbal, Gibert y Roig, Gironella;—Gómez;—Güell, Guimerá.

Herreros (Doña Manuela de los), Huguet y Campañá.

Illas y Vidal, Iranzo.

Juliá y Cabrera.

Labaila, Lasarte, Liern (Rafael), Letamendi.

Llabería, Llanas, Llenas, Llombart, Llorca, Llorente (Teodoro), Llorens (Modesto), Llobet y Vallllosera, Lloret, Llobera.

Mas y Otzet, Mas de Xapars, Massanés de González (Doña Josefa), Maura, Mata (Pedro), Maseras, Mateu de Vidal (Doña Dolores), Mateu y Fornells, Manel, Masferrer y Arguimbau, Maspons (Francisco), Martí y Folguera (José), Martí (Jaime), Marinello, Martí (Miguel Antonio), Maluquer (Juan);—Mestres (Apeles), Merelo y Casademunt;—Milá y Fontanals (Manuel y Pablo), Mir, Millás, Miquel y Badía, Mimó;—Molas y Casas, Mora, Morera, Monserrat, Molins;—Muns, Muntadas.

Navarro, Nadal, Navallés, Nanot Renart, Nebot y Casas.

Obradors y Bennasar.

Pau, Parra, Pascual, Palau (Doña Emilia), Palau (José), Planas, Panadés, Pagés, Pahissa y Rivas, Pastor Aymat;—Pers y Ramona, Peña (Doña Victoria), Peña (Pedro Alcántara), Pella y Forgas, Pleyan de Porta, Permanyer, Pérez, Poiró;—Pizcueta, Pirozzini, Pinyó y Vilanova, Picó y Campaner, Pi (José), Pin y Soler;—Pons y Gallarza (Luis), Pons y Fuster, Pons y Montells (Federico), Pons (Juan), Pousán, Ponsich;—Puiggarí, Puigblanch.

Querol, Quer, Quintana (Alberto de).

Renyé, Renat, Reynals y Rabassa, Reventós (Isidro);—Rivas y Servet, Riera y Bertrán;—Roca (Luis), Roca y Cornet

(1) Rosellonés (de Perpiñán), autor de las *Flors del Canigó* y de otras obras catalanas.

(Joaquín), Roca y Roca (José), Roca (Francisco), Roca (Gervasio), Rodríguez y Masdeu, Roger, Roure, Robreño, Roselló (Jerónimo), Robert (Roberto), Rodoreda, Roselló (Pedro de);—Rubio y Ors.

Sala, Saleta, Sardá (Juan), Salvá, Sardá y Lloret, Sanmartín y Aguirre, Sarpa (Juan);—Serra y Altet, Serra y Campdelacreu, Serra (Juan), Serch, Sequer, Sequi;—Simó, Simón, Sitjar (Juan), Sitjar (Joaquín);—Sol y Padrís, Soler (Federico), Solanes.

Tramoyeres, Taronjí y Cortés;—Tintorer (Rafael);—Torres (Pedro Antonio), Torres (Antonio de), Torres (José María), Torres (Jacinto), Thos (Silvino), Thos (Terencio), Tobella, Tomás y Salvany.

Ubach y Vinyeta.

Vancells, Valldaura (Doña Ana de), Vallespín (Doña Ana María), Valls (Pablo), Vallés (Doña Asunción);—Verdaguer (Jacinto), Verdaguer (Álvaro), Verdaguer (Magín), Ventalló;—Vidal y Valenciano (Cayetano), Vidal y Valenciano (Eduardo), Vidal (Modesto), Vidal (Francisco), Villamartín (Doña Isabel de), Vinader, Vilarasa, Vilaseca y Doménech, Vinardell (Arturo), Vila y Guitó, Vich, Viza y Martí, Viñas y Serra, Vila (Miguel), Vila (Agustín), Villanueva (Luis Justo).

Xavier y Godó.

Yago.

Zanuy (Ginés de), Zabaleta (1).

Van comprendidos y mezclados en la lista de los trescientos escritores que se acaba de leer, así poetas líricos como dramáticos, historiadores como novelistas y otros literatos. Sólo he continuado los que escriben en catalán, sean de Cataluña, Valencia ó Baleares, y entre ellos sólo los que viven aún ó han muerto recientemente después del renacimiento. Aun á los nombres que acaban de leerse deben añadirse algunos más, que habré dejado de continuar por olvido ó por no estar todavía incluídos en mis índices á causa de haber dejado de llegar sus obras á mis manos.

Dejo de citar, porque no hace al caso concreto que nos ocupa, los muchos que sólo escriben en castellano.

Advierto, para que no se achaque á descuido, que en esta disertación me fijo sólo en el movimiento catalán propiamente dicho. A no mediar este carácter concreto que he querido imprimir á mi discurso, para presentar una rama desconocida,

---

(1) Téngase en cuenta que sólo se citan los escritores catalanes que habían publicado obras en la época en que el Sr. Balaguer entró en la Academia.—*(Nota del editor.)*

ó poco estudiada al menos, de la literatura española, hubiera sido imperdonable en mí el dejar de citar á los muchos y eminentes escritores catalanes que han escrito en castellano sólo, como lo hubiera sido también el no hablar, al tratarse del siglo presente, de la influencia que, en tres distintas épocas por lo menos y por tres distinguidos grupos de escritores catalanes, se ha ejercido en las corrientes de la literatura castellana. El primer grupo á que me refiero fué el que formaron en Barcelona á principios del siglo, teniendo como gaceta la revista literaria *El Europeo*, Aribau, López Soler, Altés y Gurena, Puigblanch y otros. El segundo grupo es el que constituían con el *Propagador de la libertad* y *El Heraldo*, Pedro Mata, Jaime Tió, Ribot y Fontseré, Fors, Cortada, Collar y otros; y el tercero, casi simultáneo con el anterior, es aquel en que han figurado el insigne Jaime Balmes, el cronista Pablo Piferrer, el eminente Próspero de Bofarull, á quien tanto debe la historia, Roca y Cornet, Ferrer y Subirana, Rey, Maspons, Carbó, Semís, Martí y Eixalá, Milá y Fontanals, Durán y Bas, Mañé y Flaquer, Quadrado, Feu, y muchos otros escritores distinguidos.

Da importantes detalles sobre este punto la bien pensada memoria que con el título de *Datos y apuntes para la historia de la moderna literatura catalana* escribió el Sr. D. José Leopoldo Feu.

Volviendo ahora á nuestro propósito, para completar los materiales que aquí se allegan con el objeto de proporcionárselos al que un día quisiera escribir la historia del renacimiento catalán, hay que continuar la lista de los Presidentes de Juegos florales y de Maestros de Gay Saber:

Los presidentes de Juegos florales, desde 1859 en que se restauraron, han sido por este orden: 1859: D. Manuel Milá y Fontanals.—1860: D. Francisco Permanyer.—1861: Don Luis Gonzaga de Pons y de Fuster.—1862: D. Juan Mas y Vidal.—1863: D. Braulio Foz.—1864: D. Juan Cortada.—1865: D. Antonio Bofarull.—1866: D. Pablo Valls.—1867: D. Mariano Aguiló.—1868: D. Víctor Balaguer.—1869: Don Adolfo Blanch y Cortada.—1870: D. José Luis Pons y Gallarza.—1871: D. Estanislao Reinals y Rabasa.—1872: Don José de Letamendi.—1873: D. Jerónimo Roselló.—1874: D. Alberto de Quintana.—1875: D. Francisco Pelayo Briz.

Los maestros en Gay Saber, titulados tales por haber ganado en los certámenes las tres flores de premios ordinarios, han sido proclamados por este orden y en estas fechas:

1.° D. Víctor Balaguer, proclamado en 1861. 2.° D. Jerónimo Roselló, en 1862. 3.° D. Joaquín Rubio y Ors, en 1863. 4.° D. Mariano Aguiló, en 1866. 5.° D. José Luis Pons y Ga-

llarza, en 1867. 6.° D. Adolfo Blanch y Cortada, en 1868. 7.° D. Francisco Pelayo Briz, en 1869. 8.° D. Jaime Collell y Bancells, en 1871. 9.° D. Tomás Forteza, en 1873. 10. Don Francisco Ubach y Vinyeta, en 1874. 11. D. Federico Soler, en 1875.

32 En las fiestas literarias internacionales que tuvieron lugar en el año 1869 en Saint-Remy (Provenza), y á las cuales tuve la honra de asistir, el eminente literato francés M. Saint-René Taillandier, otro de los invitados, y el autor de estas líneas, coincidieron en pronunciar sus discursos sobre el mismo tema que en estos párrafos se desenvuelve, sin haberse puesto preventivamente de acuerdo y sin haberse comunicado sus ideas. M. Saint-René Taillandier tomó, al ocuparse de la literatura provenzal moderna de Francia, el mismo punto de vista que el autor de este discurso al referirse á la literatura catalana de España, aunque este último ciertamente con menos talento y elevación de ideas que aquél.

«Cataluña, como variedad dentro la unidad íntegra de España,» decía el autor de estas líneas, y sobre esto basaba su pobre discurso en el banquete que tuvo lugar á orillas del Ródano, en la casa de campo del conde Semenow. «Provenza como variedad dentro de la unidad francesa,» decía M. Saint-René Taillandier al hacerme la honra de contestar á mi discurso de Saint-Remy. Puede verse sobre este punto concreto el notabilísimo opúsculo, publicado por M. Tourtoulon, con el título de *Renaissance de la littérature catalane et de la littérature provençale,* en cuyo opúsculo el sabio é ilustrado historiador de *D. Jaime I* toma como base los discursos pronunciados en Saint-Remy y en Avignón por Mistral, Roumanille, Aubanel, Saint-René Taillandier, el autor de estas líneas y otros, para atacar duramente á los que en el despertar moderno de las literaturas catalana y provenzal divisan un sistema contrario á la unidad de Francia y á la unidad de España.

EL
JURAMENTO DE LOS ARAGONESES

CONTESTACIÓN

AL DISCURSO
LEÍDO POR EL EXCMO. SR. D. ANTONIO ROMERO ORTIZ
EL DÍA DE SU RECEPCIÓN
EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

(30 DE ENERO DE 1881)

Señores Académicos:

Las *Cosas de Aragón*, así llamadas por el insigne cronista Jerónimo Blancas en sus célebres *Comentarios*, tuvieron siempre el privilegio de fijar la atención de doctos, de eruditos y de políticos que, más ó menos extensamente y con mayor ó menor fortuna, han discurrido y escrito acerca de ellas. Pero aun así, y aun habiéndose dicho tanto, ni se ha pronunciado la última palabra en este asunto, ni es todo lo conocido que debiera para rectificación de errores en unos, para seguridad de argumentos en otros, para provecho de muchos y para enseñanza de todos.

El general desconocimiento de las cosas memorables de aquel reino y los errores ó falsedades por algunos cometidos al relatar determinados sucesos de su historia, hubieron de mover, señores Académicos, á uno de vuestros más ilustres antecesores, el Sr. D. Salustiano Olózaga, á escoger como tema de su discurso de recepción en esta Academia (enero de 1853), el de *Demostrar la necesidad de que se conocieran y publicaran todos los documentos en vista de los cuales debiera escribirse nuestra historia política*, citando, como ejemplo y confirmación de su pensamiento, algunos poco ó nada conocidos sobre las causas que produjeron y los medios con que se preparó la pérdida de la libertad en el reino de Aragón. Se refería el Sr. Olózaga especialmente á ciertos importantes manus-

critos, de que con otros no menos importantes es guarda y custodio esta Academia, relativos á las alteraciones que en tiempo de Felipe II tuvieron lugar en Aragón, realizada ya la hospitalidad por aquel reino concedida á Antonio Pérez. Y con este motivo discurría profundamente el Sr. Olózaga acerca de aquellas alteraciones, contestándole un varón, como él insigne, y como él también gloria de la tribuna española y de las letras patrias, el señor D. Francisco Martínez de la Rosa, quien lamentaba asimismo que no fuesen más conocidos y mejor apreciados ciertos sucesos que podían arrojar abundante luz sobre la historia del reino de Aragón, *suelo clásico de la libertad*, según él lo apellidaba.

Hoy llega el Sr. D. Antonio Romero Ortiz, sucesor de aquellos ilustres patricios en el escaño rojo del Diputado y en el banco azul del Ministro, á reemplazarles, á sucederles también en su sillón de Académico, y escoge para su discurso de entrada un tema parecido, aunque ensanchando el cuadro y trazándonos por medio de admirables síntesis la historia del Justicia aragonés, *institución*, dice, *tan original, que no ha tenido nunca semejante en ningún otro pueblo, y de tan conspicua significación y extraordinaria trascendencia, que constituye y determina una forma peculiar de gobierno*.

Le oísteis ya, señores Académicos. Lo propio que de Olózaga os decía Martínez de la Rosa, puedo deciros de Romero Ortiz: «Si quedase en el ánimo de esta Real Academia la más leve duda acerca del acierto de su elección, hubiérase desvanecido al oir el discurso que acaba de pronunciar el distinguido orador que va á entrar en tan ilustre Cuerpo.»

Bien venido sea el Sr. Romero Ortiz. Gloria de la tribuna española, el autor de *La literatura por-*

tuguesa en el siglo XIX tiene ya entre nosotros un asiento que esperándole estaba y un puesto al que desde hace tiempo venían dándole innegable derecho valiosos merecimientos de todos conocidos y por todos estimados.

El nuevo primer servicio que viene á prestar el señor Romero Ortiz á la Academia, es el de recordarle con su discurso de entrada, como un día Olózaga y Martínez de la Rosa, la necesidad de que sean conocidos los interesantes documentos que ésta posee y que pueden difundir clara y espléndida luz sobre sucesos, aún no bien conocidos, de esa historia de Aragón, cuyas páginas, lo acabáis de oir, *no pueden leerse sin recordar á los hombres de Plutarco;* cuyas instituciones, lo acabáis de oir también, no pueden evocarse sin consignar que *guardan los orígenes de la monarquía constitucional de nuestros días y contienen los preceptos más sabios de las más sabias constituciones modernas.*

Precisamente los documentos á que se referían Olózaga y Martínez de la Rosa—y que no por falta de celo en la Academia, sino por causas á su voluntad superiores, están aún sin publicar,—versan sobre los últimos tiempos del juzticiazgo de Aragón, y nos dan idea cierta y cabal de lo que pasó en aquellas tristísimas circunstancias, al sonar en el reloj de los siglos la hora de agonía para la libertad aragonesa, hora y agonía que el Sr. Romero Ortiz nos acaba de trazar con magistral aparato y prudente sobriedad.

También yo, señores Académicos, tuve este último verano afortunada ocasión de hojear ciertos manuscritos, que cuando sean conocidos, como presumo que no tardarán en serlo, han de arrojar nueva y vivísima luz sobre la época y sobre la historia á que en este momento nos referimos. Encontrándome en las deliciosas soledades del que fué un día monasterio de Piedra, y buscando ma-

nera de entretener los ocios del campo con investigaciones históricas, hube de tropezar, entre otras cosas, con un dietario que no tendrá ciertamente más autoridad que la que pueda darle la mayor ó menor respetabilidad del curioso patricio que fué en él apuntando día por día los sucesos de su tiempo, pero cuya relación, marcada con el sello característico de la verdad y de la época, da á conocer sucesos hasta hoy ignorados por incuria de los antiguos, por olvido de los años, por la pérdida y destrucción de papeles importantes, ó por el temor que hubieran de tener á divulgarlos aquellos contemporáneos, poco dispuestos á provocar las iras de un monarca que ponía especial empeño en no dejar memoria de ciertas cosas de sus tiempos.

Hay en el dietario en cuestión curiosos pormenores y exquisitas particularidades sobre el comienzo y fin de aquellas alteraciones que tan hondamente hubieron de conmover el reino de Aragón mudando sus destinos, y que tan magistralmente narró el ilustre marqués de Pidal en una obra de todos conocida.

Era á 18 de Abril de 1590, y muy á deshora de la noche, según el dietario citado, cuando llegaba á las puertas del monasterio de Piedra un desconocido que, recatando rostro y nombre y con premiosa insistencia, solicitaba hablar al que era á la sazón abad de aquella santa casa. Consiguiendo con sus porfiadas instancias lo que más llenamente de seguro hubiera alcanzado con sólo revelar su nombre, fué introducido á presencia del reverendo abad, quien, al encontrarse con un huésped ciertamente de él muy conocido, pero muy inesperado, se levantó apresuradamente para rendirle acatamiento, manifestándole, entre confuso y atónito, su extrañeza de verle en aquellos lugares.

Y es fama que el recién llegado hubo de contestarle en estos ó parecidos términos:—«No se asom-

bre el reverendo padre, que decirle he cómo aquí vine, desheredado de bienes y de amigos, cuando tantos tuve un día, á ampararme de Aragón, que tierra es de honor y de libertad.»

Así dijo el huésped, y en seguida comenzó á explicar al abad cómo venía huyendo de una larga y penosa prisión, y cómo era que siendo años antes omnipotente valido del rey más poderoso de la cristiandad, se hallaba entonces fugitivo y vagabundo para escapar á las iras de aquel monarca mismo, su amigo y protector un día; que así son los azares de la vida. y así es varia la fortuna, la cual, como hunde, eleva, y como honra, infama.

Dióle el abad aquella noche albergue, y al siguiente día guiaje y acompañamiento de doce servidores, para que fueran honrándole por el camino; y montando en una de aquellas mulas de silla del monasterio, famosas en la comarca, pues nunca mejores las tuvieron los reyes ni los más encumbrados varones de la tierra, el desconocido de Piedra bajó la cuesta de Nuévalos y se dirigió á Calatayud, para desde allí pasar á Zaragoza, y producir con su llegada hondas perturbaciones y resonantes sucesos, que debían tener desastrado término en el cadalso donde Lanuza hubo de entregar su cabeza al verdugo por haber antes entregado su corazón á las libertades de la patria.

Tierra fué, en efecto, de honor y de libertad la noble de Aragón para el valido de Felipe II, Antonio Pérez, como ya de tiempo inmemorial venía siéndolo, y como así ha continuado hasta nuestros días; que no abundan, en verdad, los ejemplos, antes muy escasos son, cuando no únicos, de pueblos que, como Aragón, tienen códigos donde se asienta que las leyes son antes que los reyes, y villas como Zaragoza, donde se prueba con numantina entereza que es preferible morir por la patria á vivir sin ella.

Es, sí, una ilustre historia la de la Corona de Aragón, y ojalá que, como da á entender en su discurso el Sr. Romero Ortiz, se hubieran aprovechado para modernas enseñanzas sus grandes ejemplos; que no hay necesidad de ir á buscar á regiones extranjeras modelos y ejemplos de leyes y libertades que mejores, y más puras, y más antiguas también, tenemos en España.

Digna es, en efecto, de meditado estudio, y digna también de memorable recordanza, la historia de la *Corona de Aragón*, así apellidada por los grandes historiadores, así conocida por todas las naciones del globo; no así empero muchas veces en sù propia tierra, no siempre así en España, donde ocurrió, en ciertas ocasiones, llamarla *Coronilla*, como en son de menosprecio. Y es que algunos, inducidos á error por ese miserable diminutivo, ignoraban, sin duda, que era Aragón uno de los estados más pujantes del globo cuando se unió á Castilla, á la cual trajo en arras vastísimos dominios, reinos poderosos y dilatados mares, por cuyas aguas, según la bella pero arrogante frase de Roger de Lauria, sólo podían cruzar los peces que estampado llevaran en su lomo el escudo de las barras aragonesas.

El nombre de *Coronilla*, debido tal vez á ocios de antesala, pudo sólo servir, y sirvió sin duda por el momento, á algunos émulos para contestar al hidalgo y generoso *Tanto monta* que Fernando el Católico mandaba esculpir en los frisos de la Aljafería con el primer oro aportado de las regiones, más tarde apellidadas América; aquella América descubierta por el inmortal nauta, no con el producto de las joyas de Isabel I, que esto pasó á ser ya dominio de la fábula, sino con los 150,000 florines del Tesoro de Aragón, adelantados por Luis Santángel, tesorero y escribano de raciones de aquel reino, á cuya suma se debió el que pudieran

aparejarse las carabelas destinadas á surcar los tenebrosos mares.

Pero ya hoy, por fortuna nuestra, el diminutivo que pudo ser vulgar un día y ocasional á legítimas susceptibilidades, no lo estampa, como en tiempos sucediera, ninguna obra de carácter serio. Hoy, los hombres pensadores y amantes de la grandeza é integridad de la patria, reconocen que fué verdaderamente providencial la unión de los antiguos reinos, y que en la triste enseñanza de ya olvidadas divisiones deben buscarse la razón, el espíritu y la fuerza que á todos ha de unirnos y confundirnos en haz macedónica, á fin de que adversidades y glorias, desdichas y venturas, así pasadas como venideras, todo sea uno y todo común para los nobles hijos que forman la familia española sobre el suelo bendito de nuestra querida Iberia.

Al dar el abad de Piedra generosa hospitalidad al fugitivo de Castilla y con ella medios de llegar á Zaragoza y eficaces recomendaciones para su Justicia y magistrados, no podía, de seguro, presumir que el amparo que en Aragón iba á recibir Antonio Pérez, debía atraer sobre aquel reino, mensajeras de sangre y de exterminio, las iras del monarca; pero, aun presumiéndolo, sabiéndolo aún, el abad del monasterio de Piedra no hubiera negado al fugitivo su hospitalidad ni su apoyo cerca de los magistrados del país, que tales eran aquellos hombres y de tal manera lo sacrificaban todo al cumplimiento sagrado de sus deberes. Consideraban el deber como una religión. Por esto, en la varonil entereza de sus ciudadanos, en su lealtad nunca dudosa, en la honrada pulcritud con que cumplían todos sus deberes, para de esta manera sentirse más autorizados y fuertes en la reclamación de sus derechos, veía firmemente garantidas sus libertades aquel pueblo, que así exigía el cumplimiento de la ley al más oscuro de sus pa-

tricios como al más poderoso de sus monarcas, á quienes comenzaba por no reconocer, vedándoles el ejercicio de la regia potestad y hasta el uso de su categoría y título monárquicos, si antes no juraban pública y solemnemente las leyes del reino, tranquilos así en su conciencia y seguros de que Dios por ende les autorizaba á desempeñarse de aquellos reyes que atreverse pudieran á romper sus juramentos y á quebrantar las libertades y leyes de la patria.

Así se ve, que nunca los aragoneses, en ningún período de su agitada historia, pensaron en cambiar de forma de gobierno, que es siempre para los pueblos la mejor forma de gobierno aquella que mejor asegura y garantiza sus libertades.

Así se ve, también, que en aquel reino no se diera jamás el caso de hacerse una ley sin el concurso de las Cortes, las cuales nunca, en ninguna ocasión, por nada ni por nadie, se prestaron á abdicar de su soberanía.

Así se ve, por fin, que aquel pueblo, hallando garantidos firmemente sus derechos, y cumpliendo escrupulosamente sus deberes, no pensara jamás en sublevarse; cosa que, al decir del historiador citado por Olózaga, era ardientemente deseada por Isabel la Católica, para de esta manera *tener motivo á destruir sus libertades*; pero también se ve asimismo, en cambio, que nunca tuvo aquella monarquía un solo rey absoluto, cosa para aquella nación desconocida siempre.

Cierta vez que la reina de Aragón, Doña Leonor de Castilla, reprobaba á su esposo Alfonso *el Benigno* el haber oído con calma los enérgicos discursos pronunciados por un representante del pueblo, diciéndole que su hermano, el rey de Castilla, hubiera mandado cortar la cabeza al orador, le contestaba el monarca aragonés:—«Señora, es propia y es innata á nuestro pueblo la libertad; li-

bertad que Nos no podemos infringir. No es el suyo como el carácter de otras naciones para sufrir la servidumbre. Ellos nos reverencian á Nos como señor; Nos á ellos como á fieles súbditos y compañeros.»

Y era así. Y así eran aquellos pueblos, libres. Y así también aquellos reyes, respetuosos con el derecho y con la ley; consiguiendo de esta manera verse respetados á su vez y queridos, como nunca en ningún otro país lo fueron reyes algunos.

La constitución aragonesa no estuvo formulada y coleccionada en una Carta, como sucede hoy y como algunos erradamente creyeron, sino encarnada en las necesidades y medios que para remediarlas tenían los aragoneses. Sus fueros estuvieron por mucho tiempo escritos en los privilegios, que eran los derechos de las clases; en los usos, que eran los derechos de los municipios; y en las costumbres, que eran los derechos de todos; siendo las libertades derechos reconocidos como facultativos, y asentado todo sobre la libertad, que era base general y fundamento de todo: libertades y privilegios, usos y costumbres (1). A medida que las necesidades iban manifestándose, acudían á su reparo las Cortes del reino y las proveían, añadiendo capítulos de Cortes que hoy llamaríamos artículos de Constitución, los cuales sancionaba, mejor dicho, juraba el rey al fin de cada legislatura en la solemne sesión llamada del *Solio;* sucediendo que también se adelantó Aragón á esa misma Inglaterra, tan injustamente llamada cuna de libertades, en esto de dar carácter constituyente á todas sus Cortes, según precisamente se trata de estatuir en

(1) Explica esto de una manera perfectamente clara el señor D. Joaquín Manuel de Moner, en unos notables artículos sobre la *Monarquía aragonesa,* publicados recientemente en el *Diario de Avisos* de Zaragoza.

la actualidad por respetables hombres políticos, laboradores fieles de esta idea que estiman malaventuradamente como inglesa, cuando es, por el contrario, virtual y cardinalmente española.

El edificio monumental de las instituciones aragonesas lo formaban las Cortes, el juez medio y el rey, entrando como elementos los pueblos y los estados, las comarcas y municipios, y como condiciones las clases. De aquí resultaba que eran el continente de la legislación aragonesa los elementos, y que los usos y costumbres, privilegios y libertades, eran el contenido de la legislación misma.

De todo esto junto se desprendía el espíritu comprendido en aquella tradicional fórmula, que era, según unos, la de *Nos tan buenos como vos, e que podemos más que vos, tomamos á vos por rey: con que haya siempre entre vos y nos un que mande más que vos;* y según otros, la de *Nos que valemos tanto como vos os hacemos nuestro Rey y señor, con tal que nos guardéis nuestros fueros y libertades, y si no, no* (1).

Respecto á la primera versión de esta fórmula, dice Jerónimo Blancas, cuya autoridad y respetabilidad nadie puso jamás en duda, que *si bien no la tenemos, que sepamos nosotros, autorizada por escrituras solemnes, no se funda en meras conjeturas ó adivinaciones, sino en la tradición universal y constante, derivada de nuestros primeros siglos, fórmula, lo mismo por nosotros que por nuestros mayores, celebrada en las reuniones cotidianas, y tanto, que á nadie le es lícito poner en duda su certidumbre y autenticidad.*

Tales son las palabras que escribió Blancas en 1584 acerca de la fórmula citada años antes por el

(1) La primera de estas dos fórmulas es la de Hotman; la segunda es la de Antonio Pérez, según éste la inserta en su libro *Relaciones*, página 92.—París, 1591.

publicista Francisco Hotman en su *Franco-Galia*, repetida muchos años después con alguna variante por Antonio Pérez, y aceptada sucesivamente por los historiadores que han venido ocupándose de las cosas de aquel reino hasta llegar á nuestros días, que es cuando por vez primera se ha puesto en duda, suponiéndola invención de Hotman y de Antonio Pérez, sin atender á que entre ambos escritores medió Blancas, quien, al trasladar la fórmula conforme la escribió Hotman, lejos de repudiarla, como por su calidad de cronista y notario del reino hubiera hecho de seguro á ser falsa, la acepta, por lo contrario, y la confirma con sus transcritas palabras, diciendo: «ser corriente y celebrada por antiguos y modernos en las reuniones cotidianas, *sin serle lícito á nadie ponerla en duda*».

Esto no obstante, no seré yo, señores Académicos, quien afirme la exactitud literal de esta fórmula, aun cuando bien pudiera, bajo la fe innegable de Jerónimo Blancas; pero creo que en vuestro ánimo estará, como está en el mío, la convicción de que la fórmula corresponde al espíritu de aquellas instituciones, y de que la usada en el acto de alzar rey y en el de juramento debió ser en términos semejantes ó muy parecidos al menos.

De todas maneras, ya la duda, si pudo un día ser permitida, hoy no puede subsistir por más tiempo. Existe un documento que confirma la autencidad de la fórmula. A la vista tenemos hoy aquí, en esta misma casa, aquel célebre *Privilegio de la Unión* que rasgó con su puñal el rey D. Pedro *el Ceremonioso*, sin alcanzar con esto á destruirlo, como intentaba, y sin que sus órdenes repetidas y terminantes decretos para condenar al exterminio el original y sus traslados, pudieran impedir que subsistiese uno de estos últimos, para venir á ser propiedad de esta ilustre Academia, la cual lo conserva en un códice del siglo XIII, códice de valor

tanto más conspicuo, cuanto que aparece anotado de propio puño por el cronista Jerónimo Zurita (1).

En este privilegio, pues, que un sucesor de don Pedro, el rey D. Alfonso III *el Liberal*, firmó en Zaragoza á 28 de diciembre de 1287, dice este monarca:

Si, lo que Dieus non quiera, Nos ó los nuestros succesores contraviniéssemos á las cosas sobreditas en todo ó en partida: queremos e otorgamos, et expressament de certa sciencia assi la ora como agora consentimos, que de aquella ora á Nos ni á los succesores en el dito Reyno d' Aragon non tengades ni hayades por Reyes, nin por seynnores en algun tiempo: antes sines algun blasmo de fe e de leyaltad podades fazer, et fagades otro Rey et seynnor qual querredes e d' on querredes.

¿Por ventura no está aquí la fórmula del *si non, non*? Y todavía, en mi opinión, y de seguro que en la vuestra, señores Académicos, mucho más autorizada ciertamente que la mía, y todavía, en mi opinión, la fórmula tiene aquí más carácter y más autoridad que aquélla, no sin duda con toda razón reputada como falsa. En efecto, ya aquí no son solamente los súbditos los que dicen al monarca: «Serás nuestro rey si cumples lo pactado y si no, no», es el monarca mismo quien dice á sus súbditos: «Seré vuestro rey en tanto cuanto cumpla lo pactado, y si no, no, ya que podréis alzar nuevo rey entonces, tomándolo cual queráis y de donde queráis.»

Y he concluído, señores Académicos. Doy aquí por terminada mi tarea, que ni he de permitirme molestaros más—harto ya lo hice—ni he de querer que con citas y disquisiciones históricas pueda por más tiempo distraerse vuestra atención, apartándola del luminoso discurso que nos acaba de leer el nuevo Académico Sr. Romero Ortiz, único y principal objeto de la sesión pública que en este día celebra la Academia.

(1) Véase el Apéndice.

APÉNDICE

El códice á que en el texto se hace referencia, fué citado por el Sr. Escosura y Hevia en su discurso sobre el feudalismo, por cuya cita se decidió á examinarle el Sr. D. Manuel Lasala, sirviéndose de sus noticias para su obra *Examen histórico-foral de la Constitución aragonesa,* obra en la que discurre ampliamente sobre la fórmula de los antiguos aragoneses, dejando, en mi opinión, perfectamente aclarado el punto, y mereciendo por lo mismo que se rinda aquí justo tributo á la memoria de aquel erudito autor.

El códice, que parece ser un Registro de la Unión, existe en el archivo de esta Real Academia, donde he tenido ocasión de examinarle detenidamente, convenciéndome de que se prestaría un gran servicio á la historia patria el día en que pudiera procederse á su publicación.

Es un libro de traslados de privilegios otorgados y de otros actos en el tiempo de los reyes D. Pedro III, año de 1283, y D. Alfonso III de Aragón, año de 1289. El libro hubo de ser escrito, según parece, en la sucesión de los años indicados, trasladándose en el mismo las cartas de los reyes y los otros actos, á manera de registro, y tiene 126 folios.

Siguen otras cartas y minutas en los folios 128-160. Entre éstas se halla, en los folios 120-145 (esta última hoja en blanco y el folio 130 es hoja

de cubierta), el cuaderno de *Translado de la colligaçon de la unió d' Aragó feta ab la unió de la ciutad é regne de Valencia*. Al fin del libro hay seis hojas de otro papel, puestas allí como para escribir en ellas el índice de las cartas trasladadas en el registro, ó como las que sirven de guardas al principio y al fin de los libros encuadernados. En la primera de estas hojas, señalada con el número de folio 161, y es el último folio numerado (las otras cinco son hojas en blanco, sin foliar), escribió Zurita una nota relativa á D. Thomás Cornel, que siguió la parte del rey en lo de la Unión, y tuvo á Epila en honor y el castillo se tenía por el rey. El libro está encuadernado en pergamino y rotulado en el tercio superior del tomo: ESCRITURAS DE LOS REYES DE ARAGÓN D. PEDRO III Y D. ALONSO III, Y DE LAS UNIONES DE ARAGÓN Y VALENCIA.

Es indudable que este volumen perteneció al cronista Jerónimo Zurita y hubo de servirle para sus *Anales de Aragón*, viniendo á parar al archivo de esta Real Academia con los libros y documentos procedentes de la biblioteca de D. Luis de Salazar y Castro. Las márgenes del códice están llenas de curiosas notas escritas de puño y letra de Jerónimo Zurita, y la cláusula *Si, lo que Dieus non quiera*, citada en el texto de este discurso, está señalada con una llave hecha con tinta, y al margen, de puño de Zurita, aunque en letra mayor que la ordinaria suya, como para más llamar la atención, se lee: OTRO REY.

En cuanto al *Privilegio de la Unión*, por lo importante y lo curioso, me ha parecido que debía trasladarse, y lo pongo á continuación copiado de dicho libro al pie de la letra:

PRIVILEGIO DE LA UNIÓN

(SEPAN)

todos (1) que nos don Alfonso por la graçia de dios Rey de Aragon de Mayorchas de Valençia, Compte de barçelona, por nos e por nuestros successores qui por tiempo regnaran en Aragon. Damos y atorgamos á nos Nobles don fortunyno por aquella misma graçia vispe de Çaragoça. Don pedro seynnor de ayerbe tio nuestro, don Exemen de Vrreya. Don Blasco de Alagon. Don Pedro Jurdan de penna seynnor de arenoso. Don Amor dionis. D. Guillen de Alcala de Quinto. Don Pedro ladron de bidaure. Don Pedro Ferriç de sesse, fortun de Vergua, seynnor de penna. Don Gil de bidaure. Don Corbaran daunes. Don Gabriel dionis. Pero Ferrandeç de Vergua seynnor de pueyo. Don Xemen pereç de pina. Don Martin roiç de foçeç. fortun de vergua de ossera. Et a los otros Meçnaderos. Caualleros Infançones de los Regnos de Aragon e de valençia y de Ribagorça agora ajustados en la Ciudad de Çaragoça e a los procuradores e a toda la vniuersidat de la dita Ciudat de Çaragoça. assi a los clerigos como a los legos presentes y auenideros. Que nos ni los nuestros successores qui en el dito Regno de Aragon por tiempo Regnaran ni otri por mandamiento nuestro matemos ni estemos ni matar ni estemar mandemos ni fagamos ni preso o pressos sobre fiança de dreyto detengamos ni detener fagamos agora ni en algun tiempo alguno o algunos de nos sobreditos Ricos omes Mesnaderos caualleros Infançones procuradores y vniversidat de la dita Ciudat de Çaragoça, assi clerigos como legos presentes e auenideros. Ni encara alguno o algunos de los otros Ricos omes Mesnaderos Caualleros Infançones del Regno de Aragon del Regno de valencia e de Ribagorça ni de sus successores sines de sentencia dada por la Justicia de Aragon dentro en la Ciudat de Çaragoça con conseyllo e otorgamiento de la Cort de Aragon o de la mayor partida clamada e ajustada en la dita Ciudat de Çaragoça. Iten damos e atorgamos á los omes de las otras Ciudades villas y

(1) La fórmula con que principia la carta primera del libro es esta: «Todos omnes quantos aquesto veran», y se omite «sepan».

villeros e logares de los ditos Regnos de Aragon e de Ribagorça e a sus successores que non sian muertos ni estemados ni detenidos sobre fiança de dreyto sines sentencia dada por los Justicias de aquellos logares por qui deuan ser jutgados segun fuero si doncas no sera ladron ó ropador Manifiesto qui sera trobado con fuerto ó con roperia ó traidor manifiesto. Si por auentura algun Justicia o official contra aquesto fara, sia del feyta justicia corporal. Et a obseruar tener complir e seguir el present privilleyo e todos los sobreditos capitolos o articlos y cada vno dellos e todas las cosas y cada una en ellos y en el cada uno dellos contenidas e non contrauenir por nos ni por otri por nuestro mandamiento en todo ó en partida agora ni algun tiempo obligamos y ponemos en tenencia y en Rahenas á vos y á los vuestros successores aquestos castiellos que se siguen. Es a saber el castiello de Moncluso. Iten el castiello de boleya. Iten el castiello dito de un castiello. Iten el castiello de Sos. Iten el castiello de Malon. Iten el castiello de fariça. Iten el castiello de vardeyon. Iten el Castiello de Somet. Iten el castiello de boria. Iten el castiello de Rueda. Iten el castiello de darocha. Iten el castiello de Huesa. Iten el castiello de Moriella. Iten el castiello de vxon. Iten el castiello de Exativa. Iten el castiello de biar lus tal condicio que si nos o los nuestros successores qui por tiempo Regnaran en Aragon faremos ho veniremos en todo o en partida contra el dito priuileio o contra los sobreditos capitolos o articlos e las cosas en ellos e en cada uno dellos contenidas. Que da quella hora adelant nos e los nuestros ayamos perdudo por á todos tiempos todos los ditos Castiellos. De los cuales castiellos vos e los vuestros podades façer e fagades a todas nuestras propias voluntades assi como de vuestra propia cosa. Et dar y liurar aquellos castielos si querredes á otro Rey é seynnor por esto por que si lo que dieus non quiera nos o los nuestros successores contrauiniesemos á las cosas sobreditas en todo o en partida. Queremos e otorgamos y expressament de certa sciencia assi la ora como agora consentimos. Que da quella ora a nos ni a los successores ni el dito Regno de Aragon non tengades ni ayades por Reyes ni por seynnores en algun tiempo. Ante sines algun blasmo de fe e de leyaldat podades façer y fagades otro Rey é seynnor cual querredes e don querredes. Et dar le y livrarle los ditos castiellos y á vos mismos en uassayos suyos. Et nos ni los nuestros successores nunca en algun tiempo a vos ni a los successores demanda ni question alguna vos en fagam ni façer fagamos ni en end podamos forçar, ante luego de present por nos e por nuestros succesores soldamos diffinida-

mente é quita a vos et á vuestros succesores de fe de Iura de naturaleça de fieldad de seynnorio de vassallacio o de todo otro cualquiere deudo de vassayllo o natural deue é yes tenido á seynnor en cualquiera manera o raçon. E todos los sobreditos articlos o capitoles e cada vno dellos e todas las cosas é cada una en ellos y en el dito priuileio contenidos atender é complir é seguir y obseruar á todos tiempos, y en alguna no contrauenir por nos é los nuestros succesores. Iuramos á vos por dios e la crus e los sanctos euangelios delante nos puestos y corporalment tocados. Actum est Cesserauguste, Kalendas V iaunari. Anno domini MCCLxxx Septimo.

Signum Alfonsi dei gratia, Regis Aragonum Maioricarum y valencie. ac Comes barchinone. Testes Sunt. Arnaldus Rogery Comes pallyariensis. Petrus Ferdinandi dominus de Ixar patruus predicti domini Regis. Guillelmus de Anguelaria. Bernardus de podio viridi. Petrus Sesse Signum Jacobi de cabannis scriptoris dicti domini Regis Qui de mandato ipsius hec scribi fecit y clausit loco die y anno prefixis.

A la carta del privilegio anterior sigue otra en los fols. 103, 104 vto., col. 1.ª, dada en la misma fecha, y en ella el rey D. Alfonso otorga: Que daqui adelante nos e los successores nuestros a todos tiempos clamemos é fagamos ajustar en la dita ciudat de Çaragoça vna vegada en cada un año en la fiesta de todos Sanctos del mes de Nouiembre. Cort general de aragoneses. E aquellos qui á la dita Cort se ajustaran ayan poder de esleyr dar y assignar y eslian, den y asignen conseylleros a nos y a los nuestros successores.

EL CENTENARIO

DE

CALDERÓN DE LA BARCA

DISCURSO

LEÍDO EN SESIÓN PÚBLICA

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

(23 MAYO 1881.)

SEÑORES ACADÉMICOS:

Albricias se os deben por vuestro loable acuerdo en asociaros al pensamiento de conmemorar el Centenario del gran poeta dramático español, don Pedro Calderón de la Barca. No podía la Real Academia de la Historia permanecer indiferente á la solemnidad con que la patriótica España, honrando como se merece á uno de sus hijos más preclaros, celebra hoy en Madrid resonantes fiestas en honor, recuerdo y gloria de aquel poeta insigne, que es admiración de propios y de extraños.

Bien hace, por lo demás, la patria en honrar á Calderón, que á sí misma se honra, ya que es Calderón la patria. Calderón es España, como Homero es Grecia, como Virgilio es Roma, como es Shakespeare Inglaterra, y como Dante es Italia.

Calderón es efectivamente España. Sus obras llevan el sello del carácter nacional en toda su expresión, en toda su gallardía, en todo su esplendor, con todas sus virtudes y también con todos sus vicios.

Aquellas damas que, rebozadas en su manto, discreteaban con sus galanes cabe una reja, al revolver de una esquina, ó á veces clandestinamente en la propia cámara, teniendo por llave y candado de su honra, más que su quebradiza virtud, la cortesía nunca arriscada de su galán, sostenedor de un código no escrito, según el cual

el hombre que á una mujer
donde quiera que la viere
no le hiciere cortesía,
por no bien nacido quede:

aquellos maridos celosos y vengativos, que se convertían en médicos de su honra, sosteniendo que el honor se lava con sangre, aceptando por escudo de armas *manos en sangre bañadas*, y que antes preferían ver

muerta que ajena su dama:

aquellos plebeyos que, aun siendo mozos imberbes y rapaces, se movían en el hogar campesino á impulsos de levantados sentimientos, y en ariscas querellas sostenían el fuero de su opinión en frente del de otra contraria,

que no hubiera un capitán
si no hubiera un labrador:

aquellos caballeros, tan vidriosos en su fama, que al sospechar sólo que ésta pudiera andar en lenguas, no permitían que el murmurador tuviera

vida que no le quitaran,
sangre que no le vertieran,
alma que no le arrancaran:

aquellos labradores independientes, francos y rudos, humildes ante la humildad, y ante la soberbia soberbios, tan celosos de su honra como el más puntilloso hidalgo, y de su fuero como el militar más encumbrado, los cuales asentaban que

al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma es sólo de Dios:

aquellos bandoleros, de hidalga estirpe, que sostenían el derecho de rebelarse contra la justicia cuando ésta no era tal, y que se consideraban, según uno de ellos,

como absolutos señores
de elegir á nuestro arbitrio
rey que nos gobierne; pues

siendo de nosotros mismos,
es fuerza en paz y justicia
mantenernos, advertido
que podremos deponerlo,
pues pudimos elegirlo:

aquellas escenas de capa y espada, con galanes rondadores, y sueltas aunque honestas damas, y criados locuaces, y villanos hidalgos, y militares ariscos, y santos ergotistas, y diablos leguleyos, y tapadas misteriosas, y soldados alegres y jugadores, y gárrulas vivanderas, y mozas desenvueltas, y estudiantes en tuna, y embozos, y discreteos, y prodigios, y escondites y cuchilladas, todo esto es la España de aquel tiempo, todo esto es Calderón.

Nadie como éste supo encarnarse mejor en el sentimiento nacional para mejor representarlo. Por esto precisamente, porque supo ser en sus obras eximio reflejo de las altas cualidades y de los grandes defectos de su época y de su raza, pudo erigirse Calderón en príncipe de la escena española, y empuñar su cetro, cuando aun vivía y palpitaba en ella la gloria, no destinada á perecer ciertamente, del *Fénix de los ingenios*, á quien Calderón rendía culto y tributo con esta décima, tan bella como poco conocida, y que hoy la posteridad pudiera dedicarle á él mismo, como la Italia moderna ha dedicado á Dante los mismos versos que el autor de la *Divina Comedia* dirigió á Virgilio:

Aunque la persecución
de la envidia tema el sabio,
no reciba della agravio,
que es de serlo aprobación.
Los que más presumen, son,
Lope, á los que envidia das,
y en su presunción verás
lo que tus glorias merecen,
que los que más te engrandecen
son los que te envidian más.

De Calderón decía Gœthe que sus obras magistrales le causaban asombro.

Asombro, en efecto, y vértigo también producen al que por primera vez las lee. Hay algo en ellas de aquellos vastos y espaciosos abismos cuya grandeza infunde espanto, cuya profundidad no se puede medir, cuya inmensidad asombra.

Sucede leyendo á Calderón lo que ocurre al viajero que por vez primera se encuentra en alta mar. Ve horizontes sin límites, profundidades sin cálculo, planicies no interrumpidas, cielos sin fin, y le pasa algo que no se explica, de que no acierta á darse cuenta, distinto de su vida habitual y ordinaria, que rompe con sus tradiciones y costumbres, que le obliga á pensar en algo en que hasta entonces no había pensado, que eleva su espíritu, que despierta su mente, que sutiliza su idea, que embarga su corazón, que mueve su ánimo, que le revela cosas desconocidas, que le da sensaciones nunca hasta entonces experimentadas, vértigos nunca hasta entonces sentidos, impresiones nunca hasta entonces halladas...

Pero, dispensadme, señores Académicos; perdonadme si, dando asueto á la imaginación y á la pluma, para distinta tarea obligadas y comprometidas, olvidé el honroso cargo que me disteis. Según el programa en la *Gaceta* publicado, me he de reducir á consignar en breve discurso el acuerdo que tomó la Academia para contribuir al Centenario de Calderón, y á emitir sencillamente su juicio sobre las memorias al certamen presentadas. Es sencillísima la obligación que se me impuso, y que como honra acepté. No tengo más misión, ni otra cabe, que la de ser heraldo del certamen.

Cumpliendo, pues, con mi encargo, consignaré que la primera idea de la Academia fué la de honrar esta festividad con una edición monumental y completa de las obras del gran poeta; pero faltaban

para esto tiempo y recursos, si más fáciles de encontrar éstos, imposible de hallar el otro á partir del momento en que ocurrió tan plausible idea. No pudiendo realizar ésta, acudió la Academia á un certamen, buscando la manera de armonizarlo con su instituto, y lo abrió para la disquisición de un punto histórico referente á uno de los dramas fantásticos más célebres de aquel portentoso ingenio.

El tema sometido á dicho certamen, fué el siguiente:

¿Qué relación establece la crítica histórica entre el argumento de EL MÁGICO PRODIGIOSO *de Calderón y el del* FAUSTO *de Gœthe, consultadas las tradiciones antiguas y las leyendas de la Edad media en que pudieron inspirarse ambos escritores?*

Fueron invitados á este certamen todos los cultivadores de las letras de la península ibérica, sin exclusión de idioma alguno de los que en ella se hablan.

Como premio para la mejor Memoria, se ofreció la impresión de la misma, entregando al autor quinientos ejemplares y una medalla de oro de cien gramos, destinada á perpetuar el recuerdo de esta solemnidad.

También quiso la Academia que la medalla de oro para premio destinada, fuese premiada á su vez y se acuñara expresamente con arreglo á las condiciones de un certamen, con sujeción al cual el anverso de la medalla debía contener la alegoría de la Historia, que, triunfando del olvido, se apoya en la experiencia de lo pasado, alecciona al presente y sirve de guía á lo porvenir. Esta alegoría debía aparecer representada por una hermosa figura de la musa Clío, escribiendo en un libro apoyado en la espalda de un anciano postrado, de larga barba, personificación del Tiempo que fué, con sus atributos, alas, segur y reloj de arena rendidos á los pies de la musa. En cuanto al reverso, debía llevar

en el centro una láurea, y dentro, en letras augústeas, CALDERÓN DE LA BARCA, con un pequeño trofeo sobre esta inscripción, formado por una máscara trágica, un volumen y una pluma. Fuera de la corona, y siguiendo la curva de la medalla, debía figurar una leyenda que en su parte superior dijera: *Real Academia de la Historia;* y en la inferior: *Centenario del gran poeta. Mayo de 1881.*

Sólo tres concurrentes se presentaron al premio de la medalla, mereciendo ser elegido por la Academia el que presentó su modelo con el lema *España no te olvida*, y que, abierto el pliego, resultó ser D. Maximino Sala.

Por lo que toca á las memorias, tres son también las que han concurrido al examen, pero sólo una ha considerado la Academia merecedora de premio, la presentada con el lema de

Eterno será en el mundo
el mágico Cipriano.

Abierto en sesión pública de la Academia el pliego que contenía este lema, resultó ser el autor de la Memoria presentada el Sr. D. Antonio Sánchez Moguel.

Sobre tener este trabajo el mérito de estar discretamente escrito, tiene el de plantear y resolver extensa y razonadamente las relaciones entre *El Mágico Prodigioso* y el *Fausto*, no sólo en lo relativo á los argumentos de estas obras, como la Academia pedía, sino también á las mismas obras por entero y en todos sus elementos, personajes, situaciones, episodios, etc., y especialmente al de las leyendas en que una y otra se inspiran, estudiando estas leyendas en su origen, desarrollo y fuentes inmediatas y directas de aquellas obras.

El autor presenta al propio tiempo un estudio completo de la obra de Calderón, ya con relación al teatro religioso de su tiempo, ya al de las come-

dias de Santos del gran poeta, á cuyo género pertenece *El Mágico Prodigioso*.

La parte principal de la Memoria es la relativa á la versión de la leyenda de San Cipriano, protagonista del drama calderoniano, adoptada por la Iglesia y recibida en España, demostrando cuán equivocadamente el alemán Schmidt y el francés Morel-Fatio han supuesto que Calderón se había valido de Lipomano, y cómo, contra lo asegurado también por los mismos, existen varios textos castellanos de la versión que siguió Calderón en su obra.

Estas investigaciones histórico-críticas, que están fundamentadas y son nuevas, al propio tiempo que la corrección, sobriedad, discreción y claridad en la Memoria, la han hecho digna del premio, á juicio de la Academia.

En cuanto á los otros dos trabajos presentados al concurso, el uno con el lema de *Ars magna vita brevis*, y el otro con el de *Vera gloria radice agir atque etiam propagatur*, no han merecido premio, á juicio de la Academia, aun cuando hay en ellos circunstancias especiales que revelan en sus autores amor al trabajo y al estudio, y conocimientos no escasos en ciertos y determinados puntos.

Han quedado, pues, sin adjudicarse las dos medallas de plata que había mandado acuñar la Academia como *accésit* para las dos memorias que más se aproximaran en mérito á la premiada con la medalla de oro.

La Academia se felicita de que haya aparecido una obra de mérito, no quedando así desierto el concurso consagrado á enaltecer la memoria de aquel gran poeta, que si pudo creer que *la vida es sueño*, pudo esperar que no fuese sueño su gloria; de aquel portentoso y verdaderamente nacional ingenio, al pie de cuya estatua pudiera sin lisonja escribirse:

Honrad á Calderón y honráis la patria.

*
* *

Y he terminado, señores Académicos, la reseña que tuvisteis la dignación de confiarme, la cual, si liviana es, más aun que á la cortedad del ingenio, achacarse debe á la brevedad del tiempo, que no en horas, sí què en minutos, ha debido componerse. Por esto, y recordando los versos con que el gran poeta, cuya memoria honramos, finaliza su obra *El acaso y el error*, concluyo la mía de hoy

suplicando
que lo que se escribe aprisa
no lo murmuréis despacio.

EL DEGOLLADERO

MEMORIA

LEÍDA EN SESIÓN DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

I

Un ilustre académico, compañero nuestro, el general Sr. D. José Gómez de Arteche, publica, con el título de *Nieblas de la historia patria*, una serie de interesantes cuadros históricos escritos con grande sobriedad y discreción, que, sobre ser timbre legítimo de gloria para su autor, son profundas y detenidas disquisiciones llevadas á cabo con sobrealzado criterio en averiguación de hechos y sucesos notables, que, velados por las nieblas que amontona el tiempo, pasan desconocidos, disyuntos ó desemejados á través de las historias generales.

En gallarda prosa escritas, con facilidad de estilo, y algunas con verdadero interés dramático, las *Nieblas de la historia patria*, si hoy son un libro de amenísima lectura para todos, lo serán mañana de provechosa consulta para aquellos historiadores que buscan la verdad hasta en el más leve detalle.

La última de las obras de este género publicada por el Sr. Gómez de Arteche, se titula *Mahón*, y, conforme con su título, trata de la accidentada historia de esta nuestra querida isla que, con sus bellas hermanas, forma en mitad del Mediterráneo el grupo de las Baleares, si amor ardiente del español, lujuriosa codicia del extranjero. Páginas hay en esta obra escritas con el calor y el entusiasmo del varón fuerte que está dispuesto á sostener la unidad y la integridad de la patria española con la

pluma del historiador y la espada del soldado; consideraciones hay en ellas de crítica elevada y juicios meditados, digno todo de ser tenido en cuenta por aquellos que influyen ó pueden influir un día en los destinos de la patria; pero no es por este camino, discretamente emprendido por el Sr. Gómez de Arteche, por el que me propongo hoy seguirle. No conduzco á tan alto vuelo mi propósito.

Voy á concretarme, siguiendo el ejemplo del Sr. Gómez de Arteche, á historiar un suceso perteneciente á los anales de Mahón, que sólo muy á la ligera y de pasada refieren las historias generales, y acerca del cual puedo entrar en detalles, no todos conocidos, gracias á documentos verídicos que debo á favores de amistad.

Ya el Sr. Gómez de Arteche habla del suceso, aunque por no hacer á su propósito, se limita sólo á mencionarlo, dándole empero toda la importancia y toda la gloria que le pertenece.

II

Ciudadela de Menorca es una lindísima población que se alza á orillas del mar. Sus habitantes guardan religiosamente el recuerdo de lo pasado, y he oído contar admirables cosas de sus hábitos y costumbres. Tierra hospitalaria y generosa, los forasteros son recibidos en ella como hermanos, y no existe memoria de que ninguno haya jamás abandonado aquel país sin llevarse gratos recuerdos de la hidalga hospitalidad de sus moradores.

En la playa de esta población existe un sitio vulgarmente llamado *el Degolladero*, y es fama que guarda este nombre en memoria de la espantosa catástrofe que allí tuvo lugar á mediados del siglo XVI, con motivo de la invasión turca que asoló la isla. Una tras otra cayeron allí, segadas por la cimitarra

turca, las cabezas de muchos defensores de Ciudadela, campeones de la patria, mártires sin nombre, que perecieron víctimas de su deber y de su heroísmo, siendo una muerte obscura é ignorada la recompensa que alcanzaron sus sacrificios.

El recuerdo es de sangre para Ciudadela, pero lo es también de gloria.

Queda dicho que sus historias hablan poco del hecho. Se limitan á contar en breves líneas, como de paso y á la ligera, que el almirante turco Mustafá-Bajá, después de haber reparado su armada en la costa de Provenza por los años de 1558, se presentó ante la isla de Menorca, y aunque intentó en vano tomar á Puerto Mahón, se apoderó á viva fuerza de Ciudadela, á pesar de la valerosa resistencia que hubieron de oponerle los habitantes, los cuales llegaron á matarle 400 hombres. Concluída esta expedición, dicen, dió á la vela hacia el Oriente con los cautivos.

Esto es lo que escriben, y esto también lo que cuenta el Sr. Gómez de Arteche, quien nos da el detalle de que la escuadra enemiga era de 140 velas con 15.000 hombres de desembarco, y que Mustafá-Bajá, para vengarse de la gallarda defensa realizada por Ciudadela, dejó la isla hecha un matorral, sin forma de población ni hombre que se atreviese á salir de sus escondrijos y cuevas subterráneas.

Nada más sabríamos de lo acaecido en Ciudadela que lo poco que nos cuentan las historias generales y el detalle añadido por el Sr. Gómez de Arteche, si algunas de las mismas víctimas no hubiesen tenido cuidado de consignar el suceso, y si los habitantes de aquella población no se hubiesen encargado de conservar y consagrar su memoria por medio de un acto tradicional que honra sobremanera á Ciudadela.

Todos los años, el día 9 de julio, se celebra en

esta población un solemne aniversario por los que perecieron en el año 1558, llamado el *de la desgracia*. Al salir de la función de la iglesia, se traslada el Ayuntamiento á las Casas Consistoriales, y allí, en pública y solemne sesión, convidadas al acto todas las personas notables de la ciudad, se lee la relación del suceso que se conmemora, tal como fué redactada y escrita en las mazmorras de Constantinopla por el notario público Pedro Quintana, bajo el dictado de Mosén Bartolomé Arquimbau y Mosén Miguel Negrete, lugarteniente de gobernador el primero y capitán de infantería el segundo en Ciudadela, al efectuarse el desembarco de los turcos, hallándose presentes y firmando el acto como testigos sus compañeros de cautiverio Juan Martorell, Rafael Bru, prebere, Martín Traver, Juan Alcoy Ferrer y Gabriel Mercadal.

Estos infelices cautivos, nobles defensores del suelo patrio, habían sido trasladados prisioneros á Constantinopla, y entre los hierros de su mísera cautividad redactaron el acta del suceso, la cual pudieron enviar á un amigo de las Islas Baleares. Por muchos años estuvo perdida esta acta redactada por los cautivos, poco antes de morir, para legarla como testimonio del suceso á la posteridad, y hubiera acabado por perderse del todo, si la casualidad no la hubiese hecho caer en las manos de un ciudadano de Mallorca, llamado Damián Marimón, quien hubo de hallarla entre otros papeles de la herencia de su padre, apresurándose á entregarla en 1633 á uno de los jurados de Ciudadela, Juan Martí, que por acaso se hallaba en Palma de Mallorca.

En cuanto hubo llegado el acta á poder de los jurados de Ciudadela, mandaron éstos añadirla al libro rojo de la villa para perpetua memoria, y de entonces acá se da de ella todos los años pública lectura al pueblo congregado en la Casa de la ciudad el día del aniversario.

Recuerda hoy también aquel memorable suceso un monumento que ocupa el centro del hermoso paseo de aquella ciudad, ideado y dirigido por D. Rafael Oler y Quadrado, el mismo precisamente á quien debo la copia del documento del cual paso á hacer un extracto en loor de Ciudadela, para recuerdo de los que tan heroicamente se portaron en aquella jornada de gloria, y para completar los interesantes detalles con que engalana su obra *Mahón* el Sr. Gómez de Arteche.

III

El desastre de Ciudadela tuvo lugar en los primeros años del reinado de Felipe II.

En número de ciento treinta y cuatro galeras y seis galeotas se presentó la armada turca ante las playas de dicha ciudad el último día del mes de junio de 1558, y al día siquiente, 1.º de julio, comenzó á desembarcar su gente y artillería para poner sitio á la plaza. Fueron en número de quince mil hombres los que bajaron á tierra, y veinticuatro cañones de grueso calibre los que se colocaron ante la muralla en disposición de vomitar el fuego, el hierro y la muerte sobre Ciudadela.

Para resistir á la hueste enemiga no contaban el teniente de gobernador Arquimbau y el capitán Negrete con más fuerzas que 400 hombres de la misma Ciudadela, 110 de Alayor, 100 de Mercadal y 10 de Mahón, lo cual formaba un total de 620 hombres, comprendidos los 40 soldados de la compañía de Negrete.

Con este puñado de hombres se dispusieron Arquimbau y Negrete á hacer una resistencia desesperada. La opusieron, en efecto, heroica y magnánima.

Habían ya comenzado los turcos á abrir las

trincheras, desde las cuales se disponían á batir la muralla, cuando los sitiados dispusieron una salida creyendo poderse apoderar de la artillería y enclavar é inutilizar sus piezas. Briosa salida fué. Llegaron á las trincheras y se apoderaron de ellas, á pesar de la resistencia que opusieron los turcos encargados de guardarlas; pero, como no se habían conducido aún allí los cañones de que hubieran podido apoderarse, fué inútil la sangre derramada. Tuvieron entonces cuidado los enemigos de reforzar más las trincheras, y al día siguiente, colocada ya la artillería, comenzó el cañoneo contra la muralla.

El fuego se hizo continuo é incesante por una y otra parte. A las descargas de artillería se sucedían sin interrupción las de arcabucería, y cuando llegaban las sombras de la noche, no era para poner tregua entre los combatientes ni dar descanso á los brazos fatigados, ya que el fuego continuaba así de noche como de día.

En el interior de la plaza, las mujeres y las doncellas, los viejos y los jóvenes, todos trabajaban sin descanso en fortificar y bastionar las entradas de la población con tierra, ramas, leña, colchones y sacos llenos de ropas. Continuo era el trabajo como el fuego, y vióse á no pocos de aquella mísera muchedumbre caer heridos por las piedras que del muro arrancaba la artillería enemiga, mientras que otros sucumbían bajo la pesadumbre del sueño y de la fatiga.

La primera noche, durante un breve intervalo en que cesó el cañoneo, acercóse un turco á la muralla, y en voz alta y en lengua castellana, llamó por sus nombres al gobernador y capitán de la plaza, requiriéndoles de parte del Bajá y general de la armada turca, para que entregasen la ciudad, con oferta de dejar salvas las vidas de todos los pobladores y libres á todos los individuos de la guarni-

ción. Contestósele con plomo, no con palabras. Recibió sólo por respuesta una descarga de arcabucería. Desde aquella noche, todas, sin faltar una, por espacio de los nueve días que duró el cerco, sonó la misma voz en castellano al pie del muro, cada vez en sitio distinto. Siempre le dieron la misma respuesta los arcabuces de los heroicos defensores de la plaza.

Batida la muralla sin interrupción, no tardó en quedar ancha brecha abierta en el baluarte llamado *de los Frailes*, mientras que otro baluarte llamado *de San Juan*, yacía derrocado, destruidos sus muros y rotas sus defensas. Casi todos los artilleros de la plaza murieron, víctimas de su deber, en aquellos dos baluartes, honrada sepultura de valientes.

Comenzaba á presentarse la situación crítica y desesperada para los sitiadores.

En tales momentos, el general turco dispuso subir al asalto por la brecha. Por cuatro veces distintas arremetieron los enemigos con gran fuerza de banderas; por otras cuatro subieron á la muralla, pugnando por entrar. Siempre fueron rechazados con gran pérdida. Más que en el muro de piedra, sus esfuerzos se estrellaron en el de carne humana que tras de aquél hallaban. Los alentados defensores de Ciudadela llegaron á cegar la brecha con cadáveres turcos; pero también allí, revueltos con los enemigos, sucumbieron en gran número los mantenedores. Cuando después del cuarto asalto rechazado, cuya batalla duró tres horas, los dos héroes de Ciudadela, Arquimbau y Negrete, pasaron lista á la guarnición de la plaza, se encontraron con que de los 620 hombres que tenían al comenzar el sitio, apenas quedaban 200 en estado de sostener un arma. De los 420 restantes, exceptuando los heridos que yacían en el lecho del dolor, eran tumba las trincheras enemigas y los baluartes y brechas de la plaza.

Para colmo de infortunio, se había prendido fuego á la casa de la Universidad, ó sea de la Ciudad, como llamamos ahora, donde estaba el acopio de municiones, incendiándose la pólvora, los dardos y el hilo de ballesta que allí se guardaban en gran cantidad.

Sin embargo de todo esto, en medio de tanta consternación y ruina, cuando aquella noche sonó, como era ya de costumbre, al pie de la muralla, la voz agorera del turco castellano, con las bocas de sus arcabuces le contestaron los mantenedores de la plaza. Podían agotarse las fuerzas de éstos; pero no su valor ni su ánimo. Hubiera podido decirse entonces de los bravos defensores de Ciudadela, lo que más tarde debía decir de los barceloneses un poeta que escribía en medio del rugir de la metralla, cuando la capital del Principado se hallaba sitiada por las tropas de Felipe V:

No temen el morir, que ganan tanto
al ofrecer su vida por la patria,
que cuantas bocas abren las heridas
abre otras tantas en su honor la fama.

Pero ya la resistencia era imposible. Apenas quedaban defensores á la plaza, y ésta no tenía municiones. El capitán Negrete había sido herido por unos trozos de bronce, á causa de haber reventado un cañón de la muralla en el instante mismo en que él por su propia mano le aplicaba la mecha, muriendo á su lado todos los artilleros. Estas heridas, sin embargo, no le impedían moverse y multiplicarse, asistiendo donde quiera que podía creer su presencia necesaria, mostrándose en todas partes, dando valor á los unos, aliento á los otros, consuelo á los heridos, esperanza á los descorazonados, y apareciendo siempre á los ojos de todos infatigable, bravo, batallador y héroe.

Reunidos en tan apuradas circunstancias los ju-

rados, los capitanes y las personas más notables de la ciudad, trataron de ponerse de acuerdo, y viendo que no tenían municiones para defenderse, que sólo quedaban escasamente doscientos hombres, que los enemigos se disponían á abrir trinchera para batir el otro costado de muralla por la puerta llamada de Sala, y que no habría medio humano de resistir un quinto asalto, decidieron abandonar la ciudad, llevándose á Mahón las mujeres y los niños. El gobernador Arquimbau y el capitán Negrete se opusieron á este dictamen, resistiéndose y siendo de opinión que Ciudadela debía defenderse mientras quedara un solo hombre con vida; pero dominados por la mayoría, hubieron de ceder, y se limitaron á hacer constar en un acta firmada por los jurados, que no abandonaban la población de su plena voluntad, sino vencidos por el voto unánime de todos los demás del Consejo.

Quedó dispuesto aquella misma noche el abandono de Ciudadela y enviados algunos hombres de exploradores, los cuales regresaron para decir que el camino de tierra estaba libre. Toda la gente se agolpó entonces á la puerta de Mahón, empujándose para salir al campo. Grandes trabajos tuvieron Arquimbau y Negrete para poner orden en aquella borrascosa muchedumbre, y pudieron conseguir, por fin, que entrase en razón, disponiéndose que la gente de Alayor y Merindal marchase formando un escuadrón de vanguardia, que siguieran luego las mujeres, heridos y gente inútil, y que el gobernador y el capitán, con el resto de la fuerza, cubrieran la retaguardia.

Partido había ya la vanguardia, y comenzaba á salir toda la turba de mujeres y gente inútil, cuando sonaron repetidos disparos de arcabuz. Los de Alayor y Mercadal habían tropezado con una división turca, llegando á las manos. Estaban descu-

biertos, y no hubo otro recurso que acogerse de nuevo al amparo de los derrotados muros de Ciudadela con las mujeres, los heridos y los hombres que pudieron regresar á la población.

En tal estado las cosas, llegaron los primeros albores de la mañana y con ellos los turcos al pie de las brechas. Su general, enterado de lo que sucedía, creyó oportuna la ocasión para dar un nuevo y decisivo asalto.

Un puñado de valientes se presentó en la brecha para resistir su empuje; pero los turcos pasaron por encima como un huracán de hierro y de fuego, barriendo cuanto hallaban á su paso. Entrada fué la ciudad á hierro, fuego y saco, y los prisioneros de ambos sexos conducidos á la playa, donde la cimitarra turca hizo rodar por la arena sus cabezas, mientras la sangre de aquellos mutiladas troncos enrojecía las olas de la mar.

Sólo algunas prisioneras se salvaron: las de más belleza, para ir á los serrallos de Constantinopla. Sólo algunos prisioneros quedaron con vida: los de más categoría, para ir á las mazmorras de la misma Constantinopla á esperar la hora de su muerte ó de su rescate.

He aquí por qué el sitio de la playa donde tuvo lugar el suplicio, se llama *El Degolladero;* he aquí por qué escribieron el documento citado Arquimbau y Negrete en las prisiones de Constantinopla, y he aquí, finalmente, por qué todos los años, el 9 de julio, celebran los piadosos hijos de Ciudadela un aniversario en conmemoración de tan triste y á la par tan memorable suceso.

VIAJE DE UN EXCURSIONISTA

DICTAMEN

ESCRITO POR ENCARGO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

SOBRE EL LIBRO

DE RIPOLL Á GERONA

ORIGINAL DE D. RAMÓN ARABÍA

Merecí á nuestra ilustre Academia la honra de que me nombrara para dar dictamen sobre el libro *De Ripoll á Gerona*, obra de nuestro correspondiente don Ramón Arabía y Solanas, y voy á cumplir mi cometido.

El libro es bueno, mejor de lo que acostumbran á serlo los de su clase, escritos por lo regular con el calor de la impresión y la prisa de las circunstancias.

Aunque nos haya venido por separado y en volumen suelto, forma parte esta obra del *Anuario de la Asociación Catalana de Excursiones*, publicación de verdadera importancia donde se encuentran datos y noticias de gran interés para todo lo que á las ciencias históricas y averiguaciones artísticas atañe, pero que es poco conocida y apenas estudiada, por la circunstancia de estar escrita en catalán.

Magistral idioma es ciertamente el catalán, varonil, maravilloso y excelente como pocos, y ya Cervantes, en su tiempo y en su *Persiles y Segismunda*, le llamaba «graciosa lengua, con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable»; pero confesarse debe que hoy el catalán, no alcanzando lo que en otras épocas, es de muchos desconocido, y por ende mal juzgado en nuestros círculos literarios. Esto hace también que no se estime y gradúe toda la importancia, riqueza y valía de nuestra moderna literatura catalana, que asombra á quien la estudia y penetra en ella. De

aquí, por ejemplo, que los *Anuarios* y demás publicaciones de nuestras sociedades excursionistas de Cataluña no alcancen toda la fama, ni tengan toda la resonancia, ni consigan el fruto y la utilidad que debieran y merecen, siendo, como son, por lo general, obras escritas con crítica, que obedecen á levantados propósitos y que son archivo de noticias interesantísimas para el arte, para la ciencia, para la historia y para la literatura.

En buena hora que los poetas catalanes escriban en catalán, pues por regla general y ley raras veces interrumpida, el poeta necesita escribir en la lengua de su cuna y de su infancia, aquella en que aprendió á balbucear el nombre de su madre y á orar á Dios. En buen hora también que así sea, por la circunstancia de ser el verso catalán infinitamente superior al castellano, ya que por la concisión, sobriedad y riqueza de la lengua puede encerrar mejor el pensamiento, que hay precisión de desleir en castellano. Apenas si existe un poeta catalán que, escribiendo en lengua de Cervantes, haya logrado adquirir fama y llegar donde llegan los de primera fila, mientras que hay muchos en Cataluña, Valencia y las Baleares que rivalizan con los más eminentes de Castilla.

Pero si esto sucede con respecto á los poetas y al verso, sucede precisamente todo lo contrario con la prosa y con los que la escriben. La majestad, la pompa, el orientalismo, la magnificencia y belleza de la prosa castellana no tienen rival en ninguna lengua del mundo; y si los catalanes no llegaron á sobresalir, más que con contadas excepciones, en la poesía castellana, son muchos los que en la prosa se han abierto camino, llegando allí donde sólo los elegidos llegan.

Por esto es más de lamentar que no se escriban en lengua castellana las obras de historia y de ciencias, que por su índole hubieran de estar al

alcance de todos. Cuando menos, los catalanes debieran hacer lo que los provenzales, publicar la traducción frente al texto original. Así, y no de otra manera, es como los últimos consiguieron que los centros literarios de París conociesen sus obras y fijasen en ellas su atención, dándoles cédula de vecindad.

Perdóneme la Academia esta digresión, motivada por estar escrito en catalán el libro acerca del cual me ha pedido dictamen, y vuelvo á mi punto de partida.

De Ripoll á Gerona es una interesante crónica de viaje por comarcas poco visitadas y concurridas, dando esto mayor realce y novedad á los relatos del autor. El Sr. Arabía cuenta la expedición que hizo, acompañado de un sabio francés, M. Jung, con quien recorrió, á pie la mayor parte de las veces, á caballo otras, y muy pocas en carruaje, una extensa comarca catalana, á la que no falta realmente ningún atractivo, según de su propio relato se desprende. Risueñas perspectivas, panoramas admirables, grandiosos monumentos, bosques seculares, iglesias bizantinas y góticas, dólmenes ignorados, grandes mansiones feudales, recuerdos históricos, tradiciones encantadoras, terrenos cubiertos de fósiles ó agrietados por los volcanes y terremotos, todo lo tiene aquella comarca, y de todo se hace cargo el Sr. Arabía con espíritu observador y crítica atinada, embelleciendo de vez en cuando su narración con poéticas descripciones, que dan clara muestra de su ático y literario ingenio. Tales son, por ejemplo, la de la página 16, bellísimo cuadro de costumbres populares, y la de las páginas 26, 27 y siguientes, con las cuales, desde lo alto del Puigsecalm, y con el arte magistral del poeta, explica los encantos y maravillas que se ofrecen á su vista.

Comienza el cronista su viaje en Ripoll, donde

las admirables ruinas del antiguo y monumental monasterio de Santa María le ofrecen asunto para algunas páginas interesantes.

De Ripoll pasa á San Julián de Vallfogona y visita el castillo, de cuya antigua historia nada por malaventura nos dice.

Sigue á San Privat con objeto de emprender su ascensión al Puigsecalm, y encuentra en su itinerario motivos para rectificar el mapa de nuestro sabio compañero el señor Coello; pero no lo hace sin prestar un homenaje de consideración y gratitud á dicho señor, cuya obra califica de titánica, considerándola superior á todas las de su clase realizadas hasta el presente y en particular al mapa del estado mayor.

La ascensión al Puigsecalm y sus panorámicas vistas, dicho queda ya, son una de las bellezas del libro.

En el camino de San Privat á Olot halla ocasión el cronista de discurrir acerca de si hubo de ser en aquella comarca donde se levantó en tiempos la ciudad Βὰσι de Ptolomeo, la *Bassus* de Plinio; y llega á Olot en los momentos en que la villa se entrega á la expansión y alegría de su fiesta mayor, que describe, no sin fijarse, siquier sea tal vez con demasiada superficialidad, en los edificios públicos y en los *bufadors*, ó sea respiraderos de los antiguos y extinguidos volcanes de la comarca.

El Museo le da ocasión de consagrar un recuerdo á los excelentes pintores catalanes Sres. Vaireda, de uno de los cuales hemos visto recientemente algunas obras en nuestra exposición de Madrid, y el monetario del Sr. Saderra se la ofrece para hablar de nuestro Académico correspondiente señor Pujol y Camps, cuyos conocimientos numismáticos encarece.

Después de pasar por Castellfolit, el excursionista llega á Besalú, villa de gran renombre en las anti-

guas crónicas catalanas, y nos traza de ella una rápida historia, dándonos á conocer sus monumentos, restos de su esplendor pasado. El lector puede hacerse perfectamente cargo de lo que fueron y lo que son la iglesia de San Vicente y la de San Pedro, la Colegiata y el palacio-castillo de los barones de Besalú.

Nos refiere luego el Sr. Arabía una expedición hecha á la Virgen del Monte y á las ruinas del monasterio de San Lorenzo, describiendo cuanto de notable guardan, con una completa exactitud que el autor de este dictamen se halla en el caso de poder apreciar por haber visitado también aquellos lugares.

La población de Bañolas y sus alrededores ocupan luego muchas páginas del libro. Acompañado del distinguido Sr. Alsius, que ha escrito con gran detenimiento la historia de aquella villa, y con el libro de éste en la mano, el Sr. Arabía da los más minuciosos detalles y las más completas noticias sobre todo lo que visita, nos habla de sus recuerdos históricos, nos describe los monumentos y nos copia y presenta lápidas con inscripciones interesantes para la historia, rectificando de paso errores cometidos por Villanueva y por la *España Sagrada*.

La estancia en Bañolas le ofrece también ocasión de escribir lo que él llama una digresión lingüística, es decir, un curioso estudio sobre ciertas palabras catalanas, de uso común en la provincia de Gerona, estudio que merece por muchos conceptos ser tenido en cuenta por los que se consagran al cultivo de aquella lengua. El Sr. Arabía resuelve muchos casos dudosos, y el vocabulario que nos presenta con su síntesis fonética, es una obra de porfiada observación y profundo estudio.

Las páginas que el cronista, siguiendo su viaje, consagra luego á las comarcas de Santa Pau, San-

ta Margarita de Cot, Finestras, el valle de Hóstoles y Amer, son quizá las que están escritas con más conciencia y las que pueden ser de más utilidad.

Da noticias curiosas, y ciertamente poco sabidas, sobre los *nobles* de Porqueras, después barones de Santa Pau; visita la iglesia y el castillo, hoy convento de monjas, y copia lápidas é inscripciones; recorre los alrededores y sube al cráter de Santa Margarita de la Cot, entregándose á científicas y oportunas observaciones sobre los volcanes; llama la atención sobre los objetos antiguos y artísticos que encuentra en el santuario *dels Archs;* dedica una página interesante á la iglesia y al castillo de Finestras, y después de describir los amenos sitios que atraviesa, marcando sus impresiones, llega á la población de Amer, donde se detiene á explicar lo que existe del antiguo Real monasterio de Santa María y á copiar unas lápidas sepulcrales del siglo xv y una inscripción hebrea que encuentra en una casa.

El viaje termina con una excursión á la pintoresca ermita de Rocaborba y la llegada á la inmortal Gerona, á la que sólo consagra algunas líneas.

Tal es, aunque muy en resumen, el libro sobre el cual me dispensó la Academia el honor de pedirme dictamen. En él abundan las descripciones poéticas, se ponen de manifiesto los conocimientos arqueológicos y artísticos del autor, se dan noticias curiosas é instructivas, se hacen oportunas observaciones sobre todo lo que se encuentra al paso, y se explica lo que hoy nos queda de muchos monumentos, algunos de ellos casi ignorados, que fueron esplendor de aquella comarca y gloria del arte.

Otra cosa hay muy digna de notar en esta obra. El autor la ilustra con viñetas, procedentes todas de dibujos ó calcos hechos por él, con lo cual con-

sigue poner de manifiesto, de una manera muy útil é instructiva para los lectores, los monumentos, lápidas, estatuas, inscripciones, bajo-relieves y objetos diversos que más fijaron su atención.

Sólo en una cosa es deficiente este libro, y he procurado ya hacerla notar al paso. Merecía que el autor, pues sobrados empujes se le notan para ello, hubiese dado más valor y realce á las tradiciones históricas y á los hechos y sucesos; en una palabra, á las gestas que viven aún por fortuna en aquellas comarcas.

Solamente con Ripoll y Gerona tenía bastante para ello. No se puede ni siquiera citar el nombre de Ripoll sin evocar el recuerdo de aquellos nobles condes de Barcelona, gigantes de nuestra historia, cristianos héroes de la reconquista, reyes y caballeros, legisladores y soldados, que mientras iban reconstruyendo la patria iban levantando el grandioso monasterio de Santa María, al cual escogieron para tumba de sus huesos y archivo de sus memorias.

Ni cabe tampoco citar el nombre glorioso de Gerona sin recordar la homérica historia de aquella ciudad, cien veces inmortal, cuyo nombre hubieron de dar como timbre, más que como título, á los herederos de su corona, aquellos altos y poderosos reyes de Aragón, de eternas é inmarcesibles glorias, que en vano pretenden amenguar los que olvidan ó desconocen lo que fueron aquellos monarcas y lo que fué aquel pueblo por ellos sabiamente regido.

No hubieran estado de más al final del precioso libro del Sr. Arabía algunas páginas de honor en recuerdo y loa de Gerona, de aquella Gerona que los reyes de Aragón, espejo de toda cortesía y de toda nobleza, consideraban como escudo y propugnáculo de su independencia; de aquella Gerona que en tiempo de Pedro el *Grande* fué heroico pa-

ladión de la casa aragonesa, resistiendo á todo el poder de Francia y dando nombre inmortal á Ramón Folch de Cardona su defensor, á quien llamaron el *prohombre* y á quien llevaron á enterrar á Poblet, en cuyo sepulcro se leía que era conde entre los reyes y rey entre los condes; de aquella Gerona que á comienzos de este siglo, con el estrenuo general Alvarez, supo abatir la soberbia de las águilas francesas como antes había humillado el orgullo de sus lises; de aquella Gerona, en fin, que haría aún alzar de su tumba á los que fueron sus héroes y defensores, para coronar con ellos sus murallas, el día que pudieran volver á verse en peligro la independencia y la unidad de España.

Esto es lo que, cumpliendo con el encargo de esta ilustre Academia, se me ha ocurrido decir acerca del libro *De Ripoll á Gerona*, escrito por don Ramón Arabía.

Madrid 28 de Noviembre de 1884.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

AL QUE LEYÓ D. CELESTINO PUJOL Y CAMPS

EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, EL DÍA DE SU RECEPCIÓN

(18 DE ABRIL DE 1886)

Señores Académicos:

El joven modesto y temeroso que acaba de abandonar esta tribuna para ir á recoger de manos de nuestro ilustre Presidente la medalla con que ha de honrar su pecho, no es ciertamente para vosotros ningún desconocido. Su nombre os era ya familiar, como lo fué también para todos vosotros el de su padre D. Joaquín Pujol y Santo, á cuya honrada memoria me veo obligado á consagrar un recuerdo, seguro de interpretar con ello los sentimientos de la Academia.

El Sr. Pujol y Santo, á quien por espacio de muchos años me unieron lazos de sincera y profunda amistad, amistad comenzada un día por un suceso singular que hubo de dejar huella en su vida y en la mía; el Sr. Pujol y Santo, repito, mereció bien de la Academia en las varias ocasiones que ésta tuvo de examinar y aplaudir los trabajos de su celoso correspondiente. En nuestro Archivo se conservan, inéditas aún, algunas memorias que sobre puntos difíciles de ciencias históricas escribió el Sr. Pujol y Santo; en nuestra Secretaría constan los informes y consultas que evacuó, así como las minutas de diferentes comunicaciones, que se le dirigieron en distintas épocas, ya con plácemes, ya con votos de gracias, ya encomendándole delicadas comisiones, ya excitando su celo. ¿Excitar su celo, dije? No, por cierto. El celo era cosa natural y ordinaria en el Sr. Pujol y Santo. Se entre-

gaba con gran solicitud á la arqueología, á la numismática, á las ciencias históricas. Emprendía fatigosas excursiones sólo para procurar una noticia á la Academia ó satisfacer una de sus consultas; recorría comarcas dilatadas para estudiar un monumento ó copiar una inscripción; daba sumas crecidas para recoger un objeto arqueológico cualquiera y salvarlo así de la ruina ó del olvido; pasaba días enteros bajo un sol abrasador y noches en blanco para dirigir y organizar las exploraciones de la antigua Empurias. En una palabra, llevaba á cabo toda clase de cosas extraordinarias con tan poca pretensión, que cualquiera las veía como las más naturales del mundo, hasta que, reflexionando sobre ellas, llegaba á comprenderse su verdadera y trascendente importancia.

Consiguió de esta manera hacerse con un verdadero museo, admiración de propios y de extraños, del que luego cedió hidalgamente buena parte para contribuir á la formación del que hoy ostenta Gerona con orgullo; museo por él principalmente creado á costa de continuos desvelos y extraordinarios sacrificios. También Pujol y Santo y su hijo Pujol y Camps, aun cuando éste más activa y principalmente, fueron, como Vicepresidente el primero y Secretario el segundo de la Comisión de monumentos, los que tomaron á su cargo la difícil empresa de iniciar y organizar la suscripción nacional, años antes fracasada, para dar decorosa tumba y monumental panteón á los restos y memoria del ínclito general D. Mariano Álvarez de Castro. Gracias á los cuidados y solicitudes de entrambos, gracias á los generosos patricios que acudieron á secundarles, el héroe defensor del Propugnáculo español descansa hoy su sueño de muerte en urna de mármoles y de jaspes, labrados por el arte, á los pies del santo patrón de Gerona la inmortal, de aquella Gerona que ya casi ha tomado á nuestros ojos el

carácter de tradicional y legendaria, y cuyas murallas se nos aparecen con frecuencia envueltas en misteriosas nieblas, como si fuera que éstas bajasen á recoger, para exaltar al cielo, las gotas de sangre que allí dejaron al morir por la patria los mártires de nuestra santa independencia.

Hijo de aquel meritorio correspondiente vuestro, á quien Dios quiso otorgar el inefable júbilo de que pocos momentos antes de morir recibiera la noticia de que el heredero de su casa y de sus inclinaciones tenía asiento en la Academia, es el que por vuestra bondad y vuestros votos viene hoy á ocupar el sillón núm. 29, en que un día se sentaron Sáinz de Andino y Fernández de Castro, dos glorias de la cátedra y de las ciencias, á quienes bien puede tomar como modelo y como ejemplo el novel Académico.

Activo y celoso como su padre, amante como él y entusiasta de la Academia, D. Celestino Pujol y Camps es uno de los arqueólogos que cultivan con más constancia la numismática española, debiéndosele la publicación de un extraordinario número de monedas.

Desde 1866 era ya nuestro Académico correspondiente. A 2 de julio de dicho año fué admitido en nuestra Corporación, presentado por su ínclito maestro D. Antonio Delgado, de quien tan gratos recuerdos se guardan en este instituto. Fundó el Sr. Delgado la propuesta del Sr. Pujol en su acertada colaboración á la obra de Heiss *Monedas hispano-cristianas después de la invasión de los árabes*, y también en sus descubrimientos y clasificaciones de monedas inéditas, cuyos trabajos le valieron ya en abril de 1866 su admisión como miembro de la Sociedad francesa de numismática y arqueología.

Más de diez y siete años de antigüedad lleva, pues, el señor Pujol y Camps en la Academia de la Historia, habiendo desde aquella fecha prestado

servicios que merecen consignarse y que importa hacer constar, hoy que tantas reputaciones se improvisan con las fáciles alabanzas de recomendados sueltos, y á tan altas posiciones se llega á veces, no por virtud de méritos y servicios, sí sólo por merced de intrigas y cábalas que saben poner en juego turbas complacientes y organizadas de turibularios sectadores.

Quince años estuvo el Sr. Pujol y Camps en la Comisión provincial de monumentos de Gerona, y en ella diez desempeñando el cargo de Secretario, iniciando unas veces desde este puesto y secundando otras, con el celo, laboriosidad y constancia de su padre, diferentes empresas y publicaciones, que merecieron plácemes y loas de la Academia, la cual muchas veces hubo de fijar admirada su atención en el gran número de sociedades, libros y proyectos que aparecían en aquella Gerona, heroica é inmortal un día por las armas, y que, ganosa todavía de más prez y mayor lauro, solicitaba entonces de las artes, de las ciencias y de las letras otro puesto tan alto, por lo menos, como el que justificadamente le habían ya alcanzado series no interrumpidas de gloriosas jornadas militares y debeladores triunfos.

Así fué como Pujol y Camps llegó á ser otro de los fundadores de la *Asociación literaria* de Gerona, que lleva diez años de existencia, premiando anualmente *Monografías históricas*; así fué también otro de los fundadores y redactores de la *Revista de Gerona* primero, y más tarde de la *Revista de ciencias históricas*, publicaciones notables entrambas, cuyo nombre tantas veces ha sonado en nuestros debates académicos; así lo fué del *Memorial numismático español;* así escribió su libro de *Gerona en la revolución de* 1640, laureado en público certamen; así redactó, en colaboración con D. Pedro Alsius, el *Nomenclator geográfico-histórico de*

la provincia de Gerona desde los más remotos tiempos hasta el siglo xv, así compuso el *Empurias y Rhode numismáticas*, libro que forma la mejor parte del tercer tomo en la obra monumental de nuestro Delgado, quien confió á su discípulo el artículo de Empurias, quizá el más difícil y complicado de la obra; así mereció ser admitido por sus trabajos en el *Instituto arqueológico de Roma;* y así, por fin, ha escrito artículos diversos y monografías interesantes sobre asuntos históricos y arqueológicos, siendo de ello manifiesta demostración nuestro *Boletín*, del que es uno de sus constantes redactores.

Yo sé bien que no es costumbre entrar en tantos detalles al recibir á un nuevo Académico; pero importaba á mi objeto consignar todo esto para demostración de que la Academia premia ante todo y sobre todo el mérito, en especial cuando va unido á la laboriosidad, al trabajo y á los servicios honorablemente prestados y lealmente reconocidos.

Este fué siempre el timbre de la Academia; tal su costumbre; y ocasión es esta de consignarlo y repetirlo, ya que no todos quizá quieren reconocerlo así. La fuerza de este Instituto y su vida propia están precisamente en su rectitud y en su justicia. Reconoce los servicios que se prestan; admira el trabajo donde lo encuentra; premia el estudio, el mérito y el talento en quien quiera existan, y busca, y escoge, y llama á su materno seno, lo mismo á los que viven en el obscuro hogar de una provincia lejana, que á los que se agitan en las tumultuosas asambleas de la Corte; lo propio al modesto y al humilde que al poderoso y al encumbrado, al que milita en un bando como al que milita en otro, mientras todos se presten á mantener el culto de la historia patria y á perseguir la disquisición de la verdad histórica.

De aquí que la Academia haya vivido y viva para vivir siempre, porque es la suya la vida de la

fe, de la libertad y de la ciencia. De aquí el que haya logrado mantenerse entera, incólume y congruente en medio de todos esos torbellinos y de todas esas obscuridades en que á veces nos vimos envueltos; de aquí el que en medio de esa atarantada confusión de lo falso y de lo verdadero, de lo justo y de lo injusto, de lo hermoso y de lo feo, haya sabido siempre conservar su camino y guardar su fe, marchando lentamente con el progreso y con el siglo, y siempre serena y tranquila, sin hacer caso ni de los desamorados que desmayan, ni de los indoctos que zahieren, ni de los maldicientes que murmuran, ni de los temerarios que se imponen, firme en sus propósitos, confiada en sus destinos, fuerte contra las preocupaciones y los errores del momento, y sorda lo mismo á la gárrula lisonja que á la crítica inciente.

Sí, por esto ha vivido, por esto vivirá; por esto será amada, porque sabe amar; por esto será de todos respetada, porque á todos respeta.

Unas veces el que entra por esa puerta, neófito y catecúmeno, es el orador esclarecido, el estadista ilustre, el que con su voz dominó las tormentas parlamentarias, el que habiendo presidido asambleas y consejos de ministros, viene modesta y resignadamente á ser aquí presidido por un compañero humilde, hasta que, andando el tiempo, pueda elevarle el voto de todos á la sede directoral; otras es el general aguerrido, á quien la vida del campamento no hizo olvidar el culto de las letras y su afición á la ciencia, que le ayudó á disipar las nieblas de la historia. Unas veces es el marino esforzado, que con serena frente desafió los huracanes y tempestades del Atlántico, llevando á remotos países el nombre y la gloria de la patria española; otras es el prócer eximio, que á sus altos títulos hereditarios une los de lírico excelente y preclaro prosador, con la gloria de haber figurado entre los

caudillos de la juventud gallarda que en el primer tercio de este siglo comenzó aquel renacimiento romántico, para el cual tantos desdenes parecen abrigar hoy algunos que sin él no existieran. Ayer fué el geógrafo experto, que con previsora iniciativa encamina las exploraciones comerciales y científicas á playas y á regiones en quienes España debiera tener fija siempre su atención y su mirada; hoy es el americanista entusiasta, que recaba para nuestra patria las glorias, civilización y destinos de aquellos países que brotaron del seno de tenebrosos mares al *fiat* generador del arriscado nauta.

De par con el tribuno ardiente, de pasmosa erudición y de celebridad europea, en quien parece haber encarnado el espíritu de Cicerón y de Demóstenes, entra el modesto epigrafista y el humilde arqueólogo, que pasó gran parte de su vida interrogando á las piedras para descubrir los arcanos y secretos de la historia. Apoyándose en el brazo del letrado eminente que representó á España en las embajadas y en los congresos europeos, se adelanta el prelado venerable que hizo oir su palabra discreta en los concilios.

Aquél es el arabista á quien el estudio de los libros muslímicos reveló sucesos que cambian profundamente los anales de la historia; éste es el erudito que vive en las edades antiguas y en las ciudades ya desaparecidas, tan conocedor de sus cosas y costumbres y tan hallado en ellas, que no parece sino que hubo de vivir en aquellos tiempos y en aquellas generaciones, para él tan familiares; este otro es el cronista incansable, que en interesantes monografías va narrando historias de sucesos particulares; aquel de más allá es el literato laborioso, de experiencia notoria y de consejo solicitado; y estos otros son los que con talento superior y loable celo confirman, comentan, compilan ó ilustran la obra monumental comenzada por el

P. Flórez, las actas y cuadernos de cortes españolas, los manuscritos raros del *Memorial histórico*, y la reproducción de libros importantes y curiosos agotados y desconocidos desde remotos tiempos.

Todos se reunen y congregan solícitos en la casa solariega, sin necesidad de previo aviso, el día señalado: uno llega de la tribuna política, donde su voz acaba de levantar tempestades provocando arrebatos de fiebre y de pasión en sus oyentes; otro baja del púlpito, á cuyo pie los fieles postrados de hinojos, inclinada la frente y el alma en éxtasis, oyeron sus palabras de paz y de consuelo; éste ni siquiera tuvo tiempo de sacudir el polvo secular recogido en el archivo donde pasó el día registrando viejos pergaminos; aquél no alcanzó aún á descansar de sus fatigas en estrados, defendiendo al huérfano infeliz, á la atribulada viuda ó al reo desdichado; varios son los que llegan rumiando todavía los razonados y luminosos dictámenes á que hubieron de prestar reposada atención en los consejos á que el Estado les llama; no falta quien viene recapacitando las últimas frases dirigidas en la cátedra á la dócil juventud que acude para aprender la ciencia de sus labios; y mientras uno aparece, tranquilo y sosegado, después de ocupar sus ocios en reunir materiales para trabajos históricos, el otro se presenta preocupado, mohino y nervioso, concertando allá en su mente los puntos esenciales del artículo que destina al periódico del día siguiente para comidilla y discreteo de círculos políticos.

Pero aun siendo así, y cada uno con sus amores y sus cuitas, todos, al entrar por esa puerta, olvidan sus parcialidades políticas ó banderizas inclinaciones, y acudiendo solícitos, y fraternalmente unidos, como á sus agapes los cristianos primitivos, todos vienen aquí, en verdadera, práctica y honesta democracia, recogidos al amparo del Alma Mater de la Historia, á sentarse en torno de la modesta y

tradicional mesa de nuestras vigilias y tareas, para juntos comulgar con el pan bendito del amor á la ciencia y á los conocimientos humanos.

Esta es la casa, ésta la tradición y éstas las asambleas á que de hoy en adelante está llamado á concurrir con su presencia, su trabajo, su palabra y su voto el que acaba de bajar de la tribuna del neófito para venir á ocupar el sillón del Académico; el que con la lectura del discurso que acabáis de oir os ha dado manifiesta prueba de su labor provechosa, de su espíritu razonador y de su competencia en nuestros estudios favoritos.

Y por cierto, señores Académicos, que el discurso del Sr. Pujol y Camps da lugar á profunda meditación y á singular enseñanza, habiendo despertado, sobre todo en mi ánimo, á la par que cierta sensación de honrado remordimiento, memorias de sucesos relacionados con estudios y ocupaciones de mi juventud.

Señores Académicos: dos autores existen en quienes yo adoraba, y en quienes desde el aula venía yo creyendo como se cree en la luz y en la verdad evangélica, gloria el uno de las letras lemosinas, gloria el otro y monumento de las letras castellanas. Niño era yo todavía, cuando una casualidad afortunada puso en mis manos la *Crónica* de Ramón Muntaner, libro que no puede menos de leerse con aficionados ojos por sus donairosas narraciones. Sus paisajes me embelesaban, y no recuerdo haber gozado mayor placer de lectura en mi vida. Nada comparable á aquella sencillez encantadora, ni á la manera aquella de narrar diestra y hábilmente los sucesos; nada que pueda asemejarse á aquella facilidad de estilo y de lenguaje, ni á aquel rumboso alarde de imaginación para referir de un modo natural, ingenuo y ordenado los sucesos de una época por un testigo de vista. Fuí creciendo en el cultivo de las letras y en el amor á

Muntaner, de quien todos rompían en alabanzas, siendo de ellas eco fiel y prolongado el aula del profesor, las conferencias del maestro, los artículos del crítico, la monografía del historiador, el libro del erudito, el drama del poeta. Y aun hoy, aun hoy, siguiendo el error tradicional, todos continúan exaltando á Muntaner como hombre de verdad y de fe, como cronista imparcial y verídico.

¡Qué decepción la mía, señores Académicos, y qué gran amargura cuando los estudios que hube de hacer para mi *Historia de Cataluña*, honradamente emprendida bajo la fe de Muntaner, me convencieron de que la bella crónica de éste, históricamente considerada, encerraba grandes falsedades!

Hoy es Pujol y Camps quien nos presenta á Melo como un día apareció á mi vista Muntaner.

¡Y qué, *tu quoque*, tú también, Melo inmortal, timbre y esplendor de nuestros clásicos y de nuestras letras, tú también apareces hoy ante la posteridad como reo de haber quebrantado la verdad histórica!

Podrá ser cierto, lo será, lo es sin duda; pero qué, ¿debemos por esto renunciar á Melo, que es realmente en la historia de nuestras letras quien enlaza á Cervantes con Camoens? ¿A Melo, que es en nuestra literatura la encarnación más viva y esplendente de la Unión Ibérica, gran ideal de paz y de luz que debiéramos perseguir siempre con afán y cariño los de allá y los de aquí? ¿A Melo, que es español, peninsular, ibérico hasta en sus pasiones y en sus venganzas, si es que pudiera resultar su libro una venganza?

No, no en verdad. Ya sé yo ahora que ese Pablo Clarís, de virtudes romanas, alcanzó agigantadas proporciones en el libro á grandes trazos escrito por el mísero preso de Lisboa; ya sé yo ahora que esos discursos titolívicos, cuya lectura me hacía estremecer de orgullo y patriotismo, son retóricos

artificios; ya sé yo ahora que esas turbulencias y esas noches de horrores y de sangre tan magistralmente descritas, son bellísimos trozos de arrebatadora poesía puestos en admirable prosa; ya, ya sé yo ahora, también, que esas estatuas de grandes hombres, talladas en una sola pieza á lo Miguel Angel, son creaciones de una fantasía electa; pero, de todos modos, si la obra de Melo es infiel en detalles y errónea en la manera de ordenar y relatar los sucesos por falta de esa nimia y acaso extrema atildadura que exigen hoy los naturalistas de la historia, no destruye en cambio el carácter, ni el espíritu, ni la tendencia de aquel movimiento, que debiera ser pregón de grandes enseñanzas; pero, de todos modos, queda siempre en pie, flotando sobre todo, el gran sentido eminentemente práctico y patriótico de aquella época y de aquellos patricios catalanes, tan hidalgos y porfiadamente amantes de sus instituciones; pero, de todos modos, por fin, si se borra de las páginas de la historia la figura del diputado eclesiástico, aparecen en cambio acentuadamente marcadas las siluetas del diputado militar y del representante del pueblo, que resultan ser el alma de aquella revolución memorable, emprendida en vindicta de agravios recibidos y de libertades patrias ultrajadas por ministros provocadores y temerarios.

Es posible que Melo, dejándose arrebatar por su imaginación espléndida, haya disfrazado en parte la verdad histórica, arreglando á su gusto los sucesos; pero, esto no obstante, oídme... oídme, y perdonadme, señores Académicos.

Cuando lleguen esos días de abrasador estío que nos obligan á salir de la Corte para buscar el descanso á nuestras tareas de invierno, yo he de continuar llevándome á mis soledades veraniegas los pocos libros favoritos que me acompañan siempre, para matalotaje de espíritu y entretenimiento de

ocios; y así como entre ellos no ha de faltarme nunca Horacio, breviario del poeta, así nunca tampoco he de olvidar á Melo, consultor del estadista y del político.

Y continuaré deleitándome en su lectura; y proseguiré enardeciendo mi vieja sangre con sus patrióticos arrebatos; y devoraré sus capítulos con el mismo entusiasmo de otros días; y tornaré á leer aquellas páginas escritas en prosa vigorosa y robusta, como de mano avezada á empuñar á un tiempo espada y pluma; y aprenderé de memoria aquellos párrafos tan esculturales y tan bellos, que de seguro no pasaron á la imprenta sin antes recibir la última caricia del cincel y de la pluma; y me inspiraré, buscando provechosos ejemplos, en las páginas de aquella obra admirable; y estudiaré, por fin, y comentaré los sucesos que nos narra, aun á trueque de decir en voz muy baja:—Ya sé que esto no es verdad, pero lo creo.

He dicho.

LAS LITERATURAS REGIONALES

DISCURSO DE RECEPCIÓN

EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(25 FEBRERO 1883)

Señores Académicos:

A vuestra bondad, que no ciertamente á mis merecimientos, por demás escasos, y á otro móvil quizá también, en vosotros patriótico y levantado, al deseo de que pudieran tener aquí legítima representación las literaturas regionales que son honor y timbre de nuestra patria española, es solamente á lo que debo, suma gloria para mí, la honra de presentarme á ocupar hoy el sillón en que el ilustre Académico *D. José Selgas y Carrasco* hubo de sentarse un día, con aplauso tan universal y solemne, como unánime y profundo fué el duelo que por su muerte sintieron, y sienten todavía, y aun han de sentir todavía más, las letras nacionales.

Por lo que á mi gratitud atañe, señores Académicos, sólo puedo deciros que es tan grande como grande fué vuestra benevolencia, único medio posible de que abrirse pudieran para mí las puertas de la Academia. Y por lo que toca á mi noble antecesor el *Sr. Selgas y Carrasco*, ¿qué puedo deciros de él que antes vosotros no hayáis sentido, y que consignado no hayan antes con crítico elogio la prensa periódica, con panegírico recuerdo la opinión pública, con solemne manifestación las letras patrias?

Fué escritor correcto, hablista puro, poeta gallardo, prosista superior, selecto literato, de agudo ingenio y de ática forma. Nació para vivir siempre. Su nombre quedará consignado en el libro de ho-

nor de nuestra literatura, que no es fácil, ni posible, escribir la historia de nuestras letras, sin recordar al que en poesía contendió con los primeros, al que sobresalía como prosista entre los de más talla, y al que inició en España un género que alcanzó propaganda y tiene escuela. Pertenecía *Selgas* al reducido número de los que piensan y escriben, no con el ajeno, mas con el propio discurso, y era de aquella singular progenie de literatos á quienes el voto público otorga derecho de ser alzados sobre el pavés.

Indiqué antes, señores Académicos, cuál debió de ser el secreto que en vuestra bondad pudo influir para señalarme asiento á vuestro lado, ya que por propios méritos no lo tuviera, y esto me induce á escoger, para proposición de este acto, un tema que nos obligue á discurrir sobre el significado é importancia de las literaturas regionales, y á examinar un grave problema, á cuya resolución hay que ir con inflexible pero prudente firmeza.

Aquellos yerran que al escribir la historia de las letras españolas reducen todas sus glorias á la literatura castellana. Eximia es ésta y superior, como puede serlo la primera y más principal del mundo, en el que acaso no reconoce rival; basta ella sola para gloria de una nación, siquiera sea ésta la poderosa España; pero mayor ha de ser el timbre y más de envidiar el lauro, si ya con cinco literaturas, que no con una sola, puede nuestra nación presentarse á contender en el palenque ó concurso de las naciones literarias.

Las provincias catalanas, con Valencia y las Baleares, tienen una literatura. La tienen los éuskaros, los gallegos y los astures.

De estas literaturas, llamémoslas regionales, no se dice tal vez todo lo que se debiera por lo mucho que ellas valen y merecen. Es, quizá, que son poco conocidas, y, por lo mismo, poco estudiadas.

Prescindiendo aún de la lusitana, que en el haz se encuentra de las glorias y de las literaturas ibéricas, no se pueden pasar en silencio esas otras que escritas están en lenguas que no dejaron de contribuir, y poderosamente alguna de ellas, á formar la hoy magistral y solemne lengua castellana.

Esto sucede al bable, al gallego, al mismo catalán, este último en su calidad hereditaria del provenzal; aun cuando no así suceda con el éuskaro, que, por una especie de milagro, cuando no sea por una gran fortaleza y conciencia de superioridad, vive independiente, primitivo y libre, sin trato, ni roce, ni confianza con sus vecinos, en medio de todos esos dialectos romances que se formaron al descomponerse la lengua del Lacio.

De cualquier manera, glorias españolas son, y legítimas, y puras, como de patriarcal y honrado abolengo todas.

¿Qué nación, por opulenta y poderosa, dejaría de aceptar como joyas de su literatura nacional esas bellas poesías en todos géneros, y en los diversos dialectos de la lengua éuskara escritas, que anuncian una robusta vitalidad poética en la raza varonil de esos hijos de Aitor, que se llaman, y lo serán sin duda, los últimos iberos, y que pretenden tener, y acaso la tengan, una lengua prehistórica, no por menos conocida más desdeñada, ni por más desdeñada menos maravillosa?

El movimiento literario de la moderna Euskaria, pueblo de aborrascada historia, se revela con todo el vigor de la juventud y de la lozanía.

Cataluña llevó á aquel país la institución de los Juegos Florales, y esos certámenes literarios dieron vida y actividad á toda una raza de poetas que indolente permanecía, ó dormida, en aquellos rientes y pintorescos valles, tan á menudo cruzados por arroyos de sangre fraternal, que el mar Can-

tábrico besa con sus espumas oceánicas y cierra el abrupto Pyrene con sus riscosas soledades.

No blasona de remota antigüedad la poesía éuskara: moderna es, de nuestros días; pero sus poetas están cortados á la antigua, nacen formados y adultos, con los bríos mismos y desfogues que pudieron tener los autores de aquel famoso *Canto de Altabiscar*, que podrá ser más ó menos antiguo, lo cual no es para debatir en este instante, pero que, más antiguo ó más moderno, es un monumento de gloria con sobra de ésta para enriquecer á toda una serie de generaciones literarias [1].

Más justas pretensiones tiene á la antigüedad la literatura gallega. Sus títulos son legítimos, sus blasones honrosos, heredada su historia, puras sus tradiciones; y su idioma, el más dulce acaso que se conozca para cantar las tristezas y dolores de un alma herida, podrá ser efectivamente un dialecto, como se empeñan muchos en llamarle, pero es el dialecto al que cabe la honra de haber engendrado la lengua portuguesa. En habla gallega cantó sus loores á la Virgen Soberana el rey D. Alfonso X con sus inmortales *Cantigas;* en habla gallega moduló sus dulces endechas de amores el triste Macías, y en habla gallega probó á escribir la primera y, por consiguiente, más antigua poesía que puede presentar la historia literaria de estos reinos, el trovador provenzal Rimbaldo de Vaqueiras [2]. La moderna literatura gallega, por lo que toca á su lírica especialmente, tiene ya derecho á ser reconocida y honrada. Al escribir los fastos de nuestras modernas letras españolas, no se puede prescindir de dar ya á esa literatura el puesto de honor que le corresponde, digna y gallardamente conquistado por los hijos del Miño en obras superiores y valiosas, algunas de las cuales están destinadas á alcanzar la vida que el tiempo concede á lo que es merecedor y digno de vivir con él.

También en esa noble región galaica asentaron su real los Juegos Florales, que con su histórica divisa de *Patria, Fides, Amor*, allí llevó la propagante Cataluña; también al calor de esas justas poéticas, que facilitan á todo movimiento literario los medios de difundir la ſe de su realeza y de su vida, nuevos poetas han surgido reclamando con su existencia el derecho á la existencia; pero no debe, sin embargo, Galicia su moderna é inspirada lírica sólo á esos certámenes. Vivía ya la poesía en su seno, germinaba en sus entrañas, estaba en la cripta de su apóstol, que acudían á visitar romeros llegados de todas las partes del mundo, en su propia lengua dulce y armoniosa como el son de la lira que hiere el plectro, en sus iglesias románicas y en sus mares extensos, en sus deliciosas florestas y en sus cielos aborregados, en esa misma nostalgia que, por un arcano inexplicable, es común á los hijos que abandonan la patria gallega y á los que en ella permanecen. Sólo necesitaba su poesía un impulso, sólo necesitaba revelarse, para nacer dulce, rica, briosa, sonora, como es fama, según añejas tradiciones, que existía el oro en las entrañas de un monte sagrado que se alzaba en sus fronteras, oro que ni á costa de los más rudos trabajos conseguía encontrarse, pero que brotaba espontáneo, en abundante y caudaloso criadero, como presente de los dioses, cada vez que el rayo bajaba á herir la tierra [3].

Al otro lado de los montes herbáseos, existe un pueblo á quien da singular origen una tradición poética. Cuéntase que, cuando la destrucción de Troya, la Aurora, deshecha en lágrimas, envolvió bajo los pliegues de su intensa cabellera al griego Astur y á sus compañeros, y, hurtándolos al desastre, los trasladó á una comarca ibérica, orillas de un río que de su nombre se llamó Astura, y hoy es el Ezla. Esta raza, de tan literario origen,

milagrosamente escapada á la destrucción de Troya, es la que estaba predestinada á salvarlo todo en España, después de la sangrienta rota á orillas del Guadalete: independencia y libertad, leyes y culto, lengua y literatura, historia y honra.

No estoy llamado aquí, ni es esta tampoco la tribuna propia, á cantar las glorias del pueblo astur. Consignadas están en nuestros patrios anales. Favorecidos por esa vertiginosa rapidez con que domina el valor, comparable sólo á la ciega premura con que se impone el miedo, se apoderaron los árabes de nuestra Península. Todo sucumbió ante ellos, todo ante ellos hubo de postrarse, ó decadente ó medroso, excepción hecha de un puñado de montañeses que, recogidos en las asperezas del Auseba, y apellidando patria, alzaron con alentoso empeño el trono que legar debían luego á León y á Castilla, y con él la lengua y el culto, las leyes y las costumbres de los vencidos.

Conforme iba aquella nacionalidad valerosa extendiendo los aledaños de la monarquía, así iba adelantando la lengua y aceptando gran copia de modismos y de frases orientales; al propio tiempo que, como luego he de consignar, admitía también la influencia provenzal que en ella logró ingerirse, merced á la importancia que aquella literatura tomó en la corte de los reyes y en las congregaciones de los pueblos castellanos. Pero mal avenidos andaban con esto los indomados astures, que tenían á honra no confundir su lengua con la de los árabes, como no habían querido aceptar el roce con sus huestes, á las cuales opusieron por muralla sus ásperos y difíciles valladares, y aun otros valladares, todavía más ariscos é inexpugnables, los de sus desnudos pechos y de sus recios propósitos.

Quedan muchas obras, sobre todo poéticas, escritas en habla asturiana, por lo común llamada

bable. Aun cuando el movimiento literario de los astures no haya progresado con el patriótico entusiasmo del éuskaro, la decidida persistencia del catalán ó la creciente inspiración del gallego, no por esto deja de tener valiosos monumentos literarios que señalan y fijan su existencia [4].

Hay otra lengua y otra región española cuya literatura viene hace siglos coexistiendo con la castellana.

Desde los límites del antiguo *Templum Veneris* de los romanos, hasta llegar á las que fueron fronteras del reino de Granada y de las Alpujarras, costeando siempre el Mediterráneo, que es el mar de nuestras tradiciones; desde la primera fortaleza que en un estribo de los Pirineos orientales alzaron aquellos héroes de la Reconquista, coincidentes con los astures, y á quienes se llamó los *Barones de la fama*, hasta el primer presidio que adelantado á sus fronteras sobre el mar latino tenían los árabes; en una palabra, desde el Cabo de Creus hasta el de Palos, ocupando el Este de España, y salvando el mar para espaciarse en las florígeras Baleares, se extiende, con sus varias ramificaciones y dialectos varios, la lengua que tuvo su origen literario en la de aquellos trovadores provenzales que, adelantándose seis siglos á esas mismas ideas de libertad, de civilización y de progreso que informan hoy los códigos de los pueblos más avanzados y liberales, las proclamaron desde su tribuna de Tolosa, la Atenas occitánica, y las mantuvieron con su sangre y con su vida en los campos de Muret y en las hogueras de la Inquisición.

Mantenedor de esta lengua en España es el pueblo que vive á orillas del mar azul, acariciado por sus dulces brisas, fortalecido por sus heroicos y populares recuerdos, con sus tradiciones helénicas y románicas, y á la sombra protectora de las dentelladas crestas del histórico Montserrat, donde

tiene la casa solariega de su religión y de su lengua, de su independencia y de sus leyes, donde está, con el santuario de su Virgen querida, *la morenita de las montañas*, el santuario también de sus glorias; que si en lejanos tiempos el Montserrat pudo ser propugnáculo de los reconquistadores de la tierra, en los nuestros ha sido muro infrangible que por virtud ha detenido el empuje de los batallones imperiales que pretendían arrebatar á España su gloriosa independencia.

Bien hallado con sus tradiciones y su lengua, vive allí un pueblo austero en sus costumbres; firme en sus propósitos; sobrio en sus apetitos; rebelde á la imposición, si á la amistad sumiso; como su idioma, severo; avaro de frases aunque no de favores; emprendedor y valeroso; porfiado en el trabajo, que es para él un culto, y tan amante de su tierra que, aun cuando por ventura se ausente empujado por azares ó solícito de medros, á ella vuelve siempre para hacerla heredera de sus bienes y tumba de sus huesos.

A este pueblo pertenece la literatura levantina que, con su moderno y extraordinario renacimiento, llama hoy poderosamente la atención de los extranjeros, que acuden diligentes á estudiarla [5].

Ahora bien, señores Académicos, ¿á qué obedece el despertar de nuestras literaturas regionales?

Hoy se mueven y se agitan, llenas de vida, de actividad, de movimiento, esplendentes de luz, de arte, de brillantez, de irradiación y de colores.

¿A qué ley histórica, á qué principio, á qué sentimiento, ó á qué instinto puede obedecer esto?

Por ley natural del progreso, las sociedades humanas tienden á la unidad. Así se han ido formando las grandes naciones, España, Francia, Alemania, Italia... Así se formará, ó por mejor decir, volverá á formarse un día la península ibérica.

Cuando nuestra nación tiende, pues, á extender sus fronteras y sus horizontes, ya que en justicia debemos abrigar el generoso pensamiento de la nacionalidad ibérica y el latino propósito de repetir algún día, con respecto al África, el inmortal *teneo te* de Scipión el Africano, ¿cómo se explica que las literaturas regionales, y hasta el espíritu regional, se levanten soberbios, en son de independencia, que algunos traducen, ó incautos ó malévolos, por separatismo?

Cuando las naciones, no contentas aún ni bien satisfechas todavía con su unidad política, buscan en sus consanguíneas nuevos medios de enlace y de unión en la raza é intiman relaciones con la perspectiva de estrechas alianzas para el caso de futuros conflictos, ¿cómo se explica que regiones determinadas, en su habla regional, invoquen su historia y su pasado, levanten el ánimo de sus compatricios y aspiren á tener una literatura propia, emancipando, digámoslo así, su pensamiento y su lengua del pensamiento y de la lengua oficiales, aun reconociendo todo el peligro de la emancipación del pensamiento en literatura, que es el síntoma más característico de la nacionalidad, aun reconociendo todo el peligro que hay en el uso de la lengua propia regional, ya que la lengua es la patria?

Pues esto tiene fácil explicación. No la busquemos, que bien pudiéramos, en la natural ingénita propensión del individuo á recordar su pasado, la casa de su infancia, el nombre de sus padres; de las familias, á memorar sus blasones solariegos y su linaje; de las corporaciones, á sostener sus fueros y privilegios; de los pueblos, á celebrar sus fastos tradicionales. No la busquemos tampoco, que bien pudiéramos también, en la sospecha de que las antiguas nacionalidades históricas, mal avenidas con una organización exageradamente centra-

lizadora y uniforme, buscan en las tendencias literarias lo que otras corrientes no pueden ni deben procurarles.

Busquémosla en la ley natural, en la ley eterna, la cual hace que, así como los cuerpos celestes están sometidos á dos fuerzas mayores, ineludibles, la de atracción y la de repulsión, así las sociedades humanas obedecen á dos impulsos contrarios, la unidad por un lado, la independencia por otro, ambos antitéticos y ambos no obstante necesarios, como que son elementos de vida y de progreso.

Tiene, sin embargo, un peligro la unidad, el de la uniformidad; como también un peligro la independencia regional, el de la relajación.

Si la unidad es uniformidad, fácilmente puede convertirse una nación de hombres libres en una nación de siervos, y el siervo no tiene más lengua que la de su amo ni más patria que el suelo pisado por las plantas de su señor.

Si la independencia es extrema libertad, ataca al derecho; y al atacar el derecho provoca la lucha, y la lucha es la guerra, la guerra civil, la mayor y más desastrosa de las guerras, el suicidio de la patria.

La misión del legislador, en nuestros pueblos de raza latina sobre todo, está en hallar la forma que ponga de acuerdo la independencia con la unidad, equilibradas entrambas dentro de la armonía. Permitidme una comparación, demasiado vulgar tal vez: cuanto más numerosa y más varia es la diversidad de voces en un coro, más compacto resulta, más poderoso y fuerte, por virtud de la unidad y de la armonía. No hay que olvidar que la ley de variedad es ley de vida, y por lo mismo necesaria, pero en cuanto no atente á la armonía, que es también otra ley de vida. Así todas las pasiones y sentimientos humanos, por varios y contrapuestos que sean, están dentro de una sola vida; así

van á parar los ríos al seno de una sola mar, y al de una sola muerte los mortales.

Los hombres que han tenido el gobierno del Estado en sus manos, los que hoy lo tienen, los que pueden tenerlo mañana, han de ir, francamente y despojados de todo miedo doctrinario, á resolver el problema que se presenta como pavoroso en las modernas agrupaciones de la raza latina. Ellos deben fijarse en que el no satisfacer las exigencias provinciales justas, es despertar la exageración provincial y el recuerdo acaso de una nacionalidad perdida; ellos deben pensar que en países como el nuestro, la excesiva centralización política es la anestesia, es decir, la resolución de la conciencia y la parálisis de las grandes manifestaciones de vida de los pueblos, ya que el exceso de personalidad del Estado se forma á expensas del tanto de justa personalidad de las provincias; ellos deben discurrir que el habla nativa del país es el lazo que une el pueblo á la tierra, y hay que mantener el lazo para sujetar la tierra; ellos deben, por fin, tener en cuenta que es atentar á la unidad nacional herir en su dignidad el espíritu de provincia.

Lo que debe hacerse en política, hacerse debe en literatura; que tal es la condición de nuestra España, literaria y políticamente considerada, ya que resulta verdad en lingüística lo que resulta tal en política.

Cuanta más vida, y más vigor, y más entusiasmo, y más amor provincial ó local haya en los municipios, más vida y más fuerza nacional tiene el país. La nación es mayor cuanto mayores y más poderosas sean las provincias.

Así en literatura.

La lengua oficial ó nacional tendrá mayor fuerza, y más virtud ha de tener, cuanto mayor la tengan las regionales; que en éstas, no en las extranjeras, ha de ir á buscar los vocablos, las frases,

los modismos que para su perfección y belleza le falten.

Esto intentó un día el ilustre Jovellanos, quien tuvo la idea de formar un diccionario del dialecto asturiano, llegando á publicar el plan de esta obra, que malaventuradamente no pudo realizarse. Era proyecto de aquel esclarecido patricio contribuir con este propósito á enriquecer la lengua castellana, á fin de que ésta no se hiciera tributaria del extranjero aceptando frases, modismos y vocablos allegadizos y extraños, cuando mejores, y más propios, y nacionales sobre todo, podía proporcionárselos el habla asturiana.

Lo que con respecto al bable quería llevar á cabo Jovellanos, es lo que en más modernos tiempos realizó, con respecto al aragonés, un eminente literato, correspondiente vuestro en Zaragoza, señores Académicos, cuya muerte ha dejado en la región de las letras aragonesas un vacío que difícilmente podrá llenarse. Me refiero al Sr. D. Jerónimo Borao [6].

El desarrollo de las literaturas regionales, en mi opinión al menos, es la aurora de un día espléndido para España y, sobre todo, para la lengua y la literatura castellanas, que están destinadas á recoger el fruto y la herencia, y que hoy sobresalen, luminosas y atractivas, ensalzadas por extraños, lo cual es algo más que por propios, y tan seguras de las glorias históricas de su pasado como de las esperanzas legítimas de su porvenir.

De esa lengua y de esa literatura castellanas, nada ó poco al menos he de decir por mi parte, cuando todo lo dicen ellas por sí, cuando aquí estáis reunidos, en solemne Areópago, todos vosotros los ilustres del país, aquellos que por haber sido sus apóstoles y misioneros, hoy sois sus escogidos y custodios.

Reconociendo por madre la lengua latina, que es

la misma que tenemos todos nosotros, portugueses, castellanos y catalanes; aceptando el mismo origen y teniendo la misma tradición, la lengua castellana arranca un día de la cordillera cantábrica para ir avanzando, compañera fiel de la monarquía, hasta llegar á aposentarse en el corazón de España, desde donde, prolongándose por la reconquista hasta Tarifa y Cádiz de un lado, y por la paz hasta Huesca y Jaca de otro, partiendo la Península en dos mitades, y extendiendo sus brazos para alcanzar con uno el Atlántico en Santander, y con el otro el Mediterráneo en Málaga, hace á todas aquellas regiones y á entrambos mares tributarios de Castilla. No satisfecha aún, un día parte de Palos con Cristóbal Colón para cruzar los tenebrosos mares, y ser así la primera que aprenda el Nuevo Mundo al nacer a la vida de la comunidad y del progreso; otro día acompaña al Gran Capitán en sus jornadas de Italia; sigue luego á los ejércitos conquistadores de Carlos V; y ya, más tarde, con Cervantes, con Lope de Vega y con Calderón de la Barca, se hace admirar y aplaudir en todo el orbe.

No ofrece duda para mí, aun cuando lo contrario afirmen opiniones muy respetables, que si debe la lengua castellana muchas de sus excelencias y primores al influjo de los árabes, no debe menos tampoco á la influencia provenzal, ni es ésta menos eficaz en ella. Con particular empeño y con patriótica insistencia se ha querido negar esto último. En mi sentir, no puede sostenerse lógicamente esta opinión, pues la evidencia demuestra lo contrario.

Pudo dar origen á esta negativa un noble sentimiento patriótico, ya que, hasta muy modernos tiempos, y también por autores respetables, se ha confundido el provenzal ó lemosín con el francés, haciéndolos sinónimos, cuando nada tuvo nunca que ver la lengua de *oc* con la de *oil*, y cuando, sólo después de medio siglo de heroica resistencia,

pudo el francés dominar la Provenza, no sin tener que concluir antes con la lengua, con la literatura y con la nacionalidad de los provenzales.

De la influencia que éstos pudieron tener en la lengua y literatura castellanas no sabemos aún lo bastante, pues la obscuridad de aquella época y la falta de documentos nos cierra todo horizonte; pero á medida que vayan avanzando las disquisiciones filológicas á que con serena meditación y profundo estudio se entregan hoy algunos sabios de aquende y allende los Pirineos, podremos llegar á fijar nuestra opinión sobre este punto harto difícil.

Por de pronto, y sólo con el deseo de allegar materiales para que puedan ser útiles á los que este trabajo emprenden, he de permitirme, señores Académicos, consignar algunas observaciones y referir algunas particularidades relativas á este punto concreto, que hice un día objeto de pertinaces y predilectos estudios en tiempos para mí más venturosos. Algo de lo que voy á decir podrá ser de algunos conocido; pero algo he de decir también hasta hoy ignorado, ó que al menos, honradamente lo confieso, no llegó á mi noticia que antes se hubiese dicho.

Si la influencia lemosina en la poesía gallego-portuguesa está reconocida y confesada por vosotros mismos, señores Académicos [7], día llegará en que sea reconocida también y quede consignada su influencia en la castellana, sin menoscabo de ésta, sino, muy al contrario, en honra suya, pues demostrarse puede que, con anterioridad á la misma Cataluña, tendió Castilla sus brazos á la poesía provenzal dándole el calor de su regazo, siendo también debida á Castilla la gloriosa iniciativa de aprovechar el canto del poeta lemosín como medio político de levantar el espíritu público y acomodar el ánimo del país á grandes y patrióticas empresas.

Hay un hecho innegable. El habla provenzal, aun

cuando no fuese más que como lengua literaria, era perfectamente conocida y hablada en las Cortes de Castilla y de León. No existía aún *el Libro de los Reys d' Orient*, considerado como el primer monumento de la literatura castellana, y ya, sin embargo, la Corte de Castilla ardía en aires y en cantos lemosines que aquí llegaban de Provenza y de Gascuña, y con ellos, poetas no menos insignes por ser hoy menos conocidos, poetas á quienes acogían con entusiasmo los reyes, las damas y los barones, y á quienes honraban y festejaban con singular predilección, como jamás lo fueron en la misma Cataluña.

Desde el siglo XI, es decir, desde la época de Guillermo de Poitiers, el primer trovador conocido, vienen encontrándose en Castilla huellas, vestigios, noticias de trovadores provenzales. Registrando manuscritos, compulsando datos, leyendo, ó mejor dicho, deletreando, mejor dicho aún, escudriñando las poesías originales de los trovadores, es como he podido encontrar datos inestimables, no consignados todavía en la historia, los cuales me permiten asegurar que los trovadores tuvieron grande influencia, y muchos de ellos gran privanza, en las Cortes de León y de Castilla.

Cuando Alfonso VII proyectaba su empresa de armas contra Almería, acudió, lo primero de todo, á un trovador provenzal, como elemento de propaganda, según ahora, por ejemplo, se acudiría á la prensa para sondear la opinión y levantar el espíritu público á favor de una empresa patriótica. Vivía entonces Marcabrú, uno de los más antiguos poetas provenzales que se conocen, y vivía seguramente en Castilla. Á él se acudió, y hubo de dársele el encargo de componer un canto para inducir á los barones del otro lado de los Pirineos, sobre todo á los de Guiena y Poitou, á tomar parte en la empresa concebida por Alfonso VII.

Compuso Marcabrú su canto. Es aquel que empieza:

«Pax in nomine Domini
Fes Marcabrú los mos e 'l so
Auiatz que di.»

«Paz en nombre del Señor. Es Marcabrú quien hizo este canto, letra y música. Oid lo que dice.»

Por una coincidencia digna de notar, este canto es el primero de los *serventesios* políticos que se conocen—pues sólo más tarde aparecen los flagelantes y virulentos *serventesios* de Beltrán de Born, debiéndose por lo mismo al espíritu de Castilla el origen de este género de poesía y el origen también de este género de composición política entre los trovadores.

Los juglares, es decir, los cómicos de entonces, partieron en seguida para propagar el serventesio, que iban cantando por cortes y castillos, por pueblos y comarcas, tratando de provocar el entusiasmo á favor de la empresa que proyectaba el monarca castellano.

No hubo de obtener el canto de la *Piscina*, como así se le llama, gran resultado entre los barones de allende los Pirineos, aun cuando parece que lo obtuvo completo en Castilla, donde todo induce á creer que Marcabrú era popular. El poeta escribió entonces un nuevo canto *(Emperaire per mi mezeis)*, dirigido esta vez al rey y á los barones castellanos. En él combate la conducta de los que han sido sordos á su primera invitación, les acusa de cobardes, egoistas y traidores, alienta al emperador (Alfonso VII), «en quien ve crecer cada día más la prez y la valía,» y le incita á llevar á cabo su empresa con sólo el auxilio de los catalanes.

Según se ve y se deduce, debía esta poesía cantarse á coro por masas de pueblo y de soldados, en las aldeas y lugares de Castilla, provocando el

entusiasmo público á favor de una empresa que se realizó y obtuvo el éxito más completo, para gloria de sus capitanes el rey D. Alfonso y el conde Berenguer IV de Barcelona.

Ya después de Marcabrú, los trovadores son numerosos en Castilla y en León. Se les encuentra ocupándose de cosas de estos reinos, interviniendo en sus asuntos, influyendo con sus poesías (sus artículos de periódico diríamos hoy) en determinadas soluciones políticas, dando consejos á sus reyes, criticando ó elogiando ciertos hechos públicos, deprimiendo ó apoyando las empresas y proyectos que se realizaban ó atribuían á sus gobernantes, tomando parte en los duelos, en las alegrías, en los desastres, en los triunfos y en las glorias del pueblo castellano.

Así vemos, por ejemplo, que, no nacidas aún las musas castellanas, es la lira provenzal de Pedro de Auvernia la que entona un canto de alabanza en honor de Sancho III al subir éste al trono que sólo pocos meses debía ocupar *(Bel m'es quan la rosa floris)*; así vemos al famoso Beltrán de Born dirigir á Alonso VIII *el de las Navas*, uno de sus mejores y más varoniles *serventesios* (*Miez serventés vullh far*), para empujarle á intervenir en los asuntos de Provenza; á Folquet de Marsella lamentar en levantadas estrofas la rota funesta de Alarcos, pidiendo á los pueblos y á los reyes que se alzaran en favor y auxilio de Castilla y de su noble monarca *(Hueimais no i conosc razó)*; á Giraldo de Calansó confundir su llanto con el del pueblo castellano para dedicar una sentida elegía á la muerte del príncipe D. Fernando *(Belh senhor Dieus)*; á Gavaudán *el viejo* profetizar la jornada gloriosa de las Navas, en la cual tomó parte como soldado *(Profeta será en Gavaudan)*; á Aymerico de Peguilhá recordar su estancia en Castilla en unos versos que debían ser inmortalizados por el Petrarca *(En Castela al valen*

rey N' Anfós); á Pedro Vidal predicar la unidad y la integridad de la patria española, reprochando duramente á los monarcas españoles sus odios y rencores mutuos, y pidiéndoles su concurso para combatir el enemigo común hasta que España fuera una y tuviera una sola ley y una fe *(Als quatre reis d'Espanha)*; á Rimbaldo de Vaqueiras, por fin, escribir en castellano, ó mejor, en gallego, los versos más antiguos que se conocen en esta lengua *(Mas tan temo vostre pleito)*.

Pero hay más; que si esto sólo fuera, no bastara á demostrar mi tesis: son innumerables las citas que pudieran hacerse, y yo haría, si se tratase de un libro, en vez de un discurso y de un acto como estos para los cuales tengo que reducir y concretar los argumentos, á fin de cansar vuestra atención lo menos posible y abusar lo menos posible de vuestra benevolencia. Son infinitas, repito, las poesías de los trovadores cuya simple lectura da á conocer la intervención que aquellos poetas tuvieron en Castilla y en las cosas ó intereses de este reino. Los trovadores se agrupan junto á Alfonso VIII, Fernando *el Santo* y Alfonso *el Sabio*, especialmente en torno de este último, que les distingue, les colma de honores, les llama hasta á sus consejos, *tensiona* con ellos en habla provenzal, y, cuando la caída de la dinastía tolosana, les ampara con tan hidalga y completa hospitalidad, que hasta ha podido sospecharse, con cierto fundamento, que llegó á ofrecerles estancia y hospedaje en una villa libre y franca.

Durante el reinado de estos monarcas, Guillermo de Bergadá se refugia un día en Castilla huyendo las venganzas y los odios provocados por sus punzantes *serventesios;* Hugo de San Cyr manifiesta en sus versos el deseo, por fortuna no logrado, de que el monarca castellano apoye á la Francia y á la Iglesia contra Tolosa; Elías Cairel

ensalza al rey de León; Guillermo Ademar habla de sus amores con una dama castellana; en las obras de Beltrán de Allamanón, de Sordel *el mantuano*, de Azemar el *negro*, de Galcerán de San Didier, de Beltrán Carbonell, de Bartolomé Giorgi, de Ramón de la Tor, de Paulet de Marsella, de Beltrán de Rovenhac, de Beltrán de Born el hijo, de Aymerico de Belenoy, de Elías Fontsalada, de Arnaldo Plagués, de Ramón de Castelnau, de Pedro Roger, de Savarico de Mauleón, de Folquet de Lunel y de otros muchos, se hallan frecuentes alusiones á Castilla, repetidas alabanzas á sus reyes, juicios y consideraciones sobre la política castellana, elogios de damas y barones de estos reinos.

Hugo de l'Escure ocupa un empleo en la corte del monarca castellano, al cual dedica y consagra sus poesías; Guillermo de Montagnagout, el trovador que fué ministro y consejero del joven conde de Tolosa y preparó el levantamiento de Provenza, está en íntimas relaciones con el rey D. Alfonso, y de acuerdo con él combina sus planes políticos; Pedro Vilhem traza un cuadro de las cosas que pasan en la corte de Castilla; Savarico de Mauleón llega á estos reinos acompañado de otros poetas de su país y asombra con el lujo y ostentación que despliega; Ramón Vidal escribe su novela de *El celoso castigado*, para solaz y entretenimiento de la reina de Castilla y de sus damas; Ebles abandona su apellido para tomar el de *Sancha*, único con el cual la posteridad le conoce, por amor á una dama castellana; otro poeta provenzal llamado Pedro, se apellida *el español* por recuerdo á estos países; y, finalmente, Bonifacio Calvo es el favorito de D. Alfonso *el Sabio*, llega con su apoyo á los más altos honores, sirve con sus poesías los designios del rey, intima con una princesa de sangre real, excede á todos en pri-

vanza, influye en la vida política del reino, toma parte acaso en la redacción y compilación de las *Cantigas*, y escribe una de sus obras para aconsejar al monarca que haga de su corte una corte de Provenza, centro de júbilo, de poesía, de prez y de cultura.

El consejo de su poeta favorito estuvo á punto de ser aceptado por Alfonso *el Sabio*, pues es indudable que acarició la idea de restaurar la poesía provenzal, cuando ésta fué arrojada de Provenza por los franceses invasores, y de aposentarla en Castilla, haciéndola revivir en este reino, como para llamarla á nuevos destinos en nueva patria. Altas razones políticas pudieron impedir á D. Alfonso la realización de este proyecto, que llegó á intentar; pero es de todas maneras sabido, y es hora ya de hacerlo constar, que aquel sabio monarca fué poeta provenzal y trovó en este idioma. Ahí están con sus *Cantigas*, á las que no es ciertamente extraño el gusto provenzal, sus poesías en contestación á las que le dirigieron los trovadores Nat de Mons y Giraldo Riquier, y por cierto que si en la primera de ellas puede alguno encontrar tendencias de libre pensador, en la segunda hallarán todos excelencias de sentido y verdadero poeta.

Basta, señores Académicos, esta sola enumeración, aun hecha atropelladamente y á la carrera, para demostrar que aquellos poetas no pudieron pasar por Castilla, ni intervenir así en sus cosas públicas, ni hacerse tan populares con sus cantos, sin dejar huella de su paso y de su existencia, sin influir en la lengua y en la literatura del país. Efectivamente, los primeros poemas castellanos están llenos de frases y voces lemosinas; infinidad de vocablos castizamente provenzales y catalanes hay en vuestro propio *Diccionario de la lengua castellana*, y sobre tres centenares de ellos, rápidamente cogidos al vuelo, os presento aquí por nota [8].

Y aun hay más. Las huellas que aquellos poetas dejaron en nuestra literatura castellana, son evidentes y están al alcance de cualquiera que se tome el trabajo de estudiar con crítica este asunto.

No hablo ya del *Libro de trovas* del rey D. Dionís, ni del *Cancionero del Vaticano*, donde los poetas gallegos y portugueses aparecen como legítimos y verdaderos trovadores, con el espíritu de éstos y con todas sus mismas buenas y malas cualidades; no hablo tampoco de las *tensiones*, *pastorelas* y *vaqueiras*, género de poesía provenzal que hubo de quedar aclimatado en la literatura gallego-portuguesa. Hablo de tiempos posteriores y de épocas en que negar esta influencia es una temeridad, muy patriótica quizá, no lo pongo en duda, pero muy arriesgada y peligrosa.

Todo induce á creer y á demostrar que los provenzales inventaron la rima y las combinaciones métricas; pero aun cuando no fuera así, como algunos sin bastante fundamento suponen, es indudable que las llevaron á un grado tal de perfección y de primor, que por necesidad debían ser imitadas por los poetas castellanos en sus decires y canciones. Pero no sólo en su forma, si que también en el fondo, resalta la imitación.

El carácter subjetivo de la poesía provenzal lo tiene marcado en sus comienzos la poesía castellana. La romancesca vida de Macías el enamorado y de Rodríguez de Padrón el triste, sus trovas y canciones refiriendo sus cuitas y lamentando sus amores contrariados, ¿qué otra cosa son sino vidas y obras de aquellos trovadores provenzales que morían, como Guillermo de Cabestany, víctima de los celos de un marido, ó que después de haber aspirado al amor de una reina, como Bernardo de Ventadorn, iban á enterrarse vivos en las soledades sombrías de un vetusto monasterio?

Si en las *Cantigas* del rey D. Alfonso *el Sabio*,

si en los versos de Rabi don Santo, si en las obras del fecundo Arcipreste de Hita se ve clara y evidente la imitación lemosina, la imitación y el género, y la esencia y el espíritu, y la forma y el fondo, todo lo tienen los poetas comprendidos en nuestros primeros cancioneros, singularmente en el de Baena.

Prescindiendo aún de que la sociedad castellana de entonces tenía muchos puntos de contacto con la sociedad de Provenza, y que en una como en otra el respeto y homenaje á la dama alcanzaban toda la importancia y solemnidad de un culto, ¿qué son aquellos poetas del *Cancionero de Baena* —por ejemplo, y por referirme sólo á ellos en este caso,—qué son sino los sucesores legítimos y naturales herederos de los poetas lemosines que con sus cantos habían dado tanto realce y esplendor á la corte de Castilla? ¿Qué son aquellas *Adevinanças escuras* y aquellas *Couplas de consonantes doblados* de Alfonso Álvarez, sino las *Devinallas* y *Coblas encadenadas* de los provenzales? Los decires de Micer Francisco Imperial, ¿qué son sino *Cançós y Descorts?* Las *Fynidas* que se encuentran en casi todas las poesías del *Cancionero de Baena*, ¿qué son más que las *Tornadas* de los trovadores? Las *Requestas* y *Preguntas* y *Respuestas* y *Replicaciones* de Ferrant Manuel, Alfonso Sánchez, Juan de Baena, Alfonso Álvarez y otros, ¿son por ventura distinta cosa que los *Partiments*, los *Jochs partits* y las *Tensiones* provenzales? ¿Qué son sino *serventesios*, el *Decir que Ruy Paes de Rivera fiso é ordenó al Rey nostro señor quando desbarataron é vencieron á los moros de Granada*, el otro *Decir de Pero Ferrús al rey D. Enrique* que tiene todos los visos de estar calcado sobre uno de Bonifacio Calvo á D. Alfonso *el Sabio*, el *Decir que envió Juan de Baena al señor Rey sobre las discordias por qué manera podian ser remediadas*, y otras mu-

chas composiciones de este género en aquellos cancioneros continuadas? La poesía de D. Alvaro de Luna, el condestable, diciendo que

Si Dios nuestro salvador
hobiera tomar amiga
fuera mi competidor,

¿en qué se diferencia de aquella trova provenzal de Bonifacio Calvo á una su amiga, prima ó sobrina de Alfonso *el Sabio,* donde dice que «si Dios quisiera escoger una dama en este mundo, su amada sería sólo la elegida?»

Y viniendo á tiempos más modernos aun, no sería difícil suponer que el autor de *El desdén con el desdén* hubo de buscar los conceptos de su más bella escena en aquella poesía de Aymerico de Peguilhá, *Car li ueill son dragoman del cor é l' ueill vaun vezer,* como no sería tampoco muy aventurado pensar que la celebrada fábula de Juan Ruiz de Alarcón en su *Examen de maridos:*

Un aguacero cayó
en un lugar que privó
á cuantos mojó, de seso...

pudo ser inspirada por la *faula* de Pedro Cardinal, que comienza así también:

Una cieutat fo, no sai quals,
on cazet una plueia tals
que tout l'ome de la cieutat
que toquet, foron dessenat...

Lengua y literatura castellanas, si bien se examina, deben reconocer que en su origen entraron por algo, al menos, la lengua y la literatura provenzales.

No hay que empeñarse en desconocer esa influencia, cuando lejos de ser en menoscabo de este

reino, es en gloria suya, ya que aquella lengua culta y literaria no vino á imponerse como conquistadora ó intrusa, sino que llegó atraída y llamada por Castilla, al conceder espléndida y regia hospitalidad á sus escogidos cultivadores. No debe negarse esa influencia á la literatura provenzal, como no pueden ni deben negársela tampoco la catalana y la portuguesa (y ésta mucho menos aún), las dos lenguas históricas que en torno de la castellana, aparte siempre la singular éuskara, han de venir á formar un día, cuando España vuelva á ser una, que lo será, los tres idiomas latinos de la nación peninsular, y las tres literaturas españolas, ya que ellas tienen también los tres romanceros, las tres tradiciones y las tres historias, pudiendo presentar Castilla su poema del Cid refrendado por Cervantes, Cataluña su Crónica de D. Jaime *el Conquistador* legalizada por Ausias March, y Portugal-Galicia sus *Cantigas* de D. Alfonso *el Sabio* visadas por el gran Comoëns.

Ya nuestras preclaras academias españolas, comprendiendo las necesidades que consigo traen el progreso y el siglo, salieron al encuentro de esta idea que flota en la atmósfera. No hace ciertamente mucho tiempo que á raíz casi de haber celebrado esta vuestra noble Academia, ante un monarca portugués, una solemne sesión para hacer constar la fraternidad de los idiomas y de las letras de Portugal y de Castilla, uno de vuestros ilustres individuos, el Sr. D. Manuel Cañete, iba á presidir los Juegos Florales catalanes en Montserrat, al propio tiempo que otro digno individuo de la Academia de la Historia, el señor Romero Ortiz, presidía los de Galicia en Pontevedra.

Ello se realizará, señores Académicos, que las cosas humanas acaban por ser siempre lo que han de ser. Y se realizará, y se hará, para mayor fuerza y mayor consistencia de la unidad española,

que en lugar de reducirse, tiende, y ha de tender siempre, á ensancharse y á fortalecerse, ya que sobre la haz de la tierra no existe otro país donde el sentimiento de nacionalidad se revele más vigorosamente que en el nuestro, ni hay otro donde el patriotismo nacional brote con más acentuados y varoniles caracteres que en España.

Patente demostración de esta verdad es aquí todo: literatura, costumbres, tradiciones, historia. Vedlo si no en nuestra poesía, la de la corte y la del pueblo, la antigua y la moderna, la nacional y la regional; vedlo en nuestros cantares y romances, que no morirán nunca porque son el poema de nuestra patria, la épopeya de nuestras glorias. Sea cual fuere la lengua ó el dialecto en que un español exprese sus sentimientos, como deje hablar á su corazón, allí resalta el amor á la patria común; que esto es lo que tiene de singular y característico nuestra poesía, precisamente lo que no tiene poesía ninguna de otro país, al menos en el grado que ella.

En las extranjeras no existe ningún sentimiento que predomine y les imprima sello y carácter, sucediendo, por lo general, que los autores van á buscar sus ideas, sus asuntos, y hasta su inspiración, fuera del centro en que se agitan y viven; pero en los españoles, pero en el canto de *Altabiscar* de los éuskaros, pero en el castellano Cervantes, pero en el catalán Jaime I, pero en el lusitano Camoëns, pero en nuestros líricos del siglo de oro, pero en nuestros selectos cantares y en nuestros monumentales romanceros, hay un móvil que supera á todo, un sentimiento que á todos domina, que seduce, que arrastra, que avasalla, que se impone: la patria, la patria española con sus cielos espléndidos, que hacen pensar y creer en Dios; con sus mares inmensos é infinitos, que hacen pensar y creer también en la libertad y en

la independencia; con sus agrias montañas, que escalan el cielo y que son nidos de glorias inmarcesibles; con ríos caudalosos como el Duero y el Tajo, que, naciendo en las montañas de Castilla y de Aragón, no quieren precipitarse en el Océano sin antes recorrer el Portugal, como para recordarle que es tierra española; con sus cantares de Córdoba y Granada, sus leyendas místicas de nuestros solitarios cenobios, sus recuerdos de capa y espada de Madrid y de Toledo, sus anales caballerescos de León y de Burgos, sus sobrealzadas gestas de la robusta Asturias, sus peregrinas tradiciones de la verde Galicia, sus empresas marítimas y sus fastos consulares de la ingente Barcelona, sus trovas lemosinas de la bella Valencia, sus varoniles enseñanzas de Zaragoza y de Caspe, sus rudas empresas de los valles éuskaros; que todo esto es la patria, que todo esto es España, nuestra querida, nuestra idolatrada España, para la cual emprende el astur la reconquista, para la cual canta Camoëns en castellano, para la cual pelea el catalán en los riscos del Bruch y en los inmortales muros de Gerona, para la cual resiste el navarro en Roncesvalles, para la cual el extremeño Hernán Cortés va á conquistar la Nueva España y el vasco Elcano da la vuelta al mundo; España la tierra que nos sustenta, el cielo que nos cobija, la que es tumba de nuestros padres y lo ha de ser de nuestros hijos, la bandera bajo cuyos pliegues todos cabemos, y la idea que nos une á todos y á todos nos hace hermanos (1).

(1) Contestó á este discurso, en nombre de la Academia, el eminente tribuno D. Emilio Castelar.

NOTAS

(1)

LITERATURA ÉUSKARA

Se está operando actualmente un importante renacimiento literario en las Provincias vascongadas, renacimiento que es hora ya de que fije la atención de los literatos españoles, como está fijando la de los más eminentes filólogos su lengua maravillosa, verdadero é indescifrable enigma para la ciencia.

Dejando aparte su notabilísimo canto llamado de *Lelo ó de los cántabros,* y su inmortal é imperecedero *Altabiskarco cantua,* ó sea el *Canto de Altabiscar,* sobre cuya antigüedad más ó menos remota aun no se ha dicho la última palabra, la literatura éuskara ha llegado á nuestros tiempos sin tener personalidad,—permítaseme la palabra—sin carácter propio, por consiguiente, y sin fisonomía determinada.

Hoy no es así. Las liras éuskaras despertaron ya; son varios los poetas, algunos de primera fuerza, que modernamente y de algunos años á esta parte, brillan en aquel país, conquistando para él y para ellos lauros inmortales; son infinitas las poesías en todos géneros, y algunas de gran mérito, que existen ya, y que indudablemente aparecen como precursoras del desarrollo y de la vida que guarda el porvenir para la lengua y la literatura éuskaras.

Podrá todavía discutirse sobre la mayor ó menor importancia de este movimiento, podrán todavía formularse juicios, más ó menos críticos y más ó menos apasionados, sobre su misión, influencia y destinos; pero lo que es ya indiscutible es su realidad. Existe, y existe por medio de una manifestación robusta y vigorosa, lozana y bella, característica y especial.

Son muchos los autores que han tratado de la lengua y literatura éuskaras. Merece ser citado, como uno de los primeros, el famoso sabio Guillermo de Humboldt que emprendió, al comenzar el presente siglo, la investigación de nuestros aborígenes, empleando para ello, como medio principal, la lengua éuskara «que previamente estudió, sospechando que fuese la

que predominaba en la Península ibérica al advenimiento de la dominación romana (*Trueba*).» Hay que citar también, entre otros para cuyo nombre y recuerdo me es infiel en estos momentos la memoria, á César Moncault, á Gustavo Hubbard, Aquiles Luchaire y al príncipe Luis Luciano Bonaparte, que ha llegado por sus profundos estudios á ser autoridad indiscutible en este asunto. Entre nuestros escritores nacionales, recuerdo y cito como ejemplo digno de ser imitado, al P. Juan de Larramendi, y entre los contemporáneos á D. Vicente de Arana, autor de *Los últimos Iberos;* á D. José Manterola, que está prestando con sus últimas obras un gran servicio á la literatura española; al tiernísimo poeta D. Antonio de Trueba, y al P. Fidel Fita, que en su discurso de recepción en la Academia de la Historia, dice que el éuskaro es un monumento palpitante, indestructible, de la raza más bella de Occidente, el cual se levantará de su postración actual para iluminar el gran período de las edades hispanas vecinas á la prehistórica.

Los cultivadores de la poesía éuskara, comprendidos en el Cancionero de Manterola, casi todos contemporáneos, son: Agustín Iturriaga, el P. Arana, Serafín Baroja, A. Arzac, Ramón Artola, Claudio de Ortaegui, Miguel de Suescum, Indalecio Bizcarrondo, conocido por *Vilinch;* Felipe Arrese y Beitia, Eusebio de Azcue, el P. Uriarte, J. Elizamburu, M. P. Mendibil, José María de Iparraguirre, Juan Ignacio de Iztueta, el P. Domingo Meagher, Bernardo de Echepare, José Joaquín de Ormaechea, Francisco Manuel de Egaña, J. A. Moguel, J. U. de Echegaray y Luis de Iza.

Como muestra de esta lengua y de esta poesía, véase su gran monumento el *Canto de Altabiscar:*

ALTABISKARCO CANTUA

I

Oyhu bat aditua izan da
Escualdunen mendien artetic,
Eta etcheco jaunac, bere athearen aiteinean chutic
Ideki tu bearriac, eta erran du: «Nor da hor? Cer nahi dautet?»
Eta chacurra, bere nausiaren oinetan lo zagüena,
Alchatu da, eta karrasiz Altabiscarren inguruac bethe ditu.

II

Ibañetaren lepoan harabotz bat aghertcen da,
Urbiltcen da, arrokac ezker eta ezcuin jotcen dituelaric;
Hori da urrundic heldu den armada baten burrumba.

Mendien copetetaric guriec errespuesta eman diote;
Beren tuten soinua adiarici dute,
Eta etcheco-jaunac bere dardac zorrozten tu.

III

Heldu dira! heldu dira! cer lantzazco sasia!
¡Nola cer nahi colorezco banderac hien erdian aghertcen diren!
¡Ce simistac atheratcen diren heien armetaric!
Cembat dira? Haurra, condatzic onghi!
Bat, biga, hirur, laur, bortz, sei, zazpi, zortzi, bederatzi, hamar, hameca, hamabi,
Hamahirur, hamalaur, hamabortz, hamasei, hamazazpi, hemezortzi, hemeretzi, hogoi.

IV

Hogoi eta milaca oraino!
Heien condatcea demboraren galtcea liteque.
Urbilditzagun gure beso zailac, errotic athera ditzagun arroca horiec,
Botha ditzagun mendiaren patarra behera
Hein buruen gaineraino;
Leher ditzagun, herioz jo ditzagun.

V

¿Cer nahi zuten gure mendietaric Norteco guizon horiec?
¿Certaco jin dira gure bakearen nahastera?
Jaungoicoac mendiac eguin di tuenean nahi izan du hez guizonec ez pasatcea
Bainan arrokac biribilcolica erortcen dira, tropac lehercen dituzte.
Odola churrutan badoa, haragui puscac dardaran daude.
¡Oh! ¡cembat hezur carrascatuac! cer odolezco itsasoa!

VI

Escapa! escapa! indar eta zaldi dituzuenac!
Escapa hadi, Carlomagno erreghe, hire luma belzekin eta ire capa gorriarekin
Hire iloba maitea, Errolan zangarra hantchet hila dago;
Bere zangartasuna beretaco ez tu izan.
Eta orai, Euscaldunac, utz ditzagun arocá horiec,
Jauts ghiten fite, igor ditzagun gure dadac escapatcen direnen contra.

VII

Badoazi! badoazi! non da bada lantzazco sasi hura?
Non dira heien erdian agheri ciren cer nahi colorezco bandera hec?
Ez da gheiago simitztarik atheratcen heien arma odolez bethetaric.
¿Cembat dira? Haurra, condatzac onghi.
Hogoi, hemeretzi, hemezortzi, hamazazpi, hamasei, hamabortz, hamalaur, hamairur,
Hamabi, hameca, hamar, bederatzi, zorzti, zazpi, sei, bortz, laur, hirur, biga, bat.

VIII

Bat! ez da bihiric aghertcen gheiago. Akhabo da!
Etcheco jauna, joaiten ahal zira zure chacurrarekin,
Zure emaztearen eta zure haurren besarcatcera.
Zure darden garbitcera eta alchatcera zure tutekin,
Eta ghero heien gainean etzatera eta lo gitera.
Gabaz, arranoac joanen dira haraghi pusca lehertu horien jatera,
Eta hezur hoiiec oro churituco dira eternitatean.

Traducción literal en prosa castellana

I

Un grito ha sido oído
En medio de las montañas de los Bascos,
Y el *Echeco-jauna*, de pie delante de su puerta, *(de la de su casa)*,
Ha abierto las orejas *(ha escuchado atento)* y ha dicho: «¿Quién está ahí? ¿Qué me quieren?»
Y el perro que dormía á los pies de su amo,
Hase levantado *y ha llenado con sus gritos* (con sus violentos ladridos), los contornos de Altabiscar.

II

En el collado de Ibañeta aparece *(resuena)* un fuerte rumor,
Se aproxima, rasando á derecha é izquierda las rocas;
Es el estruendo de un *(algún)* ejército que ha llegado de lejos;
Los nuestros les han respondido desde lo alto de las montañas haciendo sonar sus cuernos
Y el *Echeco-jauna* aguza sus flechas.

III

Ya llegan! ya llegan! ¡Oh qué selva de lanzas!
¡Cómo aparecen en medio de ellos múltiples banderas de varios colores!
¡Qué de rayos salen de sus armas!
¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien.
Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce,
Trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

IV

Veinte ¡y por miles todavía!
El *(querer)* contarlos sería tiempo perdido.
Unamos nuestros nervudos brazos, arranquemos *de sus raíces* (de cuajo) estas rocas.

Lancémoslas de alto en bajo por la pendiente de la montaña
Sobre sus cabezas;
Aplastémoslos, hirámoslos de muerte.

V

¿Qué querían de nuestras montañas esos hombres del Norte?
¿Por qué han venido á turbar nuestra paz?
Dios cuando ha hecho *(ó creado)* las montañas, ha querido que no las franqueasen los hombres.
Pero las rocas *(abandonadas á su ímpetu)*, caen rodando (y) aplastan las tropas *(invasoras)*.
La sangre cae á torrentes, los pedazos de carne *(separados del tronco)* palpitan *(se estremecen)*.
¡Oh, cuánto hueso roto! ¡Qué mar de sangre!

VI

¡Huid, huid! los que aun tenéis fuerzas y caballos.
Huye, rey Carlomagno, con tu pluma negra y tu capa encarnada;
Tu amado sobrino, el bravo Roldán, yace muerto allá abajo;
Su bravura de nada le ha servido.
Y ahora, Euscaldunas, dejemos esas rocas,
Bajemos prestos, lancemos nuestros dardos contra los que huyen.

VII

¡Huyen! Huyen! ¿Dónde está, pues, aquella selva de lanzas?
¿Dónde las banderas de todos colores que en medio de ellos se divisaban?
Ya no lanzan rayos sus armas cubiertas de sangre.
¿Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien.
Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece,
Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

VIII

Uno. ¡Ni uno se ve ya!... Todo acabó.
Echeco-jauna, puedes volver á tu casa con tu perro,
A abrazar á tu esposa y á tus hijos,
A limpiar las flechas y á recogerlas con *(ó en)* sus cuernos de búfalo, y á echarte y dormir sobre ellas.
De noche las águilas vendrán á devorar esos pedazos de carne pisoteados,
Y esos huesos blanquearán ahí eternamente.

Manterola.

(2)

POESÍA DE RIMBALDO DE VAQUEIRAS

Pertenece este trovador á la segunda mitad del siglo XII. Los versos de este poeta, á que en el texto me refiero, si no son an-

teriores al poema del Cid, como parece, son por lo menos coetáneos. Deben estar incompletos y su incorrección es notoria, pero esto puede ser debido á los copistas provenzales. De todas maneras, en las varias copias que he visto están transcritos como sigue:

Mas tan temo voste pleito,
todo 'n soi escarmentado:
per vos aí pena e maltreito
e mei corpo lacerado.
La nueit quan soy a mei leito
soy mochas ves resperado
per vos, cre, e non prefeito;
fallit soi en meu cuidado
mas que falli non cuideio.....
Moun corassó m' avetz treio
e mout gen faulan furtado.

(3)

LITERATURA GALLEGA

Hay tres cosas que están fuera de toda duda, y por consiguiente de toda discusión: que la lengua gallega engendró la portuguesa, que la literatura gallega precedió á la castellana, que en la formación de aquélla influyó principalmente la literatura provenzal ó lemosina.

Las primeras poesías gallegas aparecen confundidas con las portuguesas en el *Cancionero del Vaticano,* que bien puede ser el libro aquel que el marqués de Santillana recordaba haber visto, cuando mozo, en casa de su abuela D.ª Mencía de Cisneros, «libro de cantigas, serranas é decires portugueses é gallegos, cuyas obras loaban de invenciones sotiles é de graciosas é dulces palabras». Los primeros cantos que resuenan en las bellas comarcas de la verde Galicia, pertenecen á los trovadores provenzales, siendo así llevados por los romeros que acuden á visitar los altares de Compóstela, y el primer himno que hiere sus oídos es el himno gallego que se leía ó cantaba á los peregrinos durante sus noches de vela junto al sepulcro del Santo Apóstol. La primera forma también que toma la lírica en Galicia es la de las *pastorelas* y *vaqueiras,* dos géneros de composición comprendidos en la poética provenzal.

Existe memoria de trovadores gallegos, verdaderos trovadores. Tales son, entre otros, Alfonso Gómez, Sancho Sánchez, Fernán de Lugo, Juan Ayras, Fernán Padrón, Juan de Cangas, Romeo de Lugo, Martín de Vigo, Men Rodríguez de

Tenorio y Payo Gómez Chavino, comprendidos con otros, gallegos y portugueses, en el *Cancionero del Vaticano.* No hay tampoco que olvidar, cuando se trata de escritores en esta lengua, á D. Alfonso *el Sabio,* á Macías el enamorado, al Arcediano de Toro, á Pero González de Mendoza, al mismo marqués de Santillana y á aquel Rodríguez del Padrón que por amores contrariados fué á sepultarse en un convento de Jerusalén.

Por causas que no son de este lugar y de este momento, la literatura gallega hubo de eclipsarse por largo tiempo, como si para ella hubiesen doblado á muertos las campanas de la centralización; pero hoy renace á nuevo esplendor y á nueva vida, como llamada á gloriosos é inmortales destinos.

En un libro que acaba de ver la luz pública con el título de *Colección de poesías gallegas* (Pontevedra, imp. Carvajal, 1882), dirigido por D. Francisco Portela Pérez, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Luis Rodríguez Seoane, se continúan obras de 32 autores contemporáneos que escriben en gallego. Son de Eduardo Pondal, Marcial Valladares, Valentín Carvajal, José María Posada, Heliodoro Cid, Francisco Fernández Auriles, Francisco Añón, Antonio de la Iglesia González, José García Mosquera, José B. Amado, Juan A. Saco y Arce, Cástor Elices, Antonio Camino, Andrés Muritais, Aureliano J. Pereira, Francisco María de la Iglesia, Juan Manuel Pintor, Lino C. González, Pío Lino Cuiñas, Manuel Curros Enríquez, J. García Caballero, Andrés Muruais, Alberto Camino, Luis Pinto Amado, Luis de la Riega, Domingo Camino, José Pérez Ballesteros, Víctor M. Vázquez, Benito Losada, Manuel Martínez González, H. Fer Gas y Vicente Calderón.

No todos los autores que escriben en gallego están aquí continuados. Faltan muchos y algunos de verdadera importancia, como por ejemplo, D. Valentín Lamas Carvajal, autor de las *Espiñas, Follas e Frores,* y la Sra. D.ª Rosalía Castro de Murguía, que es una excelente poetisa, ensalzada por Ventura Ruiz Aguilera, y para una de cuyas obras (*Follas novas.* Madrid, 1880. Imp. *Ilustración*) ha escrito un notable prólogo D. Emilio Castelar.

Como muestra de la moderna lírica de Galicia, he aquí una poesía del difunto Alberto Camino, que pertenece á los primeros restauradores de la literatura gallega:

O DESCONSOLO

D' esta fontiña á beira froleada
Sentado á sombra d' un choron estou,
Doido o peito, a alma esconsolada
Triste morrendo pouco á pouco vou.

Desde qu' a negra morte aquela prenda
Que tanto quixem, m' arrancou sin dòr,
Solas non hacho en nada, e solta a renda
A pena, chorro o meu perdido amor.
¡Quen-o diria! tan garrida é nova,
Dolce cal rula e branca cal xasmin,
Tan cedo habías de baixar á cova!....
Piedade, ceos ¡ai! piedá de min!
¡Solo quedei n-o mundo, solo, solo!
¿Qu' hei de facer?.... chorar è mais chorar.....
E qu' ainda te vexo n-o meu colo,
Sabeliña querida, maxinar.
Xa non irémos maix po-los roleiros
En compaña amorosa ás moras, non,
Nin baixo d' os follosos ameneiros
¡As coitas che direi d' o corazon.
Cántas veces d' a auga d' esta fonte
Che din, miña vidiña, po-la man!
¡Cántas os doux deixábamos o monte
Por tomar aquí o fresco aló n-o bran!
E n-as tardes de outono.... ¿non te acordas,
Mais ¿qué digo, acordar? si te perdin!!!
Pártenseme ¡ai! d' o corazon as cordas,
Penso qu' ainda aquí estás.... louco de min!
N-outuno..... pois con alegría moita
Nos ibamos ó longo castañar,
E á reboladas eu guindaba froita
Mentras tí regalábasme en cantar.
E tamen cando..... ¿pero á qué memoria
Fago d' o tempo aquel ¡ai! calarei.....
Mírame, Sabeliña, desde a gloria:
Per tí decote triste chorarei.

Camino.

(4)

LITERATURA ASTURIANA

La literatura asturiana ó bable es una manifestación literaria importante, aunque modesta, entre las demás españolas, teniendo la particularidad de su expresión en un estimable y dulcísimo dialecto, aun cuando venga en decadencia desde el siglo XVII. Existe una *Colección de poesias en dialecto asturiano* (Oviedo. González, 1839), en donde están las producciones de los primeros poetas bables, precedidas de un luminoso discurso preliminar, escrito por el ilustre académico don José Caveda, aun cuando no lo firme. Así consta en el discurso necrológico recientenmente publicado por D. Fermín Canella Secades.

En el tomo I de las obras de Jovellanos (colección Rivadeneyra), hay un curioso apuntamiento sobre el dialecto asturiano, y en el tomo II, entre las cartas dirigidas al canónigo Posada, es muy interesante, por tratarse en ella de este asunto, la que lleva la fecha de 14 de Enero de 1801.

Según noticias que debo á la amistad del Sr. Canella Secades, entre los manuscritos que ha dejado D. José Caveda hay no pocos trabajos suyos y de su padre D. Francisco de Paula, sobre el dialecto bable y la literatura asturiana. Un antiguo catedrático del Instituto de Gijón, D. Juan Junquera Huergo, ha dejado inéditos al morir, hace dos años, una *Gramática* y un *Diccionario bable.*

El dialecto asturiano podrá ser pobre en cierta manera para la ciencia, pero es abundante y variado, original y fecundo para pintar la vida campestre, sus usos, costumbres, preocupaciones, juegos y todos los sentimientos y pasiones del alma. Tiene el bable perfecta consonancia y estrecha intimidad con el romance del poema del Cid y poesías de Berceo, Segura y Arcipreste de Hita.

Además de la literatura bable, hubo siempre en Asturias cierto movimiento literario importante. Da perfecta idea de las obras impresas en aquel país y de los manuscritos de autores asturianos el *Ensayo de una biblioteca asturiana,* obra premiada por la Biblioteca Nacional, donde se halla manuscrita, y original de D. Máximo Fuertes Acevedo.

El Sr. Canella Secades ha escrito para el Folk-Lore asturiano, y publicado en la *Revista de Asturias,* una interesante Memoria en que se ocupa extensamente de este punto.

Muchos son los literatos que estudiaron el bable y escribieron, generalmente poesías, en este dialecto. Recuerdo, entre otros varios que pudieran citarse, los siguientes: D. Antonio González Reguera, D. Francisco Bernaldo de Quirós y Benavides, D. Antonio Balvidases, D. Bruno Fernández, doña Josefa Jovellanos, comprendidos todos éstos en la ya citada *Colección de poesías asturianas;* el ilustre Jovellanos, que tuvo la idea de formar una Academia bable, así como el *Diccionario*; el canónigo de Tarragona D. Carlos González de Posada, que escribió un poema celebrando los poetas asturianos, á imitación de *El laurel de Apolo* de Lope de Vega, cuyo manuscrito se halla en el archivo de la Real Academia de la Historia, de la cual era correspondiente; D. Juan Fernández Porley, conocido por *Juan de la Candonga;* D. Bernardino de Robledo, cura de Pie de Lora; D. Jerónimo de la Escosura, académico de número de la Española, Historia y San Fernando; D. Ramón García Alas, D. Juan Junquera Huergo, don Benito Canella Meana, conocido por *El ciego de Sobrescopio;*

D. José Arias de Miranda, doña Enriqueta González Rubín, D. Juan Acebal, D. Napoleón Acebal, D. Marcelino Flórez, don Plácido José Hevia, D. Félix de Aramburu, conocido por *Xuan de Suco;* D. Benito Antonio de la Auja, D. Higinio del Campo, D. Juan González Villar, D. Juan Villar, D. Teodoro Cuesta, D. Francisco de Paula Caveda, D. José Caveda Nava, D. Atanasio Palacio Valdés, D. José María Flórez, D. José Joaquín Isla Mones, D. Gumersindo Laverde Ruiz, correspondiente que fué de la Academia; doña Escolástica Teresa Cónsul, D. Máximo Fuentes Acebedo, D. Juan Antonio González Berbeo, D. David Sampil, D. Domingo Hevia, D. Benito Pérez Valdés, llamado *El botánico;* D. Francisco Martínez Marina, académico de número que fué de la Española y de la Historia; D. Julián García San Miguel, correspondiente de la Historia, y D. Marcelino Menéndez de Luarca.

Para dar á conocer esta lengua y literatura, copio aquí un romance escrito por el ilustre académico Sr. Caveda, publicado el año 1839 sin nombre de autor.

LA PALIZA

Co la choqueta terciada
Y el civiellu llevantadu,
Pericon el de Maruẍa
Non tien miedu al más pintadu,
Y piernes llime y costielles,
Como quien llime morgazu.
Con cevera y con tocin
Criólu so pá bien fartu.
Ẍudes i dió les corades,
Fuerza Bernardo del Carpiu,
A ansi esfarrapa los llombos
Como s' estiñaza un sardu.
Sueltu, rechonchu, membrudu,
Con el pechu llevantadu,
De pantorrilles carnudes
Y del cuerpu bien trabadu,
Mas reciu q' una muralla,
Mas derechu q' un forcadu,
Una facina de paya
Lleva sobre los costazos,
Y baste d' un emburrion
Como s' enfade un carbayu:
Yé so geniu un puzcalabre,
Son de fierru los sos brazos,
Y sacó d' una gafura
Corazon, fégado y bazu.
Travesau é na campera,
Si llevanta el so verdascu
Y pon el cuerpu derechu
Y patrás da un par de pasos
Y mira un pocu fosqueru
Y echó de sidre dos cuartos,
Mil diablos lleve si naide
Anque se tenga por guapu,
Y saluda los focicos
Y toma el fuelgu á so cuayu
Quien non diga viva Sieru,
Ha de pagái el portagu;
Y d' un torollu si non
Vien á besai los zapatos.
Vilu yo na romería,
Fosqueru, arremolinadu,
Envolvida la mollera
En un pañuelu floriadu.
Con calzones de Segovia
Y aguyetes de á dos cuartos,
Y la montera picona
Entornada par un lladu,
Q' otru Roldan parecía,
O el sobrin de Carlo Mano.
Puestu el primeru na danza
Patrás y palante andando,
Perezosu y galvaneru
Sollivia el cuerpu llivianu,

Como se mez al Ñordeste
Vara verde d' avellanu.
Ya s' arrevalga de piernes
Y detien diez aldeanos:
Ya otros diez d' un emburrion
Dexa nel suelu zampados,
O ya en medio de la rueda
Como'na corrada el gallu,
Erguidu se pon y un viva
Que saca de los calcaños,
Llancia de la boca fuera,
Con q' á todos tiembla el cuayu.
Naide gurguta; y él solu
Dueñu de todu el cotarru,
Echa ixuxús y reblinca
Dando vueltes al so palu.
Los mozos de la rivera
Que na esfoyaza cantaron,
Los que lleven é na fiesta
Con relicarios el ramu,
Los que diz que son valientes
Porque non cansen en sallu,
Los que pe la noche ponen
A les moces el carbayu
Y galántien pe l' aldea
De sidre y castañes fartos,
¿Dónde están? ¿qué se fixeron?
Vengan aquí con mil diablos.
¿Ni á ver siquiera s' atreven
Los ñudos del mió verdascu?
Non se escondian y el que quiera
Medir lo que tien de llargu,
Que mire en tientes mió cara
Y eche hácia min un rebalgu;
O si non que á la so moza
Mas non siga los calcaños.
Nin ñunca ablanes y ñueces
Y traiga de los mercados.
Yo i diré que ye un enxencle
E nos focicos metanos.
Buenu pa comer boroña,
Pero non para dar palos.
Ansi dixo el farfanton
Mirando pa todos llados,
Con una risa fisgona
Y una cara de los diablos.
Iba echar un xuxú
En so coraxe enfotadu,
Cuando Xuan de la Rabera,
Rapaz de puños y cuayos
Caliente y de hon calter
Y probadu nos trabayos,
Fartu de tanta falancia
Y por otros atuzadu,
Sin ser ya dueñu del fuelgu
Y un pocu arremolinadu,
Da dos pasos hácia lante
Con el palancon terciadu,
Y arregañándoi el diente
Lu mira derriba á baxu,
Y fálai d' aquisti modu,
Como quien non tien cuidado:
Non nos véndia tantes ronques,
Nin ande tan llevantadu,
Pericon el de Maruxa
El fiu del madrilanu.
Por mas que llevant' el gritu
Y faga aquí d' espantayu,
Tantos tien comido crudos,
Como cocidos y asados.
Ya ví yo medir el suelu
Otros un pocu mas altos;
Báxe el tonu y non s' atufe
El demoniu del mazcayu;
Q' á topar en mió concencia
La forma del so zapatu.
¿Non t' acuerdes que te dieron
Con llombardades el pagu
La noche de la foguera
En a fiesta del Rosariu?
Y que allá na mió quintana
Unos mozos te torgaron
Arrimándote la cesta
Y solmenándote el cuayu?
Pos lo q' entonces pasó
Puede repetise ogaño.
Y ansi como aquí me ves
Delgaducu y pequeñacu,
De les tos faladuríes
Fago yo tan pocu casu,
Que non se me da por elles
Un ochavu segovianu.
Muera Sieru, muera el gochu
Q' aquí llevanta el verdascu.
Iba seguir el rapaz
Vinagriento y afumadu,
Cuando encima d' illi va
Mas d' improviso q' el rayu
Pericon el de Maruxa
Arroxando espumaraxu
Al topase los dos mozos
Y cruciar los dos verdascos
Al restallar en el aire
Como cuando quema el tascu,

La xente s' arremolina;
Escuéndense los rapazos,
Apelliden les muyeres
Ablucades per el campu;
Ponen el gritu nes ñuves
Los del un y el otru bandu;
Y empuxones y carreres
Y homes q' anden amoriados,
Y calcañades y cestes
Que van per el campu abaxu
Co los prunos y los figos
Por acá y allá rodando,
Y el polvu que se llevanta
A manera d' un ñubladu,
Todo mete tanta llercia,
Todo fai tal mangaradu,
Q' al que tien mas bono el fuelgu,
Pon el pelo respigadu
¡Qué estocinase los llombos
Y qué solmenase el tascu!
¡Qué zapades, qué barullu,
Cuántu mozu escalabradu!
Como quien maya centenu
O como el que dá nun sardu,
Cebellada cai d' esmenu
Y moxicon que ye un plasmu.
Acá vienen unos mozos,
Por otros escorripiados:
Acullá cai de focicos
O queda en suelu sentadu,
El que pensando ir por llana
Salió por fin tosquiladu,
Ansi ruxen en concencia
É nes molleres los palos,
Como si sobre macones
Foren á rede pegados;
Y ansi la xente se mueve
Pol campu de riba á baxu,
Como espigues solliviades
Por el vientu del verañu.
Y el ruidu sordu que facen
Al mecése los ramascos
En poblades carbayeres,
Si el ñordeste va arreciando,
Menor ye q' el que se siente
En verdá pel escampadu.
No hay allí mollera llibre
Ni á salvamentu costazos,
Nin piernes q' estén segures
Nin sin torollos los brazos.
Boriada que canta el credu,
Tellerones que ye un plasmu,
Se reparten como peres
O perdon en añu santu.
No hai en dar ni en recibir
Conciertu entre los dos bandos;
Quien más puede más apurre
Ya de frente ya de lladu,
Dalgun hay que contra dos
El cibiellu solmenando,
Al llimilos, ye llimidu
Quicias por un renacuayu.
Y el q' acutió non se enfote
De salir á paz y á salvu;
Que cuando va revolvése
Pa fuxir un descalabru,
D' esmenu dos garrotades
Me lu dexen ablucadu,
Y queda sin saber como
De la so deuda pagadu.
Dáse por dar y non más,
Ya sea á moru ó cristianu:
Quien más apurre, isi ye
Tenidu por meyor gallu;
Porque el coraxe non dexa
Ver al que se fai el dañu.
Llocos, per llocos están,
Los q' anden en el cotarru;
Que pa cegase del todo,
Pónsellos en pelu el diablu,
Y ni al so vecin conocen
Ni á San Pedru nin San Pablu.
Solamente nesta xera
Los dos que la encomenzaron,
Llibre tienen la cabeza
Entre tantu descalabru.
Como dos torres derechos
Con el diente arregañadu,
La camisa esfarrapada,
Sudorientos y enfotados,
Tienen en tornu de sí
Más de veinti escalabrados.
Y un espaciu donde pueden
Llibres buscase y dar palos.
Como un par de xabalinos
Que los de cría aventaron,
Y s' atopen frente á frente
En mediu d' un escampadu,
Rabiando por esñizase
Y de la rabia cegados,
Que se enseñen los caniles
Y parten espelurciados
A metélos pe los llombos
Y dexase estocinados,

Ansina los dos jayanes
El verdascu llevantando,
Erguidu el cuerpu derechu,
Los güeyos arremellados,
Cuerren ciegos á encontrarse
Y fundíse el cuerpu á palos.
¡Ẍesús, Señor, qué demonios!...
Llercia me dá contemplálos.
¡Que se esfarrapen... Ẍosticia!
¿Naide vien á separalos?
¿Separarlos? Mala Pascua
Pal que quiẍera intentalo;
Que ya non ven nin conocen,
Non son homes son dos diablos,
Pericón el de Maruẍa,
El fiu del madrilanu,
Ya el primeru que se llanza,
Derechu sobre el contrariu:
Ansi sobre la ribera
Se desfarrapa un argayu,
O de l' alto d' un peñedu
Vien rodando al suelo un cantu.
Piensa quicías q' el so cuerpu
De más bulto q' un carbayu,
Basta col pesu y no más
Pa deẍálo estrapalladu.
Y non teme y s' abalanza
Con el palu llevantadu,
Dando revalgu d' á vara,
Com' un ẍabalin bufando.
Y cuandu á tiru se pon
En sos fuerces enfotado,
Frunce les ceẍes, apuẍa,
Pon los dos papos inchados,
Y esparrancando les piernes
Como el pertegal d' un carru,
Sobre Ẍuan de la Rabera
Va á descargar el verdascu,
El verdascu q' asi ẍibla
Como el vientu nun foraco,
Al cimblir é nes sos manes
Por el aire solmenadu.
Pero ye sueltu el rapaz,
Más que si fora un venadu,
Y al velu sobre la testa,
Pa fuẍir el descalabru,
Dobla com' una cibiella
Todu el cuerpu par' un lladu,
Y el palancón dá nel suelu
Y lo deẍa estapinadu.
Quier allí ganar la acción
Antes que s' arme el contrariu,
Y á les piernes de revés,
Y allumbra con el verdascu,
Por ver si logra quicías
Deẍalo esperniquebradu
Segándoles al empar
Como quien corta ñervasu.
Non ye tanta so fortuna
Q' apercibídu el mazcayu,
Con un saltate patrás
Deẍa su tntentu burladu.
Entóncenes enarbolen
Entrambos á dos los palos,
Que como mesories ruẍen
En el aire tropezados.
Ya s' eviten, ya se busquen,
Ya se mezclen esforciados,
Ya al costazu s' amenacen,
Ya se retiren dos pasos,
Ya salten unu hácia l' otru
Los palancones cruciando,
Y non pueden acutise
Por más q' esmanganiados
Quiẍeren vese los dos
La mollera fecha cascos.
Que si el uno ye forzudo
Y tien de fierro los brazos
Y en perseguir non tien fuelgu
Y en apurrir barganazos,
Arteru y llivianu l' otru
Abre el güeyo pa evitalos,
Y retuércese y s' encueye
Como vara d' avellanu,
U como anguila del ríu
Da, sin saber cómo, saltos,
Que parez en mió conciencia
Tien el cuerpu desquiciadu,
Y que no he de carne y güesu,
Si non de llana y verdascos.
Dalgun descuidu quicías,
Paguénlu solo los brazos,
Donde anguna vez la punta
Tropieza de los verdascos;
Pero el cuerpo llibre queda
Y sin chinchones el cascu,
Hasta que por fin y postre
Cuando van los dos cansados,
Un malditu d' un felechu
(Nunca allí ñaciera en campo)
E nes piernes se i enrieda
Al fiu del madrilanu,
Y da una zapalastrada
Que se i estremez el cuayo.

Quier llevantase: ye tarde;
Que más llixeru q' el rayo,
Ya Xuanon de la Rabera
Y llimió d' un barganazu
Los llombos tan d' improvisu
Que lu dexa espatarradu;
Y otra vez tornó á llimilu,
Y cuando á pura mayálu
Nin tien fuelgo pa quexáse,
Nin puede dar pie nin mano,
Mirándolu de través,
Echa ronques probe diablu,
Y diz el mozu fisgon,
Echales sapu estrapadu.
Mi alma, mi alma que te portes,
Y me tienes ablucadu.
¿Qué te sirve la cebera
Con que gordu te criaron,
Y el coraxe y la falancia
Y esi tonu llevantadu,
Llércia de la Romería
Y de todos espantayu?
Si sueltu como la llengua
Tuvieres el to verdascu,
Si como yes falanciosu
Reciu fores dadu el casu,
Y á les plantes q' aquí echaste,
Correspondieren los brazos,
En dances y en romeríes,
Pudieres llevar el ramu;
Y non com' una muyer
Te viera ahí corripiadu
Más fartu d' amenazar,
Que de apurrir garbanazos.
Es muerga los que te dieron;
Esmuergalos sin pagalos;
Y si vuelves á la danza,
Ven con rueca non com palu.
Mas i dixera Xuanon,
Si allá por el campu abaxu
A gálamos non viniera
La xusticia á escorripialos.
Q' al ruidu de la quimera
Y al restallar de los palos,
Acuden los alguaciles
Con el xuez y el escribanu,
Mas q' acuden á los pitos
Los milanos en verañu.
Y en un instante desfechu
Queda al fin isti ñublado;
Y si hoy se llimieron cuerpos
Y molleres y costazos,
Llime mañana les bolses
Del llugar el escribanu;
Y véndese la reciella
Y los potes y los cazos,
Pa pagar les llozanies
De la danza de Santiago.

Caveda.

(5)

LITERATURA CATALANA

Se comprenderá perfectamente que no sea hoy el autor de este discurso el llamado á hacer aquí la historia de la literatura catalana, en cuyo renacimiento ha tomado, ya que no importante, muy activa parte al menos.

Me limito sólo á consignar que en Francia, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Rusia y en Suecia, se han escrito por eminentes literatos como el barón de Tourtoulón, Federico Mistral, Sabatini, E. Cardona, Bonaparte-Wyse, Aubanel, Roumanille, Roumieux, Garcín, Semenow, Ronhesal, Lidforss, Levi, Savine, Meyer y otros muchos, eruditos artículos y libros consagrados á hacer notar la importancia del renacimiento literario de Cataluña, así como existen hoy traducciones de obras catalanas en todos aquellos idiomas. Pasan de

quinientos los escritores catalanes contemporáneos, á los cuales, en su mayor parte, cité al escribir las notas de mi discurso de recepción en la Real Academia de la Historia.

Las modernas letras catalanas pueden presentar hoy con orgullo á la consideración de los estudiosos y de los críticos su excelente lírica, desde el poema hasta el madrigal, que basta por sí sola á crear la reputación de una literatura; su teatro completo con tragedias, dramas, comedias, óperas, zarzuelas y piezas; su colección escogida de novelas en todos géneros; sus revistas y periódicos; sus obras varias, numerosas y selectas, sobre Historia, Costumbres, Crítica, Viajes, Numismática, Medicina, Teología, Religión y Moral, Filosofía, Toponomástica, Bellas Artes, Filología, Política, Agricultura, Industria y Comercio, etc.

Y he aquí ahora, cumpliendo con mi propósito de presentar en estas notas una muestra de cada una de las manifestaciones literarias regionales de que me ocupo, la bellísima poesía de D. Carlos Buenaventura Aribau que, en cierto modo, dió comienzo en este siglo al renacimiento catalán:

A MA PATRIA

A Dèu siau, turons, per sempre á Dèu siau,
O serras desiguals, que allí en la patria mia,
Dels núbols e del cel de lluny vos distingía,
Per lo repós etern, per lo color mès blau!
A Dèu, tu, vell Montseny, que, dès ton alt palau,
Com guarda vigilant, cubert de boyra e neu,
Guaytas per un forat la tomba del Jueu (1)
E al mitg del mar inmens la mallorquina nau!
Jo ton superbe front coneixia llavors,
Com coneixer poguès lo front de mos parents;
Coneixía també lo só de tos torrènts,
Com la veu de ma mare ó de mon fill los plors.
Mes, arrancat desprès per falts perseguidors,
Ja no conech ni sent com en millors vegadas;
Així d' arbre migrat á terras apartadas,
Son gust perden los fruyts e son perfum las flors.
¿Qué val que m' haja tret una enganyosa sort
A veure de mès prop las torres de Castella,
Si l' cant dels trobadors no sent la mía orella,
Ni desperta en mon pit un generòs recort?
En va á mon dols país en alas jo m' trasport,
E veig del Llobregat la platja serpentina,
Que, fora de cantar en llengua llemosina,
No m' queda mès plaher, no tinch altre conort.

(1) Montjouich de Barcelona.

Plaume encara parlar la llengua d' aquells sabis,
Que ompliren l' univers de llurs costums e lleys,
La llengua d' aquells forts que acataren los reys,
Defengueren llurs drets, venjaren llurs agravis.
Muyra, muyra l' ingrat que, al sonar en sos llavis
Per estranya regió l' accent natiu, no plora,
Que, al pensar en sos llars, no s' consum ni s' anyora,
Ni cull del mar sagrat las liras dels sèus avis.
En llemosí soná lo meu primer vagit,
Quant del mugró matern la dolsa llet bebía,
En llemosí al Senyor pregava cada día,
E cántichs llemosins somiava cada nit.
Si, quant me trobo sol parl' ab mon esperit,
En llemosí li parl', que llengua altra no sent,
E ma boca llavors no sab mentir ni ment,
Puig surten mas rahons del centre de mont pit.
Ix, donchs, per expressar l' afecte mès sagrat
Que puga d' home en cor gravar la mà del cel,
Ó llengua á mos sentits mès dolsa que la mel,
Que m' tornas las virtuts de ma inocenta edat.
Ix, e crida pel mòn, que may mon cor ingrat
Cessará de cantar de mon patró la gloria;
E passia per ta veu son nom e sa memoria
Als propis, als estranys, á la posteritat!

Aribau.

(6)

VOCABLOS REGIONALES SIN TRADUCCIÓN CASTELLANA

En la notable introducción que precede al *Diccionario de voces aragonesas* de D. Jerónimo Borao (Zaragoza, Ariño, 1859), el eminente literato aragonés acepta como suya la opinión expuesta por el autor del artículo *España lingüística* en la *Enciclopedia Española,* donde se inculca á los castellanos por el exclusivismo con que proceden en materias de lenguaje, prefiriendo en muchas cosas ostentar su pobreza más bien que aceptar de los dialectos españoles aquello en que éstos les superan.

Hay tanta verdad en esto, que, por no aceptar ciertas palabras de nuestros idiomas regionales, sin aquivalencia en castellano, es imposible traducir á éste determinadas frases y conceptos. Entre muchas palabras eufónicas, propias, concisas, expresivas y aun irreemplazables que pudieran citarse, hijas de fuentes las más puras y en todo conformes con el carácter de la lengua castellana, me permito recordar las siguientes:

CATALANAS

ANYORAR, ANYORARSE, ANYORAMENT, ANYORANSA. *(Añorar, Añorarse):* el dolor que se siente por la ausencia del hogar ó

de la patria; el sentimiento nacido de la falta de alguna persona ó cosa ya no existentes, á quienes se profesaba cariño; el sentimiento también por la ausencia de alguna persona, el recuerdo ó la falta de alguna cosa; encontrarse triste, disgustado, molesto en un lugar, ya sea por la ausencia de la patria, ya por no avenirse con los objetos que le rodean ó las tareas que le ocupan.

No existe medio, por ejemplo, de traducir al castellano, ni en verso ni en prosa, como no sea por grandes circunloquios, lo cual ya no es traducir, la siguiente poesía:

¡Si 'n era de bonicoya
la pubilla del *Más vert!*
Mes ¡ay! estaba tan trista
que tots li deyan:—«¿Qué tens?»
«¿Per qué estás trista?»—«M' anyoro.»
—«¿Qué anyoras?»—«Anyoro 'l cel.»

Apleg ó aplech: gran reunión de gente, concurrencia extraordinaria, copiosa muchedumbre. Viene á ser, si pudiera decirse en castellano, como *aplegamiento* de gente. No hallo medio de expresarlo más que con la palabra *congregación,* fácil de confundir, y que es la que me he visto obligado á usar en un pasaje de mi discurso (pág. 6), donde digo: «En las congregaciones del pueblo castellano», por falta de una palabra que signifique gran concurrencia ó golpe de gente en un día dado, congregada para una fiesta, para un acto, etc.

Aplech se usa comunmente para expresar una fiesta popular á que concurre la muchedumbre, como: *l' aplech del Remey, l' aplech de la Salut,* es decir, la fiesta ó la gran concurrencia de la Virgen del Remedio, de la Virgen de la Salud (santuario cercano á la ciudad de Sabadell).

He aquí una *corranda* ó canto popular relativo á esta última fiesta, que no es posible traducir:

A l' aplech de la Salut
tots hi van, joves y vells,
y la fira de las noyas
es l' aplech de Sabadell.

Aixalar: recortar las plumas de las alas á algún pájaro para que no pueda volar ó sólo pueda hacerlo con vuelo bajo. ¿Cómo se traduce al castellano, por ejemplo, el título de la comedia catalana *Un pollastre aixalat?*

Brfscar: quitar á las colmenas los panales con miel. En castellano se dice *castrar,* y no hay otra manera de decirlo; pero habiendo aceptado la Academia en la última edición de su

Diccionario la palabra provenzal-catalana *Bresca* (el panal de miel), parece lógica y corriente la aceptación del verbo como más propio, más legítimo y más significativo que el de *castrar*, sujeto á equívoco, por otra parte.

Celistia: la luz escasa que hay por la noche con el resplandor de las estrellas.

Corranda: es la copla puesta en el tono para cantarse, lo que en castellano se llama *cantar*, sólo que en catalán es voz más adecuada y propia. *Corranda*, es decir, que corra, que se divulgue. El *cantar* castellano es palabra que tiene distintas acepciones.

Enmirallarse: mirarse al espejo, verse en el espejo ó en el agua.

> ¡Qu' hermosa qu' es Barcelona
> enmirallantse en la mar!

Enreverdar: apoderarse de una persona ó de algún animal fugitivo, acorralándolo contra un matorral *(verder)*.

Estarrosar: pulverizar las *tarrosas*, ó sea destripar terrones.

Glacera: el montón ó lecho de hielo que se halla en los abismos ó sitios profundos de las montañas, y que proviene de las nieves ó de los lagos que el frío excesivo de aquellas regiones ha helado.

Ray: voz sumamente expresiva, que también tienen los aragoneses (V. Dic. Borao), y para la cual no hay traducción posible. Unas veces significa *á bien, gracias que, esto poco importa*, etc., y otras tiene más significativa equivalencia.

Véanse estas frases catalanas: *Are ray que 'l tenim pres* (ya nada importa ahora, pues que está preso). *Aço rai, ja tornará* (á bien que ya volverá).

Véanse también estas aragonesas: «Pedro rai que tiene fincas, quien queda mal es su hermano.»—«Yo rai poco importa, lo que importa es mi madre.»—«La escalera rai, lo que quiero tener hecho es el piso».

No hallo traducción posible para la bella poesía catalana de Mariano Aguiló, titulada: *Aço rai.*

Rautar: escarbar con las uñas.

Singlera: cadena ó continuación de precipicios.

Trahir: hacer traición. En castellano hay *traición, traidor* y *traicionero*, pero no hay *traicionar* (que no es *vender*), única palabra que pudiera expresar lo mismo que la catalana.

Tictactejar: hacer tic-tac. Sólo podría traducirse por *tictactear*, que no existe en castellano.

ARAGONESAS

ATREUDAR: dar en enfiteusis.

CEPRENAR: mover ó sostener algo por medio de una palanca.

ESTEMA: pena de mutilación ó perdimiento de miembro.

ESTEMAR: imponer la pena anterior, extendiéndola á la de marcar con hierro ardiente. Estas dos palabras se repiten varias veces en los *Privilegios de la Unión*.

ENCALZAR: perseguir, ponerse en persecución. Es palabra catalana también. No es lo mismo que *acosar*, pues tiene distinta acepción. «Encalçen é geten de la tierra al sobredito Rey,» se lee en el códice de los *Privilegios de la Unión*.

REDOLINO: bola hueca que contiene la cédula que ha de sortearse. En catalán hay la palabra *rodolí*, que es la tira de papel ó la cédula abarquillada en que se escribe un número ó un nombre para sorteo ó elección. No es, pues, la cédula ó cedulilla castellana. Para llamarse *rodolí* es preciso que el papel esté arrollado.

ULTRANZA: á todo trance, á hierro y fuego, sin cuartel ni misericordia. Zurita hace frecuente uso de este vocablo en sus *Anales*.

ZUNZIR: fruncir, plegar ó recoger el borde de cualquiera tela.

GALLEGAS

A CARON: próximo á, inmediato á, tocando á.

AFEITO: estar hecho ó estar acostumbrado.

ALBORADA: el toque matutino de la gaita.

ATURASO: grito prolongado con que se termina un canto.

CODELO: pedazo de pan, que no es precisamente lo mismo que *mendrugo*.

CURISCO: viento muy frío.

DE COTE Ó DE COTÍO: todos los días. Parece derivarse del *quotidien*.

DIPINICAR: comer las cosas una á una, como las uvas.

ESMECHAR: reverberar el sol.

EIDO: el hogar rústico ó del campesino, pero comprendiendo el terreno propio alrededor de la casa.

EN NINGURES: en ninguna parte.

FOLIADA: grupo de gentes que tocan, cantan y bailan. Es voz muy parecida á la catalana *Folla*.

FUNGAR: tomar tabaco en polvo.

LATRIGAR: hablar mucho, pero atropelladamente, con excesiva rapidez.

MEIGO, A: encantador, hermoso, amado. Es una palabra parecida á la catalana *M' aymia*.

MOINA: disimulo hipócrita, algo como gazmoñería, sin ser lo mismo.

MIXIRIQUEIRO: se dice del que hace dengues ó quiere hacerse el interesante.

ORBALLAR: caer el rocío.

SAUDADES, SAUDOSO: tiene la misma significación que la *anyoransa* catalana; y es intraducible, porque su equivalencia de *nostalgia*, sobre carecer de adjetivo y de verbo, no expresa bien el vocablo, pues sólo lo traduce en una de sus acepciones.

XANTAR: se conserva para expresar el comer á mediodía, ó sea el antiguo yantar castellano.

ASTURIANAS

ABOCANAR: cesar la tempestad.

ACOMPANGAR: comer pan con otra cosa, comer algo acompañado de pan.

AFRELLARSE: recibir un golpe en la cara, con herida.

AGUEYAR: dar mal de ojo. Creencia popular. Véase *el niño enfermo*, del Sr. Caveda, donde se habla de los remedios supersticiosos para esta dolencia, que suponen mata á los niños.

Si la agueyará
la vieja Rosenda...
. . . .

ARGAYAR: desgajarse la tierra.

AL VELUMEN: estar un objeto colocado en alto, de manera que se destaque sobre el fondo de luz. En catalán hay un término muy parecido *al vesllum*.

AMUSGARSE: quedarse cabizbajo, encogido, medroso.

ARREBALGAR: abrirse de piernas para montar ó saltar ó caballo, etc.; voz citada por Caveda.

BABLE: lengua, dialecto, idioma de los asturianos.

CEDO: temprano, prontamente; voz citada por Jovellanos.

Ven mas *cedo* qu' antiyer,
galan, si vas p' al' esfueyu.....
(Cantar asturiano.)

EMPOVINAR: obligar á ir á alguna parte.

ENSARELLAR: enredar una cosa, y también encadenar muchas cosas juntas, ó cuentos ó mentiras.

ESJOYAZA: reunión de labradores para quitar la hoja al

maíz. Es una verdadera fiesta ó tertulia de vecinos, amigos y parientes, que son obsequiados por el dueño de la casa.

Examar: se dice de las abejas, y se aplica por esta palabra la acción y tiempo de labrar el enjambre. (Jovellanos.)

Cuando *examen* les abeyes.....

Fila: reunión de campesinos, jóvenes de ambos sexos, donde se pasa el tiempo galanteando y divirtiéndose.

Gaceta: antiguo pergamino donde hay noticia de fantásticos tesoros. (Canella Secades.)

Huestia ó hueste: procesión de negros fantasmas, reunión de aparecidos que rondan las iglesias y cementerios.

Misar: decir misa.

Miriar: retirarse del sol al medio día y dormir la siesta.

Nidio: lo que es suave al tacto y se desliza al cogerlo. (De *nitidus*.) También se dice *esñidiar,* escurrirse suave y dulcemente.

Nubero: sér misterioso, pequeño, desproporcionado, que descarga las tempestades sobre los sembrados.

Penoso, penosa: el mozo ó moza que es gentil, agraciado y anda en amores. (Jovellanos.)

El galán del martinete
v' á galantiar á Llanera:
la *penosa* de los rizos
quedrá ser martinetera.

(Cantar asturiano.)

Peñerar: pasar la harina por la peñera.

Paraxismero: hazañero; el que hace hazañerías, esto es, paraxismos. Viene del latín *paroxismus,* por alusión á los quiebros y meneos que hacen los que tienen este defecto. (Jovellanos.)

En Cangas hay bones moces,
en Avilés la flor d' elles,
en Luanco mielgues curades
y en Xijon *paraxismeres.*

(Cantar asturiano).

Pesllar: cerrar con llave, echar la llave.

Robezu: la gacela montés.

Sallar: se dice sallar el maíz. También significa limpiar la tierra de malas yerbas, ablandar la misma tierra, etc.

Sebe: División ó seto de las fincas rústicas, formado de

plantas y arbustos espinosos que impiden el paso al ganado. (De *sæpes, is.*) (Canella Secades.)

TREBEYAR: juguetear, jugar de manos, retozar.

Los mozos *treveyaban* 'na cocina.

VRITO: rama nueva de la planta; más expresiva que retoño, atendiendo á su etimología latina *veris.*

XACEA: cama de los animales, de *Jacia is, acere.* En catalán se llama *jas.*

XINTAR: comer á medio día, *xantar* en gallego.

XANA: ninfa que, según la creencia popular, vive en las fuentes; es muy pequeñita, guarda tesoros, protege á los amantes, etc., etc. De ella dice Caveda en *Los enamorados de la aldea:*

Tuviérate de la fuente
por la misteriosa xana,
para guardar los tesoros
de alguna mora encantada.

(7)

Discursos de los señores Marqués de Valmar y Varela en la sesión de la Real Academia española, á que asistió S. M. el Emperador del Brasil (1872).

(8)

VOCABLOS PROVENZAL-CATALANES ACEPTADOS POR LA ACADEMIA

En la excelente *Historia crítica de la literatura española* del Sr. Amador de los Ríos, se consideran como los primitivos poemas castellanos anteriores al Cid, el *Libro de los tres Reys d' Orient,* la *Vida de Madona Santa María Egipçiaqua* y el de *los Reyes Magos.*

El libro de los tres *Reys d' Orient* comienza ya por estas últimas palabras de su título, que son provenzal-catalanas. En su texto son infinitas las del mismo origen. Véanse como muestra:

fiz *semblante quel' plazié.....*
sacaban á las *vegadas* | los brazos con las espaldas.....
que en el cielo fué oído | el *planto* de Raché.....
un fijuelo que auía | que l' *parí* el otro día.....

He aquí ahora algunos versos sueltos del *Libro de los Reyes Magos:*

Deus criador qual *marauela* | non se qual es *achesta* strela.....
non es uertat nin se que digo | todo esto non *val* uno *figo*.....
. . . . | uno *home* es nacido de carne.....
Rey *unich* es nacido | . . . .
qui mandara el seclo | en *grant* pace *sines* guerra.....
fu nunquas alguandre falada ó en *scriptura trobada*.....

Véase el de *María Egipciaca.*

María huye de la casa paterna, y «*per fer* más su *voluntat*» se dirige á Alejandría, albergándose entre meretrices. Allí, los galanes

d' ella avien *grant sabor* | *ca* tal era commo la flor.

De Alejandría pasa á Jerusalén en una nave «*plena* de romeros, de ricos omes et caualleros.»

En muchos otros pasajes del libro se encuentran voces provenzal-catalanas. Júzguese por estos versos, escogidos al acaso:

Grant maravella fué del padre | que su fija fizo madre.....
Tu ameste siempre castidat | yo luxuria *et malvestat*.....
Todo el día estaban en su *mester* | fasta l' ora del comer.....
Pan d' *ordio* comien.....
Coniurote por Dios el *grant* | que non vayas *d' aquí adelant*.....

Por lo que toca á las palabras provenzal-catalanas que se encuentran en nuestro *Diccionario de la Academia*, son muchísimas. He aquí trescientas rápidamente recogidas, hojeando sólo el Diccionario:

Acullir.
Afillamiento.
Afillar.
Aguaitar.
Agenollar.
Albarcoque.
Alfábega.
Agra.
Agror.
Aglayarse.
Aprés.
Asmar.
Asperjar.
Aturar.
Avenir.
Avol.
Acostar, en el sentido de arrimarse ó acercarse, como lo usa Fr. B. de las Casas en su *Historia de las Indias*.

Basa.
Bastir.
Bagasa.
Bandosidad.
Blancor.
Blasmar.
Blasmo.
Blao.
Bochin.

Botiga.
Borde.
Bresca.
Brisca.

Cadira.
Calina.
Calce.
Calza.
Cambra.
Canonge.
Cantonada.
Capitol.
Car.
Castel.
Castellan.
Cendra.
Colla.
Claror.
Claustra.
Conca.
Concello.
Conquesta.
Conquerir.
Conhorte.
Conhortar.
Coller.
Cort.
Crida.
Cridar.
Creyer.
Comparanza.
Cuitar.
Cuja.
Cusir.

Deesa.
Derrería.
Desferra.
Desfamar.
Desguarnir.
Despullar.
Desus.
Defoir.
Defensable.
Desconhortar.
Desconhorte.
Devant.
Devantal.
Detall.
Desvezar.
Dir.
Dita.
Dona.
Doncas.
Duc.
Dulzor.
Durada.
Drope.

Embrolla.
Embair.
Embrollar.
Endemás.
Empenta.
Empentar.
Emprentar.
Encara.
Enronarse.
Enfortir.
Ensellar.
Ensembla.
Enronar.
Enrojar.
Erro.
Erranza.
Escalfar.
Escarnir.
Escarnidor.
Escomesa.
Escandir.
Escarchar.
Escandallo.
Esguardar.
Esguarde.
Escombrar.
Escombra.
Esquena.
Esmena.
Escarola.
Esposayas.
Esponsalias.

Esquinzar.
Estol.
Exir.

Fabear.
Fadar.
Falagar.
Falaguero, ra.
Fasoles.
Falla.
Fame.
Fer.
Fandilla.
Fenestra.
Festejar.
Ferraje.
Ferrar.
Festa.
Ferramienta.
Fil.
Filosa.
Floreta.
Forado.
Foradado.
Forza.
Forca.
Forqueta.
Forcejar.
Forja.
Forquilla.
Fosca.
Fosa.
Fosar.
Folía.
Fogaje.
Fogarada.
Foguera.
Folgar.
Fornalla.
Frederich.
Fredor.
Frescor.
Fenestra.
Fumarada.
Fugir.
Furto.

Furtador.
Fusta.
Figo.

Gandul.
Gaya.
Gesta.
Gorja.
Grant.
Gramalla.
Granadí.
Gratar.
Grao.
Greuje.
Gros (en).
Grua.
Grida.
Guarir.
Guarnir.
Gubernar.

Hi.
Home.
Hostaje.
Hostal.

Inflar.
Interromper.

Jaquir.
Jita.
Joglar.
Joglería.
Jofre.

Lar (Llar).
Largaria.
Lazería.
Leijar.
Loguer.
Lusco.

Malfeita.
Maleza (por Maldad).
Malvestad.
Malvezar.

Macular.
Mácula.
Mancar.
Manobre.
Manta.
Marmesor.
Márfega.
Masía.
Mege.
Merla.
Mercantívol.
Mingrana.
Mocador.
Montañeta.
Mollina.

Na.
Nadal.
Nano.
Negror.
Nolit.
Nova.
Noxa.
Nudrir.

Pal.
Palpebra.
Parla.
Parlar.
Pardal.
Pebre.
Pedrera.
Per.
Plana.
Pobla.
Pollastre.
Poma.
Portar.
Primer.
Primería.
Proferta.
Punchar.

Rancor.
Realme.
Rebujar.
Remugar.
Renda.
Rengle.
Renglera.
Repodrir.
Requestar.
Requesta.
Resemblar.
Resurtir.
Resurtida.
Resurgir.
Riba.
Rondalla.

Sabidor.
Sabieza.
Salma.
Sant.
Secor.
Secresto.
Secrestar.
Secrestador.
Seguranza.
Semblar.
Semblanza.
Semble.
Sembra (en).
Sentada.
Seze.
Sota.
Sorra.
Superbia.
Surtida.
Sus.

Tacar.
Tallar.
Timbal.
Torrar.
Tortedad.
Tozar.
Trena.
Tristor.

Usaje.

Vegada.
Ventador.
Ventar.
Ventalle.
Vergoña.
Vergoñoso.
Vidal.
Vidro.
Voltejar.
Volteta.

Todas estas palabras, castizamente catalanas, se hallan en el *Diccionario,* habiéndome asegurado por mí propio que estaban, antes de continuarlas aquí. Unas constan como de uso común, muchas como anticuadas. Por no consignarlas el *Diccionario* de la Academia, dejo de continuar otras que se hallan, sin embargo, en distintos diccionarios ó en *El conde Lucanor* de J. Manuel, en las poesías del Arcipreste de Hita, de Juan de Mena, y en otras obras clásicas, como por ejemplo: *judjar, maltractado, brandar, candela, ezquerra, muller, consembles, lur, palla*, *maravella, tenguts, fruytas,* etc.

LAS OBRAS DE ENRIQUE GIL

DICTAMEN

ESCRITO POR ENCARGO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Aunque algo tarde ciertamente, no tanto por sobra de abrumadoras ocupaciones, como por el natural y legítimo temor que mi flaqueza debía inspirarme, vengo hoy á dar dictamen sobre las *Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco*, encargo que tuvo á bien confiarme nuestra ilustre Academia.

Me importa y place consignar, lo primero de todo, cumpliendo grato deber, que los señores don Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla han merecido bien de la patria literaria coleccionando y publicando á su costa, en dos tomos de elegante y esmerada impresión, las obras en prosa del esclarecido Gil, como hace ya algunos años, con no menor patriotismo, coleccionó y publicó sus obras en verso el distinguido literato D. Gumersindo Laverde.

Con esta publicación se ha prestado un verdadero servicio á las letras españolas. De muchas de estas obras sólo quedaba el recuerdo en las ya rarísimas colecciones de los diarios y revistas que tuvieron por redactor ó colaborador á Enrique Gil; de otras estaba agotada la edición; de algunas inéditas, apenas existía noticia. Merecen, pues, gratitud los que con patriótico desinterés, digno de loa, han emprendido la publicación de estas dos obras, reivindicando para el público la memoria, no en todos perdida, de aquel dulce poeta que fué á morir en tierra extranjera, donde *yace en su propia tumba desterrado*, como dijo con bella frase y buen verso Eulogio Florentino Sanz en su epístola poética á Pedro Calvo Asensio.

Y en verdad que bien merecía Enrique Gil este recuerdo. Pertenecía á aquella generación ilustre que comenzó á brillar en la tercera década de este siglo cuando se presentaron de súbito, apareciendo con los primeros albores de las libertades políticas y literarias, los que luego debían dejar inscrito su nombre imperecedero en el que será libro de oro de nuestra literatura contemporánea. Fué amigo y compañero de Mariano de Larra, el malogrado, aquel que con sus obras más cuidadas, y también con sus hechos, parecía haberse puesto por norma el ejemplo del enamorado Macías, sin tal vez sospechar que la posteridad debía tener más en cuenta sus artículos literarios que sus novelas y sus dramas; lo fué de José de Espronceda, el poeta byroniano, cuyos versos, batidos al temple de un alma de fuego, parecían poseer el secreto de estimular la retentiva disposición de la juventud agrupada en las aulas; lo fué del Duque de Rivas, el maestro, que con su *Don Álvaro*, su *Moro expósito* y sus *Romances históricos* inició una revolución y señaló caminos hasta entonces considerados peligrosos, por donde en adelante se podía lanzar la nueva escuela poética para explayar su impelente vuelo en más vastos y dilatados horizontes; lo fué de nuestro numeroso Zorrilla, aquel ante quien no parece sino que hubo de rendirse postrada y vencida la rima castellana; y lo fué, por último, de muchos de vosotros, señores académicos, los que por bienhechora suerte vivís todavía y cuya existencia parece prolongar el cielo para bien y esplendor de las letras españolas, á fin de que en torno de vuestras canas respetables y respetadas vayan siempre naciendo lozanos retoños de los laureles que ya en tiempo de Enrique Gil cosechasteis.

No están ciertamente desprovistas de errores y defectos las *Obras en prosa* de Enrique Gil, aun cuando, por ventura, más que de su autor son de

su tiempo; ni dejan de tener en determinados pasajes imperfecciones de concepto y de lenguaje, que deben atribuirse seguramente á prisa de la pluma ó á olvido de corrección más que á error de entendimiento; pero forman todas juntas tal suma de bellezas y un tesoro literario de tal cuenta y nombre, que, en opinión del que suscribe, merecen el aplauso y la recomendación de la Academia.

Forman el primer volumen de estas obras la novela *El señor de Bembibre* y la leyenda *El lago de Carucedo*, precedidas ambas por un bien pensado y bien escrito prólogo de D. Fernando de la Vera y por una biografía del autor debida á su hermano D. Eugenio.

El señor de Bembibre vió por vez primera la luz pública en 1844, cuando ya la habían visto, y recorrido todo ó gran parte de su camino, *El doncel de de D. Enrique el Doliente*, de Larra; *Ni rey ni Roque*, de Escosura; *Sancho Saldaña*, de Espronceda; *El golpe en vago*, de Villalta, y *El caballero del Cisne*, de López Soler, novelas todas, y especialmente la última, que eran entonces, más que leídas, devoradas por una juventud exuberante de vida y entusiasmo, nacida al calor de aquella innovadora escuela romántica que parecía llegada para romper los viejos moldes y arrojar á los dioses de su Olimpo, para destruir las aras y los templos é inaugurar la época de las grandes osadías.

Producto esta obra de una imaginación ardiente, hija de un apóstol y propagandista de la nueva escuela, debía forzosamente tener carácter y color de época, y ni podía resistir á las corrientes de su tiempo, debiendo acomodarse al gusto de los lectores, ávidos de emociones, ni sustraerse á la influencia, especie de efluvio venido de allende los mares, que impuso entonces á todos, y singularmente al autor de *El caballero del Cisne*, el genio superior y la poderosa inventiva de Walter Scott,

nunca como en aquellos tiempos popular en España.

No es esto decir que *El señor de Bembibre* sea, como *El caballero del Cisne*, una imitación del *Ivanhoe* de Walter Scott. No, no hay imitación en lo que es original. *El señor de Bembibre* es una obra verdadera y genuinamente española, con todo el sabor y carácter del hogar y de la familia; pero no puede ni debe negarse que su lectura vende el secreto de las aficiones de su autor al célebre novelista escocés, cuyas obras debían ser muy familiares á Enrique Gil.

Posee *El señor de Bembibre* las dos condiciones que se requieren como indispensables para obras de esta clase: el interés y la claridad. El interés se halla en la proporción que el ánimo del lector necesita, es decir, cada vez más creciente; los personajes están dibujados con habilidad y verdadero conocimiento del corazón humano; el diálogo, aun cuando algunas veces peca de lánguido, es siempre natural y propio; las situaciones están buscadas con maestría y presentadas con oportunidad; la parte histórica que encierra la obra y que se refiere á la última desastrosa época de los templarios en España, tiene, con todo el color del drama, todo el interés de la verdad; y, finalmente, el género descriptivo, que parece ser muy del agrado del autor, sin duda por sentirse fuerte en él, domina y campea en toda la novela, siendo uno de sus más gratos y seductores atractivos. Ya esta última circunstancia hubo de llamar la atención del célebre Humboldt, quien, al remitir á Enrique Gil, en nombre del monarca alemán, la gran medalla de oro destinada á premiar el mérito de obras literarias y científicas, felicitaba á nuestro autor por el sentimiento profundo de la naturaleza que en él revelaban las descripciones de las orillas del Sil, de las montañas del Bierzo, de las sierras de

Aguiana y otras que en *El señor de Bembibre* se leen; descripciones, en efecto, dignas de la loa que les consagra Humboldt, y que tienen todavía mayor mérito: el de estar escritas en excelsa prosa castellana que, cuando se maneja como en estos pasajes lo hace Enrique Gil, no tiene rival en ninguna otra del mundo.

Termina el primer volumen con la leyenda *El lago de Carucedo*, que se publicó el año 1840 en las páginas del *Semanario Español*. Es una leyenda romántica, con todas las bellezas y también con todos los defectos de aquella escuela, elegantemente escrita y en la que el autor halla la manera de referir, como de pasada, dos grandes acontecimientos que conmovieron el mundo: la conquista de Granada y el descubrimiento de América; hechos demasiado grandes para ser contados como detalle episódico de una leyenda, aun cuando no debe negarse que están introducidos en ella con naturalidad y con arte.

Componen el segundo volumen de las *Obras de Enrique Gil* todos los escritos varios en prosa que del autor se han podido recoger, artículos de crítica literaria, de costumbres y de viajes, magistralmente escritos algunos de ellos, y revelando todos la profundidad de conocimientos que poseía Enrique Gil, su espíritu crítico y observador, su severidad de razonamiento, la galanura y lozanía de su estilo, la brillantez de sus descripciones y el estudio imparcial y severo que sabía hacer de los hombres y de las cosas.

El señor de Bembibre y *El lago de Carucedo* son obras pasajeras y mortales al lado de los artículos que forman este segundo volumen. Sucede con Enrique Gil algo parecido á lo que con Larra. Las obras que con más afición y cuidado escribió están quizás destinadas á morir más pronto que aquellas nacidas sólo de la impresión del momento y escri-

tas al volar de la pluma, para cubrir perentorios compromisos de la prensa periódica.

En resumen: la opinión del que suscribe, salva la ilustradísima y superior de la Academia, es que las *Obras en prosa de Enrique Gil* están comprendidas dentro del decreto de 12 de Marzo de 1875, mereciendo que el Gobierno tome el mayor número de ejemplares posible para aumentar con ellos el tesoro de las Bibliotecas públicas.

Madrid 31 de Enero de 1884.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

AL QUE LEYÓ EL EXCMO. SR. D. EDUARDO BENOT
EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, EL DÍA DE SU RECEPCIÓN

(14 DE ABRIL DE 1889)

Señores Académicos:

Acabáis de oir el discurso que el Sr. D. Eduardo Benot ha presentado para tomar posesión del puesto á que le elevasteis. Basta oir su lectura para que se comprenda, por vuestra parte, la justicia con que le elegisteis; por la suya, la indispensable autoridad con que se presenta.

Después de larga y laboriosa vida consagrada al estudio y á la divulgación de los progresos humanos, amparado por su brillante historia literaria, el señor Benot viene á recoger la medalla con que honraron su pecho y á ocupar el sillón en que sucesivamente fueron sentándose Pedro Escotti de Agoiz, Miguel Gutiérrez de Valdivia, Juan de Iriarte, Pedro de Silva, Francisco Antonio González, José de la Revilla, y últimamente Cándido Nocedal, á cuya buena memoria, haciéndose intérprete de los sentimientos de la Academia, rinde el señor Benot el tributo debido, en cumplimiento de la loable y piadosa costumbre que la Academia ha querido siempre conservar. Así sucede que estas grandes solemnidades académicas tienen doble objeto y alcanzan doble mérito. Así sucede que la gloria del recién llegado se une al recuerdo del que se ausentó para siempre, y el primer acto del nuevo académico es el de tributar un homenaje á su antecesor, prolongando de este modo el eco de sus glorias, de sus méritos y de sus virtudes.

Bien venido sea el nuevo académico. Inteligente,

pensador y laborioso, como demuestran sus obras; varón de rectitud, de conciencia y de consejo, como patentizan los hechos todos de su vida; tan ardiente en la propaganda de sus ideales, como incansable en la gestión y ejercicio del trabajo, el Sr. Benot está destinado á prestar muy especiales y también muy señalados servicios desde el alto puesto que hoy viene á ocupar, contribuyendo á las doctas y útiles tareas de esta corporación ilustre.

Es de ello garantía su pasado.

Discípulo en literatura del célebre D. Alberto Lista,—egregio maestro que fué de tantos como llegaron luego á ser á su vez maestros—Eduardo Benot comenzó su carrera literaria por medio de la prensa periódica. Era lo corriente en sus mocedades. Así la comenzaron muchos; así, quizá, la comenzamos todos.

Los semanarios de literatura y los folletines de los periódicos políticos eran entonces el palenque donde se ejercitaba en sus primeras armas una juventud ganosa de gloria, y que, movida por secreto é irresistible impulso, se lanzaba impaciente tras de grandes ideales que, por lo menos, tenían la virtud de elevar el alma. Y como la ambición del espíritu es tan activa y devoradora como la del corazón, aquellas jóvenes inteligencias, en alas de su fantasía, al sol espléndido de la revolución literaria que se hallaba en su plenitud, con todas las fiebres y todos los entusiasmos de la época, cruzaban los espacios, abarcaban la inmensidad, sondeaban el infinito.

Delirios serán ahora estos recuerdos para muchos, y, sin embargo, en el fondo de estos delirios había algo elevado, algo noble, algo que respondía á la bendita misión del ingenio y al enaltecimiento del alma.

Pudo haber exageración en una escuela hoy tan combatida y tan desdeñada, no lo niego; pero será

siempre preciso convenir en que la exageración es la idealidad de un sentimiento, y el sentimiento, en el concepto en que aquí debe comprenderse, es un acto noble del alma. Con todos sus defectos y con todos sus errores, aquella época abrió vastos horizontes y trazó luminosas vías al ingenio.

De allí proceden, en literatura, aquellos cuyos nombres ha escrito la posteridad en mármoles y en bronces, y aquellos también que, vivos aún para gloria de la patria, deben á la Providencia el privilegio de asistir á su posteridad, que se adelanta á brindarles con el laurel del Petrarca en los suntuosos salones de la oriental Alhambra.

De allí proceden, en ciencias, los que en las cátedras han formado y dirigido á nuestra juventud, y de allí también, en política, los eximios oradores y hombres de Estado que desde los bancos rojos del Parlamento han ido á ocupar los altos puestos del país.

No pude menos, señores Académicos, de entregarme á estas reflexiones al recordar los primeros pasos de Benot en su vida literaria. También él, también, perteneció á la hueste de aquella noble juventud, y aun hoy se cuenta en el número de los que se avienen perfectamente con el idealismo y el espiritualismo de los que en otras edades se llamaban Calderón de la Barca, Lope de Vega ó Fray Luis de León, y en la nuestra se han llamado Larra, Espronceda, Duque de Rivas, Quintana, Carcía Gutiérrez ó Ayala.

Benot pertenece, pues, al número de los que son ya demasiado viejos para cambiar de estudios y carrera, y demasiado jóvenes aún para destruir lo que han adorado, para maldecir lo que han bendecido y para renegar de unos tiempos en que, antes que blasfemar de Dios, se prefería ensalzarle, y antes que extasiarse con las inmundicias del lodo, se prefería cantar las esplendorosas bellezas del cielo.

Aun hoy existen algunos de aquella época, que, viejos y todo, continúan siendo los amantes y los enamorados de la Belleza, y para quienes la belleza plástica y visible es sólo el punto de apoyo y de partida que los guía para ir en busca de una Belleza superior y eterna. Es posible, es casi seguro, que haya en esto algo de Platón; pero, en fin, no fué nunca la de Platón tan mala compañía.

Búrlense en buena hora los que se llaman espíritus independientes y libres, de los que van en busca del Ideal. Yo no he de condenarlos por esto; que tengo gran respeto á toda manifestación del pensamiento, y, especialmente, á todo lo que sea expresión de sentimientos rectos y honrados; pero aquellos á quienes respeto, deben á su vez respetar en mí el sentimiento que me empuja á sostener y aplaudir á los jóvenes autores que escriben sus obras con un carácter eminentemente moral é ideal y á los que en la forma ven únicamente la manifestación de la idea, ya que sin lo Bello, dígase lo que se quiera, la vida no tendría luz ni el arte encanto.

Decía, pues, señores Académicos, que Eduardo Benot se distinguió en sus mocedades por sus aficiones exclusivamente literarias, á las que se consagró con ardor y con entusiasmo. De aquella su primera época data el drama alegórico en tres actos y en verso, titulado *Mi siglo y mi corazón*, que con gran aplauso y triunfo del autor se representó en el teatro de Cádiz el año de 1852, y que más tarde en 1863, fué refundido.

Desde entonces, y con actividad verdaderamente asombrosa, se dedicó á la vida del arte, de la literatura y de la ciencia, escribiendo numerosas obras, de que luego he de dar cuenta, y que le valieron el aplauso del público, la consideración de los hombres de talento, el elogio de los críticos, y en 1863 el título de Correspondiente de esta nuestra Real Academia Española.

En este período de su vida activa y laboriosa, Benot tomó parte muy directa en los trabajos de la prensa política, y, así en España como en Portugal, estuvo al frente de varios periódicos, donde, justo y debido es decirlo, defendió siempre sus ideas con las formas más comedidas, menos agresivas y menos personales; lo cual, dicho sea en honor suyo, prosiguió haciendo siempre, aun en los tiempos más huracanados de la política española.

Sin abandonar sus trabajos puramente literarios, Benot comenzó á consagrarse en especial á los estudios filológicos, que llegaron á ser más singularmente de su predilección, compartiendo estas aficiones con la de las ciencias naturales y el estudio de la Física y de la Química.

A la primera parte de estos trabajos pertenecen sus obras, que todos vosotros conocéis, señores Académicos: *Errores en materia de educación; Examen crítico de la acentuación castellana*, que se acaba de reimprimir; su *Gramática general;* sus otras *Gramáticas* de las lenguas francesa, italiana, inglesa y alemana; sus *Cuadros sinópticos sobre psicología, crítica, metodología y dialéctica;* sus *Apuntes sobre los casos y las oraciones*, cuya edición décimonona acaba de aparecer, y sus *Temas varios sobre los problemas de las ciencias naturales*.

En la segunda clase de sus estudios hay que colocar sus trabajos sobre distintas ciencias, *Aritmética general; Resultante de los movimientos giratorios con aplicación á la astronomía; Errores en matemáticas;* su escogida y selecta *Colección de artículos científicos,* y otras muchas obras; siendo muy de notar, entre éstas, la titulada *Movilización de la fuerza del mar* (aprovechamiento de los motores irregulares, como las mareas y las olas, por el intermedio del aire comprimido).

Esta importantísima *Memoria* llamó la atención de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas

y Naturales, que la examinó y juzgó digna de imprimirse en la Colección de *Memorias* de la misma Academia, igual que si perteneciera al número de las premiadas en concurso ordinario, añadiendo á esta honrosísima distinción para el autor, la de nombrarle Académico correspondiente en 1879.

Los principios contenidos en esta obra (que forma el tomo IX de la Colección de *Memorias* de dicha Academia) sugirieron á Benot la idea de escribir otro libro sobre la limpia de los Caños del Arsenal de la Carraca, cuya consecuencia fué que se emprendieran por el Ministerio de Marina considerables obras, en vías hoy de ejecución, para que siempre haya fondo en los Caños del Arsenal.

Pero, tratándose de las obras de Eduardo Benot, yo no puedo ni debo olvidar, señores Académicos, sus estudios sobre Shakespeare, que preceden á una excelente traducción de las obras dramáticas de este célebre autor, hecha por el actual Cónsul de Inglaterra en esta Corte Sr. D. Guillermo Macpherson, cuyos conocimientos de nuestra lengua y de la métrica castellana son verdaderamente excepcionales. La profundidad del estudio de Benot, el perfecto conocimiento del poeta inglés, las discretas observaciones y juicios á que se entrega, la alteza de miras y la severidad de lenguaje que en este trabajo dominan, lo convierten en un legítimo título de gloria para su autor.

Pertenece Benot al número de los que en estos últimos y agitados tiempos políticos han figurado en primera línea entre los partidos militantes. Diputado en Cortes primeramente y después Ministro de Fomento en una época ciertamente aborrascada, su paso por el Parlamento y por el Ministerio demostró la sinceridad con que defiende sus opiniones y la rectitud con que las practica. La ley sobre el trabajo de los niños en las fábricas fué obra suya siendo Ministro, y á su iniciativa se debió la actual

organización del Instituto geográfico y estadístico, que, poniéndole á cubierto de los vaivenes de la política, hizo posible la obra del general Ibáñez, recientemente y con la mayor justicia nombrado marqués de Mulhacem, por haber llevado á feliz término la unión geodésica de España con el continente africano.

Pero su significación política no tiene nada que ver en esta ocasión, como no sea para demostrar una vez más que aquí, en este sagrado recinto de paz, de fraternidad y de unión; aquí, donde toda investigación es verdad, sinceridad todo debate y toda observación estudio, se recibe, y acepta, y abre los brazos á todos, sea cual fuere su opinión política, mientras se consagren al estudio de las letras y al enaltecimiento de la patria.

En los estudios á que antes aludí, y á que Eduardo Benot se dedicó con todas las fuerzas vivas de su inteligencia, hubo de inspirarse principalmente para el discurso que acabáis de oir, señores Académicos, y en el que con gran gallardía de ingenio y de lenguaje se ocupa del perfeccionamiento del habla castellana. Todo lo pensó, en todo se ha fijado, todo le ha parecido poco para inculcar la idea de la perfección, para desterrar de la enseñanza lo que considera inútil, para condenar las minuciosidades y detalles con que se fatiga y cansa la inteligencia de la juventud, y á que llama «enfermedad tanto más peligrosa, cuanto mayor es el número de los primores que el exceso de la división encuentra».

Por medio de ejemplos prácticos y oportunos, nos demuestra lo censurable que es el análisis cuando llega hasta el abuso de la división, y expone de una manera clara, natural y sencilla que no hacen falta tantas complicaciones para llegar á la belleza y á la perfección de lo que él llama *el portento de hablar*.

He aquí, pues, otro idealista á quien combatir. Busca la belleza eterna en el habla, y la busca por medios hacederos, fáciles y sencillos. Y para que se vea que la verdad es eterna y que el ideal que hoy persigue Benot ha sido perseguido en todos tiempos por grandes inteligencias á estos estudios consagradas, bastará que os recuerde, señores Académicos, las notables y afortunadas frases con que el Rey Sabio, aquel Alfonso tan digno de loor y recordanza, expresaba la necesidad absoluta que existía de hablar y escribir la lengua con propiedad, ya que, sobre todo para la interpretación de las leyes y la defensa de ellas, el error podía dar lugar á funestas é irremediables consecuencias. Por esto decía el Rey Sabio que *se deben explicar las cosas según son, é el verdadero entendimiento de ellas*, y que se debe hablar en *palabras llanas é paladinas*, *para que todo home las pueda entender é retener; que deben ser sin escatima é sin punto, porque no puedan del derecho sacar razón tortizera por mal entendimiento*, *ni mostrar la mentira por verdad nin la verdad por mentira*.

Y aquí debiera dar por terminada mi tarea. Honrado con ser el introductor de Eduardo Benot, y su padrino, debiera limitarme á presentároslo y acompañarle; pero ya que comencé á discurrir con motivo de su discurso, y ya que la alteza de su tesis y la profundidad de concepto con que la desarrolla obligan á pensar y á fijarse, mi escrupulosa conciencia me empuja á decir algo acerca de la gran extensión que ha dado á su tema el nuevo Académico.

Mucho, sin duda, ha progresado la lingüística en estos últimos tiempos; pero, en honor de la verdad sea dicho, mucho más queda todavía por descubrir. La ciencia ha logrado determinar el modo de formación de los vocablos, pero ¿puede dar razón satisfactoria alguna acerca del origen de

la significación de las radicales (1)? La ciencia nos explica lo *formal* de las voces en gran número de casos, pero permanece muda cuando trata de indicar el por qué de ciertas raíces (2).

Vemos, por otra parte, que aun las más extendidas clasificaciones lingüísticas no están á cubierto de reparos. La división de las grandes familias de idiomas en *lenguas monosilábicas*, *lenguas aglutinantes* y *lenguas de flexión*, es hoy objeto de serias objeciones por parte de hábiles lingüistas, quienes intentan demostrar que tienen mucho de imaginario las líneas divisorias que sirven de base á la clasificación.

Nada parecía mejor establecido y menos sujeto á discusión ciertamente que el problema del primitivo asiento de los Arias en la antigua Bactriana. Y, sin embargo, recientemente se han aducido poderosas presunciones, ya que no pruebas, de que el origen de la raza de los Arias ha de buscarse, no en el Asia Central, sino en el Norte de Europa (3).

Comienza ahora á sospecharse que el lituanio,

---

(1) Por ejemplo, entre muchos que pudieran presentarse: los eruditos en filología comparada nos demuestran por medio del sanscrito que nuestro vocablo *damos* se descompone en los elementos *da*,—*m*,—*s*, procedentes de los antiquísimos radicales *da*, que contiene la idea de *dar*,—*ma*, que expresa la idea de primera persona (*yo*, *me*),—y *sa*, que exterioriza el concepto del ser á quien se habla (subsistente todavía en las terminaciones de las segundas personas de los tiempos todos de nuestra conjugación, exceptuando el pretérito y el imperativo). Por manera que, en los orígenes de las lenguas arias, *da*,—*ma*,—*sa*, valía tanto como decir *dar tu yo;* de donde, por una extensión muy natural, hubo de llegarse al actual concepto de *dar—nosotros*.

(2) Ejemplo: ¿Por qué las raíces *da—ma—sa*, significan *dar—yo—tu?*

(3) Escandinavia, Alemania del Norte... *Memorias de Isaac Taylor en la Asociación Británica*.

lengua hablada á orillas del Báltico, representa una forma más primitiva del lenguaje perdido de los Arias, y de ello puede deducirse que si los proto-arias descienden del Norte de Europa y si su tipo conviene con el escandinavo, un mundo de luz puede brillar sobre el origen de las raíces de las lenguas de flexión habladas por los descendientes de los Arias, comparándolas con los radicales de las lenguas aglutinantes que servían de vehículo del pensamiento á los antiguos escandinavos.

Ahora bien; cuando en lingüística todo lo fundamental está rodeado todavía de tinieblas, ¿no hay algún motivo para pensar que sea acaso prematura la gran generalización que sobre la esencia del hablar nos presenta Eduardo Benot, no partiendo de las aun escondidas fuentes primitivas, sino de la observación de lo que ha visto en las lenguas actuales ó en las relativamente modernas, griego y latín? Porque si su tesis es cierta en absoluto, lo que ahora sucede ha debido suceder siempre y constantemente; y si bien no encuentro manera de probar lo contrario, paréceme que, por falta de datos, la inducción fundada en lo presente no puede ser admitida respecto de lo pasado más que como una conjetura, ciertamente de gran probabilidad.

Y ya que me he lanzado á emitir algunos conceptos por mi propia cuenta, obligándome el luminoso discurso de Eduardo Benot á dar tortura al pensamiento, me considero en el deber de decir algo sobre la explicación que del *hablar* nos da el nuevo Académico.

Acepto la analogía á que acude para hacernos comprender la idea. Es cierto que no hay música con sonidos solamente; y es indudable que las composiciones todas de los grandes maestros consisten en el orden de sucesión de los sonidos. Pero también es verdad que ese orden musical no puede

realizarse con cualquier clase de sonidos, sino única y exclusivamente con los sonidos de la escala. Claro es que Benot, al mencionar las notas de un piano, da por supuesto que no se trata de sonidos cualesquiera, sino precisamente de los propios del instrumento en su afinación normal.

Pero prescindiendo ya de la analogía, y entrando en el terreno propio de la cuestión, encuentro (como quiere Benot, ciertamente) que nuestra habla actual se funda en el orden en que colocamos las entidades elocutivas; pero estas entidades no podrían tener existencia á no formarse con elementos propios y adecuados, con palabras escogidas, y no con términos cualesquiera tomados al azar.

De aquí la importancia del estudio de los vocablos, que Benot no niega, antes bien, lo da por supuesto, pero acerca del cual acaso debiera haber insistido algo más. Los vocablos son organismos vivientes dignos del mayor cuidado. Tienen su historia, y sólo es lícito usarlos en las acepciones con que el progreso de los tiempos los ha consagrado.

Planeta, por ejemplo, no era vocablo aplicable á nuestro globo cuando se creía que éste era plano y centro del universo. La astronomía moderna lo ha hecho entrar en el número de los astros que giran alrededor del sol.

Humanitas significaba en tiempos de Cicerón *cortesía*, y hoy se aplica este vocablo en un sentido sublime que no podían siquiera vislumbrar los hombres nutridos en la desigualdad de las clases sociales, que no concedían derechos á la mujer ni al niño, y que no podían prescindir de la esclavitud.

Libertas no tenía en tiempo de los romanos el sentido político que el vocablo *libertad* tiene para nosotros. ¿Qué sabían de esta gran idea política los romanos? El concepto de la *libertad política* es

enteramente moderno. Ni una sola estatua de la *libertad* había en la ciudad eterna. Se dice generalmente que Julio César murió víctima del puñal asesino de Casio, de Bruto y de los demás senadores y conjurados, porque éstos querían salvar las *libertades* de Roma. Al asegurar lo último, no se está en lo cierto ni en lo exacto. César fué asesinado porque se quería que el mundo romano continuase gobernado, no por un hombre sólo, sino por una oligarquía de trescientos.

Y ahora sí que definitivamente doy ya por terminada mi tarea, señores Académicos. No consideré nunca que ésta fuese ocasión de un debate entre el Académico que se presenta y el encargado de contestarle, donde se hace gala de estudios y pugilato de inteligencia. No. La importancia de la tesis planteada por el Sr. Benot y la alteza con que la ha desenvuelto me obligaron á algunas observaciones; que yo sé bien, por lo demás, que en estas solemnidades la gloria toda y el honor del acto son para el que llega. Al padrino pertenece sólo la modesta tarea del heraldo.

He dicho.

MANUEL DE CABANYES

ESTUDIO SOBRE ESTE POETA,

LEÍDO EN SESIÓN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Á D. DEMETRIO GALCERÁN,

gran entusiasta y admirador de Cabanyes, envía estos artículos como recuerdo de amistad,

VÍCTOR BALAGUER.

I

LA CASA DEL POETA.

A corta distancia de Villanueva y Geltrú, distancia que no excede en verdad de veinte á veinticinco minutos, aparece la quinta ó, para decirlo conforme al uso del país, la masía que fué propiedad y morada del joven poeta Manuel de Cabanyes, arrebatado al mundo y á la gloria cuando acababa apenas de cumplir sus cinco lustros.

Conduce á ella un menguado y tortuoso camino carretero á cuya vera se abren de vez en cuando profundas cavas; y unas hileras de añosos olivos, que terminan en un grupo de esbeltos álamos, indican la proximidad de la masía, á la cual se sube por una escalera de piedra, algo ruinosa ya, llegando á lo que los poetas de nuestro siglo XVII llamaban *el terrero*, es decir, el campo ó terraplén delante de la casa, sitio y teatro en nuestras comedias antiguas de amorosos discreteos y de galantes coloquios.

Cercado el terrero por un seto de robustos áloes, intermediados de verdes láureas y árabes palmas, domina todo cuanto ante él se ofrece en la vasta extensión del horizonte, sin que se halle á su vez dominado más que por el anfiteatro de montes que en graciosa curva se dibuja á espaldas de la masía, sierra formidable que principia en el monte Atalaya corriéndose hasta el Mont-Gros, como si pretendiera cerrar con infrangible muralla el ameno y

delicioso valle en medio del cual se asientan las dos poblaciones de Villanueva y Geltrú, rivales un día, y hoy hermanas y una sola desde el venturoso momento en que, atrayéndose mutuamente, llegaron á abrazarse y confundirse.

Admirable es el panorama que desde el terrero se disfruta.

En frente, el Mediterráneo, el mar de los latinos, con sus explendores, sus olas azules y sus cielos maravillosos, el mar que sólo alcanzaron á domar las flotas aragonesas y que abrió ancho y venturoso camino á las banderas y á los almirantes de la casa de Aragón, casa poderosa y egregia, que así dominó en la mar por la gloria suprema de sus armas, como imperó en la tierra por la alteza inmarcesible de sus instituciones libérrimas.

Al pie, la noble villa que, como práctica muestra de floreciente vida, ve alzar sobre sus barriadas las torres de sus iglesias, las chimeneas de sus fábricas y la cúpula de su Biblioteca-Museo, patente revelación de que en aquel pueblo anidan los tres grandes gérmenes de la actividad humana: la fe, el trabajo y el estudio.

En torno, á derecha é izquierda, el valle, el valle risueño y encantador con todos sus esplendores y magnificencias, con la vid que llega hasta la cima de los montes brotando sobre sus mismas peñas, con bosques amenísimos y verjeles seductores por entre los cuales asoman las torres, y las casas, y las granjas de labranza, y las quintas de recreo, y las grandes masías que, con su agradable aspecto, fijan la mirada y embelesan el ánimo; lugares todos que conozco, que he recorrido, que me son familiares, y que desde aquí, desde mi posada de Madrid, distingo tan clara y perceptiblemente con los ojos cerrados, como con los suyos abiertos puede ver el lector desde el terrero de la masía-Cabanyes.

Así es como veo, á lo lejos del lejos, perdido entre la bruma del horizonte, ese grupo de blancas casas, como bandada de palomas posadas á orillas del mar, y que es la limpia y aseada Sitjes, la villa feliz donde nace la africana palma y acerca de la cual se duda si la miel de sus vinos es más dulce, con serlo tanto, que el amor de sus gallardas y seductoras doncellas.

Así es como se ven todos aquellos lugares de encantos y delicias, apasionadamente amados del sol, que raras veces se olvida de caldearlos con sus rayos.

La vieja ermita que se levanta sobre un promontorio, dominando el mar, propiedad hoy de don José Antonio Soler y Pers, que con arte y gusto la restauró, es la de San Cristóbal, á la cual acuden los artistas y los navegantes, aquéllos para discurrir sobre la escuela y mérito de un lienzo notable que allí existe, y éstos para depositar los ex-votos ofrecidos á la Reina de los cielos en los momentos de angustia y de peligro, tan frecuentes en la vida de los mares.

La torre aquella que al otro lado se ve y dibuja su airosa silueta sobre el azul del horizonte, es la llamada de San Gervasio, por estar próxima á la ermita consagrada á este santo; pero su nombre moderno no engaña á nadie respecto á su construcción y sello de antigüedad romana, quizá cartaginesa.

Una grandiosa casa de campo se distingue á poca distancia del terrero. Es la *Villa-Rosa*, opulenta mansión entre árabe y feudal que, por cariño á la bella compañera de su hogar y á la tierna madre de sus hijos, levantó D. Manuel Olivella, en quien la nobleza de sentimientos es tesoro de finas amistades.

Más cerca ya de la población, aparece el *chalet* de Ferrer y Ferret, nido encantador de amores que

asoma entre un bosque de follaje y de verdura, y á cuya puerta se alzan grandiosas palmeras costosa y cuidadosamente transplantadas por el joven dueño de aquella finca, que reune, á gallardas prendas de hidalgo, el corazón, el genio y el arrebato del artista.

En la vertiente de un monte y con apariencia de escalar la riscosa cuesta, se halla una humilde casita. En ella vió transcurrir su infancia un hombre, hoy anciano venerable, D. Magín Pers y Ramona, autor de una *Historia de la literatura catalana*, que recordó cosas desconocidas y abrió nuevos derroteros al entusiasmo de una juventud, algo desdeñosa quizá, cuando no ingrata, para con un libro que, dígase de él lo que se quiera, siempre habrá sido el primero en abrir horizontes totalmente entonces ignorados.

Los ojos se dirigen, y el corazón tras ellos, á una masía de modesta apariencia que debiera atraer constantes peregrinaciones de los devotos de la poesía y de los romeros del arte. Es la casa llamada del Piular, donde Francisco de Sales Vidal, uno de los creadores del teatro catalán, se encerraba á escribir sus cuadros de costumbres que un día popularizó la insigne actriz Matilde Díez, y que aun van hoy, é irán, de teatro en teatro catalán, prolongando el eco de la fama por el autor justamente adquirida.

Aquella otra casa de carácter austero y, más que de paredes, de robustas murallas, que impreso llevan el sello de los siglos, es el Mas del Veguer, antigua mansión señorial, perteneciente hoy al senador Ferrer y Vidal, á quien la industria del país, la defensa de sus intereses y la historia patria guardarán siempre una página de honor en sus anales.

La de más allá, que tiene un bosque á sus espaldas, como crespa cabellera echada hacia atrás,

es la quinta de recreo de Casimiro Girona, hogar de ilustre familia, alcázar de cortesía y hospitalario recinto del que el huésped es el dueño al poner la planta en sus umbrales.

Y allá, sobre una colina, á la izquierda, que es el lado del corazón, aquel caserío que veis es la blanca masía de Solicrup, granja en tiempos de los frailes mercedarios y hoy posesión de los marqueses de Samá; Solicrup con su torre feudal, en cuyas almenas una chilladora cigüeña señala la dirección del viento; Solicrup con sus paseos de naranjos y granados, con su bosque de resinosos pinos odorantes y con sus para mí tristísimos recuerdos, que allí me tocó llorar un día castos amores de alma y de hogar perdidos para siempre.

De todo cuanto se ve desde el terrero donde he colocado al lector, no hay un sitio solo que no recordara al poeta una gloria de la patria, el nombre de un amigo, una leyenda cristiana, una tradición del país, la gesta de un varón insigne, una manifestación del arte ó del trabajo.

Por lo que toca á la masía, poco tengo que decir de ella.

Un ancho vestíbulo conduce á una espaciosa escalera y ésta al piso principal, donde, cruzada la antesala, se penetra en el salón, de cuyas paredes cuelgan preciosos cuadros de Viladomat, el pintor más querido de los catalanes. Comunica el salón con dos habitaciones, las únicas de la casa en que, indiscretamente, me permitiré introducir al lector.

En el aposento de la izquierda llama la atención un retrato al óleo, de medio busto y de forma oval. A primera vista parece un retrato de Lord Byron, con quien, equivocadamente por cierto, se ha pretendido asemejar á Cabanyes. Representa á éste, joven de veinticinco años, artísticamente embozado en su capa. La cabeza se destaca sobre el fondo con gran firmeza; la fisonomía es simpática y dul-

ce, apareciendo como iluminada por unos ojos vivos y brillantes en que el pintor supo poner realmente la llama del genio que alimentó, y consumió también, aquella joven naturaleza. Este es el retrato que hubo de servir como modelo para el que mandé colocar en la rotonda de la Biblioteca-Museo.

Al pie del retrato, amparado por una corona de laurel, se destaca un gran cuadro de marco dorado con las pruebas ó capillas de la primera edición de los *Preludios de mi lira*. Todo lo mandó arreglar y disponer así Lorenzo de Cabanyes, sobrino del poeta, y poeta también, aunque no de su vuelo, aquel que en Toledo buscó un día la muerte de Larra y á quien fué por fortuna infiel la pistola del suicida.

Recuerdo perfectamente, y permítaseme citarlo de pasada, el día en que este aposento vió penetrar á un grupo de poetas catalanes, y recuerdo también como todos se descubrieron ante el retrato y como uno de ellos, con voz entrecortada por la emoción y solemnidad del acto, leyó una de las más bellas poesías de Cabanyes.

Desde allí hay que volver al salón para entrar en el aposento de la derecha. Es el que fué cuarto de estudio del poeta. Por los dos grandes balcones que dan al terrero, el poeta tenía á su vista el panorama antes descrito. Desde allí, sentado á su mesa, podía ver todo cuanto fué objeto de su poderosa concepción: el mar, perdido entre cuyos brumas vió *á un hombre de Liguria conducir las iberas quillas á ignotas playas;* Villanueva y Geltrú, con la parda torre de la casa en que moraba la *celeste Virgen* de su *Perdón* sublime; y el cielo, donde brillaba aquella estrella, *ninfa del Eter*, á quien el poeta invitaba á descender para que *escribiera sobre su frente, y con rayos de su corona, la ley de su destino.*

Entre los dos balcones hay una consola y sobre ésta un cráneo; á la izquierda, un armario de crista-

les con monedas antiguas y objetos de arte; á la derecha, ocupando todo un lienzo de pared, la biblioteca donde están aún los que fueron sus libros favoritos; y en el centro de la habitación, una gran mesa de estudio y de trabajo.

La sala aparece interrumpida por un cortinaje de anchos pliegues, que al descorrerse permite ver una modesta cama, frontera de la cual se alza una grandiosa cruz de madera negra, y pendiente de ella, y en ella clavado, un Cristo de tamaño natural.

Es el lecho en que murió el poeta.

Tal es la morada donde pasó su infancia y exhaló su último suspiro aquel autor de los *Preludios de mi lira*, que hoy, medio siglo después de su muerte, comienza á vivir, y para quien llega ya por fin la posteridad, de la cual ha sido heraldo y precursor D. Marcelino Menéndez Pelayo con la espléndida poesía que le dirige y publica á la cabeza de sus *Odas, epístolas* y *tragedias*.

Este joven é ilustre Académico deja ver en su bellísima poesía, que aspira á seguir las huellas y á reemplazar al poeta catalán, á quien dice:

Dulce Cabanyes, en humilde tumba
cúbre tus restos el materno suelo:
sobre ella vela el numen de la lira...
el de la gloria duerme.
De la región etérea donde moras,
propicio acoge mi modesta ofrenda:
para cantarte, de tu lumbre un rayo
vierte sobre mi frente!
Tú la belleza con afán buscaste,
como á los griegos se mostró y latinos,
reina de sí la soberana idea,
reina del Pario mármol.
Ella tu esposa fué casta y desnuda,
y brotó de su seno fecundado
por tu abrazo viril, la forma indócil
luchando por la vida.
Libre como tu espíritu tu musa,

rima desdeña y números sonoros:
campo le diste que á extender bastara
su altivo pensamiento.
Dieron el tono á tus audaces himnos
de Ofanto el cisne, el águila del Tormes,
el férreo Alfieri, Fóscolo indomado,
y el prófugo Filinto.
Y cual la abeja del ameno Tíbur,
flores libando en el verjel heleno,
docta y potente remontó sus alas
por ti la antigua estrofa.

Menéndez Pelayo termina su admirable oda lamentándose de que la posteridad haya sido injusta con Cabanyes, de que su gloria duerma y sea desconocida, y así dice, con amarga ternura y con la misma robusta inspiración que le llevó á encontrar la elegante forma de Cabanyes:

No fué en la tierra el fin de tu camino;
aura del cielo enderezó tu nave,
á las de paz espléndidas moradas
donde inmortal reposas.
Breves y *oscuros, de la tierra al seno*
fueron tus días en quietud llevados,
sin que el clamor de la mentida fama
tu nombre pregonase.
Hoy, mientras ciñen profanos lauros
frentes vulgares, tu memoria muere:
¡Oh, si en tu honor mi canto más durara
que mármoles y bronces!

El voto ardiente de Menéndez Pelayo, que escribía esta oda en febrero de 1875, se verá realizado.

Para Cabanyes, el obscuro y olvidado poeta catalán, está asegurada la gloria, de la que bien puede decirse que ha sido Menéndez Pelayo, en gran parte, el san Juan Bautista.

Las majestades del talento que duermen en la gran necrópolis, abren ya paso á la sombra ilustre de Cabanyes, que allí llega por el voto de la pos-

teridad, voto espontáneo y ciertamente no solicitado, como tendré ocasión de demostrar otro día en otro artículo, si la noble Academia Española, á quien me permito leer estos estudios, se digna prestarme su benévola atención.

II

LOS PRELUDIOS DE MI LIRA

De la vida de Cabanyes poco hay que contar. En tres líneas está dicho todo.

Nació en 22 de enero de 1808, estudió filosofía y jurisprudencia en la universidad de Cervera y después en la de Zaragoza y murió el 16 de agosto de 1833 en Villanueva y Geltrú, donde había nacido y donde pasó los breves años de su existencia, exceptuándose las épocas de sus estudios y algún corto viaje á Barcelona.

A esto queda reducido cuanto hay que consignar sobre la vida pública de aquel joven é insigne poeta. Para Manuel de Cabanyes se ha efectuado, pues, un verdadero milagro en estos tiempos, en que se ha visto á no pocas medianías, usurpando el derecho de legítimas reputaciones, alzarse sobre el pavés con el peligroso auxilio de inhonestas parcialidades y la criminosa complicidad de sociedades de socorros mutuos para comunes alabanzas.

Y digo que con él se ha efectuado un verdadero milagro, porque vivió y murió desconocido en un rincón de aldea, sin que nadie se fijara en él, debiéndose sólo la fama que hoy tienen ya sus poesías á su propio y exclusivo mérito, que ha ido pausadamente labrando en la opinión y abriéndose

camino, sin el apoyo de la prensa, sin necrologías apoteósicas ni artículos laudatorios, sin gacetillas ni reclamos, sin certámenes ni veladas literarias, sin artículos críticos, finalmente, pues los tres únicos que en el largo espacio de medio siglo se han publicado, y á que luego me he de referir, hubieron de pasar sin eco.

Los *Preludios de mi lira*, verdadero canto del cisne, aparecieron cuatro ó cinco meses antes de morir su autor. Publicáronse en Barcelona bajo el velo del anónimo, y he oído decir, y tengo por cierto, que no hubieron de venderse del libro más allá de diez ó doce ejemplares. La obra se presentaba desprovista de todo realce, sin nombre de autor, como huérfana y abandonada, y sin que acerca de ella se escribiese más artículo que uno de Roca y Cornet, sabio literato catalán, en el *Diario de Barcelona* correspondiente al 13 de mayo de 1833; pero artículo que se distinguía por su timidez y parvedad en la alabanza, debido esto, indudablemente, al temor de que pudiera atribuirse á parcialidad la justicia, pues era Roca y Cornet grande amigo de Cabanyes, quien lo celebra bajo el nombre de *Cintio* en sus poesías.

Posteriormente, algunos años más tarde, muerto ya Cabanyes, se publicó otro artículo en el *Diccionario de escritores catalanes*, de Torres Amat, que hubo de quedar perdido también y olvidado en la confusión de tantos nombres y autores como se barajan, con poca discreción á veces, en aquel voluminoso Diccionario.

El libro de los *Preludios de mi lira*, que forma un opúsculo de pocas páginas, hubo, pues, de emprender su camino solo, aislado, sin protectores, desprovisto de todo, desheredado de bienes y de amigos, pues los escasos que el autor tuviera no podían menos de mostrarse tímidos, recelosos y hasta desconcertados ante la aparición de una obra,

fruto de un joven, casi un niño, que acometía la singular empresa de lanzar al arte por sendas desusadas, cuando no desconocidas.

Sólo doce poesías, doce poesías contadas, ni más ni menos, contienen los *Preludios de mi lira*, cuyos títulos son:

*La independencia de la poesía, El oro, El cólera morbo asiático, A un amigo en sus días, A Cintio, La misa nueva, A mi estrella, A Marcio, El estío, Mi navegación, A****, y *Colombo.*

Con estas doce poesías sólo se presentó Cabanyes ante el público, y con ellas ha conquistado la posteridad para su nombre.

Veinte años después de su muerte, un escritor eximio, gloria pura y legítima de las letras catalanas, cuya pérdida lloran éstas todavía y han de llorar por mucho tiempo, el Sr. D. Manuel Milá y Fontanals, examinó, estudió y juzgó con alto criterio y con su probada maestría los *Preludios de mi lira* en unos artículos que, con el título de *Una página de historia literaria,* publicó por el mes de abril de 1854 en el *Diario de Barcelona.*

Ya entonces el nombre de Cabanyes había comenzado á fijar la atención, y su obra á ser con solicitud buscada por los amantes de la literatura. Ya entonces los *Preludios de mi lira* se habían abierto paso, y algunas de sus poesías, no obstante hallarse desprovistas de la música halagadora del consonante á que tanto se han acostumbrado los oídos modernos, eran recitadas con entusiasmo por la juventud literaria de Barcelona que poblaba las aulas y los liceos. Los artículos del pensador Milá y Fontanals venían, pues, oportunamente á imprimir nuevo empuje al movimiento ya iniciado.

En 1858 un hermano del autor hizo de aquella obra una segunda edición, añadiendo varios escritos en prosa y nuevas composiciones líricas que el autor había dejado inéditas, alguna de las

cuales acaso no hubiera publicado á estar en vida, acompañando al final una bellísima traducción de la tragedia *Mirra*, de Víctor Alfieri, la tragedia aquella de la que tengo leído, no se dónde, que hizo prorrumpir en sollozos á Lord Byron cierta noche que asistía á su representación en Bolonia.

Aun cuando para conocer y juzgar á Cabanyes no hay necesidad de acudir á estas nuevas obras de su ingenio, consignarse debe, sin embargo, que la nueva edición ha contribuído á renovar su recuerdo y á popularizar su nombre.

Vino, por fin, la brillante y entusiasta oda del Sr. Menéndez Pelayo, citada en mi artículo anterior, á dar verdaderas realidad y consistencia á la fama póstuma del malogrado Cabanyes, y ya en pos de nuestro amigo y dignísimo compañero de Academia, á quien llamé heraldo y precursor de la gloria de Cabanyes, sin que amenguar quiera con esto en lo más mínimo títulos que corresponden también de derecho al Sr. Milá y Fontanals; ya en pos de Menéndez Pelayo, repito, aparecieron sociedades catalanas tomando el nombre de Cabanyes, municipios como el de Barcelona dándoselo á una de sus calles, centros donde se abren suscripciones para erigir mármoles y bronces á su memoria, y estudios sobre sus obras tan profundos y meditados como el que en las páginas del *Diario de Villanueva y Geltrú* escribió por abril de 1883 el sabio y elocuente escolapio P. Eduardo Llanas.

Y todo esto, todo el movimiento literario y todo el entusiasmo que hoy se nota en favor de Cabanyes, se debe sólo á aquellas doce poesías que en medio de la mayor soledad comenzaron su viaje de peregrinación por el mundo á la hora misma en que su entonces desconocido autor bajaba al sepulcro, bien ajeno seguramente de que con el tiempo la

villa donde nació y murió debía tomar el nombre de *patria de Cabanyes*.

Pero, ¿cuál es el secreto de este movimiento? ¿Cómo, con doce sencillas poesías de tan vulgares títulos y dedicadas á objetos por todos los poetas cantados, se consigue que el público y la opinión se preocupen de ellas al medio siglo de haber aparecido?

Pues esto se debe lisa y llanamente á tres causas: á ser Cabanyes un poeta de genio superior, á ser también un poeta que á ningún otro se parece y á no pertenecer su libro al número de los que forman el inmenso caudal de la literatura fácil.

No hay que comparar á Cabanyes con Fray Luis de León ni con Byron, con Espronceda ni con Víctor Hugo, ni con nadie.

No es de ninguna escuela, como no sea la suya, y aun en ésta es solo y único. Ha creado una escuela, de la cual lo es todo, porque ni antes ni después nadie se le ha parecido.

Encontró el secreto de la originalidad y, sobre todo, el secreto de la forma.

Desdeñando rima y números sonoros, como él dice, sus poesías son en verso libre; pero no en el endecasílabo de nuestros grandes poetas, sino en un verso libre especial del que es inventor, donde mezcla endecasílabos con eptasílabos y hasta con exasílabos, donde al lado de terminaciones breves pone terminaciones agudas, sin rima ni consonante de ninguna clase, lo cual confieso ingenuamente que, á decírmelo antes de verlo ejecutado, hubiera creído cosa imposible, como no fuera á expensas de la armonía y de la música.

Sin embargo, Cabanyes lo realizó, y el oído, rebelde al principio, como á mí propio me ha sucedido, acaba por acostumbrarse.

Sostenía Cabanyes, como tesis, que la razón iba á ganar mucho en la moderna lírica, si de

ella se desterraba el consonante, el cual era, en su opinión, un abuso convertido en arraigada costumbre.

Adversario tenaz, persistente, de los que llamaba *filorrímicos*, Cabanyes aparecía con pretensiones innovadoras y predicaba una verdadera cruzada contra la rima, enarbolando como bandera el verso libre y lanzándose por sendas en que ciertamente no se habían atrevido á penetrar sus predecesores.

Hay en verdad mucho que observar en este punto, acerca del cual no se ha dicho aún ni se dirá en mucho tiempo la última palabra.

Es indudable que la rima da prestigio y sonoridad al verso, haciéndolo más fácil para quedar en la memoria del oyente y más fácil para la declamación; pero debe confesarse también que, en determinadas ocasiones al menos, el consonante es la traba mayor y más inicua que puede ponerse á la libertad del pensamiento. La rima viene á ser, á veces, la inquisición, el tormento del pensador y del poeta.

Domina y fuerza de tal manera el consonante, que obliga muy á menudo á decir lo contrario ó cosa muy distinta de lo que se pensaba decir. Podrá ser excelente y superior lo que se dice obligado por el consonante; raras veces es, sin embargo, lo que se intenta decir.

No pretendo en modo alguno proscribir la rima ni amenguar en lo más mínimo la gloria justísima é imperecedera que con arte de tan suma dificultad han conquistado grandes poetas, algunos de los cuales, y de los más eximios, me prestan en este instante su atención benévola; pero sí digo que al lado de esta gloria cabe otra en España, y de ello es elegante y práctica demostración el catalán Cabanyes.

La lengua castellana es quizá la más propia del

mundo para el verso libre, sobre todo, y especialmente para el endecasílabo libre, y se me figura que éste irá haciendo su camino, llegando día en que lo aplaudan los que hoy lo censuran, ya que con el verso libre tengo para mí que se va á lo que va el siglo con la vía férrea, con el telégrafo y con el teléfono, es decir, á la brevedad, á la concisión, á la síntesis, á la idea.

Los oyentes que sin ser poetas se han acostumbrado á la asonancia de nuestro admirable romance, que para otros es tan ingrata,—y que sólo responde á oídos españoles, no comprendiéndola, ni concibiéndola, ni explicándosela más poetas en el mundo que los españoles—se acostumbrarán también fácilmente al verso libre y acabarán por encontrar el secreto de la música y del deleite que saben dar al suyo los italianos, verdaderos latinos en este punto y maestros en este arte, como lo demuestran Fóscolo y Alfieri, y Manzoni, y Pellico, y Leopardi, y tantos otros.

Lo que hay es que es preciso saber hacer el verso libre, y ya esto se sabe en nuestra España; de ello han dado gallardísima muestra algunos que no quiero citar porque me oyen. Pero lo que hay también es que es preciso saber leerlo y declamarlo; y ya en esto nuestros lectores y artistas no están malaventuradamente á la altura de nuestros poetas.

Pero volvamos á Cabanyes.

En mi opinión, aun cuando á propósito de éste se hable de Fray Luis de León, y de Byron, y de Fóscolo, y de Andrés Chenier, y de otros autores, encontrándole con ellos puntos de contacto, yo me atrevo á creer que Cabanyes sólo tuvo dos autores favoritos y que no leyó en más breviario que en el de Horacio y en el de Alfieri, únicos de quienes tiene reminiscencias. Basta un estudio algo detenido de sus obras para convencerse de que conocía profundamente á entrambos, pero con especia-

lidad al primero, de quien toma á veces hasta giros que no corresponden por cierto á la índole del castellano, como sucede en varios pasajes de sus poesías, por ejemplo, al final de la titulada *El oro.*

Podrá encontrarse á Cabanyes conceptuoso y hasta afectado algunas veces, y otras con resabios clásicos hoy fuera de uso totalmente. Es cierto, pero debe, sin embargo, tenerse en cuenta que floreció á principios de este siglo. Al poeta hay que juzgarle en su época y con relación á las circunstancias que le rodean y mueven.

Es indudable también que Cabanyes, por su anhelo de concisión y sobriedad, condiciones más propias del catalán que del castellano, se toma á veces algunas libertades y hace uso de modismos y vocablos, ó anticuados ó poco conformes con la índole de la lengua, á lo cual le impulsaban principalmente sus aficiones latinas; pero esto, que podrá ser un defecto, prueba también la independencia de su genio, que era realmente superior y que campeaba con toda libertad, holgura y gallardía, rompiendo trabas y estorbos, y sólo sujeto á la idea y á la belleza encarnada en la forma.

Dije antes que no pertenecía el libro de Cabanyes al género de esos que componen las henchidas bibliotecas de la literatura fácil, de esos que se escriben sin meditación ni estudio, sin arte ni crítica, para los cuales no se necesitan ni vigilias prolongadas, ni observaciones profundas, ni lecturas constantes, ni trabajo formal, ni nada de lo que es difícil; libros, en fin, que, por hacerse sin tiempo, no tarda el tiempo en abandonarlos.

No: Cabanyes era un poeta, un verdadero poeta, de genio singular y con personalidad marcada, de concepción poderosa y propia, espontáneo y vigoroso, pensador y profundo, con el sentimiento del arte, con versos á veces más que medidos modelados, adjetivando como Horacio, que es quien me-

jor supo hacerlo en el mundo, y uniendo á la belleza de la forma y á la gallardía de la frase la audacia meditada, y no aventurera, del concepto.

Este es el poeta sobre el cual me permito llamar la atención de la ilustre Academia Española, y de quien no quiero hacer citas aisladas, que resultan siempre efímeras ó insuficientes, sino presentar íntegras cuatro composiciones, alguna de las cuales está considerada por Milá y Fontanals como obra maestra.

Gran poesía es la castellana en nuestros tiempos y grandes poetas tiene que igualan, y aun superan, á sus antiguos líricos más famosos, contando entre ellos algunos que aquí están y me oyen en este momento; pero seguro estoy que ni aquélla ni éstos, por lo mismo que en grandeza y en gloria sobresalen, han de negarle un sencillo puesto la una y un simpático recuerdo los otros, al joven poeta olvidado allá en un rincón de la tierra catalana donde espera hace medio siglo en su humilde tumba á que llegue para su honrada memoria el día de la luz y de la justicia.

III

CUATRO POESÍAS DE CABANYES

Sea la primera la misma que el autor coloca á la cabeza de sus composiciones, titulada *La independencia de la poesía*.

Milá y Fontanals dijo de ella que se distinguía por una perfección exquisita en la ejecución y tanta riqueza como economía en los pensamientos.

A esto añado yo, por mi parte, que en ninguna otra está tan clara y evidente la personalidad del autor.

Es notable y singular la alusión á Horacio. Se cuenta de este gran poeta latino que, cuando joven, perteneció al bando de Bruto que combatía por la libertad de Roma, llegando á tener en aquellas huestes un grado superior; pero en una de las batallas Horacio arrojó sus armas, tímido y cobarde, y huyó abandonando sus banderas y partido, viéndosele después en Roma adicto al bando vencedor y amigo de Octavio Augusto, á quien ensalza en sus versos.

A esto alude en su poesía Cabanyes, siendo muy de notar la bravura y el entusiasmo con que condena la acción del poeta latino.

He aquí esta poesía:

Como una casta ruborosa virgen
se alza mi musa, y tímida las cuerdas
pulsando de su arpa solitaria,
suelta la voz del canto.
¡Lejos, profanas gentes! No su acento
del placer muelle corruptor del alma
en ritmo cadencioso hará suave
la funesta ponzoña.
¡Lejos, esclavos, lejos! No sus gracias
cual vuestro honor trafícanse y se venden;
no sangre-salpicados techos de oro
resonaran sus versos.
En pobre independencia, ni las iras
de los verdugos del pensar la espantan
de sierva á fuer, ni, meretriz impura,
vil metal la corrompe.
Fiera como los montes de su patria,
galas desecha que maldad cobijan:
las cumbres vaga en desnudez honesta,
mas ¡guay de quien la ultraje!
Sobre sus cantos la expresiòn del alma
vuela sin arte: números sonoros
desdeña y rima acorde; son sus versos
cual su espíritu libres.
Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
cual la espada del bueno; y nunca, nunca
tu noble faz con el rubor de oprobio
cubrieron, madre España,

cual del cisne de Ofanto los cantares
á la Reina del mundo avergonzaron,
de su opresor con el infame elogio
sus cuitas acreciendo.
¡Hijo cruel! ¡Cantor ingrato! El cielo
le dió una lira mágica y el arte
de arrebatar á su placer las almas
y arder los corazones;
le dió á los héroes celebrar mortales,
y á las deidades del Olimpo... El eco
del Capitoio altivo aun los nombres
que él despertó, tornaba:
del rompedor de pactos inhonestos
Régulo, de Camilo, del gran Paulo
de su alma heroica pródigo, y la muerte
de Catón generosa.
Mas cuando en el silencio de la noche
sobre lesbianas cuerdas ensayaba,
en nuevo son, del triúmviro inhumano
la envilecida loa;
se oyó, se oyó (me lo revela el Genio)
tremenda voz de sombra invindicada,
que «¡maldito, gritó, maldito seas,
»desertor de Filipos!
»Tan blando acento y á la par tan torpe,
»tuyo había de ser, que el noble hierro
»de la patria en sus últimos instantes
»lanzando feamente,
»¡deshonor! á tus pies, hijo de esclavo,
»confiaste la salud: maldito seas!»
Y la terrible maldición las ondas
del Tíber murmuraban.

La segunda poesía, en mi opinión, es la titulada *El oro*, aun cuando Milá antepone varias otras á ésta.

La considero una de las mejores composiciones de Cabanyes, y una de las más originales también. Encanta principalmente por su novedad.

Sus diez primeros versos son de soberbio arranque. La alusión á América es tan impensada y feliz como la de Horacio en la composición anterior, y el *Joya fatal, jamás te ornara, oh madre!*, un

rasgo superior y de primer orden, á más de atrevido.

Dice así:

EL ORO

Pacto infame, sacrílego,
con el Querub precito celebrara
aquel que á un metal pálido
primero dió valor inmerecido.
Lanzó del hondo báratro
el rey con mano avara el dón funesto,
y al ver en ansia férvida
arrojarse el mortal á devorarlo,
¡ay! sonrióse el pérfido,
¡feroz sonrisa! y dijo: «El orbe es mío».
Bañada en santas lágrimas
con velo de dolor cubrió el semblante
la virtud, y al empíreo
en alas vagarosas tendió el vuelo.
¿Qué de entonces los vínculos
del deudo y la amistad? La sacrosanta
fidelidad del tálamo?
La fe del juramento? La constancia
burladora de déspotas?
¿Qué de entonces las leyes generosas
del honor, y en las bélicas
lides el entusiasmo de la patria?
¡Prole sacra de Númenes!
despareciste. Solo, único, el oro
de los hombres fué el ídolo;
y á porfía en sus aras ofrecieron
penas, trabajos ímprobos,
simulada virtud, torpeza, crimen...
¡Sitibundos hidrópicos!
cuanto más beben, más en sed se abrasan.
Ni mitigan el ávido
furor cuantos mineros desde el suelo
nebuloso del Anglia
á la mansión sonora de Adamástor,
y de las playas índicas
á los campos de Luso deleitosos
la tierra oculta. Incógnitas
regiones sueñan en su afán, las buscan,
y á merced de los rábidos

vientos y embravecida mar incierta,
lanzan los vasos frágiles.
Tú viste ufana el temerario arrojo
de tus hijos ¡oh Hispania!
Tú de sus manos recibiste altiva
la corona de América...
¡Joya fatal! jamás te ornara ¡oh madre!
Y en extranjeras márgenes,
de tu seno arrancados, no murieran
por la flecha del indio,
y ¡oh dolor! por la espada de Toledo
tus malogrados jóvenes:
no en daño tuyo las peruanas sierras
en raudales mortíferos
del ansiado metal, ríos brotaran
que tus campiñas ópimas
convirtiendo cual lava abrasadora
en desiertas, en áridas,
corrieron á engrasar extrañas gentes:
y ¡oh! no fueras escarnio
de tus lejanos hijos, que abatida
mirándote, en sus ánimos
ingrato ardor que rebelión encienden
y con sus manos impias
la diadema á tu sien arrebatando,
«esta sola la mácula»,
dicen, «borrar podrá que en nuestras frentes
»vincularon los crímenes
»de nuestros padres: tú ya no eres digna».
De los Pampas al Méjico
un clamor «¡libertad!» fieros arrojan.
Y los odiosos vínculos,
en insoldables trozos quebrantados,
en las simas de Océano
hunden ¡ay! que jamás sus presas vuelve.

La Misa nueva es la tercera composición que ofrezco, entre las escogidas.

El Padre Llanas, en sus ya citados artículos, se ocupa largamente de esta composición, que parece considerar como una de las mejores de Cabanyes, y á la que da gran importancia.

La tiene, en efecto.

Menéndez Pelayo, que sabe y recita de memoria

las poesías de Cabanyes, dice de ésta que es una oda de Manzoni.

LA MISA NUEVA

¿Quién se adelanta modesto y tímido,
cubierto en veste fúlgido-cándida,
al tabernáculo mansión terrena
de Adonaí?

Es Juan, ó fieles; es el mancebo
que por los trámites marchó del justo
y entre los ímpios guardó sin mácula
su corazón.

Es... ¡Oh! ¡postraos! L' arpa de Sólima
suena del templo ya por las bóvedas;
ya Leví entona gloriosos cánticos
á Jehovah.

Postraos, fieles, y vuestro espíritu
y vuestro acento juntad al místico
cantar del vate que oyó la ínclita
hija de Sión.

Y al Dios ahora cantad benéfico
que vuestros días colma de júbilo,
que del amado pueblo no olvídase
en su penar.

¡Ah! no le olvida, y un hijo escoges
entre sus hijos, á cuya súplica,
cuando en los áridos campos marchítese
la dulce vid,

romperá el seno de nubes túrgidas,
y hará de lo alto descender pródiga
lluvia, que el pecho del cultor rústico
consolará.

Un hijo escógese cuyas plegarias
tornarán mansa la eterna cólera,
cuando ceñido de piedra y rayo
asolador,

sobre las alas del viento lóbregas
volará el justo contra los réprobos
y so sus plantas truenos horrísonos
rebramarán.

Bien como el arco señal de calma
que de los montes la yerma cúspide
une á las altas salas espléndidas
do mora el Sol;

así él la tierra, mansión de angustias,
juntará al trono de Dios ingénito,
y humanas preces bondoso el Numen
escuchará.

Él, cuando presa de genios túrbidos
el orbe gima, triste agitándose,
y en negros odios ardan los ánimos
y ansia de lid,

la ley de vida, mansa y pacífica,
dirá que el Cristo dió á los Apóstoles
y á los mortales en santos vínculos
hermanará.

¡Oh! de su labio las infalibles
dulces promesas ¡cuán grato bálsamo
llevan al pecho del que sin mácula
siempre siguió

de la justicia las sendas ásperas!
y ¡oh! cual le colma de dicha célica
el pan angélico que sus purísimas
manos le dan!

Pero de duelos nuncio terrible
será y de penas y ayes sin término
para el protervo que apacentóse
de iniquidad;

para el frenético que allá en su rabia
«no hay Dios» dijera, y al hombre mísero
de un Dios imagen cual fiera líbica
encadenó,

bajo sus plantas cual cieno fétido
le conculcaba, reía bárbaro
de sus lamentos, y con su sangre
mató la sed;

y ¡mal pecado! cubrió sus crímenes
con velos santos, fingióse méritos
mientras que el ímpio no conocía
ni Dios ni ley.

¡Señor! ¡conviértele!... Nuestras plegarias
une á las tuyas, ó sacerdote,
de los perdones celestes nuevo
dispensador:

únelas, cuando, del sacrificio
en los misterios incomprensibles,
velado en gloria vendrá á tus brazos
el Hombre-Dios.

A su presencia del arpa armónica
callan las cuerdas: el sacro cántico
Leví suspende, y humilde póstrase
el pueblo fiel.

La cuarta composición en mérito, entre las de Cabanyes, según mi cuenta, es la única que tiene de amor.

Es una poesía admirable por su sentimiento, por su sobriedad, por su galanura.

En esta poesía, más que en otra alguna, es donde Cabanyes encontró el secreto de la forma. Hay grande atrevimiento en intermediar endecasílabos agudos con eptasílabos breves. No creo que otro poeta lo haya conseguido.

Parece que el poeta catalán, en esta composición, tuvo intuitivamente la idea de realizar lo que muchos años más tarde debia decir Lamartine en esta frase, ó en otra parecida, pues cito de memoria: «La poesía habrá conseguido su mayor triunfo el dia que sea prosa.»

A***

Perdón, celeste Virgen,
si á tus honestos labios
arrebaté de amor costoso un *sí:*
si á tu inocente pecho,
si á tus sueños tranquilos
turbé la calma plácida, perdón.

Yo te adoré: y un ara
de purísimo culto
en el seno del alma te erigí:
que ni mi ardiente boca,
ni mis ojos de fuego,
ni un pensamiento vago profanó.

¡Yo te adoré á tí sola!
y ledo ya tejía
nupcial corona para orlar tu sien:
mas, de repente, en punzas,
en punzas venenosas
vi tornarse en mis manos cada flor.

¡Lejos, fatal guirnalda!
De la dicha renuncio,
si al bien que adoro llanto ha de costar:
de mi dolor el cáliz
apuraré yo solo.
Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.

¡Sé tú feliz!... Del pecho
la infausta imagen borra
de quien más que amador tu amigo fué,
y en urna funeraria
la triste llama ahoga;
llama primera que en tu seno ardió.

Sin una pobre choza,
sin un árbol amigo
á cuya sombra el cuerpo adormecer,
yo arrastraré mi vida,
como torrente inútil
entre jaras y breñas corre al mar.

Mas solitario, errante
entre agitadas olas
so el templo santo, en desperada lid,
¡oh! ¡Virgen! donde quiera
al ánima afligida
dulzura tus memorias traerán.

Y cuando al fin mi espíritu
las odiadas cadenas
rompa que le atan al arcilla vil;
y sus alas despliegue
y á volar se aperciba
á la eterna mansión del Sumo Bien;

¡Ángel mío! en los coros
yo esperaré encontrarte
que himnos santos entonan al Señor,
y á tan plácida idea
sobre el muriente labio
sonrisa celestial florecerá.

Creo que estas poesías bastan para juzgar al poeta.

El objeto que me había propuesto ha terminado, que á otra cosa no aspiré que á llamar la atención sobre Manuel de Cabanyes, gloria del Parnaso catalán.

Madrid 18 de febrero de 1885.

Nota del Editor.—No tardó en realizarse la profecía del autor en la segunda parte de este estudio. En Octubre de 1890 los villanoveses, por suscripción pública, colocaban en la casa del poeta una lápida de mármol con letras de oro, conmemorativa de su nacimiento y erigían la estatua de Cabanyes que adorna, con la de Armanyá, el pórtico de la Biblioteca-Museo-Balaguer.

ALFONSO V DE ARAGÓN

Y SU CORTE LITERARIA

Amante entusiasta de las letras y protector decidido de las ciencias fué D. Alfonso de Aragón, el V de su nombre, al cual la posteridad ha llamado *el sabio* y *el magnánimo*. Hijo fué de aquel don Fernando de Antequera, á quien el *compromiso* ó el *Parlamento de Caspe* sentara en el trono de la Corona de Aragón, y se había educado en la corte de Enrique III de Castilla y de la gobernadora de aquel reinado Doña Catalina.

Contaba sólo veintidós años cuando en 1416 entró á suceder á su padre D. Fernando, y desde el comienzo de su reinado puso todo su pensamiento en asegurar sus países de Sicilia y de Cerdeña, atendiendo principalmente á las cosas de Italia, como aparejadas para que de ellas se siguiesen grandes empresas. Efectivamente, D. Alfonso pasó gran parte de su vida en Italia, y, después de haber conquistado Nápoles, se estableció en aquel hermoso país, viendo deslizarse tranquilamente su vida bajo el puro cielo de la antigua Parténope, hasta que fué á sorprenderle la muerte en brazos de su gentil amiga Lucrecia de Alanyó, mientras su legítima esposa, la olvidada Doña María, hermana del rey de Castilla, permanecía en tierras de Aragón rigiendo con prudente acierto aquellos reinos, como de ellos lugarteniente y gobernadora.

Al establecerse en Nápoles D. Alfonso, con él se fijó asimismo en aquel bello país su corte famosa de sabios, de oradores y de poetas, con quienes el monarca aragonés departía alegremente, tomando

parte en sus literarias y científicas contiendas y presidiendo los certámenes y academias que bajo su augusta protección se celebraban. Componían esta corte literatos catalanes, aragoneses, castellanos é italianos. Los primeros y segundos, que así manejaban la pluma como la espada, y que harto acostumbrados estaban á soltar á cada instante la una para empuñar la otra, habían ido á Nápoles siguiendo las gloriosas banderas de D. Alfonso y formando parte de aquel victorioso ejército catalán-aragonés, cuya merecida fama de hazañoso se había extendido por todo el mundo; habían acudido á refugiarse en su corte los terceros, seguros de la protección del sabio monarca, huyendo de la tierra de Castilla, de donde se apartaban proscritos para no ser víctimas de la tirana dominación del favorito D. Álvaro de Luna; y formaban parte los últimos de aquella gallarda generación italiana que se había apresurado á admitir jubilosamente al rey don Alfonso, viendo levantarse con aquella nueva dinastía la aurora de sus renacientes destinos. Así, en maridal consorcio, bajo los artesonados del palacio de D. Alfonso, los acentos de la todavía entonces imperfecta habla castellana se mezclaban á los dulces y armoniosos ecos escapados de las arpas lemosinas; y catalanes y castellanos interrumpían á intervalos sus decires y cantares para escuchar las melódicas inspiraciones de los hijos del Lacio, ó aplaudir las ciceronianas arengas que en la lengua de Tito Livio pronunciaba su ilustre protector, cada día más aprovechado en los estudios que emprendió bajo la dirección del Panormita.

Según dice el poeta aragonés Pedro de Santa Fe, en una de sus poesías escritas en loa del rey D. Alfonso, éste era:

Ardit, franco é donoso,
liberal et plazentero,
buen senyor et companyero,

et bravo et muy omildoso:
blanco et assaz orgulloso;
del gesto muy desatado;
firme, quedo et atestado,
manso et do cumple sanyoso.
Quito de toda malizia,
en grandezas perzebido,
en el consejo entendido,
igual en toda justicia;
excusador d' avarizia,
enemigo del avaro,
llano, manifiesto et claro.
non vasallo de cobdizia.

También el famoso marqués de Santillana se ocupa largamente de D. Alfonso en su *Comedieta de Ponza,* y después de decir de él que era un verdadero *rey caballero* y *lucero de la guerra y de la milicia,* añade:

Este desdel tiempo de su puëricia
amó las virtudes é amaron á él;
venció la pereza en esta cobdizia,
é vió los preceptos lel Dios Hemanuel.
Sintió las visiones de Esechiel
con toda la ley de sacra dottrina;
pues quien supo tanto de lengua latina,
ca dubdo si Maro se eguala con él.
Las sillabas cuenta é guarda el acento
producto é correpto; pues en geometría
Euclides non ovo tan grand sentimiento,
nin fizo Athalante en astrología.
Oyó los secretos de filosofía,
é los fuertes passos de naturaleza:
obtuvo el intento de la su pureza,
é profundamente vió la poesía.

Estos versos del marqués de Santillana, escritos en 1435, demuestran el error en que cayeron algunos escritores que, por exagerar el efecto producido en el ánimo del rey D. Alfonso por el espectáculo de Italia, aseguran que hasta la edad de cincuenta y de sesenta años no emprendió el estudio de la gramática y de los clásicos.

El analista Zurita, á quien sin duda se ha interpretado mal, es quien ha contribuído á propagar este error, diciendo de D. Alfonso: «Tuvo *en su ve-»jez* ordinaria lición de los autores más excelentes »que escribieron las memorias del principio y »aumento de la república romana; y era su palacio, »entre las otras grandezas que se representaban en »él, una escuela de los más señalados oradores que »hubo en su tiempo.»

No quiere decir esto, en mi entender, que sólo cuando viejo comenzó para D. Alfonso la afición á los estudios, no. Desde joven, *desdel tiempo de su puëricia*, como dice el marqués de Santillana, se mostró D. Alfonso inclinado á las letras, sólo que la afición fué creciendo con los años, y en los últimos de su vida dedicóse á ellas más particularmente, libre de las empresas militares que antes le ocupaban y viéndosele entonces emprender con empeño el estudio de los autores clásicos, perfeccionándose en la lengua latina bajo la dirección del afamado Antonio Panormita, docto maestro en las letras clásicas.

Y no me fijo sólo en el dato que nos ofrece el marqués de Santillana para asegurar esto. Otro poseo, que no da lugar á dudas.

Tengo hallado, registrando archivos, que en 9 de marzo de 1416, es decir, un mes antes de subir al trono de Aragón por muerte de su padre, D. Alfonso, príncipe á la sazón todavía, autorizaba á los jurados de Gerona para fundar en aquella ciudad una universidad ó estudio general, en el que se enseñasen moral, ciencias naturales, cánones, leyes y cualesquiera otras facultades, con los mismos privilegios y exenciones que gozaban las demás universidades de los reinos de Aragón y Valencia y principado de Cataluña.

Este dato comprueba la afición de D. Alfonso á los estudios *desdel tiempo de su puëricia*.

La verdadera vida literaria de D. Alfonso comienza, sin embargo, después del 1443, año en el cual, á 26 de febrero, hizo su entrada triunfal en Nápoles.

Rotas quedaban las huestes anjovinas ante la gloriosa espada del monarca aragonés; fugitivo andaba su competidor Renato de Anjou, y los habitantes todos del reino napolitano se apresuraban á prestar obediencia al vencedor, que se mostró entonces magnánimo y clemente.

Sin enemigos ya que vencer, dueño del territorio napolitano el rey D. Alfonso, tomó el camino de Nápoles, que desde el año anterior estaba en su poder, gracias al esfuerzo de sus capitanes y de su hijo natural D. Fernando, y quiso solemnizar sus victorias, al propio tiempo que el término de aquellas porfiadas guerras, entrando en la capital con extraordinaria pompa, á usanza de los antiguos triunfadores romanos, como si con la esplendidez y fausto de aquella ceremonia pretendiera, mejor que satisfacer su orgullo de héroe, dar afortunado comienzo á una era de ilustración, de paz y de ventura.

Importa á mi objeto decir algo de este magnífico triunfo, cuyo recuerdo nos ha conservado Panormita.

De orden del consejo de Nápoles se había derribado un lienzo del muro, y por esta brecha, como triunfador, y no por ninguna de las puertas, hizo su entrada D. Alfonso, en cuyo obsequio se levantó un vistoso arco triunfal que hubo de ser después objeto privilegiado del estudio de los arqueólogos. Las calles por donde transitó la comitiva aparecieron lujosamente adornadas. En todos los balcones y ventanas flotaban ondulantes colgaduras con los colores rojo y amarillo, que eran los de la bandera de la Corona de Aragón; el suelo estaba alfombrado de olorosas plantas, y entretejidas ra-

mas de laurel encorvaban graciosamente sus troncos á cada esquina de calle formando lujosos arcos de esbelta y variada forma.

Marchaba al frente de la comitiva, para abrir paso entre la apiñada muchedumbre que se agolpaba ansiosa de victorear al triunfador, una escolta de jinetes gallardamente vestidos, montando arrogantes caballos encubertados de ricas gualdrapas de oro y seda. Seguía luego una selecta cohorte de pajes y donceles que vistosamente ataviados iban ejecutando con sin igual donaire los renombrados juegos florentinos. Pausadamente caminaba en pos de ellos una suntuosa carroza, chapada de bruñidas láminas de oro que despedían fulgentes rayos, como otros tantos soles, y en ella aparecía una gentil matrona representando la *Fortuna*. Llevadas en no menos deslumbrante carroza, tirada por seis caballos ricamente enjaezados, venían después las *Virtudes*, ostentando cada una el signo que la simboliza, y apareciendo sobre todas, en elevado lugar, la *Justicia*, sentada sobre solio de púrpura, la desnuda espada en la diestra, la equilibrada balanza en la izquierda, rodeada de ángeles en ademán de ofrecerle palmas y coronas. En torno del carro de las *Virtudes*, revueltos y mezclados en agradable confusión, cabalgaban grupos de jinetes, con trajes y hábitos de naciones diversas, representando magnates, príncipes, soberanos y súbditos, como sujetos todos al imperio de la *Justicia*.

Precedido de un grupo de doncellas que, adornadas con luengas vestiduras blancas, iban agitando ramas de laurel, marchaba el deslumbrante carro triunfal del monarca aragonés. Tiraban de la carroza cuatro caballos blancos como la espuma de los mares, sin la más ligera mancha, y sobre regio solio aparecía el conquistador de Parténope armado de todas armas, ceñidas las sienes de laurel como los Césares romanos, cubiertos los hom-

bros con el manto imperial, empuñando en su diestra el cetro y sosteniendo con su izquierda el áureo globo dominado por la salvadora cruz. En las gradas del trono, y á las plantas mismas de D. Alfonso, veíase postrado un personaje que figuraba el *Mundo* y que de vez en cuando se incorporaba para dirigir al nuevo César una relación escrita en verso, y en materna lengua, loando su grandeza é invitándole á perseverar en el culto de las virtudes, como inseparables compañeras de los héroes y de los grandes hombres.

Iba escoltada la triunfal carroza por sesenta jóvenes napolitanos vestidos de púrpura y grana, y tras ellos marchaba numerosa cohorte de aragoneses y catalanes que, montados unos y á pie otros, pero todos lujosamente disfrazados de persas, asirios ó árabes, ejecutaban con destreza suma varios juegos bélicos al compás de un coro marcial, á usanza de las afamadas fingidas lides que en grandes festividades se acostumbraban en la plaza del Born de Barcelona.

Seguía en pos de los justadores otro nuevo carro; sobre él se alzaba elevada torre, á cuya puerta aparecía de vigilante centinela el *Ángel de la Guarda* con espada desnuda, y en cuya plataforma, coronada de almenas, asomaban gentilmente agrupadas la *Magnanimidad*, la *Constancia*, la *Clemencia* y la *Liberalidad*, descollantes virtudes del triunfador.

Cerraban, por fin, aquella larga comitiva, los animados grupos de próceres, magnates, caballeros, capitanes y ciudadanos, y detrás de ella marchaba con militar desembarazo una representación de cada una de las compañías que habían tomado parte activa en la serie de victorias que abrió á D. Alfonso las puertas de Nápoles y le sentó en su trono.

Tal es, en breve resumen, la memoria que nos

queda de aquel espléndido triunfo, cuya ingeniosa disposición, si bien revela lo dado que había de ser el monarca al fausto y á la grandeza, descubre al propio tiempo su aspiración á evocar los favoritos recuerdos de la antigüedad clásica.

Las fiestas que con este motivo se celebraron, prosiguieron por espacio de muchos días, durante los cuales reinó el mayor regocijo entre vencedores y vencidos, esmerándose todos en demostrarlo por tan fausto suceso, confundidos como en una sola familia por la magnanimidad del monarca.

No es de extrañar que con tal entusiasmo fuese recibido el conquistador, pues que, á más de tener un partido adicto, supo con liberalidad y clemencia unir á vencedores y á vencidos, enjugando con mano diligente las lágrimas que la guerra y la miseria arrancaban á las familias napolitanas.

Por espacio de quince años después de este deslumbrador triunfo, disfrutó de apacible vida el rey D. Alfonso, apenas interrumpida su tranquilidad y calma por la breve campaña que en 1453 emprendió contra los florentinos, y por los bélicos preparativos de su frustrada expedición á Oriente en 1455.

Durante este tiempo de plácido reposo es cuando se ve al aragonés monarca dedicarse con ardor al estudio de las letras y de las ciencias, perfeccionándose en ellas; cuando se le ve proteger con regia liberalidad á los sabios, á los poetas y á los artistas; cuando se ve su palacio convertido en escuela de los más señalados oradores que hubo en su tiempo, y en perpetuo gimnasio de artes, letras y ciencias; cuando se ve refugiarse en Nápoles á las musas expulsadas de Constantinopla por los turcos; y cuando, atraídos por la fama de la protección y largueza del nuevo rey de Nápoles, se ve á hombres ilustres de todos los países acudir á la cita que parecían darse en la corte de D. Alfonso

todos aquellos á quienes el talento ó el ingenio daban carta de ciudadanía en ella.

Larga y dificilísima tarea sería la de dar minuciosa noticia de los esclarecidos varones que brillaron en aquella corte, compuesta en su mayor parte de ingenios y literatos; pero ya que no pueda, me limitaré á citar los más principales, dando cuantas noticias de ellos he podido recoger en incesantes rebuscas por archivos y bibliotecas.

Entre los italianos descollaban: Antonio Becatelli, el Panormita, milanés, maestro consumado en letras clásicas, autor de la obra *Dictis et factis Alphonsi regis Aragonum*, á quien cupo la señalada honra de perfeccionar la educación literaria del monarca; Lorenzo Valla, romano, filólogo insigne, primeramente catedrático de elocuencia en Pavía y profesor en Nápoles de letras griegas y latinas, celebrado autor de las *Elegancias latinas*, y que, á ruego del monarca, escribió la historia del rey su padre, con el título de *Rebus gestis á Ferdinando Aragonum rege*, haciéndose acreedor por sus importantes trabajos literarios á que en pública y solemne Asamblea le diera el mismo Alfonso el diploma ó título de *poeta y sabio en las ciencias divinas y humanas;* Bartolomé Fazzio, rival intransigente de Lorenzo Valla, con quien sostuvo encarnizada guerra literaria, disputándose la predilección del rey, y que después de haber dedicado á éste sus libros *De vitæ felicitate* y *De viris illustribus*, recibía de él el encargo de escribir su propia historia, lo cual hizo con el título *De rebus gestis ab Alphonso primo Napolitanorum rege;* Eneas Sylvio, que escribió también, en lengua latina, unos comentarios á los *Dichos y hechos de Alfonso* por el Panormita, y que después de haber ceñido la tiara con el nombre de Pío II, consignó en sus obras lo mucho que había debido á D. Alfonso ínterin permaneció en su corte; Giovanni Pontano, selecto

humanista y poeta latino ilustre, discípulo del Panormita; Jorge de Trebisonda, erudito varón á quien nombró Alfonso su bibliotecario, confiándole la traducción de varias obras latinas; Poggio Bracciolini, de Florencia, al cual el conquistador de Nápoles colmó de honras y mercedes á causa de la perfección con que, por su mandato, tradujo la *Cyropedia de Xenofonte;* y Francisco Filelfo, elegante y castizo poeta latino, á cuyas sienes ciñó el rey públicamente la corona de laurel, confiriéndole al propio tiempo la orden de caballería y dándole por escudo las mismas gules barras de Aragón.

Varios fueron los ingenios catalanes que sobresalieron en la corte de D. Alfonso. Citaré los más principales, siendo de advertir que sólo he de hacer mención de aquellos de quienes consta, con toda evidencia ó con grandes probabilidades, que estuvieron en Nápoles formando parte de la corte del rey:

Jordi de San Jordi. Figuraba entre los primeros, siendo poeta elegiaco, buen trovador y buen caballero, de tierna y apasionada poesía, amante entusiasta é imitador de la musa melancólica del Petrarca. Era camarero de D. Alfonso y con él pasó á Cerdeña, á Sicilia y luego á Nápoles, cayendo prisionero con el monarca en el desastre de Santa Ponza y siendo llevado con él á Milán.

Pocas noticias existen de este poeta, á quien hay, sin embargo, que contar entre los más elegantes del parnaso catalán, y casi puede decirse que las pocas que se tienen son debidas al marqués de Santillana. Hablando este autor de los poetas de su tiempo (principios y mediados del siglo xv), cita á Jordi de San Jordi, de quien dice: «En estos nues»tros tiempos floreció Mosén Jorde de Sant Jorde, »caballero prudente, el cual ciertamente compuso »asaz fermosas cosas, las cuales él mismo asonaba: »ca fué músico excelente é fizo entre otras cosas

»una canción de opósitos que comienza: *Tots jorns »aprench é desaprench ensemps*. Fizo también la pa»sión de amor, en la cual copiló muchas buenas »canciones antiguas.»

Muchas de las obras de este poeta se han perdido, entre ellas la *Pasión de amor* de que nos habla Santillana. Sólo quedan de él de diez á quince composiciones poéticas, conservadas en las páginas de los cancioneros de París y Zaragoza. Estando prisionero de guerra en Milán con el rey D. Alfonso, fué cuando sin duda escribió aquella su bellísima trova que comienza con esta estrofa.

> Desert d'amichs, de bens é de senyor,
> en estrany loch é en estranya encontrada,
> luny de tot bé, fart d'enuig é tristor,
> ma volentat é pensa cativada
> me trob del tot en tal poder sotzmés,
> no veiy nengú que de mi haje cura,
> é soy guardatz, enclós, ferratz é pres
> de qui en fau grat á ma trista ventura.

Los eruditos autores Torres Amat, Tastú, Béuter y otros, hablan de tres poetas distintos de este nombre, á uno de los cuales llaman *Mosén Jordi* á secas, á otro *Jordi del Rey* y á otro *Jordi de San Jordi*. Sin embargo, yo tengo para mí que los tres son uno solo, y éste es Jordi de San Jordi. Las poesías atribuídas á los dos primeros las he visto, registrando el *Cancionero* que se guarda en la Universidad de Zaragoza, continuadas como del tercero, y creo esta prueba fehaciente. A más, compárense las poesías de estos tres autores unas con otras, y se conocerá que son de un mismo estilo, de un mismo pensamiento y de una misma mano. El Mosén Jordi y el Jordi del Rey (que á mi entender quiere decir *Jordi el del Rey* ó *Jordi el camarero del Rey)* son una misma persona con Jordi de San Jordi, el poeta catalán del siglo xv, el compa-

ñero y amigo de D. Alfonso y el caballero prudente de que nos habla Santillana, que escribió una coronación en su loor cuando ocurrió su muerte.

Ausias March. Es indudablemente el primero y también el más famoso de los poetas catalanes. El marqués de Santillana le califica de «gran trovador y hombre de asaz elevado espíritu»; Zurita le llama «caballero de singular ingenio y doctrina y de gran espíritu y artificio». En las portadas de sus poesías se dice que fué «valeroso y extrenuo caballero y vigilante y elegantísimo poeta»; modernamente y con justicia, á mi ver, se le ha llamado el *Petrarca lemosín.*

Fué, en efecto, un poeta de primer orden. Todos sus cantos rebosan sentimiento y genio y están esmaltados de grandes bellezas, con valentía en el pensamiento, con hermosura y armonía en la frase.

El célebre poeta castellano Garcilaso de la Vega ha imitado y traducido á Ausias March.

En su soneto XXVII dice así Garcilaso:

Amor, amor, un hábito he vestido
del paño de tu tienda bien cortado;
al vestir le hallé ancho y holgado,
pero después estrecho y desabrido.

Estos versos son sencillamente una traducción de estos otros de Ausias March:

Amor, amor, un habit m' he tallat
de vostre drap, vestintme l' esperit.
En lo vestir molt ample l' he sentit,
é fort estret cuant sobre mi 's stat.

A pesar de que, por muchas investigaciones que se han hecho, no se ha podido completar la biografía de este eminentísimo poeta, está, sin embargo, reconocido que hizo frecuentes viajes á Italia y que en varias ocasiones fué ornamento de la corte lite-

raria de Alfonso V, en cuyo palacio de Nápoles debió de conocer sin duda al desgraciado príncipe de Viana, de quien se sabe que fué consejero y amigo.

Andrés Febrer. Era alguacil de D. Alfonso y le acompañó en sus viajes y campañas. Fué poeta señalado y es seguro que escribió muchas composiciones; pero no tengo noticia que hoy se conozca otra que el principio de un *lay* transcrito en la obra de otro poeta de su tiempo. Se le han atribuído equivocadamente unas trovas sobre los conquistadores y pobladores de Valencia, que deben de ser de otro poeta del mismo nombre. Febrer tradujo al catalán la *Divina comedia* del Dante, en tercetos como el original, y verso por verso. En la Biblioteca del Escorial existe el manuscrito de esta traducción, notabilísima por su pureza, su fidelidad y su galanura.

Leonardo de Sors. Se sabe que este distinguido poeta estuvo en Nápoles formando parte por más ó menos tiempo de las academias y reuniones literarias que presidía el monarca aragonés. Era Leonardo de Sors caballero barcelonés, y, según se presume, hijo de otro Leonardo que en 1412 era lugarteniente del maestro racional de la Real corte. Este poeta debió ser laureado en Juegos Florales, pues existe la poesía con la cual ganó joya en uno de dichos certámenes, la cual comienza:

Crueltat vol que gens no sia amat.

En el *Cancionero* de Zaragoza hallé hasta doce composiciones de este poeta, y entre ellas una especie de poema moral en siete cantos, que el autor llama capítulos, precedido de una dedicatoria en prosa de dos páginas y media al rey D. Alfonso, conquistador de Nápoles.

Entre las composiciones de Sors continuadas en el *Cancionero* de Zaragoza, hay una que merece

citarse, pues puede dar alguna luz á los eruditos que traten de completar las biografías de aquellos poetas de quienes escasean las noticias, como sucede con Leonardo de Sors.

He aquí la traducción fiel y exacta de la poesía catalana á que me refiero y que comienza con el verso:

Enamorats que teniu prim sentit:

«Amantes: vosotros los que tenéis sutil expe»riencia, yo os ruego que me déis noticias de dón»de se halla mi corazón, que se me ha fugado y no »lo encuentro por más que lo busco. ¡Decídmelo, »pues, por el amor de vuestras amigas, decidme »dónde se halla! Yo no tengo de él otras nuevas »sino las de que se ausentó de mí hace ocho días, »en un momento en que salí de la ciudad. Prometo »dar un buen hallazgo al que me lo encuentre.

»¡Oh, nobles trovadores! á aquél que me dé no»ticias de mi corazón, le regalaré una sortija es»maltada.»

Pero lo importante está en la contestación que esta poesía provoca, y que á renglón seguido transcribe el *Cancionero* con el título de *Resposta de Jacme Safont* (contestación de Jaime Safont, otro poeta contemporáneo de Sors). Adviértase que Leonardo dice que al salir un día de la ciudad (sin expresar cuál) perdió su corazón, y ofrece una sortija esmaltada al trovador que le diga dónde podrá encontrarlo. Jaime Safont se presenta á reclamar el premio por medio de la siguiente poesía, que tiene la particularidad de estar en el mismo metro, con igual número de versos y con los mismos consonantes que la de Sors. La poesía comienza con el verso:

En Leonart, si be mon sperit,

y dice así traducida del catalán:

«Leonardo: mi propio instinto me dice que no »tendría que hacer grandes esfuerzos vuestra me»moria para dar con vuestro corazón, que se os ha »fugado, y tras del que andáis por campos y ciu»dades. En Pedralves podréis hallarlo si tanto os »interesa, que allí lo guarda prisionero la de Bru»guera. No existe en el mundo otra mujer que, »mejor que ella, pueda daros las noticias que pedís.

»¡Oh tú, mi amor, mi bien y mi paraíso! ¡Oh »tú, amada mía, la que eres dueña de mi corazón, »de mi cuerpo y de todo cuanto Dios me ha dado! »Yo te aseguro que será tuya la sortija esmaltada, »si Sors me la manda por premio del hallazgo.»

Tenemos, pues, por lo que se desprende de esta composición, que la ciudad de que salía Sors cuando perdió su corazón, era Barcelona, y que la dama que se lo cautivó era la señora de Bruguera, que vivía en Pedralves, es decir, en el monasterio de monjas que existía y aun existe en aquel pintoresco sitio, cercano á Barcelona. Ya son datos para poner en camino á los biógrafos. Creo fundada mi conjetura, debiendo añadir que no fué Leonardo de Sors el primer trovador que, si no mienten las crónicas, se enamoró de una monja de Pedralves.

No tengo otra noticia de Sors, sino la de que era muy protegido de D. Alfonso por sus talentos, y quizá más que por esto por ser algo pariente de la favorita del monarca, Doña Lucrecia de Alanyó.

Francisco Ferrer es otro de los poetas de la corte napolitana. Escasas noticias se tienen de este poeta, autor de dos notabilísimas composiciones, el *Romans de Rodas* y el *Conort*. El *Romance de los actos y cosas que la armada del gran Soldán hizo en Rodas*, es una obra escrita en épica forma y levantando estilo, describiendo la defensa de Rodas en 1444, en la cual tomó activa parte el poeta como otro de los caballeros que guarnecían aquella plaza. Este poemita se halla continuado en el *Can-*

cionero de Zaragoza. Ferrer, después de la toma de Rodas, fué á parar á Nápoles, en donde formó parte de la corte de D. Alfonso y en donde escribió la obra de que acabo de hacer mención. Su *Conort* es una composición, como otras que del mismo género se escribieron en el siglo XV, en la que el autor hace figurar á varios poetas de su tiempo, concediéndoles la palabra para discutir un tema de amor. Se halla esta composición en el *Cancionero* que existe en la Biblioteca de París, donde he tenido ocasión de verla. Es muy notable y curiosa, pero, en mi pobre juicio, vale mucho menos que otro *Conort* del mismo género, idea y forma, escrito por Pedro Torrella é inserto en el *Cancionero* de Zaragoza.

Francisco Ferrer es evidentemente el autor de un *Complanyt de la presa de Constantinople* (Lamentación de la toma de Constantinopla), que hallé también copiado en el *Cancionero* de Zaragoza. Allí se transcribe esta obra sin nombre de autor y como de poeta anónimo. Hice mención de ella en ciertos *Estudios* que hace catorce ó quince años publiqué sobre el *Cancionero* de Zaragoza, pero después he llegado á adquirir el convencimiento de que es de Francisco Ferrer. El estilo, la forma, la entonación, las ideas, las citas que de estrofas de este poema se hacen por autores del siglo XV, atribuyéndolas á Ferrer, y otra porción de datos y circunstancias que no son para explicar en este momento, me impulsan á dar esta obra como de Ferrer, obligándome también á hacer esta aclaración, hoy que se me presenta ocasión de ello, para que mis citados *Estudios* no puedan inducir á error á quien se tome la molestia de consultarlos.

Ocuparon también un lugar distinguido en la corte napolitana, donde hubieron de residir por más ó menos tiempo, *Luis Despí* ó *Despuig*, de

quien se sabe que fué un notable y selecto poeta, sin que hayan llegado á nosotros sus poesías, embajador que fué de D. Alfonso en Roma y en Venecia y más tarde virrey de Valencia; *Bernardo Miquel,* de quien guardan los cancioneros varias poesías; *Juan Ribellas,* que acompañó al rey en todas sus campañas y escribió también muchas poesías castellanas; *Perot Johán*, *Mosén Sunyer*, *Pedro Carbó,* de quienes se tienen escasísimas noticias, y *Pedro Torrellas*, *Torroella* ó *Torrella*, que es uno de los poetas más fecundos de su siglo, á juzgar por el gran número de sus composiciones transcritas en los cancioneros. Hasta veintidós poesías suyas copia el de Zaragoza. Escribió indistintamente, ya en catalán ya en castellano.

Es autor del poemita á que he hecho alusión al tratarse de Ferrer, y que tuve ocasión de ver y estudiar en el *Cancionero* de Zaragoza. La obra consiste en un certamen ó diálogo en que toman parte treinta poetas, discutiendo sobre puntos y temas de amor. Abre el certamen *Pedro Torrella* que, como autor y como quien más luce en este interesante poemita, va llamando uno por uno á todos los poetas que han de tomar parte en él para que apoyen con su autoridad sus opiniones, y les contesta á todos, uno á uno también, y siempre en catalán, á pesar de que cada poeta habla en su idioma castellano, catalán ó provenzal.

Este poemita debió de ser escrito en la corte de Nápoles, como se desprende de ciertas alusiones que en él se hacen, para solaz y entretenimiento del rey D. Alfonso y para lectura y tema de discusión en las academias que se celebraban bajo la presidencia del monarca.

Figuraron asimismo en la corte de Nápoles, abriéndose en ella lugar señalado, otros autores catalanes; *Fernando de Valencia*, mallorquín, orador insigne, poeta culto y aplaudido humanista; *Juan*

de Soler, *Luis de Cardona*, *Guillermo Puigdorfila*, *Jaime Montañá* y *Guillermo Dametas*, doctos varones en letras y en ciencias; *Juan Ramón Ferrer*, filósofo y poeta, jurisconsulto y médico, y *Jerónimo Pau*, varón de insigne saber que pasó después á ocupar el puesto de bibliotecario en el Vaticano.

Los aragoneses tuvieron por representantes en aquella corte de eminentes varones á *Juan Fernández de Híjar*, señalado por propios y extraños con el nombre de *el orador*, y de quien decía Lorenzo Valla que no cedía á ningún español en el cultivo de las letras humanas; á *Pedro de Caballería*, consumado legista y eminente filósofo, y á los poetas *Pedro de Santa Fe*, *Juan de Moncayo*, *Juan de Sessé*, *Hugo de Urries*, *Martín García* y *N. Navarro*.

Allí figuraron asimismo los castellanos por medio de sus poetas *Lope de Estúñiga*, *Gonzalo de Quadros*, *Diego de Sandoval*, *Diego del Castillo*, *Juan de Tapia* y *Juan de Andújar*, casi todos proscritos de Castilla por su parcialidad en favor de los infantes de Aragón; y allí, por fin, tuvieron las letras navarras sus representantes en el escudero *Valtierra* ó *Valterra*, que también escribió alguna poesía en catalán, como los aragoneses García y Navarro, y en aquel desdichado príncipe *Carlos de Viana*, por quien tantos sacrificios estériles debía hacer más tarde Cataluña.

Rodeado de una corte de poetas y poeta él mismo, no le habían de faltar lisonjas al rey D. Alfonso.

Bartolomé Fazzio, en una de sus cartas á Juan Ramón Ferrer, le llama *nuestro divino rey*. Fernando de Valencia, el Panormita y Lorenzo Valla apuran en su loa todo el diccionario de elogios, llamándole á cada instante *divus* y Augusto César. Juan de Andújar, en una de sus poesías á que dió

título de *Loores al señor rey D. Alfonso*, celebra sus proezas y virtudes, diciéndole:

Siempre vos vi un gesto facer
en las adversas é prósperas cosas;
siempre vos vi de fablas graciosas
é actos honestos á vos guarecer.
Siempre vos vi en pesar é plazer
con todos haberos graciosamente:
siempre vos vi en tal continente
cual deben los sacros reyes haber.

Y á continuación, después de asegurar muy formalmente que Homero, Virgilio y los otros grandes poetas de la antigüedad lloran no haberle conocido para ser cantores de sus glorias y virtudes, añade:

En vos es, señor, la grant providencia
del César Augusto, también de Trajano
la grande virtut, é soys muy humano:
del Pío Antonino tenéis la clemencia,
siempre vos vi tener la concienzia
¡oh señor mío! abrazada con vos,
siempre jamás los templos de Dios
avés venerado con gran reverencia.

Tampoco le faltaron laudatorias poesías á la hermosa Lucrecia de Alanyó, querida del monarca, la cual desde 1450 á 1458 reinó como árbitra absoluta en el ánimo de D. Alfonso haciéndole olvidar sus deberes para con su esposa Doña María, pretendiendo reemplazar á ésta en el tálamo nupcial, y haciendo expresamente un viaje á Roma en 1456 para solicitar del Papa, en nombre del rey de Aragón, el divorcio con Doña María, lo cual no pudo alcanzar.

Es fama que Lucrecia solía asistir á las academias presididas por su real amante, quien se mezclaba con los poetas de su corte para ensalzarla, y hasta se cuenta que alguna vez debió de cantar su

belleza en verso castellano, si es que en realidad es suya la siguiente composición que he leído en un *Cancionero* del siglo xv, del cual la copio, y dice así:

REY D'ARAGON A LUCRECIA

Si decís que vos offende
lo que más mi seso pensa,
si razón algo defende
en tal caso amor dispensa.
Yo sólo sea culpado
vos queriendo mi querer,
é pensat mayor peccado
sea matado que offender.
Pues meior se vos entiende
no me deys, tal deffensa,
si razón algo defende
en tal caso amor dispensa.

Si hubiese de darse crédito á memorias galantes de aquel tiempo y de aquella corte, que como en todos y en todas han sido adivinadoras de enigmas y descubridoras de secretos, andaba entonces por el mundo un caballero castellano llamado Carvajal, decidor, poeta y galán, que, desterrado de Castilla, hubo de fijar su residencia en Nápoles, y allí sus ojos en la bella querida del monarca. Aconteció que cierto día, en una de las academias de poesía que se celebraban en palacio, presididas por D. Alfonso y con asistencia de Lucrecia, ocurriósele á Carvajal leer ó recitar los siguientes versos.

Decidme, gentil sennora,
¿qué vida passaes agora?
Si es tal como solía
quanto bien á mí sería,
porque vuestra pena, mía
es mas que vuestra, sennora.
Yo vos veo muy penada
mal contenta et despagada,
pero non menos amada
de mí por cierto, sennora.

Si estos versos iban ó no dirigidos á Lucrecia, cosa es que no ha podido averiguarse; pero es lo cierto que al rey no hubieron de parecerle bien, que hubo de terminar la academia en cuanto se concluyó su lectura, y que Carvajal salía á las pocas horas desterrado de Nápoles como había salido de Castilla.

Otro poeta castellano, Juan de Tapia, se dirige en una poesía á Lucrecia, y le dice:

Dama de tan buen semblante
que la vuestra gran bondat
fase la guerra
á quien fa temblar la tierra
desde Poniente á Levante,
vos fuisteis la más fermosa
donsella que fué nascida;
muy honesta et virtuosa
de todos bienes cumplida.

Es de suponer que al poeta que llamaba á Lucrecia *doncella honesta* y *virtuosa*, no le cabría la misma malaventurada suerte que tocó á su compañero Carvajal.

También Juan de Andújar elogia de Lucrecia

la gran fermosura, la bella presencia,

y disculpa los extravíos del monarca diciendo que

Nunca jamás vencedor,
al mundo fué tan ardido
que Amor non haya vencido.

También existe una poesía del trovador catalán Perot Johán, continuada en los cancioneros con el título *Feta per madama Lucrecia*, que comienza con estos versos:

En la pus alta fortuna
prospera é venturosa
es vuy vostra vida una

entre la gent no comuna
mes singular é famosa.
De tantas virtuts cumplida
com per mereixer corona, etc.

Lope de Estúñiga, otro poeta castellano, encomia asimismo las *virtudes* y prendas de Lucrecia en esta canción que le dirige:

Do mora mucha beltat
é amor la encarece
muy atarde acaesce
conservar su castedat.
Por lo cual de loar
es la vuestra gran cordura
quando con tal fermosura
vos faz con bondat amar.
Quien pierde la libertat
y en virtut permanesce,
el ceptro le pertenesce
de la Real Majestat.
Dígolo porque amada
sois é mucho amadora,
en tal grado que señora
nunca fué assi tentada.
Mas la vuestra honestat
á la beltat prevalece
é amor non la padesce
con toda su potestat.

Pudieron ser escritos quizá estos versos cuando Lucrecia tenía pretensiones á sentarse en el trono, para lo cual hizo el viaje á Roma de que se ha hablado antes.

En el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos formado con los apuntamientos de D. Bartolomé Gallardo* hallé unos versos que tienen título *De madama Lucrecia la napoletana*. Es una poesía bastante larga, de autor anónimo, pero obra visiblemente de uno de los poetas que formaban parte de la corte de D. Alfonso. También en esta poesía se encomian la *virtud* y la *castidad* de

la querida del monarca, lo cual prueba una vez más que no siempre hay que ir á buscar la verdad histórica en las obras de los poetas. El autor, llevándole su deseo de exagerar hasta convertir en napolitana á la catalana Lucrecia, le dice:

Nunca hombre amó
en el grado que vos ama
el gran rey que conquistó
el reyno donde nasció
vuestra persona é fama.
Pues si esse que meresçe
la universal corona
vos ama é obedesçe
en que grado vos paresçe
debe esser vuestra persona.

La romana Lucrecia y la africana Dido son para el autor inferiores á la amiga de D. Alfonso, á quien continúa diciendo, después ya de muchas alabanzas:

De Lucrecia la romana
se faze mucha mención,
é de Dido l'affricana
que con muerte inhumana
dieron fin á su razón;
mas con vuestra castedat
non las dellas se yguala
en virtut é honestat,
ni ay femenil beldat
que ante vos algo vala.

El autor anónimo termina por decir de Lucrecia que es el dechado de todas las perfecciones humanas y de todas las virtudes conocidas:

De los dones de natura
é de gracia tan dotada
soys, que no ay creatura
que lo ponga 'n escriptura
segunt que soys acabada;
ni menos vuestras costumbres

n'os consienten ygualança,
ca ellas son nuestras lumbres
por montes, valles é cumbres,
é universal morança.
   Por do querer blasonar
todas vuestras perfeçiones
sería vos enoiar
mas que no bien acertar
en tan altas infusiones;
é aun digo que sería
publiquar mi ignorancia,
ca vuestra gran nombradía
mas paresçe monarchía
que humanal arrogancia.

Otros poetas, en cambio, con más elevada inspiración, sin dejar de ensalzar al rey, le dan prudentes consejos y le incitan á altas empresas para mayor gloria de su nombre y timbre de su casa y patria. Así, por ejemplo, el poeta aragonés Pedro de Santa Fe, describiendo en un bello y animado diálogo la despedida de D. Alfonso y de su esposa Doña María al partir aquél para su expedición á Italia, pone en boca del rey notables y elevados pensamientos. Dice tiernamente Doña María:

   Mi senyor
mi rey, mi salut et vida,
pienso en la vuesa partida
con pavor.

Y contesta el monarca aragonés:

   De mucha tribulación,
reina, sé que sois triste;
mas que parta et que conquiste
mándanme seso y razón;
ca en mesón,
en ciudat, nin en lugar,
fama non puede sonar
sin honor.

La reina no puede consolarse con esta respuesta, y en medio de sentidas quejas insiste con D. Al-

fonso para que abandone sus altos proyectos; pero éste responde:

Reyna, acontesce atarde
en casa fazer gran fecho;
aguardar siempre en provecho
obra es d'ombre cobarde.
A Dios, que palabra forte,
Reyna, tristemente suena
mas por cobrar fama buena,
menosprecia ombre morte.
Conorte
tenet, é firme esperanza
que tornaré sin tardanza
vencedor.

Vencida por fin la reina, y resignada, suspende sus quejas, y, enjugando sus lágrimas, dice al esposo que parte:

Fuertemente me paresce
en diversos: Dios vos guíe;
mas non cumple que porfíe
nin al caso pertenesce.
Endreze
Dios, et vos faga segundo
Alixandre en el mundo
en valor.

De este poeta Pedro de Santa Fe existen varias composiciones dedicadas al rey D. Alfonso y á su esposa Doña Maria, las cuales pueden leerse en el *Cancionero* del siglo xv que existe en la Biblioteca del Real Palacio de Madrid.

En una de ellas, dirigida á la *virtuosa Reina Doña María*, se llama á ésta:

Sabia, onesta Diana
reyna de virtut enxemplo,
de fama muy claro tenplo,
más divina que umana.
Arca de onor, no bentana,
calma de aire sereno,
bridas et seguro freno
de toda pasión mundana.

Este Pedro de Santa Fe, que según parece era hijo del famoso converso que defendió la religión en el concilio de Tortosa, acompañó á Alfonso V en su expedición á las dos Sicilias y fué escudero suyo. En muchas de sus poesías habla del rey, y siempre con grandes elogios. Ya hemos visto antes el retrato que hace de él, pero he aquí otro que se encuentra en su composición *Loor del rey Alfonso en el viaje de Nápoles:*

Lo que tal Rey siente et sabe
non es por esperiençia,
mas pura magnifiçençia,
qu'en pocos como el cabe.
Bien mereçe que s'alabe,
un Rey que viltat esquiva,
é su voluntat cativa
amando siempre onor.
Este Rey ansí loado
es sabio é muy agudo,
de los vencidos escudo,
gentil, bueno et adonado,
com'un singular hallado,
visto, é non conoçido,
ffirme de raçon vençido,
lleno de toda balor.

Otra composición tiene el mismo Santa Fe, continuada también en el *Cancionero* de Palacio, en la cual, dirigiéndose á Alfonso, le dice:

Rey d'Aragón, si glorioso
sois por vos y exçellente,
también vos muestra famoso
la virtut de vuesa gente:
que de un coraçon ardiente
en l'examen que tovieron,
Napols et Iscla sintieron
qual es la nación valiente.

El poeta catalán Francisco Ferrer aprovecha una ocasión solemne para dirigirse al conquistador de Nápoles y recordarle sus glorias llamándole á nue-

vas y magnánimas empresas. La pérdida de Constantinopla en 1453 acababa de causar gran consternación en Occidente, y Ferrer, narrando en épicos versos este desastre, intenta despertar al rey adormecido en los brazos de su amiga Lucrecia, y le incita á emprender la reconquista de Constantinopla con estas palabras:

O triunfant, pus hugués bona sort
Rey d'Aragó, en pendre tal regisme,
con Napols, et Constantinople parhisme
si non y anats, havietsne gran tort,
car jamay fo príncep á esta terra
tan fort, potent, ni rey tan victoriós,
tant valent, prous de fama, gloriós
per tot lo mon, á mà dreta é esquerra.
O potent rey, en Fransa n'Englaterra
may fo rey vist de ciutat, castels,
ab forsa tal subjugués los rebels
rompent les hosts ab tota lur desferra.
Adonchs vullau, molt manifich senyor,
ab vostre stol de naus é de galeras
personalmente travessar las costeras
per adquirir premi gran ab honor.

Por un momento se creyó que D. Alfonso iba á acceder á los deseos del poeta catalán, que se hacía fiel y caluroso intérprete de los sentimientos de su época. Hiciéronse grandes preparativos y se dispusieron armamentos y huestes para ir contra los turcos; pero razones de política, que no son de este lugar, obligaron al conquistador de Nápoles á desistir de su proyecto, desvaneciéndose así todas las grandes esperanzas fundadas en aquella empresa.

En muchas otras obras de poetas catalanes se hallan frecuentes alusiones á D. Alfonso, loándole unos por sus glorias inmarcesibles, incitándole otros á más altas empresas, probando todos con esto la popularidad y el cariño que había sabido conquistarse aquel venturoso monarca.

Hallándose prisionero con él en Milán, después

del desastre de Ponza, Jordi de San Jordi le dice en su ya citada poesía:

Rey virtuós, mon senyor natural,
tots al present no'us fem altra demanda
mes que 'us recort que vostra sanch reyal
may defallí al qui fos de sa banda.

El célebre Ausias March, que jamás trató asuntos históricos, hace sólo una excepción en favor de D. Alfonso, en loa del cual dice en uno de sus cantos morales:

Pahor no sent que sobrelaus me venza
loant aquell qui totas lenguas loen,
tan son en ell las virtuts manifestes
que d'ira cech l'hom que be no las veja.
Per los mitjs va qui en los extrems no toca:
en temps dels Deus en vida l'adoraven.....

Leonardo de Sors habla de él en su poema alegórico, según queda dicho, y le ensalza como rey magnánimo, como varón sabio y virtuoso y como capitán ilustre.

Bernardo Miquel tiene una poesía titulada *En llaor del Rey*, cuyos primeros versos dicen así:

A Deu primer qui es causa causant,
tot comprenent é per sí incomprensible,
genolls fincats estich llahors donant
com ha format Rey tan inconnescible
sobrepujant tots los que son mortals,
de seny, saber, poder é valer tanta
é de virtuts que ditas son morals
que sols pensar l'enteneminent espanta.
Lo ceptre us veig en mà dreta portar,
en l'altre mà lo pom d'or que denota
lo mon subdit á vos peus contrestar
ab rahò gran, car virtut nos desnota
de vos un punt, avent las cardinals,
honor amant com honor amativa
segons descriu esser meyns principals
lo philosof é per vos les deriva.

Finalmente, Juan Fogassot, notario de Barcelona,

haciéndose intérprete y eco de los vivos deseos que tenían los catalanes de ver regresar á D. Alfonso á estas tierras, que parecía tener olvidadas, le dirige una poesía en la cual le invita á venir, llamándole

Rey virtuós, senyor de insigne terra.

Habla del contentamiento que ha de dar á todos con su llegada, y describe al vivo las ceremonias de recepción que se le han de hacer, entrando hasta en los detalles más minuciosos. Es una poesía que tiene verdadero color histórico, pues representa el sentimiento de Cataluña por la ausencia del rey, ya que, en efecto, D. Alfonso se olvidaba criminalmente de su esposa Doña María y de los intereses sagrados de la Corona de Aragón para no pensar en otra cosa que en ver deslizarse sus serenos y tranquilos días en los brazos de su amante Lucrecia, bajo el hermoso cielo de Nápoles y rodeado de su corte de sabios, poetas y cantores.

Dicho queda ya que el rey de Aragón no veía satisfecho su amor á las letras y á las ciencias con proteger á los más famosos ingenios de su época. Confundióse entre sus protegidos, tomando parte en sus discusiones académicas como orador, en sus certámenes como poeta, y aspiró al lauro de autor.

Se sabe que tradujo al castellano las *Epístolas* de Séneca, pero por desgracia esta traducción se perdió antes de que pudiera llegar hasta nosotros, habiendo sucedido lo propio con las poesías latinas que compuso y que fueron altamente encomiadas por sus contemporáneos.

En la genealogía de Marineo Sículo impresa en Zaragoza en el siglo XVI, se halla el siguiente dístico, compuesto por D. Alfonso para poner en el sepulcro de un criado suyo á quien estimaba mucho:

Qui fuit Alphonsi quondam pars maxima regis,
Gabriel hac modica nunc tumulatur humo.

Sólo nos queda de él un libro titulado *De castri stabilimento*, que escribió, al parecer, antes de perfeccionarse en la lengua latina, y algunas oraciones y epístolas recogidas por el Panormita y dadas á luz por Marineo Sículo, entre las cuales merecen privilegiada mención la oración dirigida á su hijo Fernando excitándole á llevar la guerra contra los florentinos, y la que dirigió á los príncipes de Italia manifestándoles su deseo de marchar contra los turcos.

Se ejercitaba de continuo en la lectura de los libros clásicos y también de las Sagradas Escrituras, y dícese que tenía memoria tan fiel y tan segura, que le era fácil recitar libros completos de la Biblia y páginas enteras de Tito Livio, sin olvidar una sola palabra.

Tuvo perfecto conocimiento de la historia universal, y particular afición á la romana y á la de España (1). Fué excelente matemático, como lo acreditó inventando el modo de pasar por las montañas casi inaccesibles las más gruesas máquinas de artillería (2), y se dice que era tan eminente en ciencia, que fué un problema discutido con ardor entre los autores italianos el de *si fué más agudo su ingenio que su espada* (3).

En sus estados de Nápoles se albergaron principalmente las musas expulsadas de Constantinopla por los turcos, y es ensalzado por su liberalidad con los sabios y los artistas.

Concurría como simple escolar á las escuelas teológicas, y argumentaba con suma claridad sobre los puntos más arduos del dogma, departiendo con los más reputados teólogos y filósofos y pronunciando notables é improvisados discursos. Tenía

(1) Panormita.
(2) Braulio Foz en sus *Anotaciones á Sas.*
(3) Bartolomé Fazzio.

en singular aprecio la historia, hallaba gran contentamiento en leer los oradores y poetas de la antigüedad, cuyos notables pasajes citaba oportunamente en sus discursos y conversaciones familiares, y mandó formar en lugar preferente de su palacio una selecta y numerosa biblioteca, dando autorización á todos sus embajadores para adquirir y remitirle á cualquier precio los libros que hallasen en los diversos puntos donde estaban establecidos.

Una de sus lecturas favoritas era el Tito Livio, y cuéntase que recibió como un señalado obsequio el donativo que los paduanos le hicieron de un brazo de aquel historiador célebre, algunos residuos de cuyo cuerpo pretende aún en el día conservar la ciudad de Padua, su país natal.

Otro hecho se cuenta aún para demostrar cuán agradado de Tito Livio estaba D. Alfonso. Refiérese que hallaba tal embeleso en su lectura, que agasajado un día por armonioso concierto de músicos instrumentos en ocasión en que ojeaba las páginas del famoso autor de las historias romanas, mandó callar á los músicos, no obstante reconocer su especial pericia y ser gran aficionado á este arte, porque, á su decir, más dulces y suaves armonías se hallaban en Tito Livio que en el mejor concierto.

Su afición y respeto á los poetas y autores latinos eran tales, que cuando con motivo de sus guerras se vió precisado á pasar á hierro y á fuego varias ciudades de Italia, respetó á Sulmona por haber sido patria de Ovidio, á Sermiona por haberlo sido de Catulo y á Mantua por haberlo sido de Virgilio (1).

(1) Recogí estos datos en el primer viaje que hice á Italia, hace ya algunos años. Hablan del hecho los *Guías* respectivos de dichas poblaciones con referencia á memorias y datos de sus propios archivos. Como otra noticia curiosa, recogida en mis viajes, y que aprovecho esta ocasión para dar, recuerden aquellos á quienes interese que en la iglesia de Santa Bárbara

Entre las obras que llevaba siempre consigo, en paz y en guerra, era una de las predilectas los *Comentarios* de César, no dejando pasar día sin que leyese ó se hiciese leer alguno de los más interesantes pasajes, siendo fama que su amada Lucrecia de Alanyó estudió el latín, en el cual hizo notables progresos, sólo para distraer al rey en sus momentos de ocio con la lectura de sus autores favoritos.

Un día le preguntaron que cómo podía llegar á ser el más pobre de los reyes, siendo como era el de más poder y el más grande.—«Perdiendo la instrucción», contestó repentinamente D. Alfonso.

Enfermo se hallaba cierta vez en su palacio de Capua, y los médicos no hallaban remedio oportuno para su pertinaz dolencia. Súpolo su maestro y amigo el Panormita, y diciendo que él conocía los remedios que podían devolver la salud al monarca, partió para Capua llevando por único botiquín una caja de libros, entre los cuales se hallaba el Quinto Curcio; y con tan singular placer, con tan ávida afición oyó D. Alfonso la lectura de las hazañas del héroe macedón, que, con asombro de los médicos, se halló aquel mismo día dispuesto á dejar la cama, recuperando por completo la salud en breves días con la prosecución de las lecturas.

La idea de poseer una grande y selecta biblioteca era en él tan dominante que, no sólo, como se ha dicho, encargó á sus embajadores la compra de cuantos libros y códices hallaran, sino que enviaba especialmente delegados á las cortes y señorías vecinas en busca de manuscritos y, en tiempo de guerra, al ir á emprender el asalto de una ciudad

---

del Castillo *Nuovo* de Nápoles hay una *Adoración de los magos*, primer cuadro pintado al óleo por Juan de Bruges, uno de cuyos magos es el retrato de D. Alfonso hecho por Zingaro, que restauró el lienzo.

ó fortaleza, daba á sus soldados la orden terminante de respetar en el saqueo todo libro que cayese en sus manos, ofreciendo premios y distinciones al que le presentase alguno.

Se refiere, como hecho singularísimo y acaso sin igual, que al regalo de un libro se debió en gran parte la terminación de una guerra que amenazaba ser sangrienta y desastrosa. En 1453 volvió D. Alfonso á desnudar su vencedora espada y marchó al frente de aguerrida hueste contra Florencia, cuya república sostenía los derechos de Renato de Anjou al trono de Nápoles. La sangre y el fuego iban á caer en mortífera lluvia sobre los mal aconsejados florentinos, cuando el rey de Aragón hubo de detenerse enfermo á orillas del Garellano, dando treguas por unos días á la campaña. Aprovecharon aquellos momentos los legados del Papa para ir predicando la paz entre los príncipes cristianos y llamar su atención hacia los peligros que corrían precisamente en aquel entonces sus hermanos de Oriente oprimidos por los turcos, y valióse también de aquella tregua el gran duque de Florencia, Cosme de Médicis, para enviar al conquistador de Nápoles una embajada, la cual le hizo regalo de un precioso códice de Tito Livio, autor favorito de D. Alfonso.

Según parece, los médicos del rey, temerosos de que aquel códice pudiese estar envenenado, le instaron vivamente para que no le admitiese; pero lejos de prestarse D. Alfonso á sus instancias, aceptó el libro que con avidez se puso á hojear en seguida, prendado de su belleza y magnificencia, y entró inmediatamente en tratos de paz con los embajadores de Cosme de Médicis.

Otra circunstancia, digna de comento, hay que notar con motivo de esta embajada.

Eran los representantes de Cosme de Médicis dos sabios é ilustres varones, Naldo Naldi y Gia-

nozzo Manetti, famosos ambos en la república de las letras y de las ciencias, y celebrado particularmente el segundo como uno de los mejores oradores de aquel tiempo. Recibióles el rey con especial deferencia, ansioso sobre todo de oir á Manetti, de quien tanto y con tanto aplauso hablaba la fama, y en efecto, no era ésta falaz, pues tan prendado quedó el monarca aragonés de su elocuencia desde sus primeras palabras y tan profunda fué la atención con que oyó su discurso que, al decir del Panormita, *ni siquiera levantó la mano para espantar una mosca que le había clavado en la nariz su aguijón impertinente*. La elocuencia de Manetti por un lado, y el regalo del códice de Tito Livio por otro, hicieron lo que una serie de crueles campañas no hubieran conseguido. Templó Alfonso su cólera, entró en tratos de paz con los florentinos, cuyo exterminio había jurado, y se volvió á Nápoles, haciendo hidalgas proposiciones á Manetti para conseguir que fuese á ser brillante ornamento de la corte napolitana.

Así era como D. Alfonso protegía á los varones esclarecidos de su tiempo, conociendo que nada honra tanto á un monarca como el apoyo que presta á los amantes de las letras, de las artes y de las ciencias: y no sólo á éstos protegía con especial cuidado, colmándoles de honores y distinciones, señalándoles pingües pensiones para poder vivir holgadamente y entregarse sin preocupación á sus tareas importantes, sino que á todo alcanzaba su regia munificencia, costeando los estudios á aquellos jóvenes que, dotados de verdadero ingenio, pero desprovistos de bienes de fortuna, anunciaban desde edad temprana su afición ó su deseo de seguir las huellas de los preclaros talentos que eran luz radiante y gloria inmortal de la alfonsina corte.

Se citan de este rey anécdotas y rasgos notables.

Los tiene en efecto señaladísimos, y voy á presentar en conjunto, recogidos y extractados de varias obras, los que han llegado á mi noticia.

Dícese que en Nápoles llegó á ser tan popular, que tenía por costumbre pasear á pie y sin séquito por las calles de la capital. Le advirtieron que esto era exponerse mucho, y contestó:—¿Qué riesgo puede correr el padre que se pasea entre sus hijos?

Un día, á consecuencia de un gran temporal, naufragaba en el puerto de Nápoles una galera cargada de soldados y marineros. Mandó el rey que fuesen á socorrerlos, pero observando que el peligro impedía que se pusiesen en inmediata ejecución sus órdenes, bajó al muelle y se entró en una barca para tener parte en la gloria de aquel socorro, contestando á cuantos le hacían notar el peligro á que se exponía:—Quiero ser más bien compañero que espectador de su muerte.

Acababa una vez de entregarle su tesorero una suma de diez mil ducados, cuando un oficial que se hallaba presente dijo á otro en voz baja:—Con esta suma labraría yo la felicidad de mi familia.—Pues nada más fácil que ello,—dijo D. Alfonso, á cuyos oídos habían llegado aquellas palabras. Y mandó entregársela en el acto.

Se ha escrito un libro sólo con las frases felices y máximas que se le atribuyen. Entre ellas hay las siguientes:

«Para que viva en paz un matrimonio, es preciso que el marido esté sordo y ciega la mujer.

»Los reyes deben ser sabios y amar á los sabios.

»Antes prefiriera perder todos mis reinos, que las pocas letras que poseo.

»El rey que, sin criterio y juicio propio, no ve más que por los ojos de sus ministros, vive solo en medio de afrentas y angustias.»

Tenía por divisa: *Pro lege et grege.*

Cuéntanse también grandes rasgos de su libera-

lidad. Cuando el emperador Federico III, por los años de 1452, fué á visitar en Nápoles á D. Alfonso, éste le obsequió con grandes fiestas y entre ellas con una cacería nocturna á la luz de las antorchas, orillas del lago de Agnano, de la cual dice M. de Sismondi que fué una fiesta de hadas. En aquella ocasión, Alfonso mandó á todos los tenderos y mercaderes de Nápoles que diesen gratis cuanto pidiesen los alemanes que iban con el emperador Federico, y luego pagó de su bolsillo todas las cuentas que le presentaron los mercaderes.

No estuvo, sin embargo, este rey exento de vicios y defectos, y ya en mi *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, con datos y documentos procuré demostrar que, en medio de merecer muchos elogios, pues fué realmente un monarca de altas dotes y cualidades, hay que tomar, sin embargo, bajo partida de inventario, algo de lo que de él dicen sus encomiásticos panegiristas. Pero no es de semejante lugar el discurrir sobre este punto, ya que sólo hay que hablar en estos estudios de D. Alfonso como hombre de letras y como protector de los talentos de su época, dando á conocer aquí ciertos hechos y detalles históricos que por demasiado municiosos no pudieron tener cabida en la obra á la cual me he referido.

Un monarca que supo hacer súbditas suyas á la gloria y á la fortuna, y proteger de la manera eficaz que se acaba de ver á los ingenios de su tiempo, debía ser tan ardientemente ensalzado en vida como dolorosamente llorado en muerte. Varias son las composiciones poéticas que se escribieron para lamentar su pérdida, y de ellas afortunadamente se conservan algunas muy notables distribuídas entre los varios cancioneros, guardados hoy como joyas de gran valía en los archivos y bibliotecas.

El poeta Fernando Felipe de Escobar dedicó una composición á Enrique IV de Castilla, dándole

noticia de la muerte de su tío el rey D. Alfonso. En ella le decía con exhuberante lujo de hipérboles:

Leon castillígero, quema funerales;
exequias fas pias con muy larga cera;
onora los polvos de Alfonso reales,
tu tio, en Ausonia difunto guerrera.
D'aquel fué su lanza en esquadra primera,
Cupido entre nimphas, aquel fué señor,
fanálicas flamas, vulcanio esplendor,
candores dencéreos que esponga fumera.

Pero entre todas las poesías dedicadas á la muerte del amante de la bella Lucrecia, ninguna tan notable, por lo original, como la escrita por el poeta castellano Diego del Castillo, y que tiene la forma de un poema.

El poeta se finge llevado á orilla del mar á hora en que

había recogido sus crines doradas
Apolo, fasciendo lugar á Diana.

De pronto se obscurece el cielo, braman con furia los vientos y se encrespan furiosas las olas, apareciendo por encima de ellas, visiones pavorosas, Laquesis y Antropos, la primera hilando tranquilamente con el huso y la segunda cortando despiadadamente los hilos de la vida de los mortales con unos *espantables cochillos*. Al llegar á la orilla, Antropos,

Alçando sus gritos con voz miserable,
comiença feroçe tal triste pregon.

En este pregón reprende ásperamente á los humanos; les acusa de insensatez y locura, les recuerda la ley á que están sujetos, manifestándoles que ni el poder, ni la riqueza, ni los hombres, ni la felicidad bastarán á librarles de la ley común á

todos, y en seguida, fijándose en el rey D. Alfonso, se dirige á él y le dice:

De ser muy humano te congloriavas
creyendo que fueses por eso inmortal,
del grand Julio Cesar, guerrero Anibal,
del Rey Alixandre loar te preciavas,
á todos gentíos tu fama cantavas,
por tal que tu nombre non fuese callado;
restaras por cierto mejor consejado
sy parte me dieras de quanto pensavas.
. . . .
¿Qué te aprovecha sy fuese tenido
nombrado por uno de tres en grandeza?
ca non te delibra tu mucha riqueza
nin la presunción de muy entendido.
. . . .
O Rey poderoso, tu grand discresion,
tu seso mundano, las tus vanas glorias,
los tus hedifiçios, tus grandes estorias,
tu vida ponposa, tu grand presunçion,
tu sublime nombre de Rey d' Aragon,
tus grandes armadas, tu dura porfidia,
tu rica Secilla, el regno de Ungría,
tus muchos tributos é grand mostraçion.
La tu deleytosa é noble Valencia
tu fértil Cerdeña, tu gentil Mallorca,
la Córcega sana, tu chica Menorca,
la tu Cataluña con grande potencia,
tu Iherusalem de tal excelencia,
el tu Rosellon, la tu grand Athenas,
la tu Neopatria é tierras tan buenas,
¿por qué non te prestan salut nin clemencia?
¿Qué es de tu vida, tu tiempo pasado?
¿A do son tus fiestas, tus galas y ponpa?
Verás que te llama la mi fiera tronpa;
rinde las armas pues eres forçado.
¡O Rey preheminente, señor tan loado,
que tus exçelençias é ánimo fuerte
librar non te pueden agora de muerte
nin darte consejo de ser reparado!

Antropos prosigue expresándose en este sentido y tono, y llama á los criados y servidores del rey para que de él se despidan. Los criados prorrum-

pen en quejas y lamentos y se les oye exclamar en medio de congojoso llanto:

Siempre tu vida nos fué proteccion
ó buen rey Alfonso, salud é reparo,
siempre nos fuiste un rey muy preclaro
magnífico, grande, de gran coraçon.
. . . .
Tu vista nos era salut y conorte,
de nuestro destierro un muy grand abrigo
tu solo nos eras, señor, buen amigo,
padre é caudillo de nuestro deporte.
¿A dónde seremos tan bien resçibidos
y quién nos dará tan sano consejo?
¿A dónde podremos fallar un tal viejo
rey más humano que vieron nasçidos?
Iremos agora ya muy desparçidos
por tierras ajenas con mucho dolor.
Seremos ovejas que van sin pastor
á manos de lobos sin duelo comidos.
. . . .
¡Agora non puedes nin tienes tal vado
que tu lengua baste á darnos consuelo!
Lloremos ¡cuitados! fagamos gran duelo,
que buen rey perdemos por nuestro pecado.

Aparece en seguida la reina Doña María, y se entrega á grandes excesos de dolor y llanto, y en nombre de lo más caro suplica á Antropos que suspenda la sentencia y que la mate á ella en vez de D. Alfonso, de quien todavía puede esperar mucho la patria. *Faslo, ¡ó muerte!* dice Doña María:

Faslo ya, muerte, non seas estraña,
da fin á mis males con este remedio;
á ti sola quiero que seas el medio,
por tal que non vea de gloria tamaña
jamás apartada la noble de España,
nin viuda se llame de tal capitan.
Faslo; non dubdes que siempre darán
de ti, si lo faces, loable fasaña.

Pero Antropos se revuelve indignada y contesta

con fiereza que jamás los humanos lograron ablandarla, ni nunca los llantos ni las protestas detuvieron su saña, añadiendo:

Mi gran poderío la tal condición
que nunca perdona al que es condepnado.
Do llega mi furia, non cura de estado,
de ricos triunfos nin gran señoría;
á todos los pasos por una igual via,
de mí non se falla ningun perdonado.

La composición termina con la muerte de Don Alfonso, á quien la implacable Parca no quiere conceder un minuto más de vida, y con los siguientes lamentos del poeta, que se dirige ya al frío cadáver del monarca:

¡O noble rey digno de ser memorado!
¡O príncipe grande, ilustre monarca
que contra fortuna tan firme tu barca
registe, sin miedo de ser trabucado!
Los grandes señores que tú has criado,
duques, marqueses, condes, barones,
privados é siervos de tantas naciones
¿dó son que te dejan estar olvidado?
Agora tus caças, las tus embaxadas
tus grandes combites, las tus monterías,
tus muchas labranças, las tus maserías,
tu rico tinel, tus joyas preçiadas,
tu grande capilla, reliquias guardadas,
las tus draperías, los tus ornamentos,
tus dulçes cantores, los tus estrumentos,
por çierto son cosas de ser bien lloradas.
Será tu castillo de nuevo nombrado,
será tu memoria jamás decaida,
será la tu fama por siempre creçida,
yrá por el mundo tu ser más loado.
Pues tu solo fuiste tan digno fallado
que en ti paresçiese un rey tanto grande,
razon es por cierto que gloria demande
tu muy rico nombre sin ser olvidado.

No es de extrañar que con tanto dolor y senti-

miento pulsasen sus liras los poetas para cantar á D. Alfonso en muerte como le habían cantado en vida. El monarca que hasta tal punto había sabido hacerse amar, el que tantas glorias y triunfos contaba, el que con tan hidalga protección reservaba en su corte un privilegiado puesto para los hombres ilustres, el que había sabido dar muestras de gran político y de gran capitán, honda huella de dolor debía dejar forzosamente á su muerte. Pero si el mortal efímero había de perecer para dar cumplimiento á la inmutable ley divina, su nombre, transmitido de una en otra generación, irá viviendo de siglo en siglo para gloria eterna. Ya el poeta Castillo lo predijo así, poniendo en uno de los pasajes de la anterior poesía y en boca de la implacable Antropos, apostrofando al rey:

Caerá la memoria de tal nombradía,
mas no la tu fama de ser renombrada
disperso con ella de aquesta vegada.
Ya pues que toviste la gran señoría,
que siempre se vea vivir todavía
por tal que silencio non mate su gloria;
non tema la muerte tu noble victoria
que vida te damos de rica valía.

CASTILLA Y ARAGÓN

EN EL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

CONFERENCIA DADA

EN EL ATENEO DE MADRID, LA NOCHE DEL 14 DE MARZO DE 1892

¿No es verdad, señores míos muy distinguidos, los que me dispensáis la merced de asistir á esta conferencia, no es verdad que hay algo que puede parecer singular, y también misterioso, y también providencial, en la unión de Aragón y de Castilla y, por consiguiente, en la incorporación de estos reinos y fundación del de España, si se atiende á que los llamados á realizar esta grande obra fueron dos monarcas cuyo origen debe considerarse como ilegítimo por los partidarios del derecho divino, por los mantenedores del clasicismo litúrgico y de la tradición ortodoxa?

Porque, en efecto, es cosa singular. Si antes no se hizo esta observación, paréceme llegado el momento de hacerla y de pedir que fijen en ello su atención los creyentes, los pensadores, y los filósofos.

A mediados del siglo xv Castilla andaba revuelta en turbaciones; Navarra era teatro de sangrientas lides; imperaba aún en Granada la dominación del árabe, y era arena quemante de ardidosas luchas la corona de Aragón (que no ciertamente la coronilla, como en són de menosprecio intentó decirse), á saber: Aragón, Cataluña, Valencia, las Baleares, el Rosellón, y todas las tierras en que, allende el mar, tremolaba el pendón de las rojas barras. En todas partes reinaba la discordia, todo parecía desquiciarse y hundirse, todo disgregarse y hacerse trozos.

Fué entonces cuando aparecieron las dos grandes figuras de Fernando II de Aragón y de Isabel I de Castilla.

¿De dónde arrancaba la legitimidad de D. Fernando como Rey de Aragón? Del Parlamento de Caspe, de la soberanía nacional. Nueve hombres, ninguno por cierto militar ni noble, erigidos en tribunal por el voto de los pueblos congregados en Cortes, dieron la corona de Aragón á Fernando de Castilla, *el de Antequera*, despojando de ella al Conde de Urgel, á quien por derecho de legitimidad pertenecía. Por derecho, pues, de soberanía nacional, ocupó el trono de Aragón Fernando I, y así pasó luego á sus hijos: Alfonso V el conquistador de Nápoles; más tarde al hermano de éste, Juan II; y, por fin, al hijo de éste y nieto de aquél, Fernando II, apellidado por la posteridad *el Católico*.

¿De dónde dimanaba la legitimidad de Isabel? De una asamblea revolucionaria que bien pudo ser de soberanía nacional y así llamarse, dadas las cosas que ocurrían á la sazón en Castilla. Varios caballeros y prelados, erigiéndose en representantes del pueblo castellano, se impusieron al voltario monarca que ocupaba entonces el trono de Castilla, y despojando de la corona á D.ª Juana, hija del Rey, llamada á poseerla por derecho de legitimidad, se la adjudicaron á D.ª Isabel. Fué éste el tratado, proclamación y jura de Toros de Guisando.

Lo que nunca alcanzaron los reyes legítimos de derecho divino, estaban llamados á conseguirlo los reyes de origen popular.

En efecto: aquellas dos ilegitimidades, en buen hora creadas por un acto irreflexivo de los pueblos, fueron destinadas á realizar la unidad de España, considerada como un delirio y como un absurdo por los pensadores de la época, profetizada, sin embargo, en el siglo XIII por un poeta de Provenza llamado Pedro Vidal *el Loco*, quien dijo en una de sus poesías que España no sería grande hasta que fuese una.

La unidad de los pueblos españoles se hizo, pues, por voluntad de reyes cuyo derecho y soberanía dimanaban del pueblo.

¡Benditas sean en la Historia esas ilegitimidades! Quizá sin ellas España no hubiera sido creada á la muerte del padre de Fernando, ni hallada América por ella, ni por ella conquistada Granada, ni concluída la era borrascosa de la Edad Media para comenzar la época moderna, ni realizado aquel grandioso renacimiento español, libre de gentilismo, y por lo tanto más original y progresivo que el italiano.

Porque es así, señores. La unidad de España, la conquista de Granada, el descubrimiento de América, la terminación de la destruyente Edad Media, la elevación del Estado á la ley y á la moralidad social, son los grandes éxitos que harán para siempre memorable y eterno el reinado de aquellos dos monarcas, unidos durante su vida en los campos de batalla y en los cónclaves políticos, unidos después de su muerte, por su propia voluntad, bajo los mármoles de la capilla real de Granada, y á quienes, sin embargo, la posteridad de hoy pretende desunir inconsideradamente al elevar monumentos estatuarios donde sólo uno de ellos aparece, sin recordar, señores, que con el primer oro llegado de América y en honra de la parte que Aragón tomó en el descubrimiento, se grabaron en los frisos de un palacio árabe aquellas memorables palabras de *Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando*.

Pero no vine hoy aquí, ni subí á esta cátedra, donde me hallo tan pequeño y tan menguado ante las altas personalidades que la ennoblecieron; no vine hoy aquí, repito, para únicamente ocuparme de la parte que pudo tomar Aragón en el descubrimiento de América. Otro objeto me propongo también, y otra misión voy á cumplir.

Corría aún el año 1479 cuando falleció el Rey de Aragón D. Juan II, entrando á sucederle su hijo D. Fernando, casado ya con D.ª Isabel de Castilla. Pudo entonces creerse que Aragón y Castilla se habían unido, y así en efecto aparece, y de esta fecha se parte, y partirse debe, en la Historia; pero la unión, sólo de nombre quedó hecha por el pronto, pues los catalanes se quejaban, no sin razón, de que la *pubilla* debía ir á casa del *hereu*, en lugar de irse el *hereu* á casa de la *pubilla*, contra costumbre, conveniencia y ley. Faltaba que viniera un suceso á unir intereses, crear necesidades comunes, consagrar y solidar provechos, utilidades, aspiraciones y glorias de todos.

Durante el período que transcurrió desde 1479, es decir, desde que terminó la guerra de sucesión en Castilla, quedando asegurados en el trono don Fernando y D.ª Isabel, hasta 1482, ocupáronse ambos monarcas en pacificar el reino, allegar voluntades, abatir soberbias, domar rebeldías, enaltecer la justicia, realizar, en una palabra, una verdadera transformación moral. Es uno de los períodos más bellos y esplendentes de aquel reinado. Sólo en el fondo del cuadro, alumbrados por luces siniestras, se dibujan los perfiles de la Inquisición que á duras penas pudo establecerse en estos reinos, protestada por la criminal catástrofe de Pedro de Arbués en Zaragoza y por las enérgicas reclamaciones de los concelleres barceloneses.

Por fortuna, las sombras de la Inquisición se desvanecieron ante los esplendores de la lucha con el árabe, épicamente inaugurada por la conquista de Alhama.

Vino en seguida toda aquella epopeya de las guerras de Granada, toda aquella maravilla de combates y algaradas, y lances, y cañas, y torneos, y leyendas, y derrotas, y victorias, que contribuyeron grandemente á aumentar las páginas y belle-

zas de esa otra maravilla que llamamos nuestro Romancero, una de las primeras del mundo en el terreno literario.

Porque es así, y permitidme, señores, que lo diga. Mientras aliente y viva esta bendita tierra española que Dios nos concedió para nuestra cuna y nuestra tumba sombreadas por los pliegues de nuestra iridiscente bandera, así en las tortuosas calles de la romántica Toledo, como en la encrucijada de columnas orientales de la mezquita cordobesa; así bajo las naves sombrías de la catedral de Burgos, como en las rientes valles que se extienden á la falda del Moncayo; así en las alterosas cumbres del Monserrat, como en las hondonadas donde se refugiaron los independientes, como también entre las sombras y misterios de la cueva sagrada de Covadonga; así en las sierras del cántabro valeroso, como entre los arreboles de luz meridional con que se esmaltan las islas Floridas y las costas azules del Mediterráneo; por todas partes, de todas y en todas, en las brisas que plañen al introducirse por las frondas, en las palabras que á nuestros oídos murmura la mujer amada, en las borrosas escrituras que empolvadas yacen en nuestros archivos, en las melancólicas trovas que al tañer de su vihuela canta el enamorado; por las alturas de nuestra cimas, por las llanadas de nuestros mares, desprendiéndose de los ecos de nuestras ruinas, brotando de entre los mismos labios de piedra de las estatuas yacentes ó arrodilladas bajo los arcos bizantinos de nuestras viejas abadías; de todas, en todas, por todas partes, oiréis resonar las frases y los versos de nuestro admirable Romancero, que será siempre, por los siglos de los siglos, nuestra verdadera *Ilíada*, matelotaje de espíritus cultos y breviario de estudiosos en académicas aulas.

El día 2 de enero de 1492 Granada se eclipsó, como dicen los árabes. El estandarte de los Reyes Católicos, izado en la torre más altiva de la Alhambra, anunció al mundo que había terminado aquella lucha homérica de siete siglos y que Granada había cambiado de señores.

Como si la Providencia quisiera que, aparejado con la unión bendita de España y con la conquista inmortal de Granada, viniera otro suceso más grande todavía; como si la Providencia quisiera coronar el estrépito de aquellos triunfos con más hazañosos estrépitos aún, permitió que, confundido con la marcial milicia y multitud palatina que acompañaba á los Reyes, entrara en Granada un desconocido en quien nadie apenas fijaba la mirada, como no fuera para seguirle con ojos de compasión y de lástima, y cuyo nombre debía, sin embargo, retumbar bien pronto por el mundo con tanta resonancia y estruendo, que más vivirá que mármoles y bronces y más ha de prolongarse que el eco de las grandes batallas y de los grandes éxitos.

¿Quién era Cristóbal Colón? ¿Era un loco? ¿Era un sabio? ¿Era un aventurero? ¿Era un profeta? ¿Era un visionario? ¿Era un iluminado? ¿Era un mendigo? ¿Era un rey disfrazado, como aquellos de las leyendas de hadas, que, al arrojar su disfraz, aparecen de repente con manto y diadema, sembrando y repartiendo perlas, oro, diamantes, riquezas y tesoros?

¿Era un sabidor de ciencias ocultas, nigromante de artes maleficiosas, que venía á seducir incautos con pretexto de enseñar un camino á traves de los mares para llegar á los antípodas, ó era, por lo contrario, un mensajero de Dios, á usanza de aquel mísero pastor, convertido en ángel por las leyendas, que enseñó al rey de Castilla el paso del monte para caer sobre los moros y ganar la batalla de las Navas?

¿Era ni siquiera un extranjero?

Ni esto, ni esto se ha podido averiguar con certeza, pues que si resultaran verdad los documentos ofrecidos á la crítica por el capellán Casanova, Cristóbal Colón hubiera nacido en dominios españoles, custodiados por el pendón de las rojas barras catalanas.

De tal manera, señores, se apoderó de Cristóbal Colón la leyenda.

Y en verdad que nada hay en esto de extraño y que no sea perfectamente natural.

La leyenda fué siempre en compañía de todo lo grande y extraordinario, de todo lo que se eleva sobre lo vulgar, y no hay ni pasó jamás cosa extraordinaria en el mundo que no tenga su leyenda, desde las teogonías paganas con sus dioses olímpicos, hasta las liturgias cristianas con los santos de nuestro cielo. Los naturalistas de la historia y los naturalistas de la literatura que desconozcan esto, no están ni en la realidad, ni en la naturalidad, ni en la naturaleza de las cosas.

Pero, en fin, prescindamos, puesto que así se quiere y ésta es hoy la corriente, prescindamos de toda leyenda. Vayamos sólo á hacer constar lo que se deduce de estudios ya comprobados y verificados, que todos aceptan y constan en documentos que no leeré para evitar molestias, pero que se publicarán en su día, y que ya por de pronto, desde este momento, están á disposición de quien examinarlos quiera, para justificar lo que voy á decir.

Vamos á partir de dos hechos.

El primero es el de la llegada de Cristóbal Colón á Castilla, solo, sin relación ninguna. Llegó sin amigos, y no tardó en tenerlos; muchos, poderosos é influyentes. Y cuenta, señores, que estos amigos fueron la base del engrandecimiento de Colón, y que á ellos se debió principalmente, como vamos á ver, que la empresa se realizara.

El otro hecho de que hay que partir es el del inquebrantable empeño que puso Colón en pactar personalmente con los Reyes, y su resolución firmísima de no ceder en una sola línea por nada ni por nadie. Hablaba de aquellas tierras que debían descubrirse, como si estuvieran ya descubiertas, como si las tuviera á la vista: tal era su fe, tan cierto iba de descubrir lo que descubrió y hallar lo que halló, como si dentro de una cámara y bajo llave lo tuviera.

No admitía duda acerca de ello. Iba á lo conocido, á lo que sabía ser real y efectivo. Pedía, exigía, imponía el título de Almirante vinculado en su familia, el cargo de virrey, la participación en lo que se encontrara, como si no le cupiera duda de ninguna clase, seguro de que la tierra estaba allí, al otro lado del mar, esperándole. En vano los teólogos, en vano los sabios y letrados de la época le decían que era imposible, que era un sueño, una alucinación, un delirio, y que no había más tierra que la de este viejo mundo, y que otro no existía. Colón se encogía de hombros, cuando no quería ó no acertaba á contestar, diciendo: «Y sin embargo, existe». Lo mismo, lo mismo, lo mismo que Galileo: *E pur, si muove*.

Dejamos ya dicho que Cristóbal Colón llegó á Córdoba, corte entonces de los Reyes Católicos, completamente desconocido. Era un hombre á quien casi había razón en tomar por iluminado ó demente, pues que se presentaba á pedir buenamente á los Reyes un cuento ó dos de maravedís, no en verdad para comer y gozar de ellos, que esto al fin y al cabo se hubiera comprendido y explicado, sino para emplearlos en comprar y aparejar bajeles con que partir al descubrimiento de tierras desconocidas y..... de otro mundo.

Es preciso hacerse bien cargo de lo que era aquella sociedad y del estado de la ciencia en ella,

para que pueda comprenderse todo lo que de absurdo y de monstruoso habían de encontrar las gentes en aquel propósito.

Algunos curiosos tenían noticia de que allá, en tiempo de los romanos, había existido un poeta llamado Séneca, el cual, en su tragedia *Medea*, y en son de profecía, había dicho que «andando los años y los siglos el Océano abriría paso á un navegante que descubriría nuevos mundos.» (*Venient annis, sæcula seris quibus Occeanus*, etc.)

También quizá la tenían algunos de que en tiempos más modernos, otro poeta á quien llamaban el Dante, tomando el mundo por una rueda, había sentado la posibilidad de que hubiese hombres al rededor del globo, admitiendo la existencia de la gravedad del mundo.

Se hablaba asimismo de otro poeta conocido por el Petrarca, de quien se citaba la frase (atribuída luego á Pulci) de que el sol, «al desaparecer todos los días, iba á alumbrar otros países que esperaban su regreso».

Se citaban, por fin, pasajes latinos, párrafos confusos y textos singulares de sabios, de cosmógrafos y hasta de Santos Padres, adecuados al caso, y se platicaba sobre novelescos viajes de ciertos aventureros, de quienes se decía que encontraron tierras desconocidas más allá de las mares; pero lo de los poetas se tenía por fábulas y sueños de fantasías exaltadas, lo de los textos por erudición y gala, y lo de los viajes por cuentos y novelas destinados á entretener y matar el tiempo.

A todo esto y á todos ellos se refería Colón en sus discursos, como varón erudito é ilustrado; pero, por desgracia, su ciencia y sus conocimientos, más que para darle crédito, servían para que se sospechara de él; que así fué siempre el mundo, más inclinado á dudar del sabio que del ignorante y más dispuesto á favorecer al osado que al humilde.

No es, pues, de extrañar que nadie le hiciera caso al principio. Todos se mofaban de él y hasta le afrentaban, según refieren escritos del tiempo. Sólo una persona le hizo caso, tomándole por cuerdo cuando todos le tenían por loco. Era una mujer, que se llamaba Beatriz, como la amada del Dante.

Y por cierto que si pudiera profundizarse en estos amores, envueltos en el misterio y en las tinieblas, tal vez se hallara en ellos el secreto y la clave del empeño de Colón en no salir de España, á pesar de tantas luchas como tuvo que sostener y tantas contrariedades que sufrir. Es muy posible que á Beatriz debiera la confirmación de la fe en sus videncias y la porfía del ahinco en sus empresas..... Pero, pasemos; que esto sería ya invadir el terreno de la leyenda.

Llegó un día en que Colón encontró un poderosísimo protector en el cardenal González de Mendoza. Este influyente personaje, á quien no en vano llama la Historia el tercer rey de España, le amparó y protegió en sus proyectos, siendo realmente el primero que los alzó á conocimiento de los Reyes. Éste es también el personaje mismo á quien más tarde se encuentra en la ingente Barcelona, honrando, obsequiando y sentando á su mesa á Colón, triunfante y de regreso de su viaje, lo mismo que hizo en Córdoba antes del descubrimiento y en la época del infortunio.

Otros vinieron en pos del cardenal Mendoza, contribuyendo todos juntos á llevar la convicción al ánimo de los Reyes. Fueron, principalmente, Fr. Diego de Deza, maestro del príncipe D. Juan, y más tarde Arzobispo de Sevilla; la Marquesa de Moya, camarera de la Reina, aquella de quien yo me atrevería á decir, conociendo su historia, que tenía alma de varón en cuerpo de mujer; D.ª Juana de la Torre, ama que fué del príncipe D. Juan; Fr. Juan Pérez, Guardián de la Rábida; Alonso de

Quintanilla, contador mayor de Castilla, y el Duque de Medinaceli, que, como luego veremos, hasta pretendió realizar la empresa por su cuenta.

Esta reunión de personajes protectores de Colón, todos de nación castellana y castellanos todos, formaba (permitidme decirlo así para más claridad de la deducción que he de exponer) el grupo representante de la corona de Castilla junto á la reina D.ª Isabel.

Pero no eran solos. De acuerdo con ellos, y con ellos confundidos, había otros protectores de Colón, de nacionalidad aragonesa, representando, digámoslo así, á la corona de Aragón, y formando otro grupo que influía principalmente cerca del rey don Fernando.

Eran éstos Juan Cabrero, camarero del Rey.....

Y aquí he de decir, interrumpiendo el orden, por si luego no hallaba ocasión propicia de consignarlo, que en carta de Cristóbal Colón, escrita de su mano, y que da fe y testimonio de haberla visto y leído el obispo Fr. Bartolomé de las Casas, se dijo que el citado maestro del Príncipe, Fr. Diego de Deza, y este Juan Cabrero, *habían sido causa que los Reyes tuviesen las Indias*. De ello, en efecto, se gloriaban ambos, y Colón lo confirmó. También. con respecto á Cabrero, hay la circunstancia de que el mismo D. Fernando dijo en una ocasión: *A Cabrero se debe el que tengamos las Indias*.

Ibamos diciendo que el grupo de aragoneses protectores de Colón junto á D. Fernando, lo formaban el camarero del Monarca, Juan Cabrero; Luis de Santángel, escribano de raciones, que privaba grandemente en el ánimo del Rey; Juan de Coloma, secretario del Rey, y el mismo á quien más tarde se confirió el honor de entenderse con Cristóbal Colón para redactar las capitulaciones de Santa Fe, que tuvo la insigne gloria de firmar como secretario de los Reyes; el vicecanciller Alonso

de la Caballería, que fué jurado *en cap* de la ilustre Zaragoza, y el tesorero Gabriel Sánchez, que hubo de tomar una parte muy principal en las negociaciones, y á quien Cristóbal Colón debió quedar grandemente obligado, pues que al regreso de su primer viaje, y aun antes que á los Reyes, ó al mismo tiempo al menos, dirigió aquella célebre é histórica carta, de todo el mundo conocida, explicando lo que había visto y hallado.

Estos eran los personajes de nacionalidad aragonesa que estaban más cerca del Rey y con él privaban; y todos fueron partidarios de Colón.

Lo que en estos primeros amigos de Colón se nota, así castellanos como aragoneses, es su gran desinterés y su amor, antes que á los proyectos mismos, á la patria y á los Reyes. No encuentro que ninguno de ellos tratara de utilizar la empresa para su medro, como otros intentaron hacer más tarde. Los protectores de Colón no tuvieron más que una mira patriótica: la gloria de los Reyes, el triunfo de la cruz y el engrandecimiento de la patria. Ninguno entra en pactos con él, ninguno le pone condiciones, todos le apoyan desinteresadamente; y cuando el Duque de Medinaceli, el castellano, prepara la armada, no pide nada en cambio; y cuando Santángel, el aragonés, se dirige á la Reina, como vamos á ver, no hay en su discurso una sola palabra ni un solo pensamiento que no sean en honor y en gloria de la patria y de sus Reyes.

Y aquí, aquí, antes del descubrimiento, en su génesis, es donde hay que ir á buscar la grandeza y la idea generadora é inspirada; no después del descubrimiento, cuando ya reinan las miserables codicias y las envidias infames.

Fracasó Colón en sus primeras negociaciones.

Padeció repulsas, trabajos y disfavores. No comprendieron la empresa que les presentaba, ni la materia que se les proponía, aquellos á quienes los Reyes sometieron la información.

Colón fué desahuciado oficialmente, pero Santángel, el privado del Rey, y también Gabriel Sánchez, siguieron manteniendo con él frecuentes relaciones, dándole esperanzas de que las cosas cambiarían en cuanto se tomase á Granada; y mientras tanto, el Duque de Medinaceli, esperando contar con la aprobación de los Reyes, que reclamó á su tiempo, comenzó magnífica y liberalmente sus gastos y preparativos para construir buques y disponer la expedición.

Todo induce á creer que ésta se hubiera llevado á cabo por el Duque, si una carta de la Reina Doña Isabel no hubiese ido á detener aquel patriótico arranque.

Ya en esto iba al cabo la guerra de Granada, y la Reina mandó escribir al Duque por Quintanilla, diciéndole que «se holgase él de que ella misma fuese la que guiase aquella demanda, porque su voluntad era mandar con eficacia entender en ella, y de su cámara real se proveyese para semejante expedición las necesarias expensas, porque tal empresa como aquella no era sino para reyes».

Mientras que por encargo de D.ª Isabel se advertía esto al Duque de Medinaceli, Santángel, por encargo del Rey, decía á Colón que regresara á la corte.

Y se entró en Granada; y no bien la cruz del Salvador y el estandarte de los Reyes aparecieron en el Alhambra y en su torre de la Vela, cuando comenzaron de nuevo los tratos y negociaciones con Cristóbal Colón.

¡Qué interés, qué grande y qué supremo interés no debían tener los Reyes Católicos en la empresa,

y los amigos de Colón en que estos Monarcas la realizaran, cuando, fresca todavía la tinta del dictamen contrario al proyecto, no bien domada la ciudad, vivas aún todas las pasiones de la guerra, inseguro el dominio, respirando todavía una atmósfera de fuego y pisando un terreno que ardía bajo las plantas, se decidieron, sin embargo, los Reyes á prescindir de las preocupaciones y agobios de aquellos instantes supremos para entablar nuevas negociaciones y nuevos tratos!

Con empeño volvieron á gestionar los protectores de Colón, aragoneses por un lado, castellanos por otro, trabajando todos de acuerdo, no en favor de Aragón ni de Castilla, sino en pro de la patria común, nótese bien, sin que nadie sacara á plaza el argumento de las utilidades, de los provechos, del oro y de las riquezas, sino de acuerdo todos con Luis de Santángel en la conveniencia de emprender aquella aventura *para servicio de Dios, triunfo de la fe, engrandecimiento de la patria y gloria del Estado Real de D. Fernando y D.ª Isabel.*

Se ve, pues, claramente con sólo esta demostración, ó yo estoy ciego, que con la empresa del descubrimiento de América pudo realizarse el primer acto verdadero y positivo de unión de Aragón y de Castilla.

Es posible, señores, que encontréis esta idea singular y atrevida, aventurada tal vez, y aun casi me inclinaría á decir aventurera, porque parece que se arroja al palenque en busca de aventuras de polémica y debate. Es posible, digo, que encontréis arriesgada esta idea, pero yo os invito á meditar en ella.

Por vez primera se encuentra en la Historia una conjunción de castellanos y de aragoneses formada con el intento de conseguir *algo* para una patria común. Por vez primera hallo que aragoneses y castellanos, prescindiendo de recelos y reparos, se

unen para favorecer una empresa que halaga á todos y que puede redundar en gloria y honor de todos, y en bien del *Estado Real de Fernando y de Isabel*, que estas son las palabras de Santángel.

Porque, vamos á ver, ¿cuál había sido hasta entonces la patria?

Para los castellanos la patria era Castilla; para los aragoneses, Aragón; Cataluña, para los catalanes, y así para los demás reinos de la Península. Nadie decía: soy español, según decimos ahora; decían soy aragonés ó soy castellano.

Al unirse aragoneses y castellanos para proteger la empresa de Colón, ¿es que los aragoneses querían que las tierras que hallarse pudiesen, fueran para Aragón? ¿Es que los castellanos las querían para Castilla?

No; por vez primera en la Historia, lo repito, trabajaban en pro de una patria común, que entonces no se llamaba España todavía. La primera vez que sonó el nombre de España fué en América, como luego veremos: la primera vez que nuestros Monarcas se llamaron Reyes de España, fué cuando se titularon Reyes de España é Indias.

Yo no me atrevo á asegurar que esta idea que aquí avanzo sea cierta y exacta; pero, en conciencia, y como hija de sereno estudio, la entrego á la meditación de los pensadores y la someto, sobre todo, al examen y al criterio de los ilustrados socios del Ateneo de Madrid, que tan altas pruebas de clarividencia tienen dadas y tan elevado y merecido concepto gozan en la pública opinión.

Pero falta que hacer una observación todavía, muy de tener en cuenta. Los aragoneses y castellanos que se unieron para proteger á Colón, no concibieron ni tuvieron la idea en el concepto y sentido que acabo de expresar, como no la tuvieron tampoco, ni seguramente el mismo Colón, de la trascendencia y alcance que había de traer con los

siglos el descubrimiento. Esto es claro y evidente. Según se ve por las palabras ya transcritas de Santángel, no hablaban más que del servicio de Dios, triunfo de la fe, gloria del Estado Real y engrandecimiento de la patria; pero al hacernos cargo nosotros, en este siglo, de aquella reunión de aragoneses y castellanos acordes en desear el engrandecimiento de la patria, que ya entonces no podía ser más que la nueva patria, la patria general, bien podemos aventurarnos á decir que, por irreflexiva que fuese aquella conjunción, como irreflexivo fué el nombramiento de Isabel y de Fernando, pudo ser una conjunción bendita y un feliz comienzo de la unión que debía solidarse más tarde en el Nuevo Mundo, creando intereses para todos y glorias para todos.

Falta aún, para explanar en todo su desarrollo el pensamiento que inspira estas líneas, falta dar cuenta de un acto de Colón, irreflexivo ó no, que tiene estrecha relación con lo que vamos diciendo. De ello trataré más adelante.

Deben forzosamente llamarse á engaño aquellos que han culpado á D. Fernando de hostil á los proyectos de Colón, ó que, al menos, lo presentan frío é indiferente, cuando no enemigo, ante el gallardo empeño y franca resolución de D.ª Isabel en secundar la arriscada empresa. Los que esto escriben no están en lo cierto. Es perfectamente justo lo que dicen de D.ª Isabel, y aun es poco; pero son injustos con D. Fernando, que fué gran Monarca, más grande de lo que generalmente se reconoce, y que tuvo en el descubrimiento de América participación directa, especial y decisiva.

No hay duda ninguna de que si D. Fernando anduvo cauto, prudente, y hasta receloso, si se quiere, fué, en primer lugar, por ser muy aventurada la empresa y por el natural temor de comprometer el tesoro público, asaz exhausto ya con tan

prolijas guerras; y, en segundo lugar, porque su previsión y cautela le daban á entender que, aun marchando todo bien, pudiera traer hondas complicaciones en el porvenir lo de otorgar tan altas y soberanas mercedes, como así sucedió en efecto, realizándose al cabo su previsión. Á más, quien acababa de avasallar á la nobleza castellana y de abolir títulos y mercedes, ¿era bien que diese nuevos títulos y mercedes de Virrey y de Almirante, por encima de todos los nobles castellanos, á un desconocido, á un extranjero, vinculando mercedes y títulos en su descendencia? ¿No hay que ver en esto, por ventura, un alto sentimiento de honor, previsión, delicadeza, y hasta de celo por los intereses de Castilla?

Porque, no hay que dudarlo, y así resulta de todos los estudios, historias y documentos. Teniendo D. Fernando tanto interés como podía tener D.ª Isabel en proteger á Colón, la primera vez que comienzan con él los tratos fracasa todo cuando se llega á la petición de los títulos y cargos de Virrey, de Almirante y de Gobernador general, cosas que, á la verdad, entonces se juzgaban por muy altas y soberanas, como en efecto lo eran.

Y lo mismo, idénticamente, sucedió la segunda vez. No se discute la cantidad que se ha de dar para la empresa, ni el mayor ó menor coste de ella, ni la participación del descubridor en las mercaderías, perlas, oro ó plata, no; esto importa poco al Rey. El rompimiento llega de nuevo al plantearse la cuestión de los cargos, honores y dignidades.

Todo fracasa al llegar este punto; y entonces, como dice con gráfica frase Bartolomé de las Casas, Colón es despedido, mandándole á decir los Reyes que *se fuese en hora buena*.

Y Colón partió. Y Colón, que también por su parte estimaba más las dignidades que el oro, como con sólo este acto demuestra, se salió de Granada.

¿Qué ocurrió entonces? ¿Por qué volvió? ¿Quién le llamó?

La Reina.

Pero ¿por qué le llamó la Reina, sin que al parecer interviniera el Rey, su esposo?

Vais á oirlo, señores.

Lo mismo fué salir de Granada Cristóbal Colón, despedido por los Reyes (por entrambos, entiéndase bien, por el Rey y por la Reina), que presentarse Luis de Santángel, el aragonés, en la cámara de D.ª Isabel, para pedirle y rogarle que tuviese á bien llamar otra vez á Cristóbal Colón.

¿Quién era en realidad Luis de Santángel? No era sólo el privado del Rey, era el hombre de su íntima confianza, conocedor de todos sus secretos, y dispensador de todas sus mercedes. Habíale conferido D. Fernando la lugartenencia del Zalmedinato de Zaragoza, y siempre que le escribía se dirigía á él llamándole *el buen aragonés*, *magnífico*, *amado consejero y Escribano de Ración de nuestra casa*. Era, al propio tiempo, el hombre que todo se lo debía al Rey; su posición, su crédito, su fortuna, sus dignidades, hasta quizá su honra y su vida, porque es bien seguro, y por bien justificado tengo, que la Inquisición, á partir de la muerte del inquisidor Pedro de Arbués en 1485, debió declarar una guerra de odio y de exterminio contra todos los que llevaban el apellido de Santángel, sin respeto á edades, sexos, ni condiciones sociales.

Ahora bien; ¿se puede comprender, es ni siquiera concebible que Santángel diera este paso sin previo consentimiento del Rey? ¿Era Luis de Santángel, que tanto debía al Rey y tanto de él dependía, y tan honrado era por él, quien iba á ponerse enfrente de su señor, oponiéndose á su voluntad, mezclándose en una intriga de corte para contrariarle, exponiéndose á romper con él tal vez para

siempre, entregado á las amarguras del destierro ó á las iras de la Inquisición?

No, no es esto posible. Cuanto más se ahonda en este asunto, más se comprende que Santángel fué un enviado del Rey. Y si no lo fué, que sí hubo de serlo, lo mismo tiene para el tema de mis deducciones. Si no fué el Rey de Aragón, fué un súbdito aragonés quien inclinó el ánimo de la Reina.

El obispo Las Casas cuenta la escena ocurrida entre D.ª Isabel y Luis de Santángel, escena que es una de las más bellas cosas de aquella maravillosa epopeya del descubrimiento de América.

Yo ya sé que el discurso que pone Las Casas en labios de Santángel, no es, en realidad, el que éste hubo de pronunciar, pues que nuestros historiadores de aquella época, á usanza de los clásicos antiguos, holgaban de dar forma oratoria á los discursos de sus héroes; pero sé que cuanto se desprende de su fondo y concepto es, con toda certitud y evidencia, lo que hubo de decir Santángel para impresionar y conmover el ánimo de aquella Reina magnánima.

Le manifestó su extrañeza de *que no se aceptara una empresa como la que Colón ofrecía, en que tan poco se perdía aun cuando saliese vana, y tanto bien se aventuraba conseguir para servicio de Dios y utilidad de su Iglesia, con grande crecimiento del Estado Real de los Reyes y prosperidad de todos estos Reynos.*

Siguió exponiendo que era negocio aquél de tal calidad, que, *si lo que aquí se tenía por dificultuoso ó imposible, á otro Rey se ofreciera, y lo aceptara, y saliese próspero, padecería la autoridad de los Reyes, y vendrían grandes daños á estos Reynos.*

Y añadió, por fin, atreviéndose todavía á más, aun á pique de enojar á la Reina, que si no se aprovechaba aquella ocasión, *podía llegar día en que los Reyes se arrepintieran, siendo insultados y escar-*

necidos por sus enemigos, criticados por los Reyes sucesores suyos, menoscabados en el honor y gloria de su real nombre, y mermados sus Estados y prosperidad de sus súbditos y vasallos.

El discurso y razonamiento de Santángel debieron de impresionar profundamente á la reina D.ª Isabel, de quien hay que decir, con voz plenaria, que fué gran protectora de Colón, y que con su hermoso corazón de mujer comprendió todo el alcance y toda la maravillosidad de la empresa, como debieron de comprenderlo asimismo las otras tres mujeres que aparecen entre penumbras en la vida de Colón, la Marquesa de Moya, el ama del príncipe D. Juan y la pobre Beatriz Enríquez.

Impresionada, pues, D.ª Isabel con las palabras y argumentos de Santángel, le contestó que el Tesoro estaba exhausto por las apremiantes necesidades de aquellas guerras devoradoras; pero, dijo en un arranque de nobleza y generosidad: *Si Colón no puede más esperar, ni puede admitir la empresa tanta tardanza, entonces yo tendré por bien que sobre joyas de mi recámara se busquen prestados los dineros que para hacer el armada pide.*

Y al oir estas palabras nobilísimas, Santángel cayó de rodillas ante la Reina y exclamó, besando sus manos:

—*Señora serenísima; no hay necesidad de que para esto se empeñen las joyas de Vuestra Alteza; muy pequeño será el servicio que yo haré á Vuestra Alteza y al Rey, mi señor, prestando el cuento de mi casa, sino que Vuestra Alteza mande enviar por Colón, que creo ya partido.*

Y esto fué todo; y nada más pasó; y un alguacil de corte, por la posta, salió tras de Colón; y éste regresó; y Santángel adelantó la suma; y las capitulaciones se firmaron; y así es como yo creo que D. Fernando, consiguiendo que la Reina tomase la iniciativa, alcanzó que la nobleza castellana no

se opusiera á la concesión de las altas dignidades que Colón exigía.

Por lo que hasta aquí va expuesto, señores, queda demostrado que los naturales de la Corona de Aragón tomaron en los preliminares del descubrimiento de América parte más esencial y más decisiva de la que hasta ahora se ha supuesto y querido reconocer, como espero demostrar en otra ocasión y por medio de un trabajo especial, que Cataluña, tan injustamente olvidada en todo lo referente al descubrimiento de América, contribuyó á él de manera muy principal, singularmente en el segundo viaje de Colón que se organizó en Barcelona, efectuándose en parte con capitanes, soldados y misioneros catalanes, y en parte también con dinero que el comercio catalán adelantó al Rey y al Almirante, según constaba en documentos conservados en el archivo del Consulado de Mar.

Del rey D. Fernando ya hemos dicho lo que resulta; de Juan Cabrero, ya hemos visto que lo mismo el Rey que Colón decían que gracias á él se poseían las Indias; de Gabriel Sánchez, el mundo entero conoce la carta que Colón le escribió al regreso de su viaje; de Santángel, acabamos de ver que inclinó el ánimo de la Reina y prestó el dinero para que la expedición se realizara; de Juan Coloma, basta decir que fué el encargado de tratar con Colón y entenderse con él para redactar las capitulaciones de Santa Fe, que firmó como secretario de los Reyes.

De la nacionalidad aragonesa, no puede negarse, fueron cuantos á última hora lo hicieron todo, coadyuvando á que la empresa se efectuase.

Quiso, pues, la voluntad regidora de los destinos del mundo que fuesen dos castellanos, el cardenal Mendoza y Fr. Diego de Deza, los que dieron comienzo á la obra, y dos aragoneses, Luis de Santángel y Juan de Coloma, los que la terminaron.....

Pero ¿á qué, á qué hablar ya de nacionalidad aragonesa ni de nacionalidad castellana? Ya entonces no hubo, por vez primera, castellanos ni aragoneses. Ya eran todos unos; ya se habían perfectamente compenetrado, aunando y soldando sus intereses, que eran los mismos. Ya la profecía de Pedro Vidal *el Loco* se completaba con la empresa de Cristóbal Colón, á quien también debían apellidar *el Loco*.

La conquista de Granada, que se realizó principalmente con fuerzas y tesoros de Castilla (pero á que contribuyó no poco la Corona de Aragón con tesoros, con fuerzas y con su capitán), fué camino para la unión de Aragón y de Castilla; pero el descubrimiento de América, señores, iniciado, instado, requerido, porfiado por castellanos y aragoneses; el descubrimiento de América, completado luego por naturales de la Corona de Aragón, y de la Corona de Castilla, y de todas las nacionalidades españolas, que allí pasaron á ser misioneros, soldados y negociantes, á pelear, descubrir y gobernar, fundando y poblando ciudades y comarcas; el descubrimiento de América, repito, aun sin darse cuenta los que en él intervinieron, vino á ser alianza y base de interés común, contribuyendo poderosamente á la unidad de España.

Cristóbal Colón marchó inmediatamente á Palos para disponerlo todo, y entonces, por vez primera, aparece Pinzón en el camino del inmortal descubridor, cuando estaba ya todo hecho, cuando se llevaban vencidos los eternos siete años de prueba, cuando ya ilustres aragoneses y castellanos ilustres habían unidos sus esfuerzos para la patriótica empresa, cuando ya Colón tenía la cédula real y estaba en la playa esperando el momento de la partida, cuando ya era Almirante y Virrey.

Ni una sola palabra he de decir en menoscabo de Pinzón y de los suyos. Fueron compañeros de Colón en su primer atrevido viaje, y esto basta para su gloria. Fueron más tarde descubridores de otras tierras, y sólo por ello merecen gratitud y palmas.

Pero no por su gloria hay que amenguar la de Colón, ni tampoco la de Santángel, la del cardenal Mendoza, la de todos aquellos que contribuyeron á la empresa, no por codicia, ni por medro, ni tan siquiera por gloria, sino por amor á la patria y por el deseo de engrandecer el Estado real de Fernando y de Isabel.

Bástele á Pinzón su gloria, que la tiene propia, sin rebajar la especial y singularísima del célebre nauta.

Porque, ¿qué significa, qué, su voz de *¡Adelante!*, aun suponiendo que la diera, cosa no bien probada, en momentos que podían serlo de contrariedad, de lucha y de angustia para el Almirante, allá, en las lejanas soledades del Océano?

¿Qué significa esta voz de *¡Adelante!*, aun siendo cierta, repito? ¿Qué más grito de *¡Adelante!* que el que estaba dando Cristóbal Colón todas las noches, cuando en el silencio y en la soledad de su camarote, perdido en las inmensidades de aquellos mares tenebrosos, iba anotando las singladuras y llevando dos cuentas, una verdadera, para él, para los Reyes y para el mundo, y otra falsa para mostrar á la marinería y conferirla con los pilotos de las tres carabelas, á fin de que no desmayara el ánimo de la gente al considerarse tan lejos de su patria?

Esta es la verdadera voz de *¡Adelante!* que iba dando y repitiendo el Almirante todos los días.

Ni vale decir tampoco que falta el nombre de Pinzón, por muy glorioso que sea, en el dístico famoso de

A Castilla y á León
Nuevo mundo dió Colón,

pretendiendo sustituirle por el de

A Castilla, con Pinzón,
Nuevo mundo dió Colón.

¿Y por qué Pinzón solamente? ¿Y por qué no Santángel? ¿Y por qué no el cardenal Mendoza? ¿Y por qué no doña Isabel, la noble é hidalga Reina, en cuya mente luminosa brotó el nuevo mundo al propio tiempo que en la de Colón? ¿Y por qué no el mismo D. Fernando, á cuya prudencia y discreción se debió tanto?

No. Bien está el dístico tradicional y sagrado. Siga en buen hora el *Castilla* y *León*, aun cuando no hubiese estado de más decir *Castilla* y *Aragón;* siga en buen hora, que ya el mundo lo conoce, y los mármoles y los bronces lo repiten, y la Historia lo consigna, y la tradición lo consagra. Si hubiese de sustituirse este dístico con otro, sólo podría ser con uno que dijese, por ejemplo:

A la española nación
Nuevo mundo dió Colón.

Y haciéndolo así, señores, seguiríamos el mismo nobilísimo ejemplo, la misma patriótica inspiración que tuvo el gran nauta cuando—luego de haber cumplido con Dios y con los Reyes poniendo su nombre á las primeras tierras descubiertas—á la que encontró inmediatamente después de éstas, aquella que hubo de parecerle mejor y más hermosa, no le dió el nombre de Isla Castellana, como parecía natural y lógico desde el momento que se tomaba posesión en nombre de los Reyes de Castilla.

No; dióle el nombre de *Isla Española*, el nombre de la patria común, siendo ésta la primera vez que suena el nombre de España aplicado á un territorio adquirido, y siendo ésta también la prime-

ra manifestación de patria española revelada al mundo.

Yo no sé, ni pretendo saber, si Colón dió el nombre de Isla Española en el sentido de patria de todos, pues que entonces no había ya Aragón ni Castilla, sino España, aun cuando los Soberanos continuaran titulándose Reyes de Aragón y de Castilla; yo no sé, ni pretendo saber tampoco, si el Almirante quiso indicar que aquellas tierras descubiertas no eran de Aragón ni de Castilla, sino de España, apelando por esto al nombre de Isla Española y no al de Isla Castellana ó Isla Aragonesa.

No lo sé ni saberlo quiero, repito; pero en presencia del hecho, me creo autorizado para sentar una premisa. El nombre de *Española* aplicado á la isla descubierta, podrá ser debido al acaso, á la casualidad, á un capricho ó á un sentimiento de intuición, adivinación ó inspiración; será lo que sea, obedecerá á lo que obedezca; pero es lo cierto que con este nombre quedó impreso en el descubrimiento de América el sello de consagración de la unidad de España.

Ni hay tampoco que rebajar á Colón y amenguarle para justificar lo de sus grillos, ni achacarle irrazonadamente cargos y culpas de mal gobernante, de dilapidador y hasta de esclavista, para así salir en defensa de la patria, inicuamente maltratada y acusada de ingratitud por escritores extranjeros que no pensaron ni meditaron bien lo que decían y hacían.

No hay que culpar á España de los grillos de Colón. Tanto valdría como culpar á otras naciones de las cadenas, tormentos y suplicios que dieron en su día á propios varones, grandes y preclaros en su patria y en el mundo. La ingratitud no es patrimonio de España: lo es, desgraciadamente, de la humanidad. A ninguna nación del mundo se

puede anatematizar y excomulgar por esto. ¿Cuál es la que en las páginas de su historia no tiene el recuerdo de un Colón con grillos? ¿Qué país está libre de pecado?

Si por exceso de celo, por no estimar bien las cosas, por seguir falsa ruta, por ceder á corrientes ó influencias que nos son desconocidas, por error judicial acaso, quizá por cumplimiento de un deber exagerado, el comendador Bobadilla, más realista que el Rey, puso grillos á Colón, ¿á qué, á qué culpar á España ni á sus Reyes?

Precisamente, en ningún país hay ejemplo de reparación más cumplida y soberana.

Colón, en efecto, llegó con grillos á España después de su tercer viaje; pero en cuanto llegó, mandaron quitárselos los Reyes y llamáronle á su presencia, y entonces se vió lo que jamás se había visto ni soñado: el espectáculo de una Reina magnánima llorando de dolor y mezclando sus lágrimas con las del súbdito que se postraba á sus plantas.

Y todavía más. De allí arranca el documento inmortal, fechado en Valencia de la Torre, á 14 de marzo de 1502, en que, después de revalidar á Colón todas las honras y mercedes que anteriormente se le dieran, añadiendo otras nuevas para él, sus hijos y sus hermanos, se le decía, con la firma de los Reyes, lo que jamás dijo á ningún súbdito rey alguno, lo que hoy mismo, en nuestros tiempos de grandes libertades, no sometería tal vez ningún ministro á la firma de un monarca.

«Tened por cierto—decían, escribían y firmaban aquellos dos Reyes—que de vuestra prisión *nos pesó mucho, y bien lo visteis vos*, y lo cognocieron todos claramente, pues que luego que lo supimos *lo mandamos remediar*, y sabéis el favor con que vos hemos tratado siempre, y agora estamos *mucho más en vos honrar y tratar muy bien*.»

¿Puede darse desautorización más explícita y terminante de lo hecho por el desventurado Bobadilla?

Contra los grillos de Colón se levantó la protesta universal del pueblo español, la de sus Reyes, y quizá, quizá, la de Dios mismo, puesto que permitió que los abismos del mar se abrieran, casi á los ojos mismos de Cristóbal Colón, para sepultar á Bobadilla y á todos los revoltosos de la Española, enemigos del Almirante, que regresaban á España con sus mal adquiridos tesoros.

No, no hay que acusar de ingratitud á España, como no se acuse en casos parecidos á todos los pueblos del mundo.

Ni hay tampoco que profundizar acerca de los misteriosos designios de la voluntad que rige los destinos humanos. ¡Quién sabe, quién! Quizá fueron necesarios los grillos de Colón. ¿No bebió Sócrates la cicuta? ¿No sufrió el tormento Galileo? ¿No tuvo la cruz Jesucristo?.....

La gran ingratitud, no de España, sino del mundo todo, está en que las tierras maravillosamente descubiertas por Cristóbal Colón no llevan su nombre.

Se llaman América.

Y he concluído ya, señores, la misión que me había propuesto y lo que pensaba decir.

Pocas palabras más para terminar.

El viernes 3 de agosto de 1492, á los primeros rayos del sol, las tres carabelas expedicionarias abandonaron las playas de Palos, y, atravesando la barra de Saltes, comenzaron aquella expedición asombrosa que diuturnamente, y por los siglos de los siglos, estaba destinada á maravillar al mundo.

Allí iban Cristóbal Colón y los marineros intré-

pidos de Palos, de Huelva, de Moguer y de Cartaya; allí los hermanos Pinzón, cuyo nombre debe quedar como gloria y como timbre; allí todos aquellos que, con la gallardía del valor y de la aventura, quisieron compartir los peligros del descubridor inmortal.

En vano se les opusieron obstáculos, retrasos y contrariedades; en vano, á última hora, todo parecía aglomerarse para contribuir al fracaso de la empresa; en vano con ruegos, con lágrimas y con tristes augurios trataron de turbar el viaje los amigos recelosos y las familias desoladas. El día señalado, bendecidas por el modesto Guardián de la Rábida, se lanzaron al mar las carabelas legendarias.

Y allá fueron, allá. Y después de cruzar por junto al pico de Tenerife, que se coronó de llamas para saludarlas al paso, y del que se cuenta que nunca como aquel día tuvo más atronantes estruendos ni más ígneos resplandores, entraron en las mares tenebrosas que se decían pobladas de fieras y de monstruos, jamás domadas por la quilla del hombre; y las tempestades se amansaron ante el valor de aquellos aventureros; y el asombro de su aparición en aquellas espantables soledades intimidó á los mismos elementos; y la mar, voluble y fiera para todos, fué en aquella ocasión fiel y grata para ellos; y al amanecer del 12 de octubre dió la voz de *¡Tierra!* el atalayador vigía, y todo un mundo, brotando de entre las olas, surgió de los abismos, con todos los esplendores de sus vírgenes bellezas, al *fiat* generador del arriscado nauta.

Desde entonces, desde aquel día de eterna recordanza, el nuevo mundo podrá llevar el nombre que quiera y darse los destinos que mejor le acomode; pero mientras exista, allí vivirá el nombre y, con el nombre, el corazón y el amor de España.

Los naturales de aquellas añoradas regiones que

aun llevan el nombre de Américas españolas, viven hoy al amparo de su independencia y á la sombra de sus leyes. Son hijos de nuestros padres. Hablan nuestra lengua, comparten con nosotros el origen y la historia, tienen nuestras virtudes, nuestros defectos, las mismas pasiones, las mismas altezas de espíritu, quizá también los mismos arrebatos. Son nuestros hermanos. ¡Benditos sean!

Permitidme, pues, señores, que de lo alto de vuestra cátedra les envíe un saludo de paz, de fraternidad y de amor.

¡Dios les bendiga y bendiga también aquellas tierras de luz, de esperanza, de porvenir y de libertad!

Cuando dentro de pocos meses, hijos nacidos en aquellas tierras benditas vengan en su nombre y representación á honrar nuestros hogares y á sentarse en nuestra mesa para juntos celebrar el cuarto centenario del inmortal navegante, y crucemos nuestra palabra en la misma lengua, y hablemos de las glorias que nos son comunes, y partamos el mismo pan, y comulguemos en la misma copa, acaso las sombras de Cristóbal Colón y de todos los héroes españoles descubridores de América vengan á vagar por los espacios, en torno de la mesa del festín, para bautizar con lágrimas de gratitud á los que se reunen y congregan con el solo objeto de bendecir su nombre y conmemorar su gloria.

LA MUJER Y EL ARTE

CONFERENCIA

DADA EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID
(17 DE FEBRERO DE 1894)

Señores:

Mis plácemes más sinceros y mis aplausos más cordiales á los artistas que se agrupan y asocian en este Círculo de Bellas Artes para mutuamente ayudarse, para todos juntos contribuir en cariñosa y amante fraternidad al enaltecimiento del arte y á la gloria de la patria. Así, al estrechar sus lazos y al reunir sus fuerzas, milicia benemérita, todos juntos, cada uno para todos y todos para cada uno, contribuyen á justificar la obra del pasado, á fortalecer la del presente y á continuar la del porvenir.

Mis plácemes á los que tuvieron la provechosa idea de celebrar estas conferencias, aun cuando no hayan sido ciertamente tan afortunados en la elección del que llamaron para inaugurarlas.

Por esto yo, que me conozco, no las comienzo. Agradecido al honor que se me dispensa, y con el cual tan principalmente se me favorece, lo acepto, porque los honores cuando se otorgan sin solicitud deben aceptarse sin reparo; pero no puedo menos de reconocer que mejor comienzo hubieran tenido estas conferencias, y más esplendidez y lustre, si esta tarea se hubiese confiado á quien, mejor que yo, podía venir á ocupar hoy esta sede.

Yo no soy sino un pobre obrero, amador del arte y amigo de los artistas, ni más tampoco que una innominada y obscura abeja industriosa que, confundida allá, entre la multitud, contribuye con su labor y sus alientos á formar el panal, al que

luego vienen los ungidos á depositar sus saborosas mieles.

Preveníroslo debo para que no os llaméis á engaño. Yo no sirvo para dar conferencias; sólo para venir á oirlas. Asomé por aquella puerta y subí á esta tribuna, no para ser el conferenciante, sino el heraldo, el heraldo que viene para anunciaros la buena nueva, el heraldo que á invitaros llega y á solicitar vuestro concurso para las veladas que van á comenzar.

Abiertos quedan ya, de hoy en adelante, estos salones, y en ellos hallaréis, si os dignáis honrarlos con vuestra presencia, la cariñosa hospitalidad con que se recibe al huésped cien veces bien venido. Extendidas por los muros veréis las maravillas del arte y del ingenio con que se apresuran los artistas á solicitar vuestra atención y á pedir vuestro aplauso; os deleitarán los ecos y el cuchicheo de la discreta parla con que amigos y allegados se entregan al honesto deporte de la conversación al comunicarse sus impresiones, y oiréis brotar de esta cátedra la voz del conferenciante que ha de atraernos con su plática y enseñarnos con su doctrina.

Mi pláceme, pues, al Círculo de Bellas Artes, que hoy se congrega en luminosa fiesta para inaugurar su vida artística y literaria de este año; mi saludo á los dignísimos oradores, artistas, poetas y literatos que, uno tras otro, vendrán á ocupar esta tribuna para dirigirse al selecto concurso que á oir acuda su palabra de enseñanza; y un tributo de honor y de gratitud, ya no mío solamente, sino en nombre de todos, á los que hoy visitan estos salones, y singularmente á las distinguidas y hermosas damas que vinieron á honrar esta fiesta, y á darle realce, color, animación, y vida, y luz, y amor con sus encantos y sus gracias.

Bien venidas sean, bien venidas esas nobles damas al palacio de las artes, casa solariega del artis-

ta, que hoy se adorna y viste de gala para recibirlas. Vinisteis á esta mansión, que es vuestra por ser la de vuestras hermanas y compañeras las hadas, que invisibles vagan aquí por los espacios, y que aquí acuden para alentar al artista en sus estudios y para darle calor en sus empresas y en sus sueños.

¡Honor y prez á la mujer, que es el alma de la sociedad, que lo fué antes, que lo es hoy, que lo será mañana!

La mujer merece todos nuestros homenajes y todos nuestros respetos. Hija, se consagra á sus padres; amante, á su amado; esposa, á su marido; madre, á sus hijos. En ella todo es amor y todo sacrificio, como en su alma todo es pureza y todo luz.

En todas las regiones, y en toda época y edad, se le prestó culto. Fué reina en Egipto, poetisa en Corinto, musa en Atenas, sacerdotisa en Roma, hurí en Arabia, diosa en el mundo latino. Para los paganos nace de lo más puro y más casto, de la espuma de los mares, y le levantan templos; los árabes le dan por mansión el paraíso, donde vive en alcázares de flores de aromas y colores inmortales; los cristianos la visten de color de cielo, con manto azul sembrado de estrellas, y, rodeada de ángeles, de arcángeles y serafines, la ofrecen á la adoración de los fieles en hornacinas enfloradas, entre nimbos de luz y de oro, resplandeciente de gloria, con su purísima santidad de virgen y su amorosa santidad de madre.

Y no es extraño, no, que fuese dignificada en lejanas épocas del paganismo, donde todo era amor, deleite y fantasía. Triunfa también y se impone en la edad de hierro, cuando todo es lucha y combate, cuando el hombre no vive más que en el campo de batalla, donde pasa la vida combatiendo, ó en la soledad del claustro, donde la pasa rezando. Tam-

bién entonces, también, la mujer es reina y soberana. Es el honor de aquella sociedad de hierro y el astro de aquellas pensadoras turbas de poetas que, peregrinando de castillo en castillo, dejan oir sus cantos de amores en el ocio de las lides y en el vagar de las armas. Es entonces cuando preside las fiestas, cuando es reina de hermosura en los torneos, cuando es juez en las cortes de amor y en las justas literarias. Por ella se baja á la arena quemante del palenque; por ella se dan batallas campales; por ella se asedian ciudades y se asaltan castillos; por ella se disputa el premio en los certámenes; por ella se combate, se ora, se canta y se muere; por ella, por la menor de sus infidelidades ó desdenes, se penetra en las celdas de aquellas monumentales abadías, donde se encerraban á llorar, vivos en su propia tumba, los pobres enfermos del alma.

En torno de ella, y á sus pies, levantan los trovadores su coro de himnos inmortales. Por ella, al par que hazañosas aventuras, se acometen empresas singulares, que, más aún que á la sublimidad, parecen obedecer á la demencia. Y mientras gallardos paladines por el amor de una dama sostienen combates á muerte en honrosos pasos; y mientras magnates y príncipes aventureros recorren el mundo proclamando, y haciendo proclamar á todos, la sin par belleza de la señora de sus pensamientos; y mientras Armando de Rancé, por muerte de su amada, se sepulta vivo en la Trapa; y mientras el duque de Gandía, por muerte de su reina, deja de ser general de batallas para serlo de huestes de Loyola, Pedro Vidal, el poeta, por amor á Loba de Penautier, se hace un día llamar *el Lobo*, y, vistiendo pieles de lobo, se hace cazar en las sierras de Cabaret por los pastores y sus perros; Godofredo Rudel se enamora de la condesa de Trípoli, á quien nunca ha visto, pero de quien le cuentan

loores, y, vistiendo el sayal del peregrino, emprende arriscados viajes y peligrosas aventuras que le llevan á morir á los pies de su dama desconocida; Guillermo de Tours se abraza al cadáver de su amada, y mandando labrar un ataúd para dos cuerpos, se hace enterrar vivo con aquella que fué el supremo amor de su vida y la inspiración suprema de sus cantos; Margarita de Rosellón halla tan sabroso el corazón de Guillermo de Cabestañ, hecho servir á su mesa como manjar exquisito por un marido celoso, que se condena á perecer de hambre, y no vuelve á probar jamás otro alimento que hurtar pueda á sus labios el sabor de aquel amante corazón muerto por ella; y, finalmente, apareciendo por encima de todos, y dominándolo todo, Dante, que fué á buscar la idea de su obra divina en el ignorado poema de un pobre monje de Beziers, y Petrarca, que libó su inspiración en los cantos de los trovadores lemosines, hacen de su Beatriz y de su Laura tipos inmortales y peregrinas imágenes para ejemplar y para modelo de todos los poetas y de todos los artistas de todas las edades.

Culto fué siempre, y en todas épocas, el que se prestó á la mujer; pero ninguna mujer tan alta, entre todas las del mundo, como la mujer cristiana, que es ésta, la mujer cristiana, la que reune todos los encantos, todas las virtudes y todos los amores, principalmente para vosotros los artistas, pues, no hay que olvidarlo, el renacimiento de la mujer realizado por el cristianismo, es el renacimiento de la pintura realizado por aquél y aquellos sus discípulos inmortales que inauguraron una nueva era y acertaron á fundir tradiciones contrarias y á hermanar principios diversos, encontrando los secretos del color, las realidades de la verdad y los tesoros de la belleza al unir los primores y las maravillas del arte pagano con los esplendores y las castidades del arte cristiano.

Homenaje, amor y respeto á la mujer, á la mujer que nos arrulla con sus cantos en nuestra cuna y riega con sus lágrimas las flores que deposita en nuestra tumba, la que nos acompaña al nacer y nos consuela al morir; que es emblema de todo sacrificio, que es la estrella del poeta, la inspiración del artista, la fe del creyente, el amor de nuestras soledades, el alma de nuestros arrebatos, ilusión del que siente y consuelo del que llora; la mujer, que es delectación del artista en sus tres maravillosas fases de luz, de inspiración y de amor, y regocijo del cristiano en sus tres aspectos sagrados de hija, de esposa y de madre; la mujer, que en patriotismo se llama Juana de Arco, en caridad Santa Isabel de Hungría, en fe Magdalena, en castidad Lucrecia, en amor Julieta, en esperanza Santa Teresa y en religión María; la mujer, en fin, que es en nuestra casa el ángel del hogar, en nuestros salones el astro que los ilumina, en los campos de batalla y en los hospitales la hermana de caridad, y que en la gran epopeya de la pasión de Cristo fué la única que permaneció llorando al pie de la cruz, cuando todos huían, cuando todos le abandonaban, cuando sólo quedaron ellas, las santas mujeres, para acompañar en su agonía al Redentor del mundo.

Bien llegadas seáis, pues, á esta morada, que es susurrante colmena donde se congregan, abejas laboriosas, esos jóvenes artistas que viven en el trabajo y del trabajo, los que con él ganan el pan de sus familias y cobran los arreboles de su gloria, sirviendo así y consagrándose á los dos grandes amores, el hogar y la patria.

Pero, una vez que estáis aquí, amigas y señoras mías, una vez que os habéis aposentado ya en esta morada tomando posesión de ella, yo he de deciros una cosa con toda lealtad, aunque con la mayor reserva. Aquí estamos solos, nadie nos oye, y

puedo decíroslo en confianza, seguro de que no la habéis de repetir.

Esos artistas que aquí veis, son unos buenos muchachos, muy honrados, muy nobles y caballeros; pero no hay que fiar en ellos, porque, según se cuenta, y repito que os lo digo con la mayor reserva, están algo contaminados del arte de nigromancia y de hechicería. Yo puedo decirlo porque les conozco bien. Son una especie de mágicos prodigiosos. Tienen algo de brujo. Conocen los secretos y misterios de las teurgías orientales y poseen el arte de hacer milagros.

El mejor día os presentarán un lienzo en esa pared. Os acercaréis buenamente creyendo que es un cuadro, y os encontraréis con una ventana, una ventana á través de la cual os harán ver por arte mágico, en mitad del invierno, campos bordados de rojas amapolas, praderas esmaltadas de flores, bosques de opulento follaje que ondula al soplo de tibias y aromosas brisas, ríos que se despeñan y descabellan en cascadas, y extensos horizontes iluminados con el oro y la púrpura del sol de mayo.

Y no se limitarán á esto, que ¡aun si fuese esto sólo!... Os abrirán de repente una puerta, y os introducirán en el secreto de una cámara regia, donde veréis, tendida en su lecho, una reina que se muere; á su cabecera, un rey que solloza; de pie por el aposento, unos prelados y magnates que rezan entre dientes; sentado junto á una mesa, un tabelión que escribe, y os parecerá oir la voz débil de la reina que está dictando, y así os harán asistir, indiscretamente, al testamento de Isabel *la Católica*.

Otros, peor aún, os harán bajar á negras y profundas cavernas llenas de sombras y misterios; y allí, estremecidas de horror y espanto, veréis rodar por los suelos una porción de cabezas recién cortadas, que todavía brotan sangre, á tiempo que por una escalera ciclópea abierta en el muro, veréis ba-

jar á un magnate, acompañado de un perro, que llega para forjar con aquellas cabezas una campana que desde Huesca resuene y retumbe por todo el reino.

Y todavía, todavía han de hacer más. Os llevarán de noche, y en lo más crudo del invierno, por los desiertos campos de Castilla, y harán pasar por delante de vuestros ojos, como procesión de fantasmas, á multitud de gentes: damas que se arrebozan con sus mantos, caballeros que llevan antorchas de llama enfurecida por el vendaval; pajes y escuderos, palafreneros y guardias, todos revueltos, en confusión, bajo horizontes sombríos en que reina la tempestad, y todos enlutados, detrás de un féretro que arrastran caballos con gualdrapas de luto, y en pos de una dama con luengas vestiduras negras, pobre loca de amor, que va mesando sus cabellos y clamando al cielo por la muerte de su amado.

Todo esto, y más, veréis por arte mágica, y así os harán asistir á los más terribles dramas de la historia y á las más tiernas epopeyas del amor, mientras que otros, por su parte, os presentarán montones de barro y bloques de mármol para que de ellos veáis surgir, animados, despiertos, gallardos, vivos, como en carne y hueso, á todos los dioses y diosas del paganismo con sus atributos y desnudeces, y también á los grandes personajes de la historia y de la leyenda que asombraron un día con los estrépitos de sus armas ó los productos de su ingenio, y á quienes el mundo cree muertos y enterrados hace siglos.

No fiéis, no fiéis, pues, de esos artistas que así resucitan los muertos, y á quienes ya hubiéramos quemado vivos por su arte de brujería si en tiempos de Inquisición estuviéramos... pero sí, sí, fiad en ellos, fiad en ellos, y admiradles, que todo esto se debe al poder del genio, y aquí no hay más bru-

jería que el talento, ni son esos hechizos otra cosa que los milagros del estudio, de la inspiración y del trabajo, realizados por esos trovadores y poetas del color y del lienzo, de la piedra y del barro, para quienes el pincel es lira y el cincel es pluma, soñadores militantes que viven en los buenos tiempos de Grecia y que, no obstante hallarse en nuestra España donde tantos esplendores tiene el arte y tanta grandeza la historia, sueñan constantemente en su Italia, su dulce y su artística Italia con sus anales paganos y sus leyendas cristianas, con sus maestros del pincel, del cincel y de la lira, con sus flores eternamente renovándose bajo cielos eternamente azules, con sus mujeres sin más rivales en el mundo que las estatuas griegas, que en ningún lugar del mundo los tienen; Italia, donde el arte es un culto, el amor una religión, la belleza un templo y la poesía un prodigio; Italia, que es y será siempre en la tierra la representación de los amores, porque es el santuario del amor al que van en santa romería todos los amantes y todos los enamorados del arte, de la belleza, de la poesía y de la música.

Y ahora ya me dirijo á vosotros, artistas, los que os agrupáis en torno de esta tribuna; pero para vosotros precisan otras formas y conviene otro lenguaje.

Todos vosotros oisteis hablar de Garibaldi, ¿verdad?, y hasta es posible que alguno de vosotros haya llegado á conocerle, como yo le conocí. Garibaldi, ya sabéis, el que hoy, apenas muerto, es ya legendario; Garibaldi, el poeta guerrero, el paladín artista, el héroe, y también el trovador, de la campaña italiana.

Cuentan de él que un día, cuando se vió obligado á salir de Roma, decidido á intentar la independencia de Italia, se dirigió á sus voluntarios y les dijo:

—A los que vengan conmigo no les ofrezco honores, ni bienestar, ni siquiera esperanzas. Hambre, sed, fatigas, sufrimientos, combates, muerte, esto es sólo lo que ofrecer puedo á quien me siga.

Y todos le siguieron. Y así comenzó aquella admirable epopeya, al término de la cual estaban la inmortalidad y la gloria.

Algo de esto se pudiera decir á vosotros, algo de esto pasa y hay en vosotros, artistas, amigos míos.

Cuando el poderoso adquiere una obra de arte á cambio de un puñado de oro, ¡ah! no sabe él, no sabe lo que aquel lienzo ó aquella tabla, lo que aquella escultura ó aquel yeso ha costado al artista en vigilias, en estudio, en horas de trabajo, en sufrimientos, en luchas, en esperanzas, en desalientos, en martirios, y también, también á veces, en miserias de la vida y en lágrimas del alma, que son las más crueles de las lágrimas. Y tampoco sabe, tampoco, al llevarse á su casa la obra del artista para que le sirva de adorno, de regalo ó de reventa, tampoco sabe, tampoco, el cruento sacrificio que cuesta al artista desprenderse de ella.

¿No es verdad que la obra terminada entre las luchas de la vida y las del alma, aun necesitando que os la compren para vuestro sustento y el de vuestra familia, no es verdad que la veis salir con pena de vuestro estudio, quizá para no volverla á ver más en la vida, como si os arrancaran un pedazo del alma?

¡Oh! sí, bien lo sé, esta es vuestra vida, vida de lucha, de combate, de dolores. Esta es, generalmente, la vida de todos, pero principalmente la de los artistas, que algo más protegidos fueran, y algo más recompensados, si todos supieran cómo la viven.

Pero no importa. Hay que luchar.

Hay que levantar bandera resueltamente contra el pesimismo que avanza, contra el excepticismo que impera, contra la indiferencia que invade, con-

tra el materialismo que comienza á imponerse. Un viejo viene á decíroslo. No debéis desalentaros jamás. Hay que tener fe, fe en el trabajo, y constancia en él; fe en el porvenir, y aliento para alcanzarlo; fe en la gloria, y esperanza de obtenerla. Y, sobre todo, no os asombre, fe en la gloria póstuma, es decir, la muerte aquella que Garibaldi ofrecía á los suyos al fin de su jornada.

Hay que marchar, marchar siempre, sin desmayar nunca.

Ya sé, ya, que el camino es agrio y difícil, que está sembrado de abrojos y de espinas, que se tropieza á cada instante con obstáculos, que el fin es incierto, que á un lado se amontonan aterradoras sombras y obscuridades pavorosas, y que al otro aparece el crítico... no, el crítico no, que cuando la crítica se ejerce por la ciencia y la conciencia, es cosa sabia y noble... el hipercrítico, el censurante eterno, aquel que con el alma enferma de envidia se complace en residenciar vidas y obras ajenas, arrebujado á veces con el capirote del anónimo, y siempre al atisbo y en espera de cualquier descuido, de cualquier error, de cualquiera menudencia.

Pero no importa. Hay que avanzar y seguir adelante.

¿Es que los obstáculos se amontonan á vuestro paso? No importa. ¿Es que la fatiga os vence? No importa. ¿Es que el desaliento os rinde? No importa. ¿Es que la adversidad os abruma? No importa. Recordad que el general *No importa*, de quien hablaba ya en sus tiempos Stendhal, ganó batallas en España y afirmó su independencia.

Seguid. Ya llegaréis, que con firmeza, con voluntad, con perseverancia y talento se llega siempre.

Ya por fin llegasteis, ya se alcanzó la cumbre, ya estáis en la altura, ya sois superiores. ¡Ah! Entonces, tened cuidado, preparaos. Los que viven en la altura viven solos, aunque vean á muchos en

torno suyo. Toda eminencia, es decir, toda superioridad, tiene el vacío á su alrededor y el abismo á sus plantas.

Yo os lo he decir todo, porque á mi edad no se engaña. Estar en la altura, no es estar en la gloria. La gloria en que creeréis vivir, es ficticia. En los que rodean al elevado está la adulación, el compromiso, el deber, el interés, quizá la honrada buena fe del admirador á quien invade la fiebre del entusiasmo, tal vez la envidia, la misma envidia, á quien se vió en muchas ocasiones fingir el celo del admirador y el aplauso del amigo. En los que se agrupan para adquirir sus obras, está la vanidad, la codicia, la moda, quizá también la envidia de adquirir lo que no pueden todos.

Los encumbramientos en vida están sujetos á trocarse en descalabros y en despeños.

Al que se le levanta una estatua en vida, se le da muerte. Cuando muerto hay que levantársela, que entonces se le da vida.

Pensad que todos los grandes estrépitos pasan, y que no es, ciertamente, el más aplaudido y triunfante en vida quien es glorificado en muerte. A Cervantes pocos le hicieron caso mientras vivió. Hoy es un Dios con culto, con altar y con templo en todas las literaturas del orbe. ¿Quién se acuerda ya de muchos contemporáneos suyos que fueron más que él ensalzados y aplaudidos?

La gloria, la verdadera gloria sólo llega después de la muerte.

Quien no tenga valor para esperarla, éste, que no sea artista, que no sea poeta. Que se confunda con la multitud; que se esconda y se pierda entre la muchedumbre para ser carne de cañón, siervo de la gleba ó jornalero del terruño.

Quien no esté dispuesto á luchar y á sufrir, que no sea artista. No debe entrar en religión el que no sienta vocación por ella.

¿No se os alcanzó pensar alguna vez que hay algo de común entre el artista y el monje?

Sí; entre el artista y el monje de cenobio hay algo que los une, los acerca y los enlaza. Hay de común en ellos el amor á la gloria eterna, la aspiración al cielo, siquier el cielo del artista sea algún poquito más mundano que el del monje.

Pues bien, hay que hacer como él, hay que creer en la otra vida, la vida de la gloria, y hay que llegar á ella por el camino del trabajo y de la lucha, por la escala del estudio y de la fe; que estos, el trabajo, la lucha, la perseverancia, la fiebre del estudio y el dolor del alma para el artista, son el cilicio, la disciplina, la mortificación, la penitencia, el rezo para el cenobita.

La religión del arte, ó mejor la del trabajo, que es una gran religión, es la que ha de conduciros á la gloria, en vida tal vez, y bien llegada sea si á buen hora llega, pero en muerte de seguro, y entonces más duradera.

Voy á terminar, y perdonadme estos consejos, que nada valen sin duda, y que más pobres han de ser que otros, por ser míos. Pero los viejos tenemos nuestras debilidades, y una de ellas es la de dar consejos casi siempre á quienes no los piden y muchas á quienes no los necesitan.

Honorad siempre á la mujer, que es ideal supremo y fuente de belleza eterna, y, entre todas las mujeres, á la mujer cristiana como emblema de amor, de castidad y de virtud. Precisamente vosotros, hijos de las Bellas Artes, debéis amarla más que otros y reverenciarla, no ya porque todas las Bellas Artes tienen nombre de mujer como para ser más amadas, sino porque ella es doblemente vuestra madre. ¿No recordáis que, según las tradiciones griegas, el origen de la pintura se encuentra en una joven doncella que dibujó en la pared la silueta de su amante, descubriendo así el arte de representar

formas vivas sobre una superficie plana? La pintura, pues, es hija de una mujer enamorada.

Honrad también, y amad con predilección á la patria, que es madre de todos, y, dentro de la patria, el rincón en que nacisteis, allí donde están los recuerdos de vuestra infancia, las tradiciones de vuestra casa, el altar de vuestros mayores, el sepulcro de vuestros padres.

Amad el estudio y el trabajo como manantial inagotable de goces, por ser lo más consolador y quizá también lo más supremo, y tened siempre en cuenta que el descanso sólo es agradable después del trabajo, y aun así, hay que tomarlo como punto de partida y como aliciente para mejor trabajar después, y con más aliento; que, de otro modo, el descanso es la holganza, y la holganza es más tarde el remordimiento.

No andéis nunca á ciegas, no vayáis por descaminos; inspiraos en la naturaleza, seguid la tradición del arte, que es la de Gioto, pintando lo que se ve; pero, tened en cuenta que no basta pintar lo que se ve, hay que hacer lo que la doncella de Grecia, madre de la pintura: pensar antes en lo que se ve, y, sobre todo, ver lo que se piensa.

Lleno está de escuelas vuestro mundo artístico. En él abundan. Perteneced, si queréis, á la que más os agrade; pero, sea cual fuere, entrad en ella para, á su tiempo, huir de ella, que las escuelas pasan, sólo los grandes maestros quedan. Con la escuela hay que hacer lo que con el modelo: tomarlo para ocultarlo. No hay más que una escuela verdadera, como no hay más que una verdadera gloria: el arte. No hay más que un arte: el genio. No hay más que un genio: la inspiración, y con ésta la verdad y la belleza.

Y, sea cual fuere vuestra escuela, no abandonéis el ideal; el ideal, no según hoy se define por aquellos que lo ven tan sólo en la fiebre de la fantasía

ó en la fantasía de la fiebre, sino el ideal de Platón, el que armoniza la verdad con la belleza, que en todo lo que hay verdad hay belleza; el que da la percepción de la una y de la otra en su purísima y más pristina esencia. Este es el verdadero *Quid divinum*, este es el ideal que, como Dios, está en todas partes. Lo adoran los mismos que lo niegan, lo siguen los mismos que lo huyen, lo acatan los mismos que lo combaten. Está en las mismas obras que contra él se escriben; como que, sin él, no existirían.

El ideal triunfará siempre; siempre el espíritu dominará la materia.

La lucha del espíritu tiende hacia arriba. La lucha de la materia, hacia abajo. Siempre tuvieron alas los ángeles; nunca las tuvieron los Hércules.

No olvidéis jamás, sobre todo, en las crueles luchas de la vida y en los grandes combates del alma, que Jesucristo tuvo la cruz, Sócrates la cicuta, Apeles la persecución y la calumnia, Fidias el martirio, Cervantes la miseria. Y avanzad, avanzad siempre, fortalecidos en vuestro estudio, esperanzados en vuestra fe, guiados por vuestra inspiración y apoyados en vuestro trabajo, que esto es lo que ha de daros patria y hogar, es decir, nación y familia: en el hogar, el pan de los vuestros y el de vuestro huésped; en la patria, la propagación de vuestras obras y de vuestro nombre; que si de ambas sois, y á entrambás consagráis vuestra fuerza y vuestra vida, en ellas hallaréis la recompensa al otorgaros la familia su amor y su bendición, que son la luz del alma, y al concederos la patria la inmortalidad y la gloria, que son el alma de la luz.

EL

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

(DOCUMENTO PARLAMENTARIO)

PROPOSICIÓN DE LEY Á LAS CORTES
PIDIENDO LA CREACIÓN DE UN MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA
Y BELLAS ARTES

AL CONGRESO

El ilustre Jovellanos, en una de esas importantes Memorias con que ha enriquecido la lengua castellana y nuestra historia literaria, sentó como tesis que la instrucción pública es el primer origen de la prosperidad social. Y aquel varón eximio, cuyo sereno y sobresaliente criterio y cuyo acrisolado patriotismo jamás pudieron poner en duda ni los aduladores del poder ni los cortesanos de las turbas que tanto le persiguieron, desarrollaba este tema con la lucidez y la conciencia, con la autoridad y justificada probanza que resplandecían en todos sus discursos, y que acababan siempre por imponerse al discernimiento y á la razón de los hombres instruídos y pensadores.

Ya también, tres siglos antes que Jovellanos, un modesto y obscuro conceller de Barcelona había dicho: «Fundemos muchas escuelas, que el día que las escuelas sean grandes, las cárceles serán pequeñas»; pensamiento y frase notables ciertamente, y que bien merecían pasar á la posteridad con el nombre de su autor, por mala ventura ignorado, ya que las actas del Municipio en que se ha recogido esta noticia se redactaban con aquella sobriedad, discreción y laconismo que tanto distinguía á los antiguos catalanes, más cuidadosos de consignar ideas que de citar personas.

Sobre estas dos tesis, que se completan, la del desconocido conceller barcelonés del siglo XV y la

del insigne estadista que floreció á últimos del pasado y comienzos de éste, pudieran escribirse volúmenes.

No lo hará, empero, el Diputado que suscribe, pues que, dejando aún aparte su insuficiencia para el caso, nada nuevo puede decir que de antemano no sepan los esclarecidos miembros de esta Asamblea, nada que antes, y con gran lucimiento, no se haya dicho y expuesto desde lo alto de esta tribuna parlamentaria, en la cual se sucedieron hombres públicos de todos los partidos políticos para esclarecer y dilucidar con sus ideas y proyectos, su talento y su elocuencia, este problema que ha fijado, y ha de fijar más todavía, la atención de aquellos Gobiernos que son previsores y desean marchar con el siglo y su progreso.

Que la instrucción pública debe ser considerada como el primer origen de la prosperidad social, verdad inconcusa es hoy para todo el mundo, aun cuando en tiempo de Jovellanos, según su explícita y propia confesión, no estuviese todavía bien reconocida, ó, por lo menos, bien apreciada. También es verdad hoy para todo el mundo la tesis del conceller barcelonés respecto á que la estadística criminal va disminuyendo en proporción que aumenta el progreso de la enseñanza y se difunde por todas las clases la luz espléndida de la instrucción.

Pero falta aún que sea verdad para todos otra cosa que solamente lo es todavía para un reducido número. La atención no se fija quizá lo bastante en este punto para comprender que se trata de un servicio del Estado, esencial y especialmente reproductivo, de tal manera que en él, aun cuando parezca paradoja, cuanto más se gasta más se cobra.

Los productos de la Hacienda, las rentas del Estado irán creciendo á medida que la instrucción se vaya desarrollando; á medida que las escuelas y las cátedras vayan formando esos grandes grupos y

esas grandes huestes de soldados del trabajo que han de constituir el ejército de la paz; á medida que se planteen, afirmen y desenvuelvan esas escuelas industriales de que hoy no tenemos más que efímeras muestras; á medida que las escuelas nos den aprendices, oficiales y maestros al propio tiempo que licenciados y doctores, desarrollando la inteligencia, espoleando la actividad, difundiendo la enseñanza, facilitando recursos, ensanchando horizontes, creando instituciones, abriendo caminos y derroteros nuevos á la comunidad social; en una palabra, realizando aquel milagro de la Biblia, puesto allí sin duda para símbolo y enseñanza de futuras generaciones, el milagro de herir la peña para que brote el manantial de vida que ha de dar con ella, aliento y fortaleza al pueblo que en brazos del progreso marcha á cumplir sus destinos.

España no puede rivalizar hoy en este punto, como debiera, con las naciones más civilizadas.

En los Estados-Unidos y en Suiza la asistencia á las escuelas es de 96 á 98 por 100. En los Estados alemanes es de 99. En España no puede saberse á ciencia cierta, pero todos los datos inducen á estimar que no pasa mucho de un 50 por 100.

Poco tiempo hace que en Alemania, al encargarse cierto coronel del mando de un regimiento, halló que en un contingente de 800 reclutas había dos que no sabían leer, y parecióle tan raro y singular el caso, que mandó abrir información y expediente para averiguar las causas que habían motivado tan grave y punible falta.

Pues bien, ante estos y otros ejemplos de noble emulación que citar se pueden, es preciso que España, haciendo un esfuerzo, recobre el tiempo perdido en estériles luchas, y recordando que esta es la vía más ancha y principal por donde se camina á la civilización, á la libertad y al progreso, ocupe el puesto que le corresponde y á que la llaman la

grandeza de sus miras, la necesidad de realizar sus destinos, la transcendencia de sus ideales, la aptitud de sus hijos, el porvenir de su causa, y, sobre todo, sus grandes y maravillosas tradiciones literarias, que pertenecen al más puro y patriarcal abolengo.

Porque es preciso decirlo y consignarlo, ya que desgraciadamente no se nos hace en este punto la justicia á que tenemos derecho. De la España militar y emprendedora se habla en todas partes, pero no en todas de la España intelectual, siendo así que en letras y en artes tiene glorias que rivalizan con las otras, cuando no las superen en mucho.

No es sólo por el resonar de nuestras armas y por el retemblar de la tierra al paso de nuestras legiones, con lo que hemos hecho estremecer al mundo en retumbante estruendo. Algo más resonaron en él, y con más duraderas repercusiones ciertamente, la voz de nuestros filósofos, la lira de nuestros poetas, la elocuencia de nuestros oradores, las ideas de nuestros inmortales, el rumor de nuestros talleres y la gloria de nuestros pintores, de aquellos pintores y de aquellos artistas á quienes bastaba aparecer para crear escuela.

No pocas de las naciones que hoy miran á España con desdén, estaban sumidas en la barbarie, ó poco menos, andando muy rezagadas en el camino de los progresos humanos, cuando ya España se elevaba entre nubes y aureolas de gloria formadas por el incienso y la luz de sus escuelas y de sus artes. Ahí están sus Reyes, que sólo abandonaban la espada del conquistador para escribir con la péñola del sabio las historias de sus tiempos, ó pulsar la lira de los vates con que acompañaba sus inmortales *cántigas;* ahí están los próceres como D. Enrique de Villena y el Marqués de Santillana, si ilustres por la cuna, más por las letras; príncipes de la sangre como el de Viana, y príncipes del ingenio como Cervantes, y Calderón, y Lope, y toda

aquella progenie insigne de literatos cuyos nombres han pronunciado todas las lenguas del mundo; ahí filósofos como Arnaldo de Vilanova y Ramón Lull, que heredaban, aquende los Pirineos, el espíritu de la revolución y de la reforma meridionales, que, allende, se llevaban el Dante y el Petrarca; ahí Universidades como la de Salamanca, *Mater dilectissima,* de donde salían los doctores, dueños de la ciencia aquí desde San Isidoro conservada, á contender con los sabios de Bolonia; como la de Lérida, que comenzó con el siglo XIV y que enviaba á sus estudiantes á sentarse en la Sede Pontificia; como la de Alcalá de Henares, la Complutense, la del gran Cisneros que acogía y amparaba á aquellos pobres artistas impresores á quienes la Sorbona, deseando abolir el arte de la imprenta, hacía condenar á muerte obligándoles á abandonar la Francia; ahí también talleres como los de Segovia, y de Córdoba, y de Barcelona, donde los oficios llegaban á tomar la importancia de bellas artes; ahí escuelas esplendorosas como las de Velázquez, el Cervantes de la pintura, y de Murillo, el poeta más inspirado del idealismo cristiano; ahí, finalmente, idiomas ya formados, cuando estaban los otros todavía en su infancia, como esa magistral y superior lengua castellana, en torno de la cual, lo que no sucede con otra alguna, se agrupan cinco otras lenguas y literaturas regionales é ibéricas, formándole una atmósfera de luz y un cerco de refulgentes nebulosas.

Ningún país tiene en su pasado una historia literaria y artística tan gloriosa como España, y esto que pocas naciones hubieron de abrirse su camino en medio de más desastradas luchas y contrariedades.

Uno de esos escritores ingeniosos, acostumbrados á modelar frases y á darles celebridad y resonancia, ha dicho que España era un claustro. Mejor le cuadrara, en todo caso, el nombre de palenque, ya que estuvo muchas veces destinada á serlo de razas,

de naciones y de propios bandos, habiendo siempre luchado con denuedo y gloria por su independencia, y habiendo tenido que derrochar á ríos la sangre de sus hijos y el oro de sus arcas en pertinaces contiendas civiles, no bien terminadas cuando ya reproducidas.

Su guerra secular de ochocientos años para arrojar al árabe, sus combates con otras naciones, sus empresas militares, sus expediciones y conquistas á una y otra orilla de los mares, sus campañas marítimas, sus jornadas de gloria y también sus días de luto por los sangrientos conflictos de sus propias bandosidades, nada impidió que España fuese ganando terreno y adelantando gran camino en el de la ilustración pública. Asombra verdaderamente, espanta, que esta es la palabra, espanta la lucha que aquí se ha venido sosteniendo por la enseñanza y la instrucción, las ciencias y las letras. Si con crítica retrospectiva, es decir, si con criterio aplicable á otras épocas y sociedades, no á las nuestras, no á las de hoy día, se quisiera profundizar en el pasado de la España intelectual y progresiva, ¡qué brillante, qué espléndida, y sobre todo, qué poco conocida historia brotaría á nuestros ojos! Se vería entonces surgir del seno de aquella sociedad combatida, diezmada, crucifijada por los males, los estragos y los horrores de guerras y de revueltas incesantes, y en determinadas ocasiones por el huracán deshecho de la intolerancia, la luz bendita de ese que hoy llamamos progreso moderno, y que lo es, en efecto, pero que no debe hacernos olvidar con injusticia notoria el que, relativamente á su siglo y á su sociedad, realizaron nuestros antepasados con más contrariedades aún, con más sacrificios también, y acaso, acaso, con más fe que la que nosotros en este punto, ó al menos en estos momentos, tenemos y demostramos. Viérase entonces lo que eran ya nuestras escuelas y nuestros claustros,

nuestras universidades y nuestras aulas, nuestros municipios y nuestros centros de enseñanza, cuando Europa comenzaba á salir apenas de la postración intelectual en que la tuvo la Edad media.

A juicio del diputado que suscribe, España está llamada hoy á recuperar el puesto de honor que le corresponde en el concierto universal de las naciones progresivas, y está comprometida también á demostrar que si por algún tiempo y por causas accidentales pudo alguna vez rezagarse, esto sólo significa en ella el paso que se da hacia atrás para tomar más vuelo y ser mayor el salto.

Cuando hoy, á despecho de todas las reacciones y de todas las violencias, se afirma y asienta sobre sólidas y adamantinas bases la soberanía nacional, en adelante destinada á gobernar el mundo; cuando á este principio, soberano reformador de las sociedades modernas, le es indispensable la instrucción como alimento de vida y pan del alma; cuando todo se renueva y se muda, y las reformas se imponen con avasalladora exigencia, y la sociedad se rejuvenece con nuevas organizaciones, y se rompen los viejos moldes; cuando en una época como esta de controversia y debate, las ideas se suceden á las ideas, los progresos á los progresos y los sistemas á los sistemas, todo con rapidez aborrascada y vertiginosa, invadiendo cuantos órdenes y esferas alcanza á dominar la acción de la inteligencia y de la actividad humanas, es forzosamente necesario crear un centro exclusivo que, dando á todo vida, unidad y armonía, señale á la instrucción pública y á la inteligencia inexperta las metas á que pueden llegar, los caminos que deben seguir, las reformas que pueden ó deben emprender.

No tenemos que crear héroes, pues éstos nacen en España ya formados; pero tenemos que crear ciudadanos.

Mucho camino hemos ya andado, hay que con-

signarlo con orgullo, en enseñanza y en instrucción, desde hace algunos años. Ministros celosos y directores ilustrados de todos los partidos, hábiles profesores, maestros expertos, han realizado verdaderos milagros en nuestra época.

Pero esto no basta. Hay que hacer más todavía. Aceptando gran parte de lo que existe y es bueno; reformando la otra parte que sin ser mala puede ser mejor; creando lo que falta; con buenas leyes de instrucción elemental; con meditadas disposiciones sobre primera y segunda enseñanza; con el desarrollo de la enseñanza primaria, mejorando á los maestros y levantando la consideración social del magisterio para que á él vayan los jóvenes ilustrados que hoy se dedican á otras carreras; con escuelas industriales; con las de adultos y aprendices; con las medidas protectoras que deben tomarse para las escuelas libres; con las clases en los hospitales y en las cárceles, en los talleres y en las fábricas; con las bibliotecas escolares y pedagógicas; con las salas de asilo y de párvulos, según los modernos adelantos; con las escuelas normales y las altas facultades, y las clases especiales de cuanto en las Universidades no se enseña y hoy se necesita para la cultura social; con cátedras de lectura en alta voz, pues en España, donde pudiera y debiera haber los mejores lectores del mundo, hay los peores; con un alto Consejo de instrucción pública que tenga la autoridad y las facultades que no tiene el que hoy existe; con talleres de artes y oficios cuya organización deben completar los museos de artes decorativas; con el fomento que ha de darse á las bellas artes, las cuales, sin embargo, tienen ya hoy superiores y excelentes discípulos; finalmente, con abrir caminos á todas las manifestaciones de la inteligencia, es como España recobrará la importancia que tuvo en otro tiempo y ocupará el puesto que le corresponde.

Pero para esto, y para cuanto de ello se desprende, hay que crear un *Ministerio de Instrucción pública de Bellas Artes*. El Ministro de Fomento no puede consagrar á esta tarea el tiempo y los cuidados que demanda, ocupada y preocupada como debe hallarse su atención con los demás importantísimos ramos de su departamento, el de Obras públicas, y el de Agricultura, Industria y Comercio, cada uno de los cuales es en otras naciones un ministerio.

La creación de un Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes es de urgencia suma y obedece á imperiosas y apremiantes necesidades de la época en que vivimos; pero no es esta sólo la reforma que debiera llevarse á cabo, dada la organización viciosa que, á juicio del que suscribe, tienen los actuales Ministerios en el modo y forma como están constituídos.

Llegará un día, debe llegar, en que todo lo concerniente á cultos, por ejemplo, pase al Ministerio de Instrucción pública, según es lógico y natural que así sea, dadas las relaciones entre estos ramos, y como así es y sucede en otros países: llegará también el día en que las necesidades del momento, la experiencia y la marcha natural de los sucesos darán á conocer que el Ministerio de la Gobernación tiene que convertirse en un sencillo centro de policía, dejando de influir inmoral y perniciosamente en las elecciones para acabar con el monstruoso cunerismo, abandonando la política á la Presidencia del Consejo, y entregando correos, telégrafos, presidios y beneficencia á sus verdaderos departamentos; llegará, por fin, el día que Guerra y Marina formen un solo Ministerio, en que Ultramar se reduzca á una Dirección para nuestro Archipiélago, en que todo lo que sea fomento de intereses morales forme un solo centro, como formen otro los intereses materiales, y en que Hacienda deje de intervenir en cosas en que hoy interviene, impidien-

do, por su natural deseo de buscar rentas, que crezcan y se desarrollen ciertas industrias destinadas á dar con el tiempo mayores rendimientos al Tesoro.

Pero todo esto, que puede dar origen á nuevo estudio y á otra proposición de ley, no es pertinente para el objeto que se ha propuesto hoy el diputado que suscribe, y al que desea únicamente limitarse.

El Ministerio de Instrucción pública, en favor del cual levanta hoy su voz el diputado firmante, existe en casi todos los países. No es de extrañar que lo tengan Alemania, Francia, Italia, Austria, Bélgica y otras naciones que marchan á la cabeza de la civilización moderna; pero sí extrañará á algunos que lo tengan Rusia y el Japón, y la Turquía y el Egipto, países á los cuales no se cree muy adelantados en civilización y progreso. En todas partes existe este Ministerio, menos en España. Á más de las naciones citadas, lo tienen Hungría, Dinamarca, Baden, Baviera, Sajonia, Chile, Guatemala, Rumanía, Bulgaria y Venezuela. Lo tienen hasta países que apenas cuentan con un millón próximamente de habitantes, como Servia, Ontario, Victoria y Salvador.

Es facilísima y hacedera la creación del nuevo Ministerio que se reclama. Nada ha de costar al Tesoro público, ni en nada ha de aumentar las cargas del Estado. Basta para ello reunir las diversas dependencias que tienen relación inmediata con su objeto; basta deslazar de cada centro respectivo las partidas que para cada una de dichas dependencias figuran en el presupuesto.

Como á la fundación del *Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes* tienen que contribuir otros departamentos, desprendiéndose de las Direcciones y Secciones que no son de su instituto, sino de aquél, véase de qué modo y manera pudiera hacerse para mayor unidad y perfección del nuevo centro.

MINISTERIO DE FOMENTO

Deben desprenderse de este Ministerio las dos Direcciones de *Instrucción pública* y del *Instituto geográfico y estadístico*, que han de formar la base del nuevo.

Precisamente estas Direcciones tienen hoy á su frente dos personas especiales, aptas é inteligentes para el caso, identificadas con ambos ramos y profundamente conocedoras y seguras de su misión, los señores don Juan Facundo Riaño y general don Carlos Ibáñez.

La Dirección general de *Instrucción pública* cuenta en el día con cuatro negociados: primera enseñanza; segunda enseñanza, con escuelas especiales, adquisición de libros, archivos, bibliotecas y museos; universidades, academias y Consejo de Instrucción pública; bellas artes, monumentos, etc.

Existen hoy 23.000 escuelas de primeras letras, 61 Institutos de segunda enseñanza y 10 Universidades.

Por lo que toca á escuelas normales y de bellas artes, se calcula una de cada clase por provincia, habiendo además las especiales de Madrid y Barcelona, de arquitectura, diplomática, música, etc.

No existe publicación concreta que facilite el estado general del personal y establecimientos de instrucción pública. Para saberlo, y aun de una manera incompleta, se necesita acudir á diversas publicaciones. Esta es una falta lamentable y una de las primeras que ha de acudir á remediar el nuevo Ministerio.

El *Instituto geográfico y estadístico* es un centro dedicado á la geografía matemática, á la estadística general de España y á la metrología nacional é internacional. Tiene una Comisión permanente de pesas y medidas, una Junta consultiva, la sección

de estadística y la geográfica, y á su cargo los trabajos geodésicos y topográficos.

Existe una Sección de archivos, bibliotecas y museos que tiene una Junta especial del ramo, y está destinada á adquirir grandísima importancia dentro de poco tiempo.

Precisamente en estos momentos se trata de votar una ley, aprobada ya en el Congreso, por la cual entran á depender de Instrucción pública todos los archivos y bibliotecas que son hoy de los diversos Ministerios, es decir, archivos de Gobiernos civiles, Audiencias, Municipios, etc. El personal y el número de establecimientos será cinco ó seis veces mayor que todo lo que en esta sección depende hoy de Fomento. La Comisión del Senado tiene ya redactado el informe, y es de esperar que se vote pronto la ley.

Otro aumento que ha de recibir con el tiempo la instrucción pública, aunque en menor escala, consiste en las relaciones que se han comenzado á establecer con centros *no oficiales* de provincias que se dedican á la instrucción de las clases populares, como son, Sociedades económicas, de Fomento de las artes, etc. El Gobierno ha empezado á subvencionarlos, y acabará por establecer relaciones más directas con ellos.

También deben pasar al nuevo Ministerio las escuelas de ingenieros de caminos, de minas y de montes con las de capataces. Todas dependían antes de Instrucción pública, como así debe ser; pero se llevaron á Obras públicas y á Agricultura en el último presupuesto, cometiéndose grave error con ello.

Deben pasar también la de Agricultura y sus análogos.

Sin que todas estas enseñanzas dependan de un solo centro, no será posible arreglo ni mejora alguna. Hoy ocurre, entre otras cosas singulares, que

hay cátedras de la misma asignatura en todas estas escuelas, y además en la Facultad de Ciencias, como son las de geodesia, de química, de física, etc., sucediendo que á los alumnos que estudian cualquiera de ellas en un establecimiento, no les sirve en otro; de manera que la geodesia de la Facultad de Ciencias, no se admite en las escuelas de ingenieros, y viceversa.

También deben pasar á Instrucción pública los fondos consignados en Obras públicas para construcciones civiles en la parte correspondiente á edificios destinados á la enseñanza, conservación y reparación de monumentos, etc.

MINISTERIO DE ESTADO

Desde el momento que haya un ministerio destinado exclusivamente á Instrucción pública y Bellas Artes, deben pasar á él la Escuela de Bellas Artes de Roma y el Colegio de San Clemente de Bolonia, que hoy pertenecen á Estado.

La Escuela de Roma sirve para pensionados de arquitectura, escultura, pintura y música, y ofrece buenos resultados; pero necesitan estar constantemente en relaciones el Ministerio y la Academia de San Fernando, es decir, Estado y Fomento, siguiéndose de aquí infinidad de actuaciones y expedientes que se evitarían dependiendo todo ello, como debe ser, de un solo centro. Sucede ahora, por ejemplo, que Estado paga las pensiones y entiende en toda la parte administrativa, mientras que Fomento, ó sea la Academia de San Fernando, clasifica los aspirantes, juzga sus trabajos, propone los que se han de nombrar, da dictamen sobre los envíos que hacen modificar el reglamento de la Escuela, etc., etc.

El Colegio de San Clemente, que pudiera ser un establecimiento muy útil, está reducido en la ac-

tualidad al rector y á unos pocos estudiantes, cuyo número debe ser el de ocho. Es institución del siglo XIV, del Obispo Albornoz; tiene unos 10.000 duros de renta sobre bienes propios, y honradamente administrados por el rector.

El objeto de la institución es que vayan estudiantes españoles (de facultad) á estudiar en la Universidad de Bolonia, para lo cual, antiguamente, eran comunes los grados de allí y los de las Universidades de España; pero desde hace unos treinta años se prohibió aquí la validez de los actos académicos de allí, y ahora resulta que van los estudiantes y no asisten á la Universidad, concurriendo sólo por gusto si acaso, puesto que no sirven en España aquellos estudios. En cambio Bolonia, lejos de pagarnos en la misma moneda, da validez académica á lo que se cursa en nuestras Universidades.

Dependiendo este Colegio de un Ministerio de Instrucción pública, se asimilarían los estudios y produciría excelentes resultados.

MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN

Debe pasar á Instrucción pública todo lo perteneciente al ramo de teatros, dejando lo que se crea razonable de los demás espectáculos y diversiones públicas que necesiten la acción inmediata de la policía ó de otra clase de gestiones ajenas al carácter científico y literario.

El Municipio de Madrid debiera ceder el teatro Español en bien de las letras, ya que en manos del Gobierno se podrían realizar, entre muchas otras, dos cosas importantes:

1.ª Consignar en el presupuesto una suma para mejorar las condiciones de la dramática española, y con este motivo contribuir también al fomento de las obras líricas.

2.ª Combinar con el organismo de este teatro

la Escuela de Declamación, para que los alumnos tuvieran en él sus prácticas constantes, ya que dicha Escuela, tal como hoy está constituída, es de puro lujo.

Deben agregarse asimismo al nuevo Ministerio la Imprenta Nacional y la *Gaceta*.

Otros negociados hay también en Gobernación que puede discutirse si deben pasar también, como, por ejemplo, los hospitales, que tan relacionados están, y debieran estarlo más todavía, con las clínicas de las Facultades de Medicina.

MINISTERIO DE HACIENDA

Debe pasar á Instrucción pública el teatro Real.

Prescindiendo de la parte que le corresponde en él á Gobernación por tratarse de un teatro, ocurre que depende hoy directamente de Hacienda por dos razones que, en sentir del que suscribe, no tienen fundamento alguno.

La primera de estas razones es que, como edificio del Estado, pertenece su propiedad á Hacienda. Es decir, que lo que pasa dentro, la representación de obras líricas ó dramáticas, lo literario y lo artístico, se somete á las vicisitudes de la propiedad urbana. No deja de ser raro, y merece notarse, que la parte del mismo edificio destinada á Escuela de Música y Declamación, pertenezca á Fomento.

La segunda razón es la que, como se pagan subvenciones ó se cobran arrendamientos y contratos, pertenece su propiedad á Hacienda y con ella la administración, etc. Sin embargo, los montes públicos, que son propiedad de Hacienda, dependen de Fomento y por él se gobiernan. Así se pudieran citar muchos ejemplos que demostrarían que Hacienda cobra ó paga y es propietaria de servicios que pertenecen en exclusivo á otros Ministerios.

MINISTERIO DE ULTRAMAR

No ha de pasarse mucho tiempo sin que desaparezca este Ministerio, que bien pronto no tendrá razón de ser. La asimilación de las provincias ultramarinas hará inútil este departamento, que podrá quedar reducido á una Dirección general dependiente de la Presidencia del Consejo de Ministros con todo lo relativo á la política ultramarina y al Archipiélago filipino, en el que, sea dicho de paso, debiera fijar muy preferentemente la atención el Gobierno, ya que allí están la clave y el secreto de un gran porvenir y de una gran época de prosperidad para España. Por de pronto, é ínterin llega este caso, toda la parte de instrucción pública de Ultramar debe depender del mismo centro que la de la Península.

Si las Cortes tuvieran á bien aceptar este proyecto y se llegara á crear el Ministerio de Instrucción y Artes, una de las primeras cosas que realizar debiera el nuevo Ministro sería la de establecer en Ultramar cátedras especiales, de inmensa utilidad para la ciencia, sobre las lenguas, arqueología, artes, productos, geología, fauna, flora, etc., etc., de América y Filipinas.

Todas estas cosas, con rubor lo dice el diputado que suscribe, las han de aprender hoy los españoles en los libros extranjeros.

El archivo de Indias, que está en Sevilla, debe depender también de Instrucción pública.

Tales son las más capitales ideas y observaciones que, á juicio del diputado que firma, pueden tenerse en cuenta para la creación de un Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, que reclaman imperiosamente las necesidades del siglo en que vivimos, sin perjuicio de estudiar todavía más

detenidamente, caso de que las Cortes dieran su aprobación á este proyecto, todos los servicios del Estado, pues es posible que se hayan olvidado algunos, propios del instituto de que se trata, así como sería necesario también presentar un proyecto del organismo de los empleados sobre la base de tres secciones: la de Instrucción pública, la de Bellas Artes y la de Estadística.

Por todas estas consideraciones y muchas otras que pudieran emitirse y que no se ocultarán de seguro á la ilustración de los señores Diputados, el que suscribe se atreve á presentar al Congreso la siguiente

PROPOSICIÓN DE LEY

Artículo 1.° Se creará un Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes.

Art. 2.° Pasan á formar parte de este Ministerio, la Dirección general de Instrucción pública; el Instituto geográfico y estadístico; las Escuelas de ingenieros de caminos, de minas y de montes, y las de Agricultura, que hoy dependen de Fomento; la Escuela de Bellas Artes de Roma y el Colegio de San Clemente de Bolonia, que son de Estado; los teatros y la Imprenta Nacional, que están en Gobernación; el teatro Real, que hoy pertenece á Hacienda; toda la parte de Instrucción pública y Bellas Artes de Ultramar, que depende de este último Ministerio, y el archivo de Indias y los demás archivos, bibliotecas y museos que figuran en distintos Ministerios.

Art. 3.° Se destinarán al Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes los fondos consignados en Obras públicas, correspondientes á edificios destinados á la enseñanza, conservación y reparación de monumentos, como también las partidas

continuadas en el presupuesto para las varias dependencias de distintos Ministerios que pasan á formar parte del que se crea.

Art. 4.° El Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes formará la plantilla del Ministerio sobre la base de tres secciones: Instrucción pública, Bellas Artes y Estadística.

Palacio del Congreso 28 de febrero de 1883.

FIN

ÍNDICE

PÁGS.

PARTE PRIMERA

Los Juegos Florales en España

PARTE SEGUNDA

Memorias y discursos académicos

OBRAS COMPLETAS

DE

DON VÍCTOR BALAGUER

De las Reales Academias Española y de la Historia

El producto íntegro de estas obras se destina al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, fundación del autor.

Se hace una rebaja de 30 por 100 al que adquiera toda la colección y la del 20 al que tome por lo menos dos obras ó una de más de dos tomos.

Los que deseen adquirir estas obras, en totalidad ó en parte, podrán hacerlo dirigiéndose al señor bibliotecario de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, ó al propio autor.

POESÍAS CATALANAS

Un tomo, que es el primero de la colección

Precio: 6 pesetas

Contiene todas las poesías catalanas del autor, divididas en 6 libros:—*El libro del amor.—El libro de la fe.—El libro de la patria.—Eridanias,* ó sean los cantos que escribió cuando la guerra de la Independencia italiana.—*Lejos de mi tierra,* poesías escritas durante su emigración.— *Ultimas poesías.* Forman parte de este volumen las composiciones que el autor escribió en provenzal. *(Edición agotada.)*

TRAGEDIAS

Un tomo, el segundo de la colección

Precio: 8 pesetas

Contiene las tragedias escritas en verso catalán por el autor, con la traducción castellana en prosa, por el mismo. Estas tragedias, señaladas entre las mejores obras del autor, han sido traducidas al castellano, al italiano, al francés, al alemán y al sueco por distinguidos poetas. *(Edición agotada.)*

LOS TROVADORES

Cuatro tomos, que son III, IV, V y VI de la colección

Precio: 30 pesetas

Preceden á este libro dos dictámenes, uno de la Real Academia Española y otro de la Real Academia de la Historia, que hacen notar la bondad y bellezas de la obra, habiendo merecido por esta causa que se publicase su primera edición subvencionada por el Estado.

Es la historia política y literaria de los trovadores provenzales, con la biografía de los más principales de entre ellos. Está algo más concreta y reducida que la primera edición publicada en Madrid por Dorregaray, en 6 tomos, con el título de *Historia política y literaria de los Trovadores.*

Casi todo el primer tomo lo forma un *Discurso preliminar* en que el autor se ocupa de los diversos géneros de poesía entre los trovadores, de lo que eran las *Cortes* y *Puys de amor,* del estilo y escuelas de los trovadores, de los juglares, de lo que fué la poesía provenzal en Castilla, León, Aragón y Cataluña. Al final del tomo 4.º está el índice alfabético, histórico y biográfico, de asuntos y personajes.

Es obra de amena lectura, de estudio y de consulta, en cuya traducción se ocupa hace ya tiempo el insigne historiador señor barón de Tourtoulón, á quien el autor ha cedido la propiedad en Francia. *(Edición de que quedan pocos ejemplares.)*

DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS

Un tomo, VII de la colección

Precio: 7 pesetas y media

Va precedido de un prólogo del insigne y malogrado escritor aragonés don Jerónimo Borao.

Contiene: Discursos en los Juegos Florales de Cataluña, Valencia y Pontevedra, que versan principalmente sobre las literaturas catalana y provenzal: Discursos de recepción y de contestación en las Reales Academias Española y de la Historia: Dictámenes sobre asuntos literarios é históricos, por encargo de dichas Academias: Polémicas literarias: Memorias históricas y literarias: Proposición de ley á las Cortes para crear un ministerio de Instrucción pública: Estudios sobre el poeta Manuel Cabanyes, y sobre Alfonso V de Aragón y su corte de literatos: Fundación de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, etc. *(Edición agotada).*

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT

Un tomo, VIII de la colección

Precio: 7 pesetas y media

Precede á este libro un dictamen de la Real Academia de la Historia elogiando con especial recomendación *El monasterio de Piedra,* que es historia y guía de aquel antiguo monumento y de aquellos encantadores sitios.

Las leyendas de Montserrat, las mismas que en su juventud publicó el autor, son la crónica de aquel famoso monasterio, libro traducido al alemán y al francés, y del que, solo en América, se han hecho 22 ediciones.

En cuanto á *Las cuevas de Montserrat* es la crónica y reseña del descubrimiento de estas célebres cuevas, emprendido y realizado por el autor el año 1851, en compañía de algunos amigos. *(Edición de la que sólo quedan escasos ejemplares.)*

HISTORIA DE CATALUÑA

Once tomos, que forman del IX al XIX de la colección

Precio: 110 pesetas

Esta Historia es muy popular en Cataluña, pudiendo asegurarse que en ella está el origen del movimiento histórico y literario de dicha región, habiendo sido fuente é inspiración para los modernos historiadores y poetas catalanes, según se desprende de un interesante dictamen y juicio de la Real Academia de la Historia.

En esta segunda edición, revisada, corregida y aumentada sobre la primera que se publicó por los años de 1860, el autor termina su obra con el siglo XVIII, pero inserta á continuación una serie de monografías y estudios sobre hechos y sucesos de Aragón y Cataluña, completando así su trabajo. Estas monografías, que forman casi tres voluminosos tomos, desde mitad del IX hasta terminar el XI, son: *La guerra de la Independencia en Cataluña: Cataluña en los reinados de Fernando VII y de Isabel II: Pablo Claris: La heroica Puigcerdá: El conceller Casanova: Del bandolerismo y de los bandoleros en Cataluña: Las bodas de Felipe V: Bach de Roda: Historia de Sabadell: El asalto de Brihuega: Un episodio del sitio de Barcelona en 1705: Los últimos días del general Alvarez: De la soberanía nacional y de las Cortes en Cataluña: El castillo y los caballeros de Egara: El rey don Jaime y el obispo de Gerona: Las ruinas de Poblet*, con la crónica é historia de este monasterio: *Ali Bey el Abbassí.*

LAS CALLES DE BARCELONA EN 1865

Tres tomos, XX, XXI y XXII de la colección

Precio: 30 pesetas

Debe considerarse esta obra como complemento de la *Historia de Cataluña*. Va precedida de una *Noticia histórica de Barcelona;* contiene noticias interesantes sobre cada calle respecto á su nombre, sucesos en ella acaecidos, personajes, casas y monumentos; explica cómo se formaron las calles del ensanche, y termina el tercer tomo con *La primavera del último trovador*, interesante episodio en que se hallarán relatadas las principales tradiciones históricas y legendarias de Cataluña.

EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR

Dos tomos, XXIII y XXIV de la colección

Precio: 10 pesetas

Es la historia de lo proyectado y realizado por el autor en la tercera época que fué ministro de Ultramar. Al frente de cada tomo se inserta una *Memoria*, y á continuación los documentos justificativos, reales órdenes, decretos, proyectos de ley, presupuestos, etc.

El primer tomo abraza la época de su ministerio desde octubre de 1886 á fin de 1887. El segundo tomo desde 1.º de enero á 14 de junio de 1888. *(Edición agotada.)*

MIS RECUERDOS DE ITALIA

Un tomo, que es el XXV de la colección

Precio: 7 pesetas y media

Es un libro de palpitante interés, que se lee como si fuera una novela, según ha dicho uno de los mejores críticos españoles (Don A. Sánchez Pérez).

Refiere el autor su primer viaje á Italia en 1859, cuando la guerra de la Independencia italiana, y habla de sus impresiones en los campos de batalla de Magenta, Palestro y Solferino. En la segunda parte refiere su expedición á Italia en 1870 cuando formaba parte de la comisión de diputados españoles que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, Amadeo I.

Es obra de verdadero interés político, teniendo el carácter de Memorias contemporáneas íntimas, en una época determinada.

NOVELAS

Dos tomos, XXVI y XXVII de la colección

Precio: 10 pesetas

Contiene varias novelas publicadas por el autor en los años de 1850 y 1851, cuando dominaba la escuela romántica.

Estas novelas son, en el primer tomo: *La guzla del cedro ó los almogavares en Oriente: El doncel de la reina: La espada del muerto.* Y en el segundo tomo: *El del capuz colorado: La damisela del castillo: Un cuento de hadas: El ángel de los Centellas: El anciano de Favencia: Historia de un pañuelo.*

TRAGEDIAS

Dos tomos, XXVIII y XXIX de la colección

Precio: 12 pesetas

Nueva edición de esta obra, añadiendo la tragedia titulada *Los Pirineos,* que no figura en las otras ediciones; y así como en aquéllas se inserta el original catalán con la traducción en prosa castellana del mismo autor, en la presente se publican las traducciones hechas en verso castellano por poetas ilustres.

El primer tomo contiene: *La muerte de Aníbal,* con las traducciones en verso de don Teodoro Llorente y de don Pedro Barrera: *Coriolano,* con las de don Francisco Pérez y Echevarría y don Jerónimo Roselló: *La sombra de César,* con las de don Gaspar Núñez de Arce y doña Patrocinio de Biedma: *La fiesta de Tíbulo,* con la de don Ventura Ruiz Aguilera: *La muerte de Nerón,* con las de don Francisco Luis de Retes y de don Enrique Sierra Valenzuela: *Safo,* con las del mismo autor y don José María de Retes: *La tragedia de Llivia,* con las de don Abelardo F. Díaz y don Manuel de la Revilla: *La última hora de Cristóbal Colón,* con la de don Ángel R. Chaves.

El segundo tomo contiene: *Los esponsales de la muerta,* con la traducción en verso de don Juan de Dios de la Rada Delgado: *El guante del Degollado,* con la del propio autor, y *Los Pirineos,* con la del propio autor asimismo. *Los Pirineos* forman una trilogía precedida de un prólogo que se titula: *Alma Mater.* Los tres cuadros son: *El conde de Foix, Rayo de Luna* y *La jornada de Panissars.*

POESÍAS CATALANAS

Dos tomos, XXX y XXXI de la colección

Precio: 12 pesetas

Es una nueva edición (la sexta de estas Poesías), cuidadosamente corregida y aumentada con varias composiciones que el autor había conservado inéditas hasta ahora.

El primer tomo contiene: *El libro del amor,* que consta de 114 poesías; *El libro de la fe,* con las composiciones de carácter religioso, y el poema *La romería de mi alma.*

El segundo tomo contiene: *El libro de la patria,* con 28 poesías; el poema *Eridanias,* con los catorce cantos referentes á la guerra de la Independencia italiana, escritos por el autor en Italia y en el mismo teatro de la guerra; *Lejos de mi tierra,* con las poesías todas que escribió el autor durante su emigración política en Francia; y *Últimas poesías,* que contiene la colección de las escritas por el autor en estos últimos tiempos.

Todas las composiciones catalanas comprendidas en estos dos tomos llevan al pie la traducción en castellano, en provenzal, en francés, ó en italiano, según la nacionalidad de los poetas que las han traducido, unos en prosa y otros en verso. Las más de estas traducciones van ilustradas con notas y datos de carácter histórico, íntimo y autobiográfico.

LOS JUEGOS FLORALES EN ESPAÑA

DISCURSOS Y MEMORIAS

Un tomo, que es el XXXII de la colección

Precio: 10 pesetas

En la primera parte de este volumen, titulada **Los Juegos Florales en España**, se insertan todos los discursos pronunciados ó leídos por el autor relativos á dichos certámenes, viniendo á formar en su conjunto la historia de la restauración y progresos de estas fiestas literarias en nuestra patria. Y estos discursos son: *Fraternidad literaria,* Barcelona, 1868; *La poesía lemosina* y *Saludo á Valencia,* Valencia; 1880; *La idea latina*, Granollers, 1882; *Las bodas de plata,* Barcelona, 1885; *Los felibres de Provenza,* Pontevedra, 1884; *La tierra catalana,* Reus, 1893; *Las glorias de Aragón,* Zaragoza, 1894; les precede la *Memoria histórica* publicada al frente del tomo de *Juegos Florales* de Madrid en 1878. La segunda parte, **Memorias y Discursos,** contiene los discursos de recepción en las Reales Academias Española y de la Historia, otros trabajos leídos en varias sesiones de las mismas, y las memorias *Las obras de Enrique Gil, Manuel de Cabanyes, Alfonso V de Aragón y su corte literaria, Castilla y Aragón en el descubrimiento de América, La Mujer y el Arte,* y *El Ministerio de Instrucción Pública.*

OBRAS DEL AUTOR

QUE SE VENDEN POR SEPARADO, FUERA DE ESTA COLECCIÓN

La romería de mi alma, poema escrito en catalán, con su traducción en prosa castellana, por el mismo autor. Un volumen: **1 peseta.** Editor, López Bernagossi. Barcelona.

Las ruinas de Poblet, con un prólogo del académico don Manuel Cañete. Un tomo, de la edición de escritores castellanos: **4 pesetas.** Editor, Catalina. Madrid.

Estudios históricos y políticos. Un tomo: **2'50 pesetas.** Editor, San Martín. Madrid.

Los Reyes Católicos. Está en venta el primer tomo. Editor, *El Progreso editorial.* Madrid.

Cristóbal Colón. Un tomo encuadernado: **5 pesetas.** Editor, *El Progreso editorial.*

Al pie de la encina, historias, tradiciones y recuerdos, con una lámina. Un tomo encuadernado: **5 pesetas.** Editor, *El Progreso editorial.*

Epistolario, memorial de cosas que pasaron. Dos tomos encuadernados: **8 pesetas.** Editor, *El Progreso editorial.*

Añoranzas, historias, recuerdos, leyendas, glorias, ruinas. Un tomo encuadernado: **5 pesetas.** Editor, *El Progreso editorial.*

Safo, cuadro dramático. Un tomo: **1 peseta.**

Los Pirineos, trilogía. Traducción castellana. **3 pesetas.** Editor, Fe. Madrid.

I Pirinei, trilogía. Traduzione in verso italiano di Arnaldo Bonaventura. **3 pesetas.** Editor, Fe. Madrid.

En Burgos. Un tomo encuadernado: **5 pesetas.** Editor, *El Progreso editorial.*

Celistías, poesías. Un tomo.

OBRAS

DE

VÍCTOR BALAGUER

DE LAS ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

LOS

JUEGOS FLORALES

EN ESPAÑA

MEMORIAS Y DISCURSOS

TOMO XXXII DE LA COLECCIÓN Y ÚNICO DE ESTA OBRA

El producto íntegro de estas obras se destina al sostén y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú

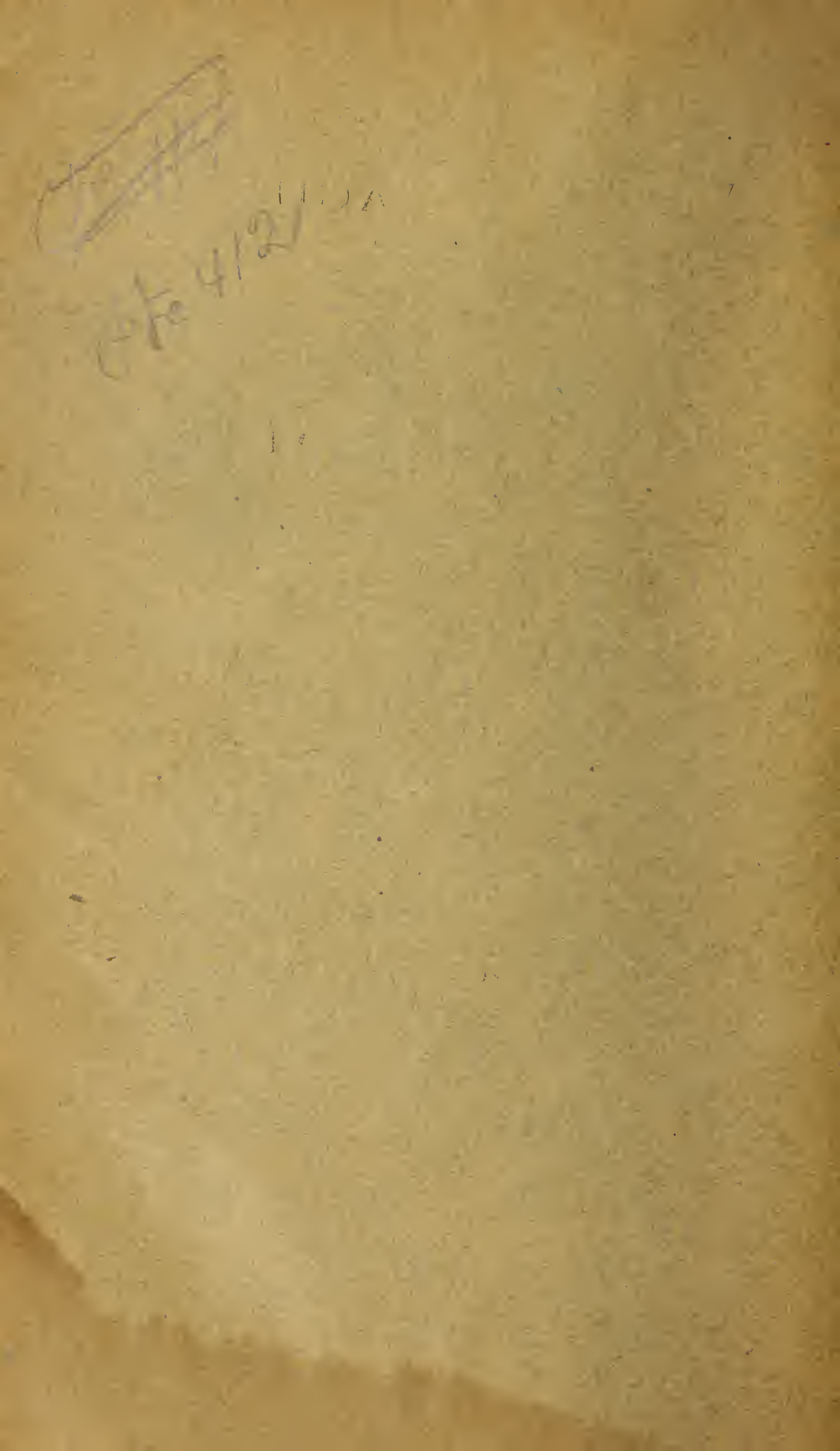


BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO

ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23

1895



PRECIO DE ESTE TOMO

Diez pesetas

Se vende en la Biblioteca-Museo-Balaguer de Villanueva y Geltrú, destinándose los ingresos al sostén y fomento de la misma.

Los que gusten adquirir esta obra ó cualquier otra de las que se continúan en el catálogo inserto al final de este volumen, pueden dirigirse á su autor, Madrid; ó al señor Bibliotecario del indicado instituto, Villanueva y Geltrú.